



OBRAS

DE

D. ANTONIO VINAGERAS

IMPRENTA DE D AUBUSSON Y KUGELMANN
Calle de la Grange Batelière, 13.

OBRAS

DE

D. ANTONIO VINAGERAS

DEDICADAS

AL INSTITUTO DE FRANCIA

TOMO SEGUNDO

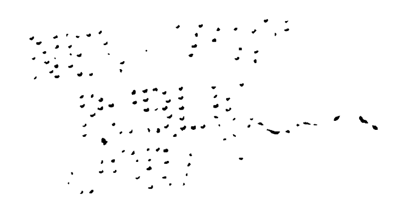
PARIS

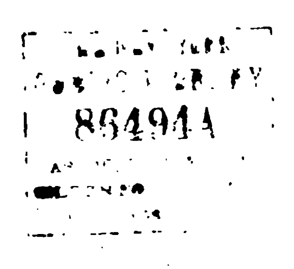
BAUDRY, LIBRERÍA EUROPEA,

12, CALLE DE BONAPARTE

CERCA DEL PALACIO DE BELLAS ARTES

1858




864944

DE LAS CIENCIAS MORALES

Y

DE LA POESIA

DISCURSO PRELIMINAR

La palabra, es la brillante nota, desprendida de la inmensa armonía de la creacion: ella murmura como los céfiros, halaga como la brisa del mar, brama como la tempestad, y retumba á la manera que el océano al estrellarse en las costas solitarias: el hombre con ella, parece un sér, que busca en la tierra la atmósfera de su divinidad. La poesía hace de la naturaleza el grande árbol que da sombra al mundo: del hombre, su mas privilegiado fruto: de Dios, el rayo bienhechor que les da vida; y de la palabra, la música del espacio que sube en himnos al cielo.

Sí: esas naturalezas, que parecen aisladas, porque las juzgamos insensibles; esas hojas que se mueven, esas brisas que nos arrullan, esos torrentes que se desbordan, tienen una palabra, tienen un idioma en su propia armonía, para contribuir al concierto general del universo: la voz del tiempo, lo lleva todo en sí: y un siglo llega á ser la palabra desprendida del labio sublime de la humanidad: por eso la Historia, en todo lo que pertenece al tiempo, descubre el gérmen de la vida: y véase por qué, un siglo de tan alto interés como el presente, no será el último en los fastos preciosos de la sabiduría humana: el siglo XIX es una de las palabras mas elocuentes que deja caer el génio de la Historia, en la urna de la posteridad.

Un gran poeta existe, que realizó entera y dignamente la epopeya que abrazó en su concepcion: creó los astros para que sirvieran como de cifras resplandecientes en la obra de su sabiduría, y creó una morada digna del hombre, con sus mares magestuosos, sus

montañas coronadas de flores, sus nubes de púrpura, sus aves, sus montes y cascadas, para que un solo punto no hubiera en la tierra, que no pudiese servir de alfombra luminosa á su Hacedor. Sí. El primer rayo de luz que se tendió en el espacio, pareció descender trayendo alguna parte de la luz de la divinidad: el primer onido que discurrió en los aires, alguna de las palabras del Eterno: el primer amor, alguno de los increados destellos del amor de Dios: y el primer hombre, vino al mundo, todavía envuelto en los aromas de la perfeccion divina. La Omnipotencia á su vez no tuvo límites. Un rayo de luz que surgió del seno del Altísimo, encendió para siempre los astros, y le dió colores al horizonte: una palabra nacida en su labio, hizo que brotara la Creacion : su amor estableció las grandes armonías que admiramos por dó quier, y el primer hombre en quien quiso ver su propia imágen, fué como el héroe de un poema, dividido en seis dias, poema que tuvo por argumento la carrera de la humanidad saliendo de la nada y cuyos episodios son, las estrellas que oscilan, los mares que truenan, las tempestades que estremecen el globo, las estaciones que se renuevan, y en suma, los multiplicados torrentes de armonía, que ascienden hasta Dios, en su alabanza. Asi pues, cuando los poéticos seres que habitaban el paraiso, fijaron recíprocamente sus miradas, inspirados recientemente por un Dios, tocados en la frente por el mismo dedo que trazó al sol su órbita de fuego, hirieron la lira del amor: del amor casto; y la naturaleza, y las criaturas, y las plantas, y los elementos armonizaron de tal modo entre sí, que nunca pareció tan solemne el espectáculo de cuanto ha sido creado.

La poesía, que tiene por historia gran parte de esa tradicion, la poesía, que esparce un soplo divino en todo lo humano, ella, que se apodera de un siglo para hacerle aparecer en toda su magestad, llega por último, á ser el mas noble resultado; y no diré la armonía, sino la palabra infinita, en la cual se reflejan, todas las maravillas de Dios, y las obras del hombre: éste escribe sobre la arena de un desierto batido siempre por las tempestades, y Dios sobre una naturaleza que descansa en la eternidad: entonces, cuando la poesía conquista tal altura, deja de ser una palabra, y se constituye en revelacion.

Grave y sencilla en las primitivas épocas del mundo, sensible y profunda despues de la desorganizacion de las sociedades, noble y fervorosa con las bellas fases del Cristianismo, ella ha sido siempre el mas digno idioma del génio: la poesía, es decir, el conjunto de lo bello, de lo grande, y lo verdadero, es, como la pirámide mas alta, en el desierto de lo que no puede penetrar el hombre; y si preguntais al poeta, en qué consiste el arte maravilloso de sus inspiraciones, os responderá presentándoos el instrumento del que logra sonidos, del modo mismo que os contestaria el ruiseñor entonando su trino, la tór-

tola dando al viento su melancólico suspiro, la ola del lago, resonando suavemente, la flor exhalando sus perfumes, ó el astro de la noche, siguiendo en silencio, su admirable carrera. El hombre, es como cuanto le rodea: impenetrable en sus primeras causas: por otra parte, la poesía debe concebirse, tan unida al sentimiento, que no seria lógico imaginar un alma, en la que ambas facultades, no estuvieran encarnadas por decirlo así: el canto, y la plegaria, parecen ser los dones mas naturales del individuo: acercándonos á nosotros mismos, vemos, en el fondo de nuestro espíritu, una lágrima y un rayo de luz que la hiere: un dolor y una esperanza: nos alejamos, y la lágrima brilla en nuestros ojos al despedirnos del mundo, sonriendo aun, porque nos sostiene la esperanza de ver á Dios: el hombre, en fin, es como esos árboles que forman un himno con el ruido de sus vigorosas y verdes ramas, pero que ya en su cima, ya en la base del tronco, dejan ver las gotas de rocío que se han de evaporar: esas gotas, son, refiriéndonos al hombre, el símbolo de las lágrimas en el árbol del corazon: el hombre pues, canta ó llora; y hé aquí la inmensa escala del sentimiento.

Las épocas no carecen de él: mas ó menos aptas para dar una idea de las glorias ó desventura de las sociedades, no por eso dejan de prestar asunto al entusiasmo del poeta: no por eso carecen de una lágrima para que los ecos de la lira sean mas dignos de admiracion; porque el génio debe tener por escuela la desgracia, para que su voz penetre con fuerza en el corazon del que le da oidos: y sin duda, que en un siglo de tan raros contrastes como el en que vivimos, no pudiera, la poesia, determinar con exactitud su carácter, si no amoldara sus tendencias á la índole de la época que produjo á un Bonaparte y á un Chateaubriand: dos tipos: el uno de sentimientos, y el otro, de ideas. Y hé aquí, la apoteosis, por decirlo asi, del siglo: he aquí su mas genuina representacion: principios por una y otra parte, pero de esplicacion distinta: el poeta de la época moderna, no para que le sobrevivan sus cantos, sino para ponerse en contacto con la civilizacion de sus dias, en vez de emplear su númen, ora celebrando las delicias de la vida del campo, ora oyendo todos los ecos de esa naturaleza sublime que ostenta rosas y praderas, cumbres llenas de luz, y brillantes escenas, al estudiar el carácter del siglo, al ver los monumentos que sirven como de testimonios al triunfo y al progreso de la razon, al comprender el influjo de esa parte de sentimiento que va envuelta en el adelanto de todo culto, de toda religion, no puede, no debe, sino acomodarse á su siglo, porque el tiempo, es la patria intelectual del hombre: y puesto que la palabra, es como he dicho, la brillante nota, desprendida de la inmensa armonía de la creacion, preciso es la destine á realzar las conquistas del pensamiento y admirar por ejemplo, el rápido vuelo de las ciencias que, con el nombre

de exactas, legitiman mas que otra alguna, el orgullo del talento, elevándose de seguida, á las consideraciones que inspira el estudio de otras á las cuales sirve de guia la moral, pues vinculan su orígen en el de la providencia misma. Este razonamiento esplica el objeto de la segunda parte de las obras literarias que me cupo en honra, dedicar al Instituto de Francia: puesto que, nuestra época se identifica mas, con los progresos de las ciencias evidenciales, que con el de aquellas para cuyo cabal criterio es indispensable cierta buena disposicion de carácter, por lo mismo, que todas sus proposiciones descansan en el libre albedrio ó en los sublimes misterios de la revelacion, fué con el enlace de las ciencias exactas y la poesia, con lo que me atreví á dar principio á mi tarea, tarea emprendida por dignos ingenios, ha tiempo, pero bosquejada al tenor de los conocimientos contemporáneos y no al de los adelantos de nuestra era. La tarea, destinada ahora, al enlace de la poesía, con una parte del carácter general de la época en que vivimos, toma nuevas proporciones: cierto es, que el famoso descubrimiento de Isaac Newton, las fructuosas esploraciones de Cook, los desvelos de Ross, son dignos del aplauso de la h manidad: pero el heroismo de Juana de Arc, la aparicion de un C ateaubriand, la libertad de los pueblos, los destinos del alma, y finalmente el progreso maravilloso del Cristianismo, que brilla en la cumbre de todo saber, porque origina las mas bellas aspiraciones del espíritu humano, brindan asunto sobradamente merecedor de atencion, á quien como el autor de estas líneas, reciba, por uno de esos inesplicables movimientos del público, en pago de la pobreza de ingenio y medianía de estilo, pruebas inequívocas de honrosa benevolencia: por otra parte, mas difícil es, sin duda, descifrar el secreto de una vida, que el secreto de una ciencia, y creo se hace mas penoso sorprender á un siglo en su filosofía, al alma en sus arcanos, á Dios en los espacios y á Byron en su muerte, que intentar, como en la parte primera de estas obras, y admirando al autor de los *Cuadros de la naturaleza*, dar idea del enlace del universo físico y de las ciencias que de él tratan, con el carácter de la poesía.

Hay, en medio del movimiento de esos mundos que giran en las profundidades del espacio, hay entre las espumas del torrente que se precipita, en las hojas de la flor que embalsama la atmósfera con sus perfumes, en los últimos rayos de un sol moribundo, cierta vida, impalpable, por decirlo asi, para la inteligencia: cierto misterio que autoriza las estravagancias de la poesia y que hace enmudecer la lengua del filósofo. Cuando pensamos así, la voz del pájaro que tiende sus plumas sobre las aguas de las fuentes, tiene tanto influjo en nosotros, habla con tanta elocuencia, como pudiera hacerlo el eco de grandes generaciones: por esto es, que á los ojos de una razon superior, cabe tanta luz en un grano de arena, como en el vasto recinto de los cielos.

Dios pudo señalar un límite á la órbita del mundo; pero à la poesía dió por órbita, la eternidad del pensamiento: ella nos conduce á consideraciones que lo abrazan todo: y cuando extasiados ante el cuadro de una naturaleza llena de lujo y magestad, cuando oimos los ecos del viento, ó el murmullo de las flores y las aguas, deseando analizar nuestras mismas sensaciones, querriamos penetrar, no ya el misterio, la vida en fin, de las nubes y las plantas, de las aguas del rio, ó de la escasa luz de las noches polares, sino la vida de la historia, los secretos del corazon humano, la magia poderosa, la atraccion irresistible del dogma augusto de nuestra religion; busca entonces, el pensamiento, como las águilas, las cumbres mas próximas al fuego del cielo: la naturaleza que antes habiamos podido estudiar del modo que es en sí, con su órden pasmoso, y sus leyes determinadas, se desarregla y se aumenta: si al examinarlas, con el frio compas de las ciencias demostrativas, dijimos, que el iris se forma, por la reflexion y refraccion de los rayos del sol en una nube, si asentábamos que el mar decrece y se eleva por las atracciones combinadas del sol y de la luna, ahora, obligados á ser mas poetas, por lo mismo, que tropezamos con un menos fácil enlace, como es el de las ciencias morales con la poesía, diremos que el iris lejos de ser un fenómeno físico, no es otra cosa, sino la huella magnífica que dejan algunas veces los ángeles encargados por Dios de reanimar la enérgica llama del astro del dia: diremos que el movimiento del flujo y descenso del mar, no es, no, una consecuencia, del influjo combinado de las masas, sino la reverencia sublime que hace el océano, en medio de sus himnos, á una naturaleza brillante, que reside entre los astros y las nubes: si antes tuvimos una chispa de entusiasmo para cantar á Gama y á Keplero, ahora sentiremos estímulo mayor, puesto que esos grandes hombres se desvanecen ante la figura resplandeciente del Altísimo, que descuella, no entre los que descubren una fórmula mas para la geometría, ó un nuevo mineral en las entrañas del globo, sino mas allá de los que producen la Iliada, la Jerusalem, ó esos tratados llenos de filosofía moral, y que sirven como de Evanjelio, al corazon de quien se consagra al triunfo de la virtud.

La agonía de Sócrates, las ilusiones de Colon, el porvenir del pensamiento, la faz de las sociedades, ocupan lugar mas elevado, lo repito, que las esperiencias de Arago ó la verdadera determinacion de las diversas latitudes de la tierra: una circunstancia se hace indispensable, para dar cumplida cima al trabajo: el sentimiento: dificultad inmensa, porque ese don es providencial y no puede adquirirse én el mundo, si antes no se recibe del cielo.

La lógica natural de los sucesos, deja garantido el progreso de que he tratado: las ciencias, como dice un ilustre moderno, llevan consigo un principio de destruccion, dado que el sistema establecido

hoy, queda mañana, variado ú olvidado enteramente, por haber surgido una demostracion, ó un descubrimiento en contra, pero decisivo : mas, la superioridad de un dogma reconocido y acatado desde siglos remotos, la fisonemía y brillo de una gloriosa época, las nobles, aventuradas esperanzas de la libertad del alma, y los triunfos de la verdad, no cambiarán sino con la providencia, no podrán morir, sino con la muerte del mundo. Podria quedar en olvido, ni aun siquiera debilitarse, la filosofía de Job, el poeta del desierto, al conservar intacta la virtud del alma, habiéndola espuesto de la manera mas peligrosa?... Llegariamos á alterar, ni tan solo en uno de sus episodios, el lastimoso drama de la pasion del Nazareno, si están representados en él, los destinos de la humanidad?... Finalmente, desapareceria el Sér, orígen de toda ciencia, de toda moral y de todo sentimiento, Sér, misterioso, que ha dado alas al tiempo, sublimidad al océano, ecos al bosque, luz al génio, encanto á la soledad, y plegaria contínua al corazon de toda criatura? No : su nombre subsiste á la destruccion de los Pelasgos, revive despues del choque del oriente y del ocaso, se oculta, se confunde, lo niegan ó exageran, pero resplandece al fin, despues de todo órden, y salvando los estragos de la conquista, en el Nuevo-Mundo, vuela á interponerse entre el dios de los Incas y la religion proclamada por el eco solemne de los siglos ; domina dos mundos, domina luego la tierra, y al iluminarla, la palabra del creyente, resuena en alabanza del Altísimo. Sí! el alma es como nuestro globo : cuando una parte de él está alumbrada por el sol, la parte opuesta está en la sombra: la Divinidad, es aquella region, en que por todas partes el alma está bañada en luz!

Mas, si Dios es la cumbre de toda idea, por qué estos trabajos literarios no comenzaron, presentando esa filosofía ya apuntada, ese enlace que sirve ahora de asunto?... la razon es clara y quedó indicada anteriormente. Esas nubes que vagan en el horizonte reflejando los matices de las flores, y los paisages copiados en los lagos, esos vapores llenos de luz, que se alejan gradualmente del cauce de los grandes rios, esas ligeras exhalaciones que se suspenden entre la tierra y el cielo, esas hojas arrebatadas por el viento y que tal vez llevan sobre sí la imperceptible semilla que quizá ha de germinar en tierra distante, produciendo un árbol á cuya sombra podria suceder que se firmase una paz igual á la de Tilsit, ó un combate semejante al de las Pirámides han hablado antes, de si mismos, que de Dios. Y porqué? Porque la idea del Altísimo, es preciso como á la perla que se busca en el fondo de los mares, buscarla allá en el fondo, de cuanto vemos, para reconocerla en toda su magnitud. Admirando primeramente el mundo que habitamos, mayor será nuestro respeto, cuando despues, rindamos tributo de veneracion, á quien puso nubes en la esfera y nubes en la inteligencia de los hombres.

Una palabra mas. « La poesía será la razon cantada; hé aqui su » destino por largo tiempo: será filosófica, religiosa, social, como las » épocas que el género humano va á atravesar: será íntima sobre » todo, personal, reflexiva, grave: no ya un juego del espíritu, ni un » capricho melodioso de pensamiento, en sí, ligero y superficial: sino » el eco profundo, real, sincero, de las mas altas concepciones de la » inteligencia, de las mas misteriosas impresiones del alma. » En este hermoso pensamiento de Mr. de Lamartine, están manifestadas la tendencia de este libro y las opiniones literarias de su autor: el volúmen primero, fué la obra del pensamiento: ojalá fuera éste, la del alma: para el pensamiento vivirán Newton y Laplace, Haller y Volta, Bonaparte, Cuvier y la inteligencia del siglo, las ciencias de aplicacion y los progresos del saber que de ellas nacen: para el alma, vivirán Homero y Milton, Byron y Chateaubriand, el sentimiento de la época, la filosofía y las preciosas esperanzas que la fé inspira. En cuál de ambos volúmenes, uno de los que, someto de nuevo á la indulgencia pública, hallará mi alma, su mas grata satisfaccion? en éste indudablemente: aquí se reflejarán mis sentimientos, como en el espejo del cielo, las formas del mundo: como en los ojos del que adora, la imágen de la muger querida: aqui tal vez, verá el que juzgue á la palabra, como una armonía, y al sentimiento como una revelacion, la inesplicable relacion que existe entre el vértigo del alma y de la naturaleza. Sí: el polvo que en remolinos se levanta y llega al cielo, las aguas que se atropellan por escalar las zonas del rayo, un vértigo tienen en sí y hablan en una lengua capaz de ser interpretada por el arpa del poeta: los afectos que nacen en nosotros, los instintos que nos guian, las pasiones que nos arrebatan, ese vértigo de toda vida, puede ser descifrado con la misma lira: pero aunque vinculada esté en esa relacion, la sabiduría de un destino, oscuro aun, para el hombre, alta satisfaccion sentirá, quien como el que ahora escribe, tenga anhelo de ver, entre los movimientos del mundo, y los del hombre, la carrera sublime de la humanidad, trazada por aquel que vive en las profundidades del espacio..... y en nosotros mismos

---

A LA POESIA DEL SIGLO XIX

HOMENAGE

A M. VILLEMAIN

SECRETARIO PERPETUO DE LA ACADEMIA FRANCESA

A. V.

A LA POESIA DEL SIGLO XIX

¿Dó está del grande Homero
La sombra celestial?... ¿dónde el sonido
De la bélica trompa, libre impera,
Mientras, del sol, al rutilante giro,
Salvando tiempos, con asombro miro
Seguir al mundo, su eternal carrera?

¿Dónde el crugir sonoro
De los carros que Aquiles conducia,
Al sol, las flechas, al partir, cegando;
Grecia, su huella, por dó quier dejando,
Y del bardo de Ilion al claro acento,
Hirviendo del Olimpo la montaña,
Y hablando un dios desde su eterno asiento?

Y tú, que diste vida
Al ángel bello de la sacra gloria,

Donde la sien regocijada ostentas
Virgilio sin rival, que tras la impía
Degradacion de Roma pecadora,
En rayos mil mientras tu voz cundia,
Diste luz á los cielos, gloria al dia
Y honor al siglo que te ensalza ahora?

Mas ¿qué concierto de repente suena
Y retumba en mi oido,
Como el trueno, de piélago atrevido
Que rueda indócil, sobre humilde arena?
¿Por qué contemplo en improviso valle
Al fiero Agamenon? ¿por qué se inflama
Sañoso el pueblo en derredor de Roma?
Ay! que esos ecos y tumulto hirviente
Que mi lira, hoy aclama,
Son el himno del ángel imponente
Que hiere audaz los bronces de la fama.

Dios, satisfecho de mirar el mundo
Por tanta gala y resplandor ceñido,
Con génio enardecido
Hizo á Cristo brotar: como en la hora
Que primera en el mundo resonaba
Cuando ese mundo en gérmen existia
Y á la palabra que el Señor lanzaba,
Su disco, el sol mostraba,
Y en torrentes de luz, resplandecia.

Y Cristo fué. Y en vez de que la tierra
La voz oyera del soberbio Aquiles,
O del pueblo romano
La lucha horrible y amenaza cruenta,
Cristo, palabras de humildad vertia:
Por manto, Dios, su sangre le indicaba:
La humilde cruz por pabellon le daba:
Y ante un cielo fecundo,
«Marcha (le dijo), que la fé es tu guia;
«Que Dios te dá cuando á sufrir te envia,
«Por tipo el hombre: por desierto el mundo!

¿No veis su huella por dó quier? y acaso
No escuchais esa voz que canta ó gime,
Profunda, universal, eco sublime,
Que del hijo de Dios, anuncia el paso?

¿No veis dos sombras levantarse en tanto
Que vibra tal acento
Brillando el Cristianismo mas triunfante?
¡Ved en los siglos centellear dos nombres:
Y mirad á la par dos grandes hombres
En las sombras del Tasso y la del Dante!

Cerca alientan de mí: ¿dónde en mi vuelo
Ambas me llevarán? ora percibo
Cien mundos, y recibo
Rayo feliz de inspiracion cristiana:

Y al escuchar purísima armonía
De Homero miro, el siglo que ilustraba:
La sombra de Virgilio, que cantaba
Cuando el mundo laureles le ceñia;
Al Tasso y Dante en inmortal sendero,
Y contemplo el destino verdadero
Del Númen de la escelsa poesía.

Y será que apagada
Su clara antorcha, sus fulgores niega
Al siglo que recuerda enagenado
Su antiguo resplandor? ¿porqué lloroso
Su faz oculta el Númen que suspira,
Fatigando la lira
Viendo esas sombras, timbres de la historia,
Y nuestro siglo al contemplar, vehemente?
¿Porqué llora doliente
Su ya pasada y celestial victoria?...

¿Le faltan sus colores
Al refulgente sol? ¿pierde natura
Su gala y magestad? ¿de las estrellas
Las antorchas vacilan? ¿de las ondas
Cesa á la par, el libre movimiento,
O en sombras la region del firmamento
Miran los ojos del mortal?... ¿no braman
Los aquilones, y al fragor potente
No hay asunto sublime, sorprendente,
Que haga del arte ennoblecer el nombre?

¡Si! — mas el arte en decadencia tanta
Juzga que el mundo no presenta galas
Dignas tal vez, de que el mortal se asombre.

¡Oh Númen sin rival: vuelve la vista
Vuelve la vista al mar: ¿no ves al lejos
Bañándose en reflejos
Un grande hombre que el Eterno inspira,
Que huella el ponto, que con rauda mente
Se eleva á Dios, y cuando ansioso mira,
Muestra á la humanidad, un continente?
Canta su inmensa, su fecúnda hazaña:
Canta la ilustracion: un mundo canta
Que de las olas ante el sol surgia:
Que allí hallarás inspiracion profunda,
¡Salve! diciendo en su felice sino
Al comprender su porvenir divino
El universo que en tu luz se inunda.

¿Un Aquiles te falta? Vé los montes,
Los anchos horizontes
Que reciben su luz, de etéreas salas;
Y á Wáshington ensalza, á quien corona
El águila del génio, que en la zona
De América inmortal, tiende las alas.
¡Falta un Homero, al vencedor sublime!
Embraza el arpa, y conmovido al punto
Ante tan grande asunto
Su muerte llora, y su grandeza dime.

¿No ves, empero, de radiante lumbre
Cubrirse en torno el cielo peregrino?
Torna tus ojos, y arbolando el lino
Precursor de la paz, entrega al viento
Sus pliegues suaves, y tu labio sea
Gloria del cielo, espanto del abismo,
Ya que suspende hasta su autor, el orbe,
La asombrosa impulsion del cristianismo!

¿Y eterno es tu dolor? ¡te ves postrada,
Divina poesia!
En asuntos efímeros usada
¿Y al cielo das, lamento de agonía?...
Canta en la tumba de Jesús, la suerte
Del grande dogma, que fundó constante:
Y para el eco de tu voz sonante
Haz impotente á la traidora muerte!

O bien admira, el vuelo prodigioso
De la alma inteligencia,
Que descollando en porvenir divino
Se lanza hasta su autor maravilloso:
Y canta á Guttemberg, que audaz detiene
El pensamiento humano,
Y á eternizar para los siglos viene
Un destello del Ente soberano.
Mira los hombres que tan grandes fueron:
Y al cantar sus empresas inmortales
Haz que se postre la ignorancia impura,

Ante la llama pura
Que derraman del génio los fanales.

Y grande el siglo se alzará, orgulloso
Con tu lauro y tu gloria, y á tu cumbre
Cual piélago de lumbre,
La voz del orbe subirá, vertiendo
Tú, por dó quier, magníficos cantares,
Cual van en medio de acordado estruendo
Volcando perlas los inquietos mares.

Y tu, Numen feliz, de cuyo lábio
La belleza en raudales se desprende,
Tú no verás en espantoso ocaso,
El sol que en áurea luz, brilla hechicero,
De Virgilio y Homero,
Del Dante altivo, y del sublime Tasso.
¡No! que tomando merecido aliento
Y en cantos mil alzándote arrogante,
Tú, Poesia, al desatar tu acento,
Coronando de luz el pensamiento
Egregia irás, hasta cenít radiante.
Que si es tu empeño levantarte osada
Hoy que humillan tu sien resplandeciente,
Cobra nuevo vigor: canta extasiada
Al mundo, y á su Dios! y arrebatada,
Con mas bello laurel, orna tu frente!

DIOS EN EL ESPACIO

LEYENDA

DIOS EN EL ESPACIO

LEYENDA

Era una noche de perfume y gloria
Que resbalar sobre mi faz sentia,
De flores coronando mi memoria
Que en el amor, su porvenir veía.
Era una noche de silencio y calma
De inspiracion y de esperanzas bellas,
En que extasiada, se elevaba el alma
Con alas de querub, á las estrellas.
De esas noches que el Tasso contemplaba
Como arcanos de un mundo, no descrito
Ni por aquel que en mundos que inflamaba
Del alma humana, la verdad ha escrito.
Yo, la sentia deslizarse pura,
Dejando aromas é ilusion creciente,
Como el ala de un cisne en noche oscura
Sobre el trémulo espejo de una fuente...

¿Sabeis lo que es amar?... ¿en vez alguna
Sentísteis en el alma la mirada,
Mas tibia que el destello de la luna
De una muger, que vive enamorada?
¿Pudísteis concebir la poesía
Que guarda el alma que en silencio adora,
Cuando en la noche, ó al brillar el dia
Muerta de amores, sin sosiego llora?
Oidme y responded. Y en un fecundo
Momento de ilusion y de delicias,
En que ilusiones os brindaba el mundo
Y una muger amante sus caricias,
¿Vísteis temblando, y seductora y blanca,
En su rostro una lágrima encendida
Como en la flor que del rosal se arranca
La limpia gota, del cenit caida?

Y decidme, ¿no amais este universo
De gala, de ilusion y resplandores,
Y el sol, y el mar, en cuyo espejo terso
Toma el ambiente, espléndidos colores?...
Y al eco de una voz siempre querida
Como á la voz de la muger primera
Que nos habló de amor, desvanecida...
Radiante de esperanzas y hechicera,
Admirásteis las olas de los mares
El disco azul del astro que declina,
Del ángel de los bosques los cantares
La voz del ave que ante el sol, se inclina,

Y en suma, este sublime monumento
Del Eterno en los hombros asentado,
¡ Juez inmortal, á cuyo eterno acento
Canta el poeta, ante su altar postrado ?

¿Quién no le adora? ¿quién?.. era una noche
Sobre el abismo de la mar tendida,
A cuyo aliento se cerraba el broche
De la flor, por los céfiros mecida.
Fresca la brisa, el aire trasparente
El cielo azul, la luna encantadora,
Sobre nave gentil, gallardamente
Daba al aire, mi cántiga sonora.
Jamás lo olvidaré. Yo, deliraba
Y un mundo de quimeras me fingía,
Cuando vi una muger que me llamaba
Y mostrándome el éter, me decia :
« Tambien supones que detrás del cielo
» Debe vivir un Ser de tantas galas,
» Que con sus ojos se ilumine el suelo
» Y se cubra de rosas con sus alas ? »

Calló y la contemplé ; vi en un semblante
De italiana espresion, dulce é indecisa,
Un labio austriaco, que al abrirse amante
Me llevó el corazon, en su sonrisa.
Y unos ojos yo vi, de azul de espumas:
Y una tez, de blancura nunca vista:
Y hallé en su mente arrebatada, plumas:
Y en tan bella muger, alma de artista.

Bajó la hermosa, sus gallardos ojos,
Y de la luna, al inmortal destello,
No ví en su rostro un ademan de enojos,
Y ví el oro de Lima, en su cabello.
Y al ver su pecho y su gentil figura,
Y al eco suave de la errante ola,
¿Quién eres?... yo la dije con ternura:
Y ella entonces repuso: — una española.

« Oyeme por piedad: sentí en un dia
» De cansancio, de tedio y de tristeza,
» Una voz que en el alma me infundia
» Algo de inspiracion y de grandeza.
» Y un corazon busqué: quise formarme
» Ese mundo en que vives y has dormido;
» Quise del mundo, rápida alejarme
» Y darte un corazon, no comprendido.
» Amo la vida, sí: miro dó quiera
» Algo que al alma sin cesar levanta:
» Busco una mente jóven y altanera
» Y el eco de pasion, de una garganta.
» No quieras saber mas: todo me inspira:
» Mi mente vuela... mi delirio apura,
» Que al himno de la mar y de tu lira,
» Eterno amor, mi corazon te jura! »

Calló y la contemplé. Su faz graciosa
Radiante luz de inspiracion brotaba,
Y de su labio en la menuda rosa
Lágrima blanca, sin cesar temblaba.

Y esa muger, en noche en que dormia
Y estaba mi alma de impresiones llena,
Aparecióse, y por su faz vertia
La luz brillante, del abril, serena.
Su cabello era luz... marfil su mano:
Pálida y bella me miraba atenta,
Al rayo de una lámpara; y ufano,
Mi alma sentí, de inspiracion sedienta.
—«¿Eres, Angela, tú?...» Y ella vestida
Con manto blanco, el cielo me indicaba,
Como en la noche en que en la mar tendida;
Su labio austriaco, aromas me brindaba.

—«Ven,» (me dijo) «y verás en otra esfera
» Una region mayor, de luz y encanto:
» Y de otro sol, la inestinguible hoguera:
» Y allí tendré para tu génio, un canto.»
« Yo te conduciré. Ven, te lo ruego:»
(Dijo): y como hombre que se mira atado
A estraña voluntad, me alzaba luego
Dormido siempre, y del amor llevado...
Y era una noche, de perfume y gloria
Que resbalar sobre mi faz sentia,
De flores coronando mi memoria
Que en el amor, su porvenir veia.
Era una noche de silencio y calma
De inspiracion y de esperanzas bellas,
En que al dormirme, se elevaba el alma
Con alas de querub, á las estrellas!

I

En una nube blanca, sobre el espacio alzada,
Siguiendo yo, los pasos de mi gentil vision,
Y en sus brillantes ojos, posando la mirada,
Hiriendo el arpa mia, di al viento mi cancion.
Salimos de este mundo: y en tanto que impulsada
Rodaba en el vacío la blanca embarcacion,
Le dije á la española, de frente iluminada,
De manos de azucenas y eterna seduccion.

« Ondina deliciosa del mar de la existencia:
» Dó llevas á tu errante, tu férvido cantor,
» Por medio de horizontes de lúgubre apariencia
» Sin que mis ojos miren, del sol el resplandor?
» Detente, pero escucha la plácida cadencia
» Del arpa que estremezco tan solo por tu amor,
» Oh luz de mis pupilas! y flor de una creencia
» De encanto que no muere: de hechizo inspirador.

» Detente, y que tu mano sobre mi labio vierta
» El néctar de esa boca que aroma da al jazmin:
» Sin ti, creo, bien mio, la eternidad, desierta
» Porque en tu frente miro, la luz del serafin.
» Oh, Angela! ¿te acuerdas cuando al mirar incierta
» Del mar el ancho espacio, y el cielo, y su confin,
» De halagos coronada, de amores casi muerta
» Para tu afan no hubo, ni término ni fin?

» Entónces yo entonaba, palabras cariñosas
» Que hendiendo los espacios, cual lluvia de coral,
» Cayeron como gotas, que bajan luminosas
» De la brillante copa, de un árbol de cristal.
» En ellas encontrabas, las flores primorosas
» Que nacen en las cumbres del Atlas inmortal:
» Mis versos eran astros: mis versos eran rosas
» Cojidas en los parques de un príncipe oriental.

» Benévola premiabas mi amor por tí fecundo:
» Benévola en mis versos, cifraste tu ilusion;
» Y fué para tus ojos, la vida todo un mundo
» De gala y de armonía: de luz é inspiracion.
» Tu alma, me llenaba de un éxtasis profundo:
» Soñaste tú ¿no es cierto? con férvida ambicion,
» Un cielo de grandezas y un sol nunca infecundo
» A cuya luz brillante cegaba el corazon?...

» Atiéndeme: yo creo que el alma no perece,
» Y que hay para su gloria, la perfeccion cabal,
» Que la virtud sublime, por ámbito merece,
» Para sentir un rayo, de venturanza real.
» Y creo que la nube, que al fin se desvanece,
» Indica que Dios solo, bien mio, es eternal:
» Por eso, si un insecto sobre una flor se mece,
» Hay algo en eso mismo, que es providencial.

» Si un álamo suspira, si agótase una fuente,
» O si el rocío moja, la pluma, al ruiseñor,

» O si en las tibias hojas, de algun laurel naciente,
» El polvo se levanta, cual niebla de color,
» Yo creo que es tan solo, la mano omnipotente
» Del Dios que el horizonte, llenó de resplandor:
» Y pienso que así indica, que el mundo es solamente
» El tránsito á otro mundo, de perfeccion mejor.

» El canto y la plegaria, hé aquí nuestro destino:
» El modo de hacer bella, del alma la mision:
» El hombre es un creyente: Dios es un peregrino
» Que trázale á los mundos, eterna direccion.
» Cantemos pues, bien mio : cantemos en divino
» Momento de abrasada, sublime exaltacion.
» É impulsa tú la nube por lúgubre camino
» Si cumples con los cielos, que tu diadema son.

«¿Tú crees (dijo ella)» que el alma no es de tierra?
» Porqué? dónde los hombres que han perecido están?
» Despues de tantos siglos, despues de tanta guerra,
» ¿Qué fué de sus grandezas, y espíritu y afan?
» ¿Qué losa los conserva? ¿qué mundo los encierra?
» ¿Volaron? ¿dónde fueron? ¿perdiéronse? ¿vendrán?
» ¿Tu mente no se abate? ¿tu mente no se aterra?
» ¿Y á dó, tus pensamientos, para triunfar irán?»

»¿A donde?» (la repuse) «veré si ante un torrente
» Que caudaloso caiga con súbito fragor,
» No se alzan tus ideas, no elévase tu mente
» Como al sublime impulso de un brazo vencedor:

» Responde.—¿Tú concibes un Ser resplandeciente,
» Que al alma comunique raudales de fervor,
» Y que aniquile luego, su creacion luciente
» Tan solo por un gusto, maligno y destructor?

» Ordena (si es que crees, que el mundo se ha formado
» Por sí, sin el auxilio de una alta voluntad)
» Ordena pues, al hombre que vive confiado
» En su brillante génio, su fuerza y libertad,
» Que forme, solo un alma!—verás como postrado
» Al pié del génio humano, como ante gran deidad,
» Diré que el hombre es Ente de perfeccion dotado
» Y que por él es clara, la luz de la verdad.

» Pues bien: alguien existe: si el alma pereciera,
» ¿No habria en tantos siglos hundídose el error,
» Que ha sostenido siempre la humanidad entera
» De imaginar un mundo de perfeccion mayor?
» El cuerpo se destruye: ¿quién hendirá la esfera?
» ¿Quién sube á los espacios? ¿el néctar, ó la flor?
» Pues bien, el alma sola, lanzándose altanera,
» Y abandonando el cuerpo, se irá hasta el Creador.

» Qué importan esas luchas que el hombre ha sostenido?
» Murieron las naciones: los hombres á la par:
» Los cuerpos, á la tierra, de savia le han servido:
» Las almas, su equilibrio buscaron sin cesar.
» El alma se equilibra, tan solo, dó ha nacido:
» Hasta su Autor volaron: volaron sin parar:

» Vendrán ¡ hermosa mia ! si Dios fuere servido,
» De hacer, que en este mundo, se vuelvan á encontrar.

« ¿ Y es firme tu creencia ? » (Me dijo la preciosa
Vision, en cuyos ojos, el cielo, luz tomó).
« Oh si: » (la dije al punto). « Yo siento una fé hermosa
» Que es grande, porque nadie, bien mio, la esplicó.
» Y siento que si dejo de imajinar, radiosa
» Y por un Dios regida, la esfera que él formó,
» El alma, ya no es alma. Vacila tenebrosa
» Porque se enluta al punto, la zona en que brotó.

» Es cierto : todo muere : mas nó, muere la vida:
» No muere el movimiento : no muere esa igualdad:
» Concibe roto el mundo y el alma destruida.
» Aun queda el tiempo: y queda tambien la inmensidad.
» ¿ Y quieres tú, que el alma no exista, suspendida
» Sobre el espacio, el tiempo, la luz, la oscuridad?
» ¡ Siendo ella quien escribe la Iliada y quien no olvida
» Dejar grabada en bronces, su eterna magestad ? »

« ¡Oh! firme es tu creencia » (Me dijo prontamente,
La seductora maga, de hechizo sin rival):
« Te pregunté, lo juro, porque dudé impaciente
» De la alba fé que cantas » : y al punto angelical,
Con puras siemprevivas ornándose la frente,
Quitándome la lira y en himno divinal,
Con perfumado labio y en frase reverente
Alzó á la gloria eterna, su canto ya inmortal.

La oscuridad tan solo do quiera nos rodeaba:
La nube blanca, lenta veíase seguir,
Sendero que yo solo, con ilusion miraba
Porque cercano estaba, quizás, el porvenir.
Y el argentino acento, de Angela, sonaba,
En el gigante espacio que pude concebir,
Como la voz sonora, del ángel que le daba
A Dios, para hacer nubes, las tintas del zafir.

II

Piélago inmenso imaginad, sombrío,
Y en él, la nube que mi labio canta:
Y en medio á espacio, de tiniebla tanta,
Dos almas tiernas que su amor se dan.
Imaginad, un horizonte estenso
Como el que Milton describió, y profundo...
¿Dónde los astros? ¿la region del mundo?
¿Dónde los rayos del cenít están?

Espacios nada mas: ni bate el ala
El pájaro del bosque, ni su vuelo
El águila caudal, levanta al cielo
Que mis ojos no pueden descubrir.
La nube avanza: los gallardos pliegues
Del manto blanco, de mi hermosa guia,
Baten el éter, y en la mente mia
Miro su imágen celestial, surgir.

Y un beso asoma, en mi tembloso labio,
Y ella con gusto y con temor me mira:
Y acaso un eco de mi pobre lira
Del espacio atraviesa la region...
Y Angela, indica con su blanco dedo
El piélago insondable del vacío,
Y de alta inspiracion y de albedrio
Se inunda mi sensible corazon.

« ¡Monumento inmortal!—yo te saludo;
» Desiertos del espacio: que mi acento
» Resuene en el tendido firmamento
» Donde el Autor del universo está.
» Tal vez aquí, donde mi acento elevo,
» Otro tiempo, su planta Dios ponia,
» Y en tan sublime espacio, luz vertia
» El rojo sol que entre universos vá.

» Aquí el Eterno meditó el poema
» De la alba Creacion: aquí grandioso
» Realizando un poema tan hermoso,
» La eternidad del alma meditó.
» ¡Salve grandiosa soledad, do el tiempo
» Hacina siglos con robusta mano!
» ¡Donde descansa el Ente soberano
» Que al vasto mundo, porvenir le dió!

» Gracias, tambien á ti, dulce amor mio;
» Impulsa tú la nube que me eleva,

» Y que tal vez á contemplar me lleva,
» Santuarios de atrevida inspiracion.
» Pero yo miré tus brillantes ojos:
» Y de tu manto, la revuelta falda,
» Y el oro de tus trenzas, en tu espalda,
» Y en tu labio, la flor de una ilusion. »

(Dije). Y al punto en el espacio suena
Hondo, feroz, grandísimo rugido,
De la entraña del mundo, desprendido,
Y que en todo el espacio retumbó.
Callé y me estremecí : no era del trueno
El eco formidable, lo que oia :
Era una inmensa, ronca voceria
Que de miedo á mi espíritu llenó.

De miedo, sí: de confusion y pasmo:
Alguna vez sobre volcan rugiente
Visteis la tempestad y juntamente
Escuchásteis el trueno del volcan?
Pálido, aun mas que el génio de la muerte,
Y en un letargo vencedor, yacia,
De Angela en brazos... mientras Dios ponia
En mi alma ardiente, religioso afan.

Grande fué mi pavor : toqué mis sienes
Y ya volviendo de mi cruel desmayo,
En los ojos de Angela, vi un rayo
Aun mas que el cielo de mi patria, azul.

Y empero sorda y sin cesar rugiendo
La tempestad de gritos, me asordaba,
Y en tanto yo, los ámbitos buscaba
Donde es el cielo, un pabellon de tul.

Oí una voz. « ¡Qué triste es mi existencia!
» ¿Dónde está el Sér, que la desgracia calma?
» Noche en la Creacion: noche en el alma:
» Rayos derrame el huracan en mi.
» Fui padre lleno de virtud y gloria,
» Y mis hijos mi seno desgarraron:
» Ingratos á mi afecto, me olvidaron
» É imploro á Dios y me consumo aqui. »

» Ay! desgraciada quien rendida adora: »
(Dijo otra voz) « con emocion profunda
» En el amor confié, y ora se inunda
» Mi pecho, en cambio, de dolor fatal.
» Mi alma, mi vida, en mi delirio daba:
» Y en pago del afan que asi sentia,
» Me han quedado momentos de agonia
» Y acaso una prision ó un hospital. »

(Y resonó otra voz). «Hice en el mundo
» El bien que pude, y le tendi la mano
» A quien mas tarde se volvió tirano
» Y en la vergüenza y deshonor me hundió. »
Y lamentos y gritos y sollozos
Y confusion y escándalos y ruidos

Sintieron aterrados mis oidos,
De Angela en brazos, y convulso yo.

Y al estruendo infernal, se despertaron
Los siglos que en los ámbitos dormian:
Y gritos mil, sus sílabas reunian
Estallando impetuosos y á la par.
Y el siglo de Danton, alzó su frente
De torrentes de sangre coronada:
Y en medio del fragor, la carcajada
Del sabio de Ferney se oyó rodar...

Y el eco audaz del vigoroso Dante,
Rompió cual suele, colosal torrente,
Y un grito, á Dios reconoció ferviente,
Y otro grito, al Altísimo injurió.
Y Alfieri, Byron, Diderot y Goëthe
Al corazon con himnos asediaban,
Y truenos de lamentos reventaban
Y el espacio en sus ejes vaciló.

« ¡Tal es el mundo de los hombres!» dijo
La Vision que en la nube descollaba,
Y á su aliento de rosas, se impulsaba
La blanca nube que empezó á girar...
« ¡Tal es el mundo de los hombres!» dice:
Y de sus ojos rueda silenciosa
Lágrima pura, cual se vé en la rosa
El llanto de las nubes, resbalar.

Y la nube avanzó: tras mí quedaban
Los ecos, los quejidos, el estruendo;
Y en tanto, yo, con vértigo latiendo
Iba mirando, todo en derredor.
Iba, cual suele marinero triste
Que arrebató furiosa la corriente,
Y se vé conducido de repente
Lejos de ella, y á puerto salvador.

—

¡Llorad, almas que las alas
Posásteis sobre la tierra,
Por haber querido un dia,
Mirar la vida perfecta.
Llorad: vivimos atados
A una infinita cadena,
Y sobre sí, cada uno
Algun eslabon ¡ay! lleva.
No es el mundo el paraiso
Donde endulzadas las penas,
No hay para el alma dolores
Ni incertidumbres que asedian:
No: pues ¿qué valen la gloria
Los placeres, la riqueza
Si todo al fin, una lágrima
Tan solo no recupera?
Si al fin ¡ay! cuando lloramos

De cruel dolor, siendo presa
Ni hay corona que nos calme
Ni placer que grato sea?
¿Quien que engañado, vendido
Por sus amigos se viera,
Quien que mire su deshonra
Injusta, pero tremenda,
Deseará para que pronto
Sus dudas se desvanezcan,
De los laureles la hoja
O de la vida, las fiestas?
¡La vida! mar tempestuosa
Que fué superficie tersa,
Ornada de cuantas tintas
Prodiga la primavera,
Pero ¡ay! que súbito el hombre
Con mano ingrata y adversa,
Cubrió del lado en que vive
La humanidad toda entera...
¡Ingratitud! frase triste
Que solo duelos expresa,
Pero ¡ay! palabra que el mundo
Escrita tiene en su puerta.
¡Llorad sí, los que abrigando
Una ilusion rica y bella,
En el mundo de los hombres
Cifrásteis la dicha vuestra,
Vuestra esperanza y sus flores
Vuestro delirio y quimeras.

Llorad, sí.—Mas no en el alma
Alenteis la injusta idea
De que Dios está formado
Con nuestras mismas miserias.
Oidme. Veréis que grande
Cuando en el espacio impera,
El llanto que aqui brotamos
En otra esfera compensa:
Y ojalá que asi los hombres
Pagaran duelos ó deudas
Dando en cambio del ultrage
Su perdon y su clemencia!

III

En piélago divino
Do un Niágara de luz, alza su frente,
Y ante cuyo esplendor, fuera mezquino
De soles cien, el núcleo refulgente;
Cubriendo con sus alas
Toda la inmensidad... en un vacío
Que eje no tiene, porque el eje fuera
De la altura de Dios, vieron mis ojos
Al que formó la humanidad entera.

Vi su rostro sublime,
Y átomos mil y mil, puntos tan solo,
Perdidos en espacios muy profundos...

Y cada vez que en torbellino errante
Llegaban al Eterno,
Tocándolos con dedos de diamante
Se tornaban los átomos, en mundos!

Y entonces poseido
De santa inspiracion, al viento daba,
Cuando la blanca nube resbalaba,
De mi infecunda cítara, un sonido.
Y el Dios maravilloso
Puso en mis ojos, luz con su mirada;
Al contemplarme allí: y en un momento
Como del seno de acordado coro,
La voz de Dios, se pareció al acento
Que altas levantan, las campanas de oro.

« ¿Qué pides? » (dijo Él): y tú, bien mio,
Mi Angela adorada,
Pusiste tus palabras, en mi boca,
Dejándola con ellas, perfumada.
« Glorias á tí, Señor: mi canto suba
» A tu esfera inmortal: pido el secreto
» De tu existencia, que á mi génio inspira,
» Y un mundo busco, que realice eternos
» Los sueños; los delirios de mi lira. »

» ¿Ves tú (me dijo el Ente
Que al cielo le da luz) » ¿ves el espacio?
» Todo él, es mi palacio:

» De átomos mil y mil, cubierto esplende
» A mis ojos, y en él con gloria suma,
» Escritas deja en elevados rasgos
» Maravillas, mi pluma:
» Los vastos mundos, de prodigios llenos,
» Aquí, pacen radiantes:
» Y guardan esos Mundos, en sus senos,
» Cien testimonios, de grandeza y gloria:
» Sí! los impulse en perennal carrera:
» Y perdiéndose en vastos horizontes,
» Forman así la universal esfera. »

Y entretanto veia,
De sus manos brotar, blancas y bellas
Zonas de luz, entre pintadas nubes;
Y ya lanzando el resplandor del dia
Con disco centelleante, á las estrellas:
Y el poeta grandioso,
Como Rey del espacio, descollaba;
Y eran sus blancas manos, un torrente
Que súbito lanzaba,
Mundos cubiertos, de fragantes rosas
En sí llevando del Eternó el nombre,
Destinando moradas tan hermosas,
A la constante ingratitud del hombre!

Y un astro ví, que ante la sacra planta
Del sumo Dios giraba,
De allí partiendo sonorosos ecos,

¡Sublimes himnos de eternal ventura,
En cambio de la ronca vocería,
Que en medio del espacio y con pavura
Lejos del trono del Eterno oia.

« Mira el mundo de Dios! » (Angela dijo):
Y era verdad : el orbe que admiraban
Atónitos mis ojos, era un mundo
Donde su voz purísima, elevaban,
Las almas dentro de él, por Dios reunidas,
Que salvadas del fuego del Infierno,
Con rosas de virtud fueron ceñidas.

« Feliz quien toma en el Señor, aliento
» Y en él, fé generosa !
» Dios solo es grande, porque Dios infunde
» Felicidad, inspiracion y encanto,
» Y él es el Sér, que sin cesar difunde
» Nuestro férvido canto. »
(Y otra voz asi dijo). — « Aqui su lauro
» Halló, Dios mio, la virtud escelsa
» Que yo te consagré. » Y una armonia
Sublime se esparcia,
De dicha, y gozo, y júbilo, y fé santa,
Que vanamente mi laúd pudiera
Un momento imitar, y vano fuera
El esfuerzo mayor de mi garganta !

Que Dios al hombre le entregó la esencia
De su génio brillante :

El hombre cruel, se levantó irritado,
Y Dios de sombras le cubrió indignado
Su hermoso porvenir... por eso llora
En este mundo de miseria y pena:
Ni comprende á su Dios, ni es su alabanza
Eterna si le adora!...
Empero Dios, en su inmortal clemencia,
Ceño no tiene, cuando el alma sube,
Como en los aires, la cambiante nube,
Al trono de su augusta Providencia.

Ven, génio de la muerte:
Levántame en tus alas, y yo mire
Siempre á mi Dios y en el espacio inmenso
Donde por siempre el corazon le admire.
El alma es inmortal: que no perece
Su esencia milagrosa:
Existe otra region... en ella ostenta
Sus glorias la virtud, y en ella aumenta
El Dios eterno, su esperanza hermosa!

Recuerdo, Angela mia,
Que á tu aliento, la brisa voladora
Al mundo de los hombres ¡ay! volvia:
Torné á la oscuridad: entré en el valle
De lágrimas, del mundo, donde sufre
Opresa la virtud: y he despertado;
Y al quererme elevar despavorido

Al trono del Eterno, di un gemido,
Y al barro de este mundo, me ví atado.

Acude pues, y ansiosa,
Angela bella; y que tu aliento suave
Se esparza en mis sentidos, y me eleve,
Y súbito me lleve,
Hasta ese Dios omnipotente y grave.
O recorriendo mundos, sin enojos,
Haz que mi voz, infunda la esperanza
Si un rayo azul, en mis pupilas lanza
El volcan de zafiros, de tus ojos.

Y tú que hayas leido
En indulgente voz, mis pobres versos
Con albo corazon, de fé encendido!...
Ama; y verás que en noche en que oportuna
Muestre su disco, la redonda luna
Y estés adormecido,
Tu ídolo hermoso, brotará entre galas
Y alzándote en sus nubes trasparentes,
Quién sabe si por mundos mas lucientes
Lleno de gloria, tenderá sus alas!—

OFRENDA POÉTICA

Á

S. M. LA REINA DOÑA ISABEL II

A S. M. LA REINA

Señora.

Cuando V. M. se dignó dar oidos á dos composiciones poéticas, en las que estaba vinculado un sincero homenage de respeto, y cuando V. M. tuvo á bien, honrarme con una condecoracion que para mí, tuvo un mérito doble, muy lejos estaba de imaginar, que al escribir los adjuntos versos, que pongo á los reales piés de V. M. el fausto nacimiento de S. A. el Príncipe de Asturias, serviria de corroboracion á mi presagio poético. Por esta circunstancia, y no por mérito de ellos, suplico á V. M. admita con benevolencia, los versos que hice en Madrid, cuatro meses antes, de que la nacion española celebrara en S. A. el porvenir de una ilustre dinastía.

Ruego á V. M. que acepte este testimonio de veneracion y de gratitud, como la felicitacion mas sentida, de quien siempre tendrá presagios felices, al pensar en los generosos sentimientos de tan augusta Soberana.

Señora,

A L. R. P. de V. M.

Antonio VINAGERAS.

A S. M. DOÑA ISABEL II

REINA DE ESPAÑA

Si el águila en la altura, del sol enrojecido,
Oh Reina ! no desdeña la voz del ruiseñor,
Podrás, bella Señora, no dar fácil oido
Al eco de la lira, que pulsa un Trovador?
Oh tú, la que en sus ojos, al sol deja encendido :
La que en los lábios tiene, perfumadora flor,
Acoge el pobre acento, de un pecho agradecido
Y admite cuantos himnos, te brinde tu cantor.

Las aves de los bosques, me dieron su armonía,
Y sus diversos trinos, Señora, yo imité:
Las fuentes me inundaron, de casta poesía,
Y al trono de las nubes, matices le quité.
Tu imágen, en las flores, oh Reina, yo veia:
Brotaba siemprevivas, la huella de tu pié,
Y un ángel te halagaba con toda su ambrosía,
Y lluvia de azucenas, sobre tu faz miré.

Perdona pues, si viendo tu alcázar suntuoso,
Levanto con ventura, mi férvida cancion,
Que brota como un eco, que parte sonoroso
De ese azulado y alto, divino pabellon.
Perdona, tú que tienes, un astro venturoso :
Oh! tú, la de ojos dulces y noble corazon,
Gallarda favorita, del ángel delicioso
Que enciende las estrellas y al génio da ilusion.

Es cierto que tú tienes, la frente coronada:
Que ilustres servidores, su admiracion te dan :
Que fijas en dos mundos, la espléndida mirada:
Que pueblos de valientes, para servirte están.
Mas, dime; Reina jóven de lauros rodeada :
¿No tienes en tu pecho, devorador afan?
¿No gozas cuando miras, el ave enamorada
Que mécese en la copa, gentil, del tulipan?

¿No es cierto que quisieras, dejando los salones
De tu precioso alcázar, con ella sonreir,
Perderte entre los bosques, vertiendo inspiraciones,
Mirando un sol de llamas, en cielo de zafir?
¿No caen en tu oido, las plácidas canciones
Del ruiseñor que quiere, sobre el rosal dormir?
¿No hay horas que te alejan, de humanas seducciones
Y te alzan á una esfera, de etéreo porvenir?

Y el rápido murmullo, del vagaroso viento,
El trémulo suspiro, del magestuoso mar,
El rayo que se lanza, desde alto firmamento,

El himno de los bosques y brisas á la par,
Entonces no arrebatan, tu mismo pensamiento
Y te hacen de este mundo, la planta separar,
Amando esos paisages, que adora el sentimiento
Y que en el arpa solo, se pueden imitar?

Por eso yo me olvido, de guardias y señores
Y llego hasta tus plantas, confiando en el poder,
Del eco de la brisa, que vaga entre las flores,
Del ruido de las fuentes, que empiezan á correr.
Del himno de los cisnes, que brotan mar de olores:
Del trono de los astros, que en ti quieren caer,
Y canto humildemente, cual aves de colores
Que quieren, agradables al universo, ser.

¡Oh tú, la de sonrisa que el sol envidiaria:
La del redondo seno, y hechizo celestial:
La de gallarda frente y hermosa fantasia,
Y labios donde toma colores el coral.
Admite, Reina bella, mi pobre melodia,
Sonando en tus oidos, como eco divinal,
Y quiera Dios que sea, como la miel que envia
La flor de cien colores, al sol del Oriental.

La hermosa luz de la brillante gloria
Cubrió, Señora, tu serena frente,
Y abriéndose las puertas de la historia
La España entera, te aclamó fei viente.

La España, si; la patria esclarecida
De Ercilla y de Guzman, te contemplaba,
Y en tí cifrando, porvenir y vida,
Diadema de cien reyes, te brindaba.

Y tú que entonces, de infantil ternura,
Mostrabas lleno el corazon, Señora,
No presagiaste el sol de la ventura
Que yo celebro, arrebatado ahora.

Tú que le das á la nacion, camino,
Tú que mostraste á la nacion su oriente,
Angel de paz que desde el éter vino
Brotando aromas, bajo el sol luciente.

No imaginaste, no, que llegaria
Hora feliz de inspiracion suprema,
En que Dios, Isabel, te miraria
Como el rasgo inmortal, de un gran poema.

No imaginaste, no, que el Dios fecundo
Por cuya voz, el firmamento gira,
Nacer hiciera, como paz del mundo
Vástago ilustre, que esperanza inspira.

¿Me engaña el corazon? no, Reina bella:
Tú lo llevas en ti; tú Reina hermosa,
Asi cual lleva el rayo de una estrella
Entre sus hojas, la fragante rosa.

No me miente mi fé: te he concebido
Grande y gentil, benigna y salvadora,
Y he visto el astro, que soñé ceñido
De tu radiante luz, encantadora.

Un príncipe de espléndida mirada:
De noble corazon, cuya carrera
Dejaba en pos de sí, la luz dorada
Que fulgura, del sol, en la lumbrera.

La virtud en su faz; sus claros ojos
Despidiendo la luz que el génio encierra,
Y queriendo abatir, cuantos enojos
Puede á los tronos, preparar la tierra.

Asi lo imaginé: la España alzaba
Grave oracion, y entonces la veia
Mientras que en él inspiracion tomaba,
Amando al Dios que á los monarcas guia

Y adorándote á ti. Tú, que tan buena
Y tan digna de amor, te alzas triunfante:
De cuanta luz y de matices llena,
La rosa ostentarás, de tu semblante!

Ilustra tú su porvenir, y un dia,
Prosternándose España ante tu nombre,
Diga en himnos de paz y de armonía
Que á ti debió la pátria, un grande hombre.

Que á ti debió, las bienhechoras leyes
Que al orbe dan, felicidad cumplida:
Y que al frente del libro de los reyes,
Tu gloria eterna descolló atrevida.

Hazlo poeta; eleva el sentimiento
De su albo corazon: deshoja flores
Sobre su blanca faz, baña su aliento
De tu aliento de rosa, en los olores.

Y Madre y Reina elévate arrogante:
Y dale tú por premio á mi albedrio,
Que al recordar mi serenata errante
En tus brazos murmure, un verso mio.

Perdona pues, si viendo tu alcázar suntuoso
Levanto con ventura, mi férvida cancion,
Que brota como un eco, que parte sonoroso
De ese azulado y alto, divino pabellon.
Perdona tú que tienes, un astro venturoso:
Oh tú, la de ojos dulces y noble corazon
Gallarda precursora, del ángel delicioso
Que enciende las estrellas y al genio da ilusion.

Es cierto que tú tienes, la frente coronada:
Que ilustres servidores, su admiracion te dan,
Que fijas en dos mundos, la espléndida mirada:
Que pueblos de valientes, para servirte están.
Mas dime, Reina jóven de lauros rodeada:
¿No tienes en tu pecho, devorador afan?
¿No gozas cuando miras, el ave enamorada
Que mécese en la copa, gentil, del tulipan?

¿No es cierto que quisieras, dejando los salones
De tu precioso alcázar, con ella sonreir?
Perderte entre los bosques, vertiendo inspiraciones,
Mirando un sol de llamas, en cielo de zafir?
en tu oido, las plácidas canciones

Del ruiseñor que quiere, sobre el rosal dormir?
¿No hay horas que te alejan, de humanas seducciones
Y te alzan á una esfera, de etéreo porvenir?

Por eso turbo el sueño de Reina, tan amada
Por cuantos tu palabra pudieron escuchar!
Por eso yo te traigo, mi trova perfumada
Con néctares que exhala, Señora, el azahar.
Por eso pulso el arpa, Señora venerada,
Altiva y bella jóven que sabe cautivar,
Por eso en serenata mi frase trasformada
Me atrevo tu belleza, Señora, á celebrar.

¿Quién soy? débil insecto que ciega con tu lumbre:
Y sé que en tus oidos, mi canto sonará,
Perdiéndose cual eco, que llega hasta la cumbre
Del sol que lo desdeña, mientras luciente va.
Lo sé: pero entre esa gigante muchedumbre
Que en torno de tu trono, para servirte está,
Entre esa tan rendida y egregia servidumbre...
Un corazon mas jóven, por tí no latirá.

Admite de un vasallo, su respetuoso acento,
Y logre yo, que puedas mi nombre recordar,
Tan solo porque vibre, la música del viento
En torno de tus sienes, que miro rutilar.
Tal vez se haya estraviado, mi débil pensamiento,
Y un príncipe no puedas, al mundo presentar...
Mas Dios te lo reserva, cual claro fundamento
De cuanto yo en mis trovas, te pude presagiar.

Levanta en este mundo, tus vencedoras alas,
Oh ángel de la España! tesoro de ilusion:
Aumenten estos versos, tus femeniles galas,
Recuérdame un momento y admite mi cancion:
Y el eco que discurre, por las empíreas salas
Descienda hasta tu mismo, sensible corazon,
Y el ámbar, Reina bella, que respirando exhalas,
Perfume á las estrellas, que tu guirnalda son.

EL SUEÑO DEL GÉNIO

LEYENDA

EL SUEÑO DEL GENIO

LEYENDA

INTRODUCCION

¿Visteis azul, el pabellon del cielo,
Y en ese pabellon, la luz hermosa
Que lanza el sol, en el callado suelo?
Y visteis á la par, cimas de hielo
Luz reflejando de esmeralda y rosa?

Y oyendo en los espacios, la armonía
De torrentes, y pájaros y flores,
Y mirando á la vez, copiado el dia,
En fuentes cien, mientras gentil caia
Del cielo, un manantial de resplandores,

Al eco vago de agitado viento,
Entre bosques de nardos esparcido,
Contemplando la paz del firmamento,
¿No sentisteis brotar un pensamiento
En mar de gala y de ilusion nacido?

¡Qué? nada os dijo el corazon? sintiendo
Ora el murmullo de la brisa pura,
Ora del mar, el fragoroso estruendo,
No tuvisteis un himno, que ascendiendo
Fuera á perderse en la redonda altura?

No pensásteis en Dios? la libre mente
Pudo sin él, atravesar las salas
Donde reina la luz?—pudo vehemente,
No recordando á tan grandioso Ente,
Mirar sus obras y tender las alas?

Pensásteis, si. Que cuando Dios creaba
El ancho mundo que á su planta gira,
Al hombre, entre sus obras, contemplaba,
Y su palabra asi, libre brotaba
Al eco grande de su augusta lira:

«Reina en la Creacion: goza, y tu planta
» Descanse en ella, con cabal belleza:
» Pero mi gloria desde niño canta;
» Mírame por do quier, y al par, levanta
» Himnos fervientes de inmortal grandeza!»

Por eso á Dios el Universo adora:
Y cuanto en él, distribuyó la mano
De ese divino Ser, su nombre enflora:
Y el mundo entero, cuando canta ó llora
Rinde ovacion al Ente soberano.

No lo dudeis! en frase que resuena
Como preludio de eternal memoria,

Canta el insecto en oracion serena...
El átomo que piérdese en la arena,
Y el hombre en fin, que inúndase en su gloria.

Bella muger, á cuyo hechizo, siento
Que el aire que respiro, se embalsama :
Oh! cuántas veces al vibrar el viento,
Me infundiste, el hermoso sentimiento
Del alto Dios que inspiracion derrama!

Cuántas veces mirando las espumas
Que arrojaba en su curso la cascada,
Diste á mi inspiracion, bellezas sumas ,
Diste á mi mismo pensamiento, plumas ,
Dejando luz, en mi infantil mirada...

Entonces yo creí. Dios me cubria
Con cuanta luz, la creacion brotaba:
Y en tu frente suavísima, veia,
El astro de una santa poesia
Tan claro como el sol, que me guiaba.

Fuiste mi aparicion. Radiante velo
Mostró tu faz, para calmar enojos...
Era tu voz un gérmen de consuelo...
Y dije asi : — «para formar el cielo
Fué preciso tambien, formar tus ojos!»

Y no cabiendo perfeccion, en cuanto,
El débil hombre en este mundo crea,
Busqué ese Dios que con impulso tanto

Da matiz á la luz : al orbe encanto:
Al génio fuerza y siglos á la idea.

Y hallé al Señor. En medio de un camino
Alfombrado con rosas celestiales,
Vi al mismo Dios : al sacro peregrino
Que vive en el espacio, y da destino
A cuanto ven sus ojos inmortales.

Salve, Señor! —tu gloria solamente
Ocupa cuanto mira, el sol fecundo :
¡ Dichoso yo, que en himno reverente
Duelos olvido, y canto únicamente
Todo lo grande del Autor del mundo !

I

» Duerme en paz ! y si por dicha
» Mi imágen ves en el cielo,
» Y sueñas en tu desvelo
» Con mi infortunio y dolor,
» Si recordando los lazos
» De nuestro afan y ternura,
» Vés, bien mio, allá en la altura
» La sombra de tu cantor ;
» Si tornas á ver las flores
» Con que en un tiempo ceñia
» Tu alba frente ¡ vida mia !
» Lleno de hechizo y pasion,

» No rechaces la memoria
» Del hombre que te ha querido :
» De aquel, que tiene un gemido,
» De angustia en el corazon.
» Fuimos felices un tiempo:
» Puros é inocentes fuimos,
» Cubierta de luz tuvimos
» Nuestra esperanza inmortal.
» Y viendo hermoso horizonte
» Ornado de tintas bellas,
» Vi en tus ojos, las estrellas
» De un destino celestial.
» Y te amé. Y entonces era
» El mundo, preciosa cuna
» Que á los rayos de la luna
» Se mecia sin cesar...
» Y deshojábamos rosas,
» Y del cielo á los destellos,
» El néctar de tus cabellos
» Me obligaba á delirar.
» Duerme en paz! que todo ha sido
» Una sublime quimera :
» Fértil y bella pradera
» Convertida en triste erial...
» Duerme en paz, ángel de gloria
» Que ansioso de luz y galas,
» Plegó de pronto sus alas
» En mitad de un arenal!...
» Mas... alguien el hilo corta

» De tu vida, y me da el duelo:
» Alguien ahogando mi anhelo
» Te hace sufriendo, espirar.
» ¡ Génio oculto que encadena
» A sus caprichos la vida,
» Ella, que nació atrevida
» É independiente á la par!...
» Habla : tú que trasportada
» Estás en ignota esfera,
» Calma la duda primera
» De mi pecho y mi razon.
» Dime que un astro faltaba
» Del cielo en la azul cortina,
» Y que al punto peregrina
» Volaste á la azul region.
» Dí que faltaba un lucero
» Del Eterno en la corona,
» Y que eres astro, en la zona
» Del éter y el arrebol.
» Mas no apagues en silencio
» La fé del alma que un dia,
» La imágen de un Ser veia
» Hasta en el nombre del sol.
» Habla pues: mas no respondes:
» Y fria tu mano siento,
» Y no hay en tu pecho aliento
» Ni en tu faz, animacion...
» Y á par, con el gemebundo
» Suspiro de mi agonía,

» Siento que mi fantasía
» Se pierde en mar de afliccion...
» Una cruz hay en tu pecho:
» Una cruz! — acaso ha sido
» Recuerdo vago y perdido
» De amor mas espiritual?
» ¡ Oh no ! tan solo es la prenda
» Del martirio que te lanza
» A un ámbito de esperanza...
» Que alumbra un astro infernal.
» Oh tú ! que al mundo inspiraste
» De la cruz el gran poema,
» Haciendo á la cruz, emblema
» De esperanza y de perdon...
» ¿ Porqué si causa no hubo
» Para hundir dos almas buenas,
» Me ciñes tú, las cadenas
» De duelos, que eternos son !...
» Una cruz !... ¿ qué la valiera
» Su proteccion, á esta pura,
» Y angelical criatura
» Que para siempre perdí?...
» Su atmósfera era mi gloria
» Su recuerdo mi albedrio...
» ¿ Y has podido tú ¡ Dios mio
» Separarnos?... ¡ ay de mí !
» ¡ La muerte ! solo la muerte
» Queda al que amó, y ha perdido
» A aquel objeto, caido,

» Desde un cielo de ilusion.
» ¿Qué me valdrá que yo pida
» Por el mundo, y vacilante,
» ¡Angel mio! tu semblante
» Tu amor y tu exaltacion?
» Duerme en paz: duerme y espera
» A quien á tus plantas llora,
» A quien amor atesora,
» Y amor, digno de los dos.
» Que si mucho se retardan
» Las horas que tanto ansío
» Iré á tu lado ¡amor mio!
» Sin, la voluntad de Dios.
» Él tendrá mundos de fuego
» A su planta encadenados:
» Y espacios ilimitados,
» Y tiempo y eternidad!
» Pero si grande descuella
» Cual mi mente lo adivina,
» No es un Dios, pues no domina
» Mi espontánea voluntad.
» No creo en él: Dios me quita
» Un ensueño de hermosura,
» De encantos y de ventura
» Que gallardo imaginé:
» ¿Llanto brotarán mis ojos,
» Y ocultaré mis pesares,
» De la cruz de los altares
» O del Altísimo al pié?...

» No! no: sé tú, triste sombra
» De la muger que he amado,
» El único punto alzado,
» De mi vida en la estension,
» Y sé tú mi providencia
» Mi destino y faro hermoso,
» Que me indique venturoso,
» Alguna consolacion!...
Y enmudecieron los labios
Del que con pena sombria,
Al Creador dirigia
Palabra tan terrenal.
Y unos golpes escucháronse
Y unas palabras tan solo,
Testimonios de alto dolo
Y de zozobra fatal.
Recio cincel en la mano
Y en el alma la agonía,
Con el mármol á porfía
Lucha, quien lloroso está.
Y mientras en una alcoba
Pálido un cadáver mira,
Lo va imitando y suspira
Ciego de dolores ya..,
Y en esa alcoba fulgura
Moribunda y triste llama,
Que su reflejo derrama
Con pobre vivacidad.
Y sobre nevado lecho

Se contempla reclinado,
El cadáver rodeado
De sombras y claridad.....
Y ese cadáver un tiempo
Fué gala de los salones,
Incentivo de pasiones
Y entre flores, sol gentil.
Y tuvo serenos ojos
Que con el sol competian,
Y cabellos que caian
Del cuello sobre el perfil.
Y en ese rostro asentaba
La seduccion su belleza,
La juventud su pureza
Y sus encantos, amor.
Y para oidos que eran
Impresionables y suaves,
Tenian baladas graves
El mundo y el Trovador.
Pero ese rostro ha quedado
Sin elocuencia ni hechizos;
No hay ya perfume en los rizos
Ni en el labio, invocacion.
Y en vez del sol que alumbraba
Tanta gala y apostura,
Hay una llama insegura
De estraña fascinacion...
¿Qué es la vida? solo viendo
Una llama que agoniza,

El alma se esteriliza
Y cobra estraño temor...
La comparamos al punto
A la llama cuando espira,
Y el alma entonces delira
Con ensueños de pavor.
Sí : parece que tremenda
La muerte, sostiene errante,
De la vida, el sol radiante,
Y de la muerte, el fanal.
Y en medio de esas dos luces
Emblemas de ruido y calma
Navega el barco del alma
Por oceáno funeral.
¿Porqué pues tanto deseo,
Tantas locas ambiciones
Tanto afan y aspiraciones
Si es tan cierto el porvenir ?
Si luego bajo una losa
Que el mundo al cadáver diera,
Cabe nuestra vida entera :
Pues al fin, hay que morir :
Mas, hay mucho de solemne
Si el viento á intervalos, zumba,
De la llama de una tumba
Moribunda, en derredor.
Parece que avaro el mundo
De darle al alma un lucero,
La da el destello postrero

De su gloria y su esplendor...
Parece que entonces lucha
El alma, en mar tempestuoso,
Y un faro le dan tedioso
Que alumbre tan fiero mar.
Quién podrá con mente firme
Y en arranques no profanos,
Esos tan hondos arcanos
De la vida, penetrar!...
Ved: vacilante fulgura
Moribunda y triste llama,
Que su reflejo derrama
Con pobre vivacidad:
Y sobre nevado lecho
Se contempla reclinado,
Un cadáver, rodeado
De sombras y claridad.
En tanto mira el artista
El busto que ha concluido:
Y con ánimo oprimido
Llora en honda exaltacion...
Adios! (pronuncia) y tomando
El busto que construyera,
Y en el cual el génio diera
Modelo á la perfeccion,
(Dice así): pues tú mi dicha
Trasformas en desventura,
Y matas ¡ay! mi ventura
Vertiendo en mis venas hiel...

(Y esclamó al salir) pues eres
El tirano que adivino,
Tú no existes, Ser divino:
Y si existes, eres cruel!

¡Ay triste del que apaga
La lámpara preciosa,
De la alba fé, que brilla
Cual faro salvador,
Porque despues perdido
Y en mar tempestuosa,
Sus ilusiones pierde
De juventud y amor!

¡Ay pobre de la mente
Que arrebatada vino,
A un mundo impenetrable
Porque es, obra de aquel,
Que impulsa las estrellas,
Al genio da destino,
Matices á la aurora
Y esencias al clavel!

¿Qué valen los consejos
De la esperiencia grave,
Para acortar el vuelo
De su alta aspiracion?
¿Qué vale que le brinde

La misma fé, la llave
Con que las puertas abre
De todo corazon?

¿Qué vale que las plumas
Le corten á la altiva
Condor que hasta los cielos
La pluma tenderá,
Si luego con sus alas
Hará que audaz reviva
Aquel loco entusiasmo
Que la impulsaba ya?

El génio es el pirata
Del pensamiento mismo;
Cuando una vez se lanza
Por sendas ¡ay! de error,
Elévase hasta el éter,
Se hunde en el abismo,
Y criminal entonces
Se vuelve su dolor...

Hay almas que no pueden
Vivir, sino mirando,
Brillantes paraisos,
De gala y seduccion,
Como hay, aves que vuelan
Fascinadoras, cuando,
No escuchan de los truenos
La ronca entonacion.

Si acáso las agovia
Una liviana pena,
Se forjan una torpe
Filosofía, al fin,
Y atacan ese dogma
Que siempre, de luz llena,
Del alma las regiones
Sin senda ni confin...

¿Dó irás, tú, que has perdidó
Una vision radiòsa,
Que libre te ofrecia
Veneros de placer,
Si dudas de esa fuerza
O Providencia hermosa,
Que hace entre los astros
Al sol resplandecer?

Tú miras limitado
Del mundo el horizonte,
Y del Eterno, dudas
Y dudas sin cesar,
Y vanamente oculta
Su disco tras el monte,
El mismo sol que ha tiempo
Te hiciera delirar...

¡Que débil es el hombre!
¡Que flacas sus creencias!
¡Que pobre el raciocinio
Que lo alza al Hacedor!

El Ser que imaginaba
Cual luz de las conciencias,
Juguete lo hace luego
De su ira y su rencor...

El hombre audaz levanta
Pirámides que un dia,
Derroca la avaricia
Derroca la ambicion,
Y Dios hace la esfera,
Y el sol que nos envia,
Eternos manantiales
De luz y de ilusion.

¡Ay pobre de la mente
Que arrebatada vino,
A un mundo impenetrable
Porque es obra de aquel,
Que impulsa las borrascas
Al génio da destino,
Matices á la aurora
Y esencias al clavel!

II

Es noche, en que retumba, la tempestad sombria
Del cénit enlutando, la celestial region,
Y en que estremece el trueno, la bóveda vacía
De donde se desprende, rugiendo, el aquilon.
Es noche, en que el Eterno, velando los fanales,

A cuyos discos, diera, magní fico fulgor,
Tan solo deja ardiendo, sus huellas inmortales
Que ponen en el alma, zozobras y pavor.

Es noche de quebranto, de estruendo y desventura,
En que parece brama la misma eternidad,
Queriendo las esferas, lanzar á la aventura
Por ámbitos orlados, de escasa claridad.
Y es tal el hondo ruido, que el alma creería
Llegada ya la hora, del pasmo y confusion,
En que la Omnipotencia, pedir, debe algun dia
La historia de sus actos, á todo corazon!

Y el trueno me entusiasma: yo, gozo contemplando
A intérvalos, la curva grandísima, del mar,
Y viendo que las aguas, elévanse, chocando,
Como si en Dios quisieran, sus olas estrellar.
Y gozo, si de pronto, brotando centellea,
El rayo, entre cien nubes, que al alma den temor,
Y gozo, si de súbito, Dios relampaguea,
De las inmensas aguas, al bárbaro fragor.

No quiero un Dios, inerte: yo quiero un sumo Ente
Que pueda entre el misterio, su frente levantar,
Y pueda darle rayos, al sol resplandeciente
Y sobre el ala fuerte, del aquilon, volar;
Un Dios maravilloso, que en mundos superiores
Con sus miradas pueda, los ámbitos medir,
Y encienda los volcanes, y viva con las flores,
Y sueñe con jardines, de cielos de zafir.

El Dios que el grande Homero cuando cantó, veia:
El Dios que el fiero Dante, tan digno, concibió,
Y entonces, siempre sacia, mi jóven fantasía
Se elevará cual nunca, volando, se elevó.
A loro el horizonte, la eternidad, perdida
Allá donde los hombres no pueden ¡ay! llegar.
Y adoro cuanto nacé dotado de alta vida;
De vida que no tenga, ni fin, ni valladar...

Dejadme, que dé Homero contemple la figura
Sobre la mar gigante que trémulo cantó:
Y mire de Alighieri la faz, donde fulgura
Tal vez el vivo rayo, que á Job iluminó.
Decid, donde es posible del bardo lusitano
La vencedora frente, la inspiracion mirar,
Salvando su existencia, con el poema en mano
Y viendo allá en el Cabo, su gloria comenzar.

Lo bello, con lo grande, se hermana solamente:
A par, que de los truenos el formidable son,
A par, que de los rayos la luz que prontamente
Se oculta en el abismo y aterra la razon,
Admire yo, los ecos del arpa que pulsaba
Con arrobato Schiller, cuando cantó inmortal,
El entusiasmo pátrio, que ardiente propagaba
Brotando de sus venas, en claro manantial.

Ay! ay del que no mira sublimes horizontes
Ni goza con lo grande, de la alba Creacion,

Ni canta, cuando mugen las olas y los montes
Y aumenta Dios, del alma la libre inspiracion.
¡Ay de él! ¿de qué le vale la misma inteligencia
Si nunca la levanta, y á un mundo superior?...
Mirad á Bonaparte: su accion, sola, es su ciencia:
Su vida fué un poema de gloria y de dolor.

¡Aquella águila altiva que á Napoleon guiaba,
Primeramente en Francia, volando, se posó.
Despues allá en San Pedro, tormentas conjuraba.
Mas tarde allá en los Alpes, las alas levantó:
Despues en las Pirámides, la garra suspendia.
Mas tarde allá en el Atlas, al sol quiso cegar.
Y luego sobre el Mundo, sus alas estendia,
Y al lado del Eterno, se puso á descansar!...

Su vida fué un poema. No quiero un Dios que frio
Me infunda, ideas suaves y pobres, nada mas.
Yo quiero un Ser, que aumente mi fuerza y albedrío.
Un Dios que ni decline, ni eclipsese jamás.
Por eso te proclamo, Señor que Omnipotente
En esta noche hierves, sobre la ola azul...
Impulsas la borrasca: y apagas juntamente
Los astros engarzados, del cenit, en el tul.

Reina pues, la noche umbría
Y reina al par la borrasca,
Que miedo en la mente pone
Y cubre de pena el alma.

Reina la noche, y empero
Deslizándose en las aguas
Del Mediterráneo vasto,
Una nave, ora adelanta,
Ora de pronto sumerge,
La recia prora elevada,
En tanto que el marinero
Con voz que fallece, alza,
Himno puro que resuena,
De Dios en la esfera santa.
Resuena, mas de las olas
La cólera no se calma,
Y en tanto rebrama el viento
Y el Océano, rebrama,
Viéndose al lejos las rocas
Do puede estrellar la barca,
El mismo Ser que ilumina
A intervalos, mar tan vasta...
¡ Oh ! triste, triste es el eco
Del alma sin esperanza,
Que en un sitial agoniza
Demandando al cielo, gracia,
Que el cielo al fin le concede
En esa esfera azulada,
Donde Dios, virtudes premia
Con mano benigna y larga.
Triste es el ¡ ay ! de aquel niño
Que nacido en la desgracia,
Su misma madre abandona

En calle oscura y cerrada,
Para que encuentre otro seno
El hijo de sus entrañas !...
Pero es mas triste, el gemido
Que la tempestad arranca,
A aquel que entre cielo y olas
Busca salvacion, y halla,
Tan solo, trueno en la altura,
Y vértigo, en las oleadas...
¿ Quién por mucho que descuelle
Podrá, en noche sin bonanza,
Demostrarle su grandeza
Al marino, que se salva
Tan solo porque lo quiere
El Dios que mundos inflama ?
Y ojos ¡ ay ! habrá que ahora
Mientras que el trueno restalla,
Su mismo llanto contengan
No mirando dibujada,
De Dios la infinita sombra
En nubes, mar, y montañas
De espumas, que en remolinos
La pobre barca arrebatan?
Ojos habrá que no cieguen
Al ver la rápida llama ,
Del Dios que allá en las regiones
De la luz, sublime ata,
O encadena, á su pasmosa
Suma ciencia ilimitada,

Ora el astro que se eleva,
Ora la hoja que vaga,
La flor que matices pierde,
La razon quizá estraviada,
La espumilla, y la robusta
Ola que hierve y que brama?...
¿Oidos habrá que al eco
De la tormenta que estalla,
No escuchen ¡ay! del Eterno
La omnipotente palabra?...
Oh! menguado quien si oye
Al Niágara cuando lanza
Su formidable columna
Que se evapora y espacia,
En aquel ruido siniestro
Del trueno y la catarata,
De Dios, no escuche un acento
Sublime, que eleva y pasma!
Reina pues la noche umbría
Y reina al par la borrasca,
Que miedo en la mente pone
Y cubre de pena el alma.

» A qué turbando mi cansada mente
» Con los delirios de un amor fecundo,
» Tú que hiciste la luz: tú que igualmente
» Fuerza le diste y redondez al mundo,
» Vuelves á mí?... la nube de mi frente
» Y el llanto de tristeza en que me inundo,

» No te causan horror ¡oh ser que ahora
» Irritas la tormenta espantadora?...

» ¿Quién eres tú? ¿serás la inteligencia
» Grande, perenne, singular y osada,
» Que llaman en el mundo, providencia,
» Y á la que vive la razon, ligada?
» Y siendo tú, la luz de la conciencia,
» La justicia del orbe, ilimitada,
» ¿Matas un corazon? ¿hundes en cieno
» Un sol que fué, magnífico y sereno?...

» ¿Cómo podria al escuchar que brama
» El cavernoso mar, y brama el cielo,
» Consagrarte mi fé?... tambien su llama
» En mí, vierte el dolor, con cruel desvelo:
» Tambien aquí, sacúdese y rebrama
» Un mar de sangre que produce duelo,
» Y solo miro, cuando el viento zumba
» Entre el mar y los cielos, una tumba!

» Recuerdo triste de un amor perdido,
» Santa reliquia de un amor llorado,
» Ay! por quien lanza, un lúgubre gemido
» Mi pobre corazon, despedazado!
» ¿Será que nunca, de pasion henchido
» Mis ojos la verán? ¿nunca extasiado
» Aquella faz contemplaré, do ardia
» El fuego de mi misma fantasía!

» Quien una tumba levantó anheloso
» Entre seres, que tanto se adoraron,
» Imaginando un dios que cariñoso
» De flores inmortales, coronaron?
» Ella, era un ángel de ilusion gracioso:
» Los astros del amor nos alumbraron:
» Y el dios de entonces, sin disputa era
» El que adoró la humanidad entera.

» Un ser de paz, espíritu infalible
» De justicia, de gala y de primores:
» Un espíritu grande, irresistible,
» Cubierto de perfumes y de flores.
» Mas no es un Dios, el que al herir terrible
» La vírgen de mis sueños seductores,
» De hiel ingrata, mi existencia llena
» Y á su carro de estragos, me encadena.

» No: no es un Dios. Es él quien ha podido
» Las tormentas crear: quien ora lanza
» El rayo vengador ¡y es el que ha hundido
» En mi sensible pecho, la esperanza!
» Brama pues aquilon: á tu estampido
» El alma fuerte, varonil, avanza!...
» Sí! que al oir tu música severa
» Escucho el eco, de una voz guerrera.

» Y sueño al punto, en mi dolor contino
» Con una vasta, aterradora escena,

» Donde solo hay un Dios... ¡y es el destino !
» Y un mundo, en circo de caliente arena.
» Y oigo grito sin fin : y torbellino
» Miro vagar... y por hinchada vena
» Corre la sangre que ávida se irrita
» La mente incierta, cuanto mas medita;

» Desprecio al hombre : miro levantada
» La imágen del acaso : en ella creo :
» Fijo do quier, mi trémula mirada,
» Y eso no mas, en los espacios veo.
» Muger á un tiempo, hermosa, y enlazada
» A mi vida, á mi génio, á mi deseo :
» Oh ! no me esperes, no : mi pena mira,
» Y do quiera que estés, por mí suspira.

» Vuela al cenít, oh mar : y mientras ora
» Suplicando á su Dios, el penitente,
» Ensancha audaz, tu ola vengadora
» Y elévala hasta un sol, resplandeciente.
» Y si hay en el infierno, gemidora,
» Una vision, de borrascosa frente,
» Que ella enlutando las etéreas salas,
» Cubra mi misma tumba, con sus alas!

Calló : quedóse rendido
El mismo que un tiempo amaba,
Y que en Florencia dejaba
A un cadáver su ilusion...

Calmó el viento: serenóse
El ronco mar, y luciente
La aurora pudo fulgente
Dar grana á la azul region...

Y el himno de los marinos
En los cielos resonando,
Llevado por viento blando
Llegó á regiones de luz...
Y aquel hombre que en Florencia
Amor sintió, los oia,
Y negando á Dios, veia
Sobre el timon, una cruz!

Alguna vez sentisteis en el mundo
Opreso el corazon, pobre la mente,
Creyendo eterno, el sinsabor profundo
Del alma, un tiempo, juvenil y ardiente?
¿Visteis alguna vez, sin resplandores
La alta esfera del sol, luctuoso el cielo,
Odioso el bien, las rosas sin olores,
Y sin hechizos, cuanto muestra el suelo?
Y llorásteis: ¿no es cierto? ¿quién no llora
Cuando la mente al sinsabor se lanza,
Al contemplarse, sin la clara aurora
Que le sirve de faro á la esperanza?...
¿Quién entonces no gime? ¿quién tan frio
Que entonces ¡ay! no vierte prosternado

que injurió, de su albedrío
o; el llanto arrebatado ?...
e cifro mi veraz riqueza,
o, arrebatado llanto,
á hervir en mi pupila empieza
oz para cantar levanto,
adios á la esperanza mia
undo que miré extasiado :
veces, mi razon queria
mundo, de dolor cercado.
onocí. Y entonces bella
a, contemplé, mas pura,
z de la radiosa estrella
lo corazon, fulgura.
mpre, que cual negro velo
e, en ilusion sencilla,
tigando el desconsuelo,
to, rodar, por mi megilla.
ese Dios, que á la cascada
ía, y soles á la esfera,
y frescura á la enramada
l, cubrió la primavera.
el Hacedor : porque concibo
logia al Eterno, á Dios se ofrece.
rayo de su luz recibo,
uando á mis miradas crece.
anza, entonces me domina :
abla en elocuencia tanta...
do del aire, me fascina,

Y el eco de los truenos, no me espanta.
Alguna vez, mirásteis en el mundo
Opreso un corazon, pobre una mente,
Juzgando eterno el sinsabor profundo
Del alma un tiempo juvenil y ardiente?
Pensad que veis un pálido semblante
Que solo espresa, desventura, enojos,
Y que de Italia el sol, siempre radiante
Mirais de un jóven en los bellos ojos.
Alberto es: un hijo de Florencia.
¡Tierra fecunda de perfume y gloria,
Maldita por aquel, cuya presencia
De un siglo fué, la colosal historia!
Maldita por el Dante... ¡génio eterno
Que el fuego del abismo, en sí llevaba:
Y al fin creando un inmortal Infierno
Con esa luz, los siglos alumbraba!
¡Ay de la patria que una vez injuria
Al hombre cuya voz al cabo suena,
Y convirtiendo su palabra en furia
Hiere á su patria y de baldon la llena!
Mirad á Alberto: es él quien irritaba
Sobre la mar la tempestad sombría:
Alma de fuego, que una vez lloraba
Cuando la flor de su ilusion, perdia!
Vedlo reir, de todo cuanto lleva
Un rasgo en sí, grandioso y soberano...
De cuanto bello al corazon eleva,
Y á un cielo de verdad, nos alza ufano.

Vedlo reir !... y es él quien otro dia
Cuando en su faz, el gozo se pintaba,
Como nadie quizás, en Dios creia
Y mas que nadie, lágrimas brotaba...
¡ Ay del hombre infeliz ! todo él, es cieno :
Todo él, juguete de pasiones tales,
Que niega á aquel, que contemplaba lleno
De eterna luz, y maravillas reales !...
Y ved á Alberto en la inmortal Sevilla,
Patria feliz de Musas y pintores,
Nueva Florencia que sublime brilla,
Dándole al génio inspiracion y flores !
Vedlo en Sevilla, pues. Ya descreido
Sin fé, sin Dios, acaso se apresura,
A ser para los hombres, un bandido,
Y hollar toda virtud, con planta impura.

III

En un salon reducido
Pero de hermosa apariencia,
Puesto que en él las miradas
En todo encuentran riqueza,
En un salon que decoran
Plumas, terciopelo y sedas,
Y que silencioso acusa
A alguna dama opulenta,
Hay, de nácares formado

Y sobre redonda mesa,
Cuyo tapiz primoroso
Es del arte, bella muestra,
   Un candelabro: se miran
A su luz radiante y bella,
Cuadros mil de antepasados
Que en la noble faz, ostentan
   Aquella fé y heroismo
Que á los españoles diera,
Antiguamente renombre,
Prez y orgullo : lustre y fuerza...
   Una muger devorando
La Biblia, recorre atenta,
Las páginas misteriosas
Que hasta los cielos la elevan,
   Y en tanto, por la ventana
Que en el balcon está abierta,
La luna su rayo lanza
Desde su espléndida esfera...
   Mas quién ante los hechizos
De muger que asi enagena
Hará que callen, del arpa
Las melancólicas cuerdas?...
   Vaga por la blanca espalda
La flotante cabellera
De la dama, y en sus ojos,
La luz del cenít, riëla.
   Azules son; de esos lindos
Ojos que en el alma dejan,

Rayos que nunca se olvidan
Ni que copiarse pudieran,
Porque á veces solo un tipo
Naturaleza presenta,
Que no imitarlo sabria
Si formar otro quisiera.
Tez blanca como el armiño:
Manos que son azucenas:
Y sonrisa en que dibuja
Sus encantos, la belleza,
Ostenta la hermosa dama
Cuya juventud aumenta,
Los mil y mil atractivos
Que á la natura debiera.
Habeis decidme, admirado,
Esas gargantas de seda,
Donde se forman sonidos
Que son diluvios de perlas?
Y habeis contemplado el busto
De esas vírgenes supremas,
Y de idealidad, henchidas
Que Murillo concibiera?
Y habeis visto los perfiles
De esas ondinas que alientan,
Suspendidas en las rosas
Que engarza la primavera?
Pues tales son, los contornos
De la muger que bosqueja,
En tosco, infecundo canto

La cítara del poeta.
Y quién al verla tan pura
Y en oracion que severa,
Se aparta del bajo mundo
Y en las esferas penetra,
Alguna idea profana
Sentirá, que la limpieza,
Manche de cristal tan puro
Do la virtud se refleja?
¡ Oh ! sin duda que el divino
Poeta que el orbe hiciera,
Se recreó contemplando
De su alto númen tal muestra,
Y la dió pecho de tórtola,
Rostro, que al marfil afrenta,
Espresion indefinible
Y harta gala y elocuencia,
Para que el genio sublime
De la idealidad suprema,
La trasportara en sus alas
A las regiones etéreas!
Mas al hojear distraida
La jóven, el gran poema
Que Dios á Moisés dictaba,
Y que el mundo repitiera,
Ruido ténue, inusitado
Escucha la dama, y tiembla,
A tiempo que lanza alguno
Una carta, y para ella,

Por la ventana, do el aire
Murmura, y á espacio suena,
Como las fuentes, al rayo
Brillante de las estrellas!

Y la tomó: que es curiosa
La muger á quien han dicho,
Que es ella un lindo capricho
Del génio del Creador.
Y recelosa, y dudando
Y á la luz de una bujía,
Abrióla porque sentia
Secreto afan y temor.
Y en verdad encantadora
La hermosa jóven estaba:
Suelto el cabello brillaba
En prolongada espiral,
Y á medias cubierto el seno
Latiendo se estremecia,
Cual gota que inflama el dia
Sobre la flor de un rosal.
Y centellearon sus ojos
Al fijarse en la escritura,
Y su tez radiante y pura
De rosas se coronó.
Y trémula, pero en suma
Por la escritura, atraida,
Primera vez en su vida

Amoroso afan sintió.
Y leyendo, así decia:
» Tal vez buscando en el mundo
» Un génio audaz y fecundo
» De gala, amor, é ilusion,
» Tú conservas ¡oh Adelaida!
» Tanta esquisita hermosura,
» Y ese raudal de dulzura
» Que me anuncia el corazon.
» Ví la luz de esos luceros
» Que en su luz al sol inflaman,
» Y tus labios que derraman
» Amor y felicidad...
» Y ciego y arrebatado
» Por mi misma fantasía,
» Te consagré ¡vida mia!
» Mi amor y fidelidad..
» Oh! si tus labios sonrien
» Y si acaso, sin enojos,
» Me dan tus gallardos ojos
» Una esperanza no mas,
» Si revelando ternura
» Y amores ay! revelando,
» Mi cariño vas premiando,
» No te olvidaré jamás!
» Seré el espíritu errante
» Que calme tus sinsabores,
» Y mil coronas de flores
» En tu alba frente pondré.

» Y en tí, magnífica estrella
» Que mi existencia ilumina,
» La luz del cielo, divina,
» Para adorarte, veré. »
Y la carta cayó al suelo :
Y Adelaida ya confusa
Ni concede, ni rehusa
Al tierno galan amar...
Y en tan temeroso instante
Escucha al compás del viento,
Un melancólico acento
Dulce y trémulo á la par.
Y de la ventana cerca,
De la luna al rayo hermoso,
En un jardin delicioso,
Contígüo al mismo salon,
Mira entre luz y entre sombra
La imágen del que suspira
Por ella, y pulsa una lira
Entonando una cancion.
Y estática ante el hechizo
De la voz que allí resuena,
De afan y duda se llena
Y de alta ilusion gentil.
Y aquella cabeza donde
Se perfuma el mismo ambiente,
Y aquella serena frente
De rosas y de marfil,
Hoguera son donde luchan

Sus mas bellas tradiciones,
Su virtud y sus pasiones
Y su esperanza tambien!...
Que aquel hombre allí la dice
Que para su amor y gloria,
Hará eterna la memoria
De un porvenir, y un Edén.
   Un porvenir de ventura
Y un Edén de poesía,
Y dice y canta: — « daria
Mi vida entera, por tí.»
Y cuando la jóven bella
Pone en la Biblia su mano,
Dice él:— «¡ ángel soberano!
» Yo te adoro : piensa en mí. »
   Y ella al vapor, al incienso
De la lisonja, lo escucha,
Y en vano la triste, lucha
Con su misma obstinacion...
« No le ames » — dice su mente,
Que infortunios la predice :
Y la juventud la dice.
— « Conságrale tu pasion. »
   Porque hace tiempo que ella
Por vencerse se afanaba,
Y al cabo esperimentaba
Un impulso grato y cruel...
Quiso hallar un alma jóven
Poética y delicada,

Sensible y enamorada
Y á sus ilusiones, fiel.
Soñó un misterio glorioso
De ilusion y de ternura:
Y halló fatal desventura
En no amar con efusion...
Vió sin el amor marchitas,
Las rosas de la esperanza;
Vió sombra: no vió bonanza
En medio á su exaltacion.
¡Pobre gacela que llora
Por hallar la fresca fuente,
Donde poder suavemente
Llena de amores, gozar:
Pobre y bella tortolilla
Que ha soñado en áureas salas,
Tender las brillantes alas
Tan solo por delirar!
Porque hace tiempo que ella
Por vencerse se afanaba,
Y al cabo esperimentaba
Un impulso grato... y cruel.
Quiso hallar un alma jóven
Poética y delicada,
Sensible y enamorada
Y á sus ilusiones, fiel.
Y como no hace dos dias
Vió en un templo, como lleno
De afan, con rostro sereno

A un jóven, en él pensó.
Y como pudo de pronto
Agradarle su figura,
Y palabras de ternura
De sus lábios, allí oyó,
Acercóse con desvelo
A un divan, y en él sentada
Con voz casi entrecortada
Cantar quiso y responder :
Y de un arpa á la elocuente
Suavísima melodia,
De este modo ella decia
Entre zozobra y placer.
« Si son ciertas, glorias tantas
» Como tu pasion me ofrece,
» Tu mismo amor no merece
» Sino un eco inspirador.
» Porque puede allá en los cielos
» De su ilusion peregrina,
» Una esperanza divina
» Encontrar el Trovador... »
Y calló : y un sordo grito
Reprimió, pues indignada
De si misma, prosternada
Ante la Biblia, lloró.
A tiempo que el bardo errante
Por última vez heria,
El arpa, cuya armonia
A la hermosa fascinó.

» Sí: te prometo, preciosa ondina,
» Mundos de flores, do cristalina
» Tu imágen bella, verás radiar,
» Y como bálsamo, á mis enojos,
» La luz magnífica, de tus ojos,
» Me hará, Adelaida, por ti soñar.

» Adios Sultana, del alma mia:
» Tuya es mi gloria: mi fantasía
» Y hasta los ecos, de mi cancion.
» Guarda en tu mente ¡ puro tesoro!
» Que eres bellísima, y que te adoro
» Para entregarte, mi inspiracion.

» Si: te prometo, preciosa ondina,
» Mundos de flores, do cristalina,
» Tu imágen bella, verás radiar,
» Y como bálsamo, á mis enojos,
» La luz magnífica de tus ojos
» Hará que pueda por ti soñar.

» Adios! mañana, por el oriente
» Dará la aurora, su luz fulgente
» Y tú, mis cantos, aceptarás.
» Porque son hijos, de mis amores,
» Y tú que viertes luz en las flores
» En ellos, néctar y amor pondrás.

IV

Y mientras se pierde el eco
En el seno de la atmósfera,
Y el galan, se aleja lleno
De esperanza no ilusoria,
La linda jóven cayendo
Ante la Biblia y llorosa,
Postrada dice: « ¡ oh Dios mio!
Si te he ofendido, perdona. »

V

Seis meses han trascurrido
De amor y de venturanza,
Entre el amante rendido,
Y la hermosa, que ha querido
Premiar en flor, su esperanza.
Qué es la esperanza suprema
De un sensible corazon,
De flores gracioso emblema.
O tal vez el gran poema
Del alma y de la ilusion.
¡ Nave rica y alumbrada
Por un sol meridional,
Y que en mar ilimitada,
Va orgullosa y va guiada
Por un génio sin rival!

De muy gallarda figura
Y labios que hechizo dan,
Y de tan bella apostura,
Que es proverbial su hermosura,
Es Don Alberto Guzman.
Mas aunque de afan henchido
Ruega, á quien, le inspira amor,
Ha seis meses, que encendido
De afectos, lucha atrevido
Con la virtud y el pudor.
¡ Unico escudo invencible
De toda casta muger!
Fuerza siempre irresistible
Y que és al hombre imposible,
Imposible de vencer !
¡ Ay de la niña confiada
De un galan en la pasion,
Si se mira abandonada
Por el pudor, y asediada
Por una torpe intencion!...
¡ Ay de la tórtola ansiosa
Por águilas perseguida,
Cuando finge deliciosa,
Una zona que radiosa
De nárdos está ceñida !
¡Ay de ella ! y ay !... jóven pura
Adelaida enamorada,
Si tornas en flor impura,
La flor ¡ ay ! de tu ternura

Flor tan bella y delicada.
Sí: seis meses han corrido
De amor y de venturanza,
Entre el amante rendido
Y la dama que ha querido
Premiar en flor su esperanza.
La premia en flor, pues atenta,
Y de amores ya transida,
Llorosa, las horas cuenta
No viéndolo, y alimenta
Una esperanza querida!
¡Y qué triste, justo cielo
Es ver una niña hermosa,
De grave y fecundo anhelo,
Que sueña luz en el suelo,
Y amores, color de rosa,
Y halla en aquel que creia
Modelo de ensueño tal,
Un alma torpe y vacía,
Y una intencion ay! sombría
Y una ilusion criminal...
Que es criminal, el intento
Del galan que amor la jura,
Pues guarda en sí, un pensamiento,
Que hace injuria á su talento;
Y que infortunios le augura.
¿Mas que le importa al cumplido
Y entusiasmado amador,
Si ya torpe y descreido

Su talento ha envilecido,
Y duda, del Creador?
¿ Qué le importa el grato sueño
De la virtud temerosa,
Y su brillante beleño,
O el dulce, galano ensueño
De la inocencia preciosa,
Si un tiempo, tambien llevado
De inocencia y de locura,
Vió que el Eterno, enojado,
Tronchó el ramo delicado
De su amor y su ventura,
Y entonces ay! maldiciendo
Y dando nombre al destino,
Vivir quiso, pero riendo
De ese sol, que está vertiendo
Luz, del hombre en el camino?
Por esa duda, y ansioso
Bebe y juega sin cesar,
Y hunde en lodo vergonzoso
Un génio al que esplendoroso
Dios le quiso, plumas dar.
¡ Sueño del génio terrible
Que enferma á la sociedad!
Injusticia inconcebible
Contra un Dios, indestructible,
Que mora en la eternidad.
¡ Ay de aquel que no ha logrado
De ese gran sueño salir,

Y por el génio abrasado
Murallas ha levantado
Entre él y su porvenir!
Ved á Byron ¡ay! perdido
En ese sueño fatal,
En que niega decidido
Al Dios que nos ha infundido
La esperanza celestial...
Ved á Voltaire, que asentado
Sobre un siglo de alta luz,
Al vicio ensalza, y hastiado
Ofende á aquel, que agobiado,
De penas, murió en la cruz.
Ved á Musset, cuya frente
La juventud coronaba,
Mientras beodo y vehemente,
Cantando admirablemente
La gloria eterna insultaba...
No habrá tambien en el hombre
Algo oh Dios! que lo arrepienta,
Que lo eleve, que lo asombre,
Y lo haga digno del nombre
Que lo sostiene y lo alienta?.
Dios, permitirá que hundído
El pensamiento en el cieno,
Se revuelva enfurecido
Contra él mismo, que ceñido,
De luz, de gloria está lleno?.

VI

Nunca: jamás. Hay algo que nos dice
Que el Dios que vive en la radiante altura,
Y da matices á la llama pura
Del alto sol, que osténtase inmortal,
Es gérmen de verdad y de grandeza,
Y único Sér, que de distintos modos,
Forma el encanto y porvenir de todos
Los que le adoran, con hechizo real.

Reina la noche, y su gallardo manto
Salpicado de estrellas y estendido,
Ya por do quiera, brilla revestido
De gala cierta y de gentil fulgor.
Reina la noche: mensagera bella
Que al trovador le brinda inspiraciones,
Himnos al ave, y al laúd canciones
Que ascienden á los piés del Creador.

Y que hermosa es la noche, perfumada
Con las primeras gotas del rocío,
Tibia con los vapores del estío
Trasparente y suavísima á la par!
Cuando la luna derramando néctar
Sobre la copa de entreabiertas flores,
Prodiga rayos, y prodiga amores
Que al corazon obligan á soñar!...

» Oh! hay un Dios! que mente no le mira
» De tu sublime idealidad brotando,
» Ora en la luz que miro vacilando
» En la pluma del suave ruiseñor,
» O en el cristal de la sonora fuente
» Que reflejando del cenit la llama,
» Suena, y á Dios, al resbalar, aclama,
» Viendo la mente, un mundo superior?

» Oh! hay un Dios: ¿quién hizo las estrellas?
» ¿Quién este suave incomparable encanto
» Que me infunde la noche, y entretanto
» Al corazon, obliga á delirar?
» ¿Quién á la luna en los espacios guia
» Cuando rompiendo su inmortal carrera,
» Radia modesta, cual eterna hoguera
» Que logra, cien esferas, inflamar?

» Oh! hay un Dios!»–pronuncia lentamente
Alberto, al ver que en los espacios brilla
Tan magnífica luz, y en su megilla
Siente tibia, una lágrima correr...
Y se avergüenza de ella... Y enjugando
El libre llanto, con fiereza mira,
La esfera de cristales, por do gira
La alba luna gentil, que alcanza á ver.

Y blasfema tal vez... Mas en silencio
La noche con su magia le responde:

Y él confundido, ruboroso esconde
Su faz, á donde sube, su emocion.
Hay un Dios! hay un Dios!—al fin pronuncia;
Baja su frente, y al cenít mirando,
Siente que llora, y siente que gozando
Tiembla ante Dios, su mismo corazon.

Y silencioso, con dolor recuerda
Su vida, sus acciones, su injusticia,
Por fin, su amor: y piensa con justicia
En la accion que medita cometer...
Ay! ¿quién lo trajo á tan ameno sitio?
¿Quién, quién sino el amor? amor sin gloria;
Amor impuro, de fatal memoria,
Cuyo recuerdo, lo hace estremecer.

Sí: que á la una se abrirá una reja,
Y él al punto entrará: y haciendo lazos
De entusiasmo y amor, caerá en los brazos
De una muger sensible, angelical!
Y por un corto y bárbaro momento,
De impureza, vergüenza, y egoismo,
Juntos pondrán la planta en un abismo
Sin límites... profundo... funeral!

Y Alberto sufre; su conciencia grita:
Y el sueño de su génio rechazando,
Mira en el cielo á Dios, y va gozando
De un delirio sublime, inspirador.

Y su vida recuerda, y asi dice
Por su alma noble, súbito postrado,
» Perdóname gran Dios, si te he negado:
» Perdona pues, si te ofendí, Señor. »

Dijo:—y sonando la una
Oyóse al punto un gemido,
Eco triste y desprendido
De un temor y una pasion.
Y una puerta en breve abrióse
Y en el dintel apoyada,
Voluptuosa, enamorada
Apareció una vision.
Oh! ¿sabeis que siente el alma
Cuando á la luz no importuna,
De blanca, redonda luna
Miramos una muger,
Hermosa, y cuyos cabellos
En desórden separados,
Caen en hombros mal velados
Y que tiemblan de placer?...
¿Sabeis, que lucha profunda
Se establece en los sentidos,
Al escuchar los latidos,
De un virginal corazon,
Y al ver un rostro que bello,
Disipa rudos enojos,

Y al ver unos lindos ojos,
Que inspiran loca ilusion?
Y al verlos así, en un hora
De suave melancolía,
En que la alta esfera envia
Torrentes, de luz azul,
Y en hora en que delicioso
Con flores y gratamente,
Habla, el perfumado ambiente,
De los cielos, bajo el tul?
Alberto la vió: no pudo
Contener un ronco grito:
No era amor: era delito
De un deseo... harto fatal.
Que al ver aquella blancura
Aquel temblor y albedrío,
Y al oir un ¡amor mio!
De aquel labio de coral,
Y al ver el pié, mal revuelto
Entre la flotante falda,
Y el nácar de aquella espalda...
Al Hacedor olvidó.
Y viendo aquella preciosa
Y bien torneada cintura,
Amándola con locura
Ante Adelaida, cayó.
Y entre las manos la frente,
Y ante Adelaida postrado,
Quedó en silencio, asediado

Por una lucha infernal.
¡El cuerpo y el alma luchan
Disputándose el imperio,
De aquel sueño... aquel misterio
Tan magnífico é ideal!
¡Triunfó el alma! — y asi esclama
En voz quebrantada Alberto.
» Buscándote como el puerto
» ¡Oh Adelaida! de mi afan,
» Quise mirar en la tuya
» La ilusion de mi existencia,
» Y fuiste mi Providencia:
» Mi encanto: mi talisman.
» Y quise al fin poseerte:
» Y tu desgracia formando,
» Irte ¡amor mio! iniciando
» En cosas que dan pavor.
» Quise decirte que era
» Un error, una mentira,
» Ese Dios que ora me inspira
» Frases llenas de fervor.
» Mas, ese sueño importuno
» Mi mente rechaza ahora...
» ¡Mi vida! mis culpas llora
» Pues torno á mi antigua fé.
» Yo era jóven y en un dia
» De encanto y gala pasmosa,
» Miré una muger hermosa
» En Florencia, y la adoré.

» Y aunque es de español mi nombre,
» Nací en la pátria del Dante;
» Siento el génio: mi semblante
» Espresa mi inspiracion.
» Vi en un rostro de española
» Una espresion italiana,
» Y á imágen tan soberana
» Di mi amor y mi emocion.
» Mas esa luna que tiende
» Su rayo, en noche de estío,
» Y el eco que forma el rio
» Suavemente al resbalar...
» Y esas flores, oh! y en suma
» Ese Dios que yo percibo,
» Y del que ahora recibo
» La luz, suave y tutelar...
» Me han vuelto á mi fé primera
» Y me hacen ora brindarte,
» Casta vida, y halagarte
» Con glorias de alto valor.
» Perdona si en un instante
» Quise estraviarte en tu senda,
» Y ten en mi amor, la ofrenda
» Que te brinda el Hacedor!
Y dióla en la frente un beso:
Y de amores encendido,
Dejó caer en su oido
Una palabra, á la vez;
Y ella quedó apasionada,

Él despidiéndose de ella,
Y solitaria una estrella,
Del cielo en la redondez.

VII

Si habeis estado en la culta
Y encantadora Sevilla,
La ciudad de altivas torres,
Del arpa, y de los artistas,
Habreis sin duda, admirado
Las hermosas perspectivas,
Donde quizá el gran Velazquez
Halló sus mejores tintas:
Admirado habreis, sin duda;
Las mil riquezas moriscas,
Con que levanta su frente
La ciudad que ora me inspira.
El firmamento es su velo:
Y sus crónicas antigüas
La página ilustre, donde
Sevilla, su gloria cifra.

—

De paso, no celebrásteis
Su catedral, que esquisita
Parécese al grande acento
De todo un siglo de vida?...

Un sol de mayo derrama
Mares de púrpura rica,
Y la catedral ostenta
Galas que Roma la envidia.
Todo es tumulto por fuera
Y algazara y alegría,
Y la catedral empero
Se estremece, cuando giran
Los bronces, de las campanas
Que al claro cenít obligan,
A repetir los acentos
Que en el éter se disipan.
Está Sevilla de fiesta :
Y aunque ella, en sí es maravilla,
A maravilla la gente
Se inquieta y arremolina.

—

Mas ¿quién del ruido es la causa?
Quién la algazara motiva,
Y és objeto de los votos
Que por do quiera darian
Voces á la misma fama
Y fuerza á la gloria misma?
Es fama que un italiano
De muy ilustre familia,
Su mano, gozoso entrega
A una jóven que apellidan,
El sol de Sevilla, y bella

Como el sol que la ilumina;
Y en este momento el pueblo
Al salir la comitiva
Del templo, vítores alza
Y á los esposos admira.

—

Y tras el ruido y los coros
Los plácemes y los vivas,
Que en la atmósfera se pierden
Como músicas contínuas,
En un salon se reune
La nobleza esclarecida,
Y Adelaida en él, se ostenta
Con belleza peregrina.
Allí, las gracias y el lujo
Disputan ó rivalizan,
Y allí Adelaida descuella
Por lo grave y lo sencilla;
Pues con virginal corona
Y humilde fisonomía,
Con mil seductoras galas
Naturales, y sonrisa,
Donde el amor se dibuja
Y donde el pudor se pinta,
Radiante eleva su frente
Y cuanto contempla, hechiza.
Alberto á veces llevado,
Por su misma fantasía,

Al contemplarla, recuerda
Aquella muger querida
Que vió cadáver un tiempo
Y á esta, parecidísima.

—

Y en efecto: la española
Rasgos tiene, que reaniman
En él, el grato recuerdo
De aquella muger perdida,
Para Alberto, pero siempre
A sus recuerdos carísima.
El primer amor no muere
Ni del alma se disipa:
Para él, hay siempre una estrella
De amor y de poesía!
Pero en medio de una danza
Que el corazon le fascina,
Alberto, de ella se aleja,
A otro salon, se retira,
Y alzando una cruz que lleva
En su pecho, en voz que vibra
Dijo así: — « Y en este enlace
» La ofrenda de mi alma, mira!

—

Y quién sabe si del cielo
Separando la cortina,
Le oyó la bella italiana

Allá en Florencia nacida!
¡Quién sabe si aquel acento
Espresion del alma, viva,
Hizo abandonar la esfera
Donde el sol, rojizo brilla,
A aquella vision, que pudo
A un alma jóven, nutrida
De sentimientos, alzarla
A esfera de luz divina!
Si está todo, á Dios sujeto,
Un alma, de amor henchida,
¿No podrá bajar al mundo
Donde otra alma, suspira?

VIII

Es la alcoba nupcial. Allí do hermosa
Un paraiso la pasion augura,
De tintas bellas de color de rosa
Y de ilusion, donde el amor fulgura.
Es la alcoba nupcial. Taza preciosa
De aromas y de luz y gloria impura:
Impura sí, pero de hechizo llena
Que al corazon cautiva y lo enagena.

Es la alcoba nupcial, donde sus alas
El génio del amor, con gentileza,
Estenderá, para que brote galas

El corazon, sediento de belleza.
Donde la mente atravesando salas
Que corona el amor, con su grandeza,
Verá en un cielo de pintadas flores
La diadema gentil, de sus amores.

Y el aire es perfumado, y en raudales
La luz, de copas de coral desciende:
Y hay sedas por do quier: y en celestiales
Ráfagas de oro, el aire se desprende.
Y en mesas de marfil y de cristales
Adornos mil se ven, en los que esplende
La luz que vierten lámparas radiosas
De mármol hechas y donde arden rosas.

Y con ala de luz, la fantasía
Se eleva, como elévase la aurora,
Y atónita la mente, creería
Que en esa alcoba, que describo, mora
El ángel que á las flores las envia,
Color azul y grana seductora:
Y de mármol blanquísimo se mira
Un busto allí, que al trovador inspira.

Del arte gloria, de beldad modelo,
De perfumes, el busto está rodeado:
Y hay en la alcoba, el resplandor que el cielo
Entrega á abril, de flores coronado.
Y en cortinas de gasa y terciopelo

Se pierde el rayo azul, allí espaciado,
Y hay en recinto tal, tan grato ambiente,
Que convida á gozar, al alma ardiente,

Debe, sin duda, el que gozoso toca
A la muger que idolatró incesante,
Cuando con besos cúbrele la boca,
Cuando en sus brazos, la enamora amante,
Ah ! si no tiene un corazon de roca,
Gozar muy mucho, y porvenir radiante
Y tan bello mirar, que todo sea
Perfumes é ilusion, para su idea !

Y mas aun, si ya santificado
Su mismo amor, de rosas mal ceñida
Mira el esposo, de pasion colmado,
A la muger, pedazo de su vida.
Ved pues á Alberto, que entra acompañado
Por la dama gentil, que amor anida,
Y vedlo ya, con sobresalto y gusto
Allí mostrando á su Adelaida, el busto.

Pero ¡ oh prodigio ! al punto se animaron
De busto tan perfecto, las facciones:
Y sus labios de mármol, se agitaron
Y hubo en la dura faz, vida y pasiones.
Y los ojos del busto, luz brotaron;
Y Alberto allí, colmado de impresiones
Oyó decir al busto, que otro dia
Ante un cadáver y en Florencia hacía.

» No : no creiste que jamás pudiera
» Abandonar la altura, en que respiro,
» Aquella que en Florencia, y hechicera
» Te dió el amor por el que yo me inspiro.
» Mas héme aqui; salud ! y que la esfera
» En su primer, resplandeciente giro,
» Astros te brinde, en alta venturanza
» De inspiracion, de gloria y esperanza.

» De ti la muerte me alejó : y ardiendo
» De indignacion, al Hacedor negabas,
» Y de tan triste sueño no saliendo
» Tu mismo génio, Alberto; profanabas...
» Reconoce á tu Dios ! — él accediendo
» Mientras que tú, de su poder, dudabas,
» Me permitió lanzar, luz seductora
» En la muger que te idolatra ahora.

» Guarda este busto en cuya blanca frente
» Dios lanza un rayo de matiz divino,
» Y aquella cruz que hallaste, reverente
» Sirva de norte y faro á tu destino.
» Y pues que ya, veneras igualmente
» Al sumo Dios que radia peregrino,
» Felices sed ! y con fervor profundo
» Himnos alzad, al Creador del mundo.

Calló el busto. Y Alberto suspendia
Una dorada cruz, al cuello hermoso,

De la muger en cuya faz, veia
De un ángel bello, el rasgo delicioso.
Alto fervor el cielo le infundia
Y honda uncion, á su pecho fervoroso,
Ya comprendiendo, que no tiene calma
Si ofende á Dios y á la virtud, el alma.

Sublime canto de grandeza suma
Alberto, lleno de ilusion alzaba:
Ni pudiera escribirlo, humana pluma,
Ni mi débil razon, lo penetraba.
Y á ese Dios inmortal, que nunca abruma
Al corazon del hombre, lo elevaba,
En justa ofrenda, con desvelo cierto
Creyendo en Dios y en la virtud, Alberto.

¡ Feliz aquel que el sueño tenebroso
Del génio, nunca, en este mundo sienta :
Y desde niño, en canto religioso
Adore al Dios, que nuestras horas cuenta.
Y tú, siglo gigante, que orgulloso
Tiendes las alas por do quier, aumenta
Con nuevo ejemplo, la esperanza mia
Y no sueñes jamás, y en Dios confia !

SUIZA LIBRE

HOMENAGE

A S. E. EL MARQUÉS DE BRIGNOLE

Presidente del Instituto histórico de Francia

Su agradecido S. y amigo

A. V.

GUILLERMO TELL Ó LA SUIZA LIBRE

» Toma, vuela, fulmina,
» Tus iracundos rayos,
» Esclavitud feroz! — tu poderío,
» Sepulte de los pueblos el derecho,
» Y del Dios de los cielos, á despecho,
» Fatiga su valor: doma su brio! »

Así tremenda, con la faz bañada
En saña vengadora,
Clamó la Tiranía, en breve hora,
Y dejando á la tierra, amedrentada,
El paso vacilante
De súbito dirige, hacia el ocaso
Del sol enrojecido:
Sangre destila su terrible paso:
Rompe los aires, el letal gemido
De Suiza triste, que su mal deplora;
Roba la luz, al vasto firmamento
El abismo espacioso,
Y en sed de lucha, y espresion de ira,

La Tiranía, cabe el sol poniente,
Irgue la torva frente
Y á la indefensa víctima, ya mira.

¿Será ¡mísera pátria! que en tu seno
Se arraïgue al cáncer corrosivo, impío
De infame eselavitud, y su veneno
De horrorosa memoria
Te seque en flor, como ante sol de estio
Pierde una rosa, galanura y gloria?...
Tú, Dios eterno, que en el cénit miro:
Que con poder fecundo,
Haces que rompa su carrera el mundo
De Febo ardiente, regulando el giro,
Tú, soberano Dios, verás sereno
Que triunfe sin rival, la tiranía?

Del rico suelo donde en mar de flores
El sol, espacia el dia,
De una pátria infeliz que en sus loores
Y con dolor, á su tirano, aclama,
Ora escucha el clamor... ¿adónde es ido
¡Oh Suiza! tu ardimiento?
¿Quién con nube fatal, cubre tu fama?
¿Quién te da, dolor cruento
Y domeñó tu arrojo?... Calla! Calla:
No ya tu mano, limpio acero vibre:
Que como rudo bronce
Que herido por el címbalo, restalla,
Dices llena de angustia. No soy libre!

Oh! si dado me fuera,
Trasformarme en un Dios... guiar los astros,
Regir al sol que al universo envia
Torrentes mil de resplandor, do quiera
Oh esclavitud! que bárbara reinaras
Y tus enseñas de ignominia alzaras,
Con la llama de un sol, te abrasaría...

Pobre, abatida, con la voz de llanto
Te ves ¡oh Suiza! en tu dolor: hirviente
Tus columnas ¡oh Rhin! alza sonoro:
Danubio prepotente,
Soberbio Volga, las arenas de oro
Al escucharme, abandonad... y dando,
Sin trégua, contra el templo
Que á sí se erige la injusticia impura,
Recias las ondas á la par triunfando
Al mundo den, inimitable ejemplo.
No ya la virtud pura
Reina de Suiza se proclama, y bella:
Rugid, tronad: estrepitosos, ciegos,
Mirad vendidas, á la afrenta, al robo,
La doncella infeliz, la errante madre:
Baldonados los pueblos... ¡recias ondas!
Si es que el mortal, no parte furibundo,
Atrás dejando las madejas blondas
Ejemplo dad en la carrera, al mundo.

¿Pero qué? ¿no lo ois? eco del cielo,
Acento del Empíreo,

Es lo que siento resonar: do quiera
Que la sonante voz, vaga perdida,
Allí nuevo entusiasmo: nueva vida.
No es, voz de trueno que el cenít dilata,
Ni de los montes el robusto acento,
Cuando en sus senos, al hervir la lava
De truenos cubren, la region del viento:
Antorcha centelleante
Agita un génio que el Eterno impulsa
Trémulo al aire, el ondulante velo...
Y en heróico ademan, oid cual clama,
Los anchos ojos, dirigiendo al suelo.

» Volad, hijos de Suiza:
» Volad: volad á la desierta cumbre:
» Y del sol á la lumbre,
» Dadle á mis pueblos, el laurel luciente. »
Y una flecha silbó.—Suiza inflamada
Con el acento bélico, se inspira
Y apréstase á la lid: cual mar rebrama:
No como el mar!—Como Vesubio ardiente
Cuando al rugido colosal, potente,
Fuego y desolacion, solo derrama!

Vísteis al lobo, en inocente aprisco
Entrar y destruir? asi furioso
El enemigo osado,
Se arroja y lidia en la feroz pelea,
Y arden las torres, y la enorme maza

Retumba, al par, cuando de sangre llenas
Lanzas y flechas, con el sol compiten.
No hay vallas al furor: y haciendo muros
Con los patriotas que en la lid espiran,
Torres asaltan, los que el hierro empuñan.
Y espanto, muerte, asolacion arroja
La guerra en su furor: llorosa escucha
La triste madre que infeliz suspira,
Al hijo tierno que á su planta muere
Entre humo, polvo, escándalo y gemido:
El hierro sibilante
Cruza la esfera: la fatal tormenta
De súbito acrecienta...
Ultimo esfuerzo del patriota!... y corre
La roja sangre, á cauce desbordado...
No hay temor, ni ciar. La lid, aira
Al pueblo vencedor que cual la fiera
Salta, y devora cuanto allí respira.

Cesa el fragor: elévase arrogante
El padre de la luz... mas qué bandera
Nuncio de gloria y paz, muéstrase ondeante?...

» De ¡libertad! al grito que retumba
» Combata audaz quien de la patria cuida:
» Y hunda la frente en vergonzosa tumba
» El que á la augusta libertad olvida.»
Asi repite, el entusiasta pueblo
Que con entrambas manos,
Jura rehusar, á la suprema dicha,

Si ha de erigir altar, á los tiranos.
Y Suiza al punto, en aclamar ferviente;
Postrada al pié del fiero combatiente
Vencedor de Gessler, alza su lauro
Y corona su sien, ya refulgente.

» Honor á Tell: al Hacedor victoria:
» Suiza ya es libre: el orbe la proclama:
» Grande respira y se levanta al cielo...
» Proteja Dios, al vencedor sublime
» Que torna en gloria, el azaroso duelo.
» Yo le ví combatir: fuego sus ojos:
» Rayo la flecha, y el acento, trueno.
» La montaña salvó: fieros torrentes
» Le vieron sobre abismos suspendido,
» Y Dios oyó, la voz de su venganza:
» Lauros al vencedor, que Suiza es libre
» Y un porvenir de ilustracion, alcanza.»

Y al punto destronada
Cayó bramando, desde su alto asiento
La Tiranía: en tanto la mirada
Fija en el cielo Tell, y baña en lloro
La mano misma, que esgrimió la espada.
La patria, en himno que robusto suena
Lo admira: lo vé grande:
Cantos de triunfo sin cesar entona,
Lanzas y flechas con orgullo blande;
Señala á Tell, una inmortal corona,

Y esclama el vencedor.
» No, pátria mia:
» Yo la devuelvo á los que grandes fueron
» En la rabiosa lid: que no consiente
» Quien por la pátria, al triunfo se aventura,
» Lauro que pague su valor, ni ardiente
» Aplauso inmenso de ovacion futura...
» Suizos, cantad: pero si en vez odiosa
» La Tirania intenta,
» Por siempre hundir la libertad hermosa,
» Con una voz, un grito, un pensamiento,
» Sellad, ante las aras de la patria,
» Y á la gloria de Tell, el juramento!»

Y en triunfo, el pueblo, al vencedor suspende:
La montaña se enciende:
Restalla en ecos de feliz memoria:
Un pueblo libre, destruyendo reyes
Eternas funda, generosas leyes,
Y el mundo, estremecido,
Canta entusiasta, de fervor henchido:
« Lauros al vencedor! á Suiza gloria! »

LA PAGINA DE ORO

LEYENDA

LA PAGINA DE ORO

LEYENDA

INVOCACION

Almas sensibles, que arrebata el cielo
Con el amor, que al universo envia,
Quien suspendió, sobre el abismo, el suelo,
Quien da voz á los truenos, luz al dia,
Venid, colmadas de gallardo anhelo
Y al eco errante, de la lira mia:
Que en dulce verso, para daros calma
Una esperanza, infundiré en el alma.

No es, no, la voz de un Trovador ardiente
Que mundano placer, gozoso canta.
Os quiero hablar de esa pasion vehemente
De paz eterna: de ventura tanta,
Que gérmen es, de inspiracion ferviente!
Y con tal gala, al universo encanta,
Que pronostica en su afanar fecundo,
Un porvenir de bendicion al mundo.

Oh, faro de ese amor! dulce Maria
Tú de las madres, inmortal modelo,
Cuya lágrima, al orbe, le servia
Para elevar hasta el Señor su vuelo.
Diosa del Paraiso: poesia
En forma de ángel: luz de mi desvelo:
Vírgen con alas de querub. Señora,
Del génio y de los hombres, protectora.

Oye mi voz, que brota, en mi albedrío
Grave subiendo y hasta el sol radiante,
Como al rayo purpúreo del estío
Onda en vapor, de fuente resonante.
Oye mi voz, porque en tu fé confío:
Tú, sol de Jehová: luz centelleante:
Iris de paz del negro firmamento
Que tronó sobre el Gólgota sangriento.

Tú, guiaste mis pasos; tú, en mi vida
Derramaste á raudales la ventura,
Y niño aun, en arpa conmovida,
Te di llorando, mi infantil ternura.
¿ Quién mas digna que tú, diosa nacida
En zona tal, que en su cenit fulgura
El claro sol, que sin cesar rutila
Y en siglos mil y mil, su luz destila?...

A Cristo das el ser: y el orbe entero
En su carrera inmensa detenido,

Deja en la tradicion, rasgo hechicero
A tu milagro y tu virtud, unido.
Brota la religion, como un flamero
En siglos de grandeza suspendido,
Y la mano de Dios, cubre el profundo,
Asentando la cruz, sobre este mundo.

La cruz! la cruz: el árbol de la gloria:
La solemne espresion de un alma fuerte
Que agigantó la universal historia,
Dando inmortalidad, á toda muerte.
Cifra sangrienta y noble. Fiel memoria
De un astro gigantesco, que la suerte,
Nunca guió, porque en su claro sino
Dios fué su inspiracion! Dios, su destino.

Que asi cual rompe en mares turbulentos
Las recias ondas, orgullosa prora,
Siglos rompe, y en ímpetus violentos,
La cruz, del ateismo, triunfadora;
Avanza sin rival. Recobra alientos
En la gloria del cielo, vencedora:
Va delante del mundo. Rauda crece,
Y Dios, entre sus brazos, resplandece.

¡ Desciende pues, inspiracion cristiana
Desde los rayos de la suave frente,
De aquella madre, de quien libre emana
La eterna luz, de mi ilusion ferviente!

Nuevo David, en arpa que se afana,
Por verse digna de su Dios clemente,
Yo ensalzaré, pero en modesta lira
El amor de las madres, que me inspira.

Madre á quien debo el ser.—Madre adorada
A quien llaman los cielos, Valentina:
Flor de suave perfume, y conservada
Para mi amor, en copa cristalina.
La de la altiva y oriental mirada:
La de la negra trenza peregrina:
La de ojos dulces, donde el sol es llama;
Donde el ángel del bien, su frente inflama.

Tú, que en mi Cuba, me rogaste un dia
Pusiera en verso, la novela hermosa,
Que tantos rasgos, para tí tenia
De noble inspiracion y fé radiosa,
Acepta esta escritura, madre mia:
Y plegue á Dios, que en ánsia venturosa,
Brote de tus pupilas, ay! el llanto,
Con este humilde, religioso canto.

¿Sabes porqué, con pluma generosa
La pâgina de oro, yo he nombrado,
A la leyenda, que con fé dichosa
En Cuba y en Paris, te he dedicado?...
Porque es en sí, la página preciosa
De un escritor en lauros coronado;
Pues la novela en que tu fé circula,
El alma de una madre, se titula.

Salve otra vez ¡ oh madre salvadora
De todo un mundo que á tus piés gemia:
Orgullo del Oriente: blanca aurora
Que en los martirios de Jesus, lucia.
Salve por siempre: si mi voz sonora
Es para tí, gallarda melodía,
El arpa vibre con lozanas galas,
Y deja en mí, la sombra de tus alas.

Salve otra vez! — Y si por caso triste
La muerte me detiene en mi carrera,
Tú que las puertas de la gloria abriste,
Tú que me dabas, la ilusion primera,
Consuela ¡ay Dios! la madre que me diste
Y que al leer, mi cántiga postrera,
El himno de las madres en mi Cuba,
Cual grato incienso, hasta los cielos suba.

I

Hay, no lejos de un castillo
Que anuncia con su apariencia,
Un venturoso pasado
De aristocracia y grandeza,
De plantas rodeada y flores
Una seductora aldea,
Que admira todo el que pasa,
Por lo bella y lo modesta.
Parece al verla, que todos

Los males del alma, encuentran
Un bálsamo á los pesares
A quienes el mundo asedia.
Oh! y en verdad, que hay instantes
En los que, gran preferencia
Daría el alma, á una pobre
Y no habitada chozuela,
Que á un alcázar, rodeado
De perfume y opulencia,
Pues los palacios, son golfos
Donde la virtud se estrella.
Un médico de alta fama
Y muy clara inteligencia,
Vive en la aldea, que ahora
Mi débil pluma bosqueja.
Y en este momento, mira
Con intencion manifiesta
De curiosidad, á una
Casa, tal, que en toda ella
Lanza el sol, los resplandores
Con que ilumina la esfera;
Pues el sol, como el que solo,
Mirándose se recrea,
Halla placer infinito,
Halla grande complacencia,
Al ver que sus vivos rayos
Al lanzarlos, reverberan.
Y está el médico ocupado
En mirar, la casa bella

Que coronada de rosas
En silvestre enredadera,
Del sol, los dorados dardos
Como lo he dicho, refleja.
De la pradera sultana,
Del céfiro compañera,
En ella acumula gracias
La hermosa naturaleza,
Que animando lo que toca
O enamora ó enagena.
Mas el médico, á medida
Que la mira, se interesa.
Sí: nunca vió á Casa-blanca
De lujo y flores tan llena.
Pues ya adornada, y mostrando
Sus paredes con soberbia,
No tiene sombra de zarzas
Ni crece á su pié la yerba.
Y Barnabé, (que es el nombre
Del que hablo en mi leyenda)
Se deshace en congeturas
Mientras el pueblo, se crea
Mil caprichos, en que halla
La mente, sobrada tela,
Para propagar noticias
Muy dudosas, pero nuevas.
Corre entre el pueblo, que viven
En justa desavenencia
Un padre, y una obstinada

Y encantadora doncella,
Cuyos amores le causan
Al pobre padre, gran pena.
Y otros dicen, que en la noche,
De Casa-blanca la puerta
Abre, un tropel de fantasmas
De no vista corpulencia :
Y en suma, tales prodigios
El vulgo crédulo, cuenta,
Que si por ellos, en trozos
Caer la casa debiera,
No habria ni flor gallarda
En torno suyo, ni piedras
Donde dejar una lágrima
De recuerdo y de tristeza!
—Por mí, vendrán algun dia :
Dice confiado en su ciencia
El doctor, que de la Francia
Hace muy poco, saliera,
Coronando alli su estudio
De un modo que recomienda,
Sus talentos. Y entre tanto
De una ventana está cerca,
Viendo que no hay caminante
Que si á Casa-blanca observa,
O niño que si descansa,
Su atencion, y la contempla,
No la ponderen, gustosos
De haber visto tal vivienda:

Y asi, perfume aspirando
Y del sol ante la hoguera,
En una mañana clara
Llena de gracias y fresca,
Mora en su aldea, y medita
Hombre de tan raras prendas.

Reina abril: el sol, en otra
Mañana, con luz serena
Brilla magnífico, y lanza
Púrpura tal, que riela,
De las fuentes en las ondas
Y en las gotillas que tiemblan,
Suspendidas en las copas
De rosas y de azucenas.
Lleno al fin de ensueños gratos
Y de ilusion hechicera,
El médico se dirige
A Casa-blanca, pues cuenta
Con su génio, la familia
Que en esa casa se hospeda,
Para él desconocida,
Mas, que consuelos espera
De la ciencia, y la doctrina
Que todos en él aprueban,
Pues nada corto es el nombre,
Que al digno doctor, rodea.
Hay simpatías que nunca
Se descifran, ni se prueban,

Pero que existen, y honda
Raiz, en el alma echan:
Hay hombres que una vez vistos
Nos cautivan, y cadena
Dorada, al cabo nos ponen
Y atados á sí, nos dejan
Esclavos de sus virtudes
O de sus mismas miserias:
Y ¡ay de aquel que orgullecido
Le niega mágia tan cierta.
A eso, ¡que *simpatías*
Le llama débil la lengua;
Que tal vez niega enojada
Y con altivez la ciencia,
Pero que en sí los arcanos
De toda una vida encierran.
Por eso con fácil planta
Y con delicia secreta,
Barnabé, vá convencido
De que en Casa-blanca, alienta,
Un corazon, que sin duda
Se unirá al suyo, con fuerza.
Va á Casa-blanca, y el torpe
Vulgo, que siempre interpreta
Los sucesos á su antojo,
En comentarios se anega
Sin que la verdad sencilla
Ni adivinen ni comprendan
Los mismos que hablaban antes

De fantasmas y consejas.
Llegó el doctor, con sonrisa
De esperanza, y placentera,
A la casa que he descrito
Sin ficciones de poeta.
Llegó el doctor, y su gozo
Fué satisfaccion perfecta,
Al vér la casa; radiante
De lujo, y en suma, espléndida.
Lujosa, porque se miran
Cortinages, por do quiera,
Y adornos, que aunque denotan
Decencia, gusto y riqueza.
Con tal gracia colocados
Están, que imposible fuera
Al verlos, no celebrarlos
Con entusiasta elocuencia.
Y espléndida, porque brilla
Abril con todas sus perlas
Derramando en tornasoles
Del sol la preciosa hoguera,
Ya en tazas de clavellinas,
Ya en tazas llenas de adelfas,
Mientras juntas por el aire
Van mariposas y abejas.
Como lluvia de rubíes
Bajo un cielo de turquesas.
Y está Barnabé asombrado
Mientras que su mente vuela

Tomando del aire, alas,
Tomando del cielo, ideas.

Y al ver una bella dama
De gallarda, blanca frente,
Y un jóven que tiernamente
Pruebas de pasion, la da,
Y al verlos, de amor profundo
Y de ilusiones colmados
Ambos á la par sentados,
En un mullido sofá;
Quedó Barnabé, suspenso:
En silencio y conmovido:
Y tal vez de afan henchido
Algun amor, recordó.
Y al fin, venciendo el encanto
Que lo eleva y lo encadena,
Con voz simpática y llena
De amistad, los saludó.
Adelantóse el marido
Jóven de linda presencia,
Y casi con impaciencia
O mas bien con emocion,
Le dijo: — En vos, yo creia
Ver no un jóven: sí un anciano:
(Y estrechándole la mano
Le cautivó el corazon).
Caballero (el doctor dijo)
Sin embargo, con desvelo

Estudié, y un santo celo
Me obliga siempre á curar.
—Pues bien : á vos recomiendo
Un bien por mi tan querido :
Mi esposa, que me ha seguido
Y á quien no ceso de amar.
Que en vos encuentre un amigo
Pues lo requiere su estado:
Será mi afecto acendrado
De mi gratitud, la flor.
Y asi diciendo, el esposo
Miró á su dama, con duelo,
Y ella entonces en el suelo
Dejó caer, la labor...
De un niño la gorra era
Lo que en el suelo caía:
Blanca lágrima vertia
Ella, ardiendo de ilusion.
Y oprimiéndose las manos
Un suspiro se pidieron,
Y en un suspiro reunieron
Su delirio y su pasion.
No: Barnabé no habia visto
Muger tan encantadora:
La que mira, es seductora:
Son sus labios, un clavel.
Bajo pestañas de seda
Que al rostro bajan radiantes,
Miradas descubre amantes

De arrebato y de amor fiel.
Y son azules los ojos,
De la mujer que él admira,
De ese azul, que siempre inspira;
Como el azul de la mar.
De ese color que las aguas
Cuando bajan en torrente,
Dejan tan rápidamente
Que no se puede imitar.
Oh ! y es tal la dentadura
De la muger que arrebata,
Su mente, que casi es plata
Por su tersura y color.
Parecida á la de una
Española seductora,
Que ausente, recuerdo ahora
Con ilusiones de amor.
En torno á la sien caidos
Y en espiral sus cabellos,
Deja el aire, aroma en ellos
Y de ámbar y de oro son.
Alto el pecho, y delicado,
Late con tanta dulzura,
Cual pájaro que en la altura
A Dios le da su cancion.
Todo al doctor lo enamora:
Y lo que mas le fascina,
Es la virtud peregrina
Que espresa tan noble faz.

Y se siente tan colmado
De encanto y de poesía,
Que de amarla, se creería
Como á una diosa, capaz.
Y al fin, tomando un asiento
Que al doctor, el jóven brinda,
Hace éste, que aquel se rinda
Al gozo que le inspiró.
Y el médico lleno entonces
De amistad y finamente,
Gozosa y familiarmente
A la dama preguntó:

Qué edad teneis?—decid.—Diez y seis años:
—Señora, y el pais do habeis vivido
Es de climas variables?—He nacido
En Nueva Orleans y siempre la habité.
No lo estrañeis: con arrebato adoro
La pátria donde ví la luz del cielo!
(Y no discreta, con cabal desvelo,
Habló de Nueva-Orleans, llena de fé.)

Alli es el claro sol, mucho mas bello
Que lo es aqui: (la jóven pronunciaba)
Y suspirando, testimonio daba
De su sencilla, natural pasion:
Pero despues, en púrpura encendida,
Y casi incierta, y trémula y amante,
Dijo al doctor, con lábio vacilante,
Revelando en su frase, su emocion.

Mi elogio perdonad. Todo es hermoso,
Todo pais es grato, si se tiene
Un esposo que ama, y que sostiene
De flores lleno, un inmortal amor!
Y aun mas, si para lazo de ventura
Se espera un hijo. (Y en diverso idioma
Habló á su esposo, regalando aroma
Su lindo labio, trasformado en flor.)

Los tres al punto, en armoniosa lengua
Palabras llenas de amistad, cambiaron:
Los tres, á par, en la amistad, miraron
Todo un cielo de gloria, y un altar;
Y Barnabé se retiró.—Su ciencia
Les deja una ilusion, y una esperanza:
Y en mar de fë su corazon se lanza
Con afectos que lo hacen, delirar.

Sí: ya el misterio que ignoró, penetra:
Ya sabe quién habita en Casa-blanca:
Y ya su mente al corazon, le arranca
Palabras, de cabal satisfaccion.
Ya sabe dónde, encontrará de noche
Una familia cariñosa, atenta....
Y con delirio los instantes cuenta
Elevando al Eterno, una oracion.

Como ave errante, que lós mares salva,
Y al agitar la tembladora pluma,
Otra ave mira, sobre mar de espuma

Y al cielo van, sin vacilar, los dos,
Asi dos almas en el mundo alientan ».
Y á merced de opuestísimos amores,
De la existencia, los revueltos mares
Salvan, y llegan al dosel de Dios.

Dulce amistad: dichoso el que desea
Gozar contigo y contemplar la vida,
Como una senda que á buscar convida
El cielo donde mora. el Creador.
»Un ángulo me basta entre mis lares;
»Un libro y un amigo: » —asi decia
Rioja una vez, y á fé que comprendia
Que es la amistad, el porvenir mayor.

—

—« Oid, » (le dice con amable acento
En mañana gentil, mientras alumbra
Los espacios el sol, la bella Sara,
Á Barnabé que de admirarla gusta.)
« Oid, doctor: y que la historia mia
» Os haga conocer, que en vez alguna,
» Puede ser fuerte el corazon, si lleva
» En sí el amor, que á mi existencia impulsa.
» En hora grata, de recuerdos llena,
» Amé á Jacobo, y cielos de fortuna
» Los dos colmados de esperanza, vimos;
» De una esperanza deliciosa y pura!
» Pero mi padre al matrimonio opuesto

» (Pues no tan alta se meció mi cuna
» Cual la que tuvo mi adorado esposo),
» Me amenazaba con soberbia justa.
» Y el noble padre de mi fiel Jacobo,
» Al par opuesto y con fiereza suma,
» Cruel rechazaba la pasion sublime
» Que en nuestras almas, sin cesar fulgura.
» Mas, todo en vano: para siempre unidos
» Selló la Iglesia mi pasion profunda,
» Y á Francia fuimos, olvidando alegres
» La de mi padre, maldiciente furia.
» De afan henchidos, pero siempre errantes
» Al suave rayo de la casta luna,
» Era el amor nuestra gentil quimera
» Y el blanco sol de mi ilusion fecunda.
» Pero ay! yo llevo, en mi sensible pecho
» Daga de acero que fatal me punza,
» Tengo el recuerdo de mi pobre padre
» Y el de mi accion imperdonable, injusta.
» Oh, sí, doctor: su maldicion me sigue;
» Es un grito que siempre me tortura,
» Es un lamento parecido acaso
» Al gemido siniestro de una tumba! »
Dijo asi, Sara, y con amantes ojos
Miró á su esposo que la da en ternura,
Cuanto su pecho enamorado encierra:
Mientras de hechizo el corazon, se inunda.
Y quién al ver, los ojos seductores,
Y de la blanca Sara, la hermosura,

No la promete, por un beso, darla
Sublime afecto que no muera nunca?
¡Qué amor tan grato! la gallarda jóven
A Jacobo le brinda, su ternura,
Y ambos esperan, del futuro hijo
Hacer un culto de ilusiones muchas.
« ¡Oh! qué feliz, el que idolatra, vive:
» Cuánto placer el porvenir le anuncia:
» Ya mirando á los hombres, ya teniendo
» Un corazon que goces le asegura.
» Al rayo tibio de la clara estrella
» Que en el cenit, bellísima relumbra,
» O á los suspiros de la brisa errante
» Que alegre vuela y al pasar murmura,
» Cuanto es sublime y delicado y bello
» Besar un labio que el afecto endulza,
» Tocar el rizo que la mano de otro
» No profanó jamás: y en la locura
» De la primer pasion, oh! cuánta, cuanta
» Noble esperanza sentirá, quien funda
» Recuerdos mil, ante el semblante suave
» De una dulce muger, que amor nos jura!»
Asi en su aldea, meditando, en alas
De una inocente sensacion, pronuncia
El doctor Barnabé, que ensueños finge
De una pasion, exenta de amarguras.

En una tarde de mayo
En que la brisa sonora

Vierte aroma, Sara llora
Con verdadera emocion.
Y en un jardin la pregunta
El doctor, de afan colmado:
— « Qué causa triste, ha logrado,
Oprimirla el corazon. »
Y ella el llanto no impidiendo
Su frente en su mano esconde;
Y al médico, le responde
Con trémulo acento asi:
— «Partir deberá esta tarde
Jacobo.» — Y asi afligida
Llorando, y estremecida
Dice asustada ¡ ay de mí !
Y el doctor esclama al punto:
¿Volverá pronto? — lo creo
(Dijo Sara:) mi deseo
»Fuera no verlo partir.
»Volverá esta tarde misma: »
Y el doctor quedó asombrado
Viendo un amor arraigado
Quizá para el porvenir.
Y sonrió. «¡ Feliz (pronuncia)
« Quien tan amado respira,
» En el mundo, ó el que mira
» Tan premiada su ilusion. »
Y ella cerca del caballo
Que al noble Jacobo espera
Alza su voz que hechicera

Asciende á la azul region.
Y dice así:—» Vuela, vuela
» Llevando á mi bien querido
» Pero piensa que va unido
» Mi sensible pecho á él:
» Devora el tiempo en tu marcha;
» Sé tú de mi afan testigo,
» Y no quieras tú, conmigo
» Ser insensible, ni cruel.
» Noble animal! si algun dia
» Quieres obsequios mayores,
» Un lecho te haré de flores
» De gala llenas y olor.
» Pero vuela y en tu arrojo
» Triunfa de todo y mitiga
» Las penas de quien abriga
» Lealtad, delirios y amor.
» Si ves que el rayo fulgura
» Y si oyes bramar el trueno,
» Tu frente enarca, y sereno
» Noble animal, vuelve aqui;
» Tienda te daré de rosas
» Que aroma dén á porfía:
» Y cifraré mi alegría
» En verte, y hablar de tí. »
Oyó á su esposa el marido
Y á su dama acariciando,
La dió un beso, dulce y blando
De afecto y gloria inmortal.

» (Pues no tan alta se meció mi cuna
» Cual la que tuvo mi adorado esposo),
» Me amenazaba con soberbia justa.
» Y el noble padre de mi fiel Jacobo,
» Al par opuesto y con fiereza suma,
» Cruel rechazaba la pasion sublime
» Que en nuestras almas, sin cesar fulgura.
» Mas, todo en vano: para siempre unidos
» Selló la Iglesia mi pasion profunda,
» Y á Francia fuimos, olvidando alegres
» La de mi padre, maldiciente furia.
» De afan henchidos, pero siempre errantes
» Al suave rayo de la casta luna,
» Era el amor nuestra gentil quimera
» Y el blanco sol de mi ilusion fecunda.
» Pero ay! yo llevo, en mi sensible pecho
» Daga de acero que fatal me punza,
» Tengo el recuerdo de mi pobre padre
» Y el de mi accion imperdonable, injusta.
» Oh, sí, doctor: su maldicion me sigue;
» Es un grito que siempre me tortura,
» Es un lamento parecido acaso
» Al gemido siniestro de una tumba! »
Dijo asi, Sara, y con amantes ojos
Miró á su esposo que la da en ternura,
Cuanto su pecho enamorado encierra;
Mientras de hechizo el corazon, se inunda.
Y quién al ver, los ojos seductores,
Y de la blanca Sara, la hermosura,

No la promete, por un beso, darla
Sublime afecto que no muera nunca?
¡Qué amor tan grato! la gallarda jóven
A Jacobo le brinda, su ternura,
Y ambos esperan, del futuro hijo
Hacer un culto de ilusiones muchas.
« ¡Oh! qué feliz, el que idolatra, vive:
» Cuánto placer el porvenir le anuncia:
» Ya mirando á los hombres, ya teniendo
» Un corazon que goces le asegura.
» Al rayo tibio de la clara estrella
» Que en el cenit, bellísima relumbra,
» O á los suspiros de la brisa errante
» Que alegre vuela y al pasar murmura,
» Cuanto es sublime y delicado y bello
» Besar un labio que el afecto endulza,
» Tocar el rizo que la mano de otro
» No profanó jamás: y en la locura
» De la primer pasion, oh! cuánta, cuanta
» Noble esperanza sentirá, quien hunda
» Recuerdos mil, ante el semblante suave
» De una dulce muger, que amor nos jura!»
Así en su aldea, meditando, en alas
De una inocente sensacion, pronuncia
El doctor Barnabé, que ensueños finge
De una pasion, exenta de amarguras.

En una tarde de mayo
En que la brisa sonora

Mi elogio perdonad. Todo es hermoso,
Todo pais es grato, si se tiene
Un esposo que ama, y que sostiene
De flores lleno, un inmortal amor!
Y aun mas, si para lazo de ventura
Se espera un hijo. (Y en diverso idioma
Habló á su esposo, regalando aroma
Su lindo labio, trasformado en flor.)

Los tres al punto, en armoniosa lengua
Palabras llenas de amistad, cambiaron:
Los tres, á par, en la amistad, miraron
Todo un cielo de gloria, y un altar;
Y Barnabé se retiró.—Su ciencia
Les deja una ilusion, y una esperanza:
Y en mar de fē su corazon se lanza
Con afectos que lo hacen, delirar.

Sí: ya el misterio que ignoró, penetra:
Ya sabe quién habita en Casa-blanca:
Y ya su mente al corazon, le arranca
Palabras, de cabal satisfaccion.
Ya sabe dónde, encontrará de noche
Una familia cariñosa, atenta....
Y con delirio los instantes cuenta
Elevando al Eterno, una oracion.

Como ave errante, que los mares salva,
Y al agitar la tembladora pluma,
Otra ave mira, sobre mar de espuma

Sobre la onda que huia,
A tiempo que yo seguia
Su tibia luz trasparente...

Pero la onda rodaba
Y rodaba sin cesar,
Y al fin, luna, yo paraba:
Porque la onda se entraba
Entre las ondas del mar.

Asi esta vida tan bella
En nuestra primera edad,
Como la onda destella
Con luz que no nace en ella:
Rodando á la eternidad!...

¿Qué sabemos los humanos
Del sino con que nacemos,
Si somos fantasmas vanos!...
Pobres átomos livianos
Que en el no ser, nos perdemos!...

Por eso el llanto fué dado
Al hombre como un consuelo:
Sí!... porque aquel que ha llorado,
Con un gemido ha imitado
Los ayes de todo un cielo!

—

Pálida, triste, mostrando
En sus redondas pupilas,
Una lágrima que espresa
De su pecho la agonía,

» (Pues no tan alta se meció mi cuna
» Cual la que tuvo mi adorado esposo),
» Me amenazaba con soberbia justa.
» Y el noble padre de mi fiel Jacobo,
» Al par opuesto y con fiereza suma,
» Cruel rechazaba la pasion sublime
» Que en nuestras almas, sin cesar fulgura.
» Mas, todo en vano: para siempre unidos
» Selló la Iglesia mi pasion profunda,
» Y á Francia fuimos, olvidando alegres
» La de mi padre, maldiciente furia,
» De afan henchidos, pero siempre errantes
» Al suave rayo de la casta luna,
» Era el amor nuestra gentil quimera
» Y el blanco sol de mi ilusion fecunda.
» Pero ay! yo llevo, en mi sensible pecho
» Daga de acero que fatal me punza,
» Tengo el recuerdo de mi pobre padre
» Y el de mi accion imperdonable, injusta.
» Oh, sí, doctor: su maldicion me sigue;
» Es un grito que siempre me tortura,
» Es un lamento parecido acaso
» Al gemido siniestro de una tumba!»
Dijo asi, Sara, y con amantes ojos
Miró á su esposo que la da en ternura,
Cuanto su pecho enamorado encierra:
Mientras de hechizo el corazon, se inunda.
Y quién al ver, los ojos seductores,
Y de la blanca Sara, la hermosura,

No la promete, por un beso, darla
Sublime afecto que no muera nunca?
¡Qué amor tan grato! la gallarda jóven
A Jacobo le brinda, su ternura,
Y ambos esperan, del futuro hijo
Hacer un culto de ilusiones muchas.
« ¡Oh! qué feliz, el que idolatra, vive:
» Cuánto placer el porvenir le anuncia:
» Ya mirando á los hombres, ya teniendo
» Un corazon que goces le asegura.
» Al rayo tibio de la clara estrella
» Que en el cenit, bellísima relumbra,
» O á los suspiros de la brisa errante
» Que alegre vuela y al pasar murmura,
» Cuanto es sublime y delicado y bello
» Besar un labio que el afecto endulza,
» Tocar el rizo que la mano de otro
» No profanó jamás: y en la locura
» De la primer pasion, oh! cuánta, cuanta
» Noble esperanza sentirá, quien bunda
» Recuerdos mil, ante el semblante suave
» De una dulce muger, que amor nos jura!»
Así en su aldea, meditando, en alas
De una inocente sensacion, pronuncia
El doctor Barnabé, que ensueños finge
De una pasion, exenta de amarguras.

En una tarde de mayo
En que la brisa sonora

A alimentarse, rogando
Con fé grande, y bien sentida.
— Señora, debeis hacerlo
Por vuestro hijo : — y bellisima
Sara, su llanto modera,
Se acerca á una galería :
Se sienta en torno á una mesa
Y sufre, llora y medita :
Pero de pronto, llevada
Por una idea tristísima,
Le dice al médico—¡cielos !
¿Estais inquieto? ¿origina
Vuestra zozobra, la idea
Que me punza y me aniquila?
—Os engañais (le responde)
¿ Quien sabe que traeria
Una suma vuestro esposo?...
Y ademas, es muy tranquila
La gente que en estos pueblos
Llenos de inocencia, habita.
¡Gran Dios ! — prorrumpe lanzando
Un ay! de pena y de ira
Sara, cuya mente vuela
Y que la verdad descifra :
—Teneis razon—(ella esclama)
Él la habla : y encendida
Ella, de pena, estremece
Con fuerza una campanilla,
Y acude la servidumbre

Y Sara que ya delira,
Anúnciala, los temores
Que el mismo infierno la envia.
—Venid, le dice con honda
Espresion que la sublima,
Al doctor, que va delante
De toda la comitiva:
Pero al dar el primer paso
En la escalera vecina
Que conduce á la pradera,
Vieron fogoso y sin bridas
El caballo, al que antes, Sara
Flores y paz ofrecia:
Y á su relincho, temblaron
Los que allí, con fé recíproca
Vacilan, pues los aturde
A todos, la idea misma:
La luna triste se eleva:
Y con la silla vacia
El bruto llega, entre espumas
Que su cansancio motiva..
—¡Seguidme todos! — el médico
Lleno de zozobra, grita,
Y dice á Sara: — señora
No salgais.—Sara suplica,
Mas todo en vano, pues ella
Saliendo, á todos los guia.

Envuelta en sombras, la gallarda luna
Con pobre y tibio resplandor se ostenta,
Y gruesa nube, alzándose importuna
Con ronca voz, prepara la tormenta.
La triste Sara, que conserva alguna
Blanca esperanza, los instantes cuenta.
Y tras un page que un hachon levanta
Dirije al bosque, la insegura planta.

Pobre señora: tórtola afligida
Que entrega el ay! de su dolor al cielo,
Falta en su pena, de ilusion, la vida,
De mil abrojos, tapizado el suelo.
Ave infelice, que á la vez nacida
Para llorar con sempiterno duelo,
Mira del éter las nubladas salas
Y se cubre los ojos, con sus alas.

Y ya en el bosque, llaman al esposo
Cuantos ya pierden esperanza y brio.
Sara lo observa, y en gemido ansioso
Llama á Jacobo y dícele ¡ amor mio!
Pero ay! nadie responde: y borrascoso
El cielo truena, y en fragor sombrio
Mares de lluvia, por do quier derrama
Y el viento zumba y la tormenta brama.

Con palabras que espresan su amargura,
Suelta la trenza: errante la mirada,
Sin esperanzas ya: casi insegura

Deshecha de dolor, y enamorada,
La voz alzando á la gigante altura
Pero sin ecos ¡ay! la voz cuitada,
Sara, de pronto, de pesar transida
A otro bosque se lanza estremecida!

Síguenla los demás, y levantado
Por la esposa, el hachon, ven moribundo
Al infeliz Jacobo, ensangrentado,
Con ojos vueltos, al autor del mundo.
¡Oh doctor! por piedad: — dice, rasgado
Sintiendo el pecho, por dolor profundo
La hermosa jóven: y á Jacobo mira
Aquel que á Sara, la esperanza inspira.

Y el médico calló. Sara la suerte
Del esposo comprende; y desmayada
En tierra cae, con un ay! de muerte,
Y al sangriento cadáver, abrazada.
....
Una hora despues, rendida, inerte,
Sara en un lecho, encuéntrase postrada:
Y á quien, vigila Barnabé, que ahora
Mira á la viuda y en silencio llora.

Venimos ay! con inocentes ojos
Al mundo que nos brinda su ilusion,
Y un sol miramos de destellos rojos
Y admirándolo, goza el corazon...

Cual libre arroyo que en silvestres flores
Mares de luz encuentra, sin cesar,
Viviendo vemos por do quier amores
Y empezamos entonces, á soñar...

Si! como genios para amar nacidos
Vamos marchando de la gloria en pos;
Son músicas de paz nuestros latidos
Y no dudamos, una vez de Dios.

Pero ay! el trueno del dolor retumba
Y de pronto vacila nuestra fé:
Y dando al alma por confin, la tumba,
Ponemos ay! sobre el altar, el pié.

Ingratos! — todo nos parece oscuro:
Todo mentira y todo terrenal:
Y en vano el cielo se presenta puro,
En vano el sol se ostenta sin rival.

Cuando gozamos, en un Dios creemos:
Cuando sufrimos, abjuramos de él:
É ingratos á ese Dios, no comprendemos
Que él, es del alma, la esperanza fiel.

Como el mancebo que en feraz llanura
Orna sus sienes y se vé señor,
Del valle que le brinda su frescura
Y del caballo, que le inspira ardor,

Y arrebatado de entusiasmo inmenso
Salta veloz sobre gentil corcel,

Y lleno en tanto de entusiasmo intenso
La voz escucha de tormenta cruel;

Ay ! de ese modo jóvenes volamos
En este mundo, tras verdad gentil,
Y en suma, todos la verdad palpamos
Casi en mitad, de nuestro mismo abril.

Entonces llora, quien nació poeta ;
Entonces gime, quien amando vió,
Seno de vírgen, que con fé secreta
Bajo los cielos, su pasion juró.

El bardo ardiente, que buscó la gloria :
El combatiente, que aspiró al laurel,
Una lágrima tienen, en su historia:
¡ Siempre una copa que les brinda hiel !

Mas tarde, llenos de afliccion, pensamos
Que hubo una vez, en que brotando afan,
En medio de este mundo despreciamos,
La voz de aquellos que en la tumba están.

Por eso, infancia, tus dorados sueños
Auroras bellas de pureza son :
Y en pos de tus dulcísimos ensueños
Se adormece y delira la razon;

¡ Ay ! — para tí, no hay duda ni tormento,
Pues todo place y te enamora á tí,
Un mundo es á tu vista, el firmamento:
Y el alto sol, un globo de rubí.

¡Única gloria de la humana vida
Do no aparece la verdad falaz!
Gloria tan alta, que por ella olvida
El corazon, el precio de la paz.

Ved como llora la inocente Sara,
Qué tanto al ser que la adoraba, amó:
¡Ved si la vida se nos hace cara
Cuando el amor al alma dominó!

Oh! pobre jóven que infeliz creia
La dicha eterna y la esperanza, ser,
Y vé de pronto á la tormenta impia
Enormes olas, levantar do quier!...

Desengaño fatal... Mas la valiera
Ser niña aûn, creyendo sin llorar,
Que es el mundo una rica primavera!
Y cada nube, un ramo de azahar...

II

Dolores hay para el alma
Que Dios solamente cura,
Porque Dios, solo derrama
En ella, una fé profunda;
Mas toda la fé que sienten
Los que á Dios, clemente juzgan,
Sin duda no bastaria
Para calmar la amargura,
Del alma tierna de Sara

Que la existencia rehusa.
Y aunque el médico es un hombre
Digno de toda ternura,
Porque atesora en su pecho
Sinceridad, ella nunca
Le atiende cuando la habla
De consuelos, porque en suma
Y como dije, hay dolores
Que nadie en el mundo endulza,
Porque la hiel en sí llevan
De la mas cruel desventura.
Mas el doctor, que se afana,
Porque sabe que la angustia
Puede muy bien en la vida
Preparar mas de una tumba,
Desvelos mil, la prodiga
A la hermosísima viuda,
Y humedece la alba frente
De muger que en sí tan pura,
Parece que no era digna
De pena tan honda y ruda.
Y contemplándola, piensa
Que en sus entrañas, disfruta
De la vida, una inocente
Desdichada criatura,
Que no ha de ver á su padre
Y que buscará sin duda,
Algun dia, á los que fueron
La causa de la amargura,

De la madre, y de las penas
Y de las lágrimas suyas.
Y el doctor, cuando asi piensa,
Llama á Sara con finura
Y la ruega por su hijo
Y su afan no disimula,
Y ella la pócima toma
Que él la presenta, y la apura:
Oh Dios! cuando mi hijo nazca
Iré á donde está (pronuncia)
Y asi diciendo, las lágrimas
Su tez bellísima sulcan;
Y con frenesí, en sus manos
Su hermosa frente sepulta.
Miradla. Solo obedece
Al doctor, que se apresura
En devolverle á la triste
La salud, pues pena mucha
Siente al pensar, que ella es madre
Y que su desgracia, injusta
No debe hacerla, pues tiene
Un niño, ageno de culpa;
Y la consuela, y medita
Que no llega nueva alguna
De Inglaterra, pues ha escrito
Sobre Jacobo, y lo turba,
Tal silencio, pues él solo
De poner órden se ocupa,
En los negocios que ahora

Tienen mil fechas confusas
Y que á Sara pertenecen
Como dueña ya absoluta :
Sara pues, al doctor debe
Mil favores que calcula
Dignos de la alta y sentida,
Gratitud que le tributa,
Y asi pensando, sus ojos
Fija en la espléndida altura,
Donde el Altisimo, ordena
Esas teas que relumbran,
Y que alumbrando el espacio
Vierten luz que nunca ofusca,
Cuando la noche, sus velos
Tiende, con mano fecunda.

—

Amor es un paraiso
De encanto, gala y perfume :
Donde el alma se consume
Disfrutando sin cesar.
Vagamos tras un fantasma
Que miente lindos colores :
Que vuela en cielos de flores
Y nos hace delirar...
Sí ! — de labios purpurinos
Brota una sonrisa suave,
O en una mirada grave,
Preso queda el corazon.
Primeramente sentimos:

Mas tarde ¡cielos! soñamos,
Y al fin al pié nos postramos
De nuestra hermosa vision.
   Amor mio: (así decimos)
Sin tí me faltan los cielos:
Tú sola me das desvelos
De amor, esperanza y fé.
Mírame con ojos dulces;
Habla con labios de rosa,
Que yo en mi ilusion radiosa,
Tuyo, por siempre, seré.
   Vagaremos en las ondas
Del lago de la existencia;
¡Vida mia!... tu presencia
Me dará gala y amor.
Y ardiendo yo de entusiasmo
Siendo tuya el alma mia,
Te dará mi fantasía
Cielos de gloria y color.
   Oye. Si el cielo, da aromas
Y luz, el astro de oriente:
Y perfumes, el ambiente,
Que gira en torno de Dios,
Mi labio ¡flor de mi vida!
Te dará, palabras gratas
Y tan lindas serenatas
Que nos durmamos los dos.
   Y si la vírgen consiente
Y el mancebo que la adora,

Con finura la enamora
Y la logra fascinar,
Si en vez de darla la mano
La da una flor de embeleso,
Y si en vez de un dulce beso,
La da un ramo de azahar,
¿Qué hacer? la virgen lo cubre
Con sus alas vaporosas:
Su labio se torna en rosas
Dejándose persuadir...
Y tú fantasma que adoro
Amor que al alma fascinas!
Con guirnaldas peregrinas
Les formas un porvenir.
Ese amor, entonces salta
Con las olas de la fuente:
Ese amor, brota impaciente
Con la voz del ruiseñor...
Ese amor tiembla en las hojas
Del laurel y la ambarina,
Y nos colma y nos domina
Con hechizo superior.
Ese amor, es un ligero
Vago, blando, fiel murmullo:
Y melancólico arrullo
De uno y otro corazon;
Y se pierde de las nubes
Tras el velo vacilante,
De un cielo azul, y radiante,

En la sublime region.
Asi Barnabé medita
Colmado de afan y anhelo,
En una noche en que el cielo
Brilla claro y sin rival.
Y en sus poéticos sueños
Mientras su mente delira,
Por una muger suspira
De mirada angelical.
Porque es el médico, hijo
De un virtuoso aldeano,
Que esperanzado y ufano
Lo hizo estudiar en París.
Y aunque á la ciencia aplicado
Que estudió con grande tino,
Hundióse en el torbellino
De amores, de ese pais.
Y al ver unos ojos bellos
Y un talante que seduce,
Enamorado, deduce
Que su gloria, es cierta ya ;
Y perdido entre gallardas
Vaporosas ilusiones,
Ni modera sus pasiones
Ni tranquila, su alma está.
Y una noche en que cerrando
Un libro y en que rendido,
De afan estaba, y vencido
Por su amorosa ambicion,

Una noche en que acababa
De un volúmen la lectura,
Devorado de ternura
El médico, y de emocion,
Al ver á la viuda llena,
De fervor y poesía,
Pena espresando, sombría,
Sintióse, de hablar capaz.
Pues hay para el hombre instantes
En que tiembla cuando siente,
Pasion que brota vehemente...
Pero pasion, no falaz.
(Y la dijo:)—¿ Puede el mundo
» ¿No es verdad ¡oh Sara hermosa!
» Ser de una angustia tediosa
» Bálsamo puro: eternal?
» Y no es cierto que esas luces
» Indican en esa esfera,
» Que el que idolatra, quisiera
» Vivir con gloria inmortal?...
» ¿No es cierto que si dos almas
» Que se adoran, se comprenden,
» De las penas se desprenden
» Y viven para gozar?
» ¿Y no es verdad que aquel bálsamo
» Entonces al que ama, ofrece,
» Una ventura que crece
» Y una existencia ejemplar?...»
Y al punto Sara, escuchando

La voz de su sentimiento,
Señalando el firmamento
A Barnabé contestó,
Diciéndole: — « Allí Jacobo
Lleno de gloria, me espera:»
—Y llorando y hechicera
Al cielo, la vista, alzó.

Cumplióse un mes. La encantadora madre
Dió á luz el fruto de su caro amor,
Vivo retrato de su triste padre,
Que acaso en él, al espirar, pensó...
Y al ver la madre al hijo infortunado
Cubrió de besos su risueña faz,
Sintió de afan su corazon colmado,
Y de un amor que nadie esplicará.

¡Nadie! — Y en tanto Barnabé, sintiendo
Una amistad que el cielo le inspiró,
Y á su conciencia nada mas oyendo,
Hundió en su pecho, su veraz pasion.
Y amigo fiel y de ternura lleno,
Prodiga á Sara en atenciones mil,
Su afecto puro, de interés ageno,
De su amor, eclipsado el frenesí...

Cuánta nobleza! cuánta no mentida
Verdadera amistad que no varió,
Al ver ya, su ilusion desvanecida,

Sin luz ni gala, su brillante sol.
Que el hombre injusto, que una vez se mira
Burlado en la esperanza que alentó,
No cumple asi, porque rebosa en ira
Y en la muger desploma su rencor...

El nombre tuvo de su padre el niño,
De Sara, siendo, el ángel tutelar:
Mientras acrece, el maternal cariño,
Y gira el tiempo en círculo inmortal.
Ay! ella quiso, en su dolor prolijo
De su vida en el mundo disponer:
Pero ay! al ver á su inocente hijo,
Quiso vivir, pero vivir por él...

Solo por él: por su hijo que adorado,
En sus mismas entrañas respiró:
Clavel nacido de un amor, cifrado
En la sublime voluntad de un Dios!
¡Amor de madre!... celestial ternura
Que no pueden los hijos entender,
Que no pagamos, porque siempre dura,
Y porque el hombre desconoce el bien.

¡Amor de madre!... Providencia hermosa
Que el Altísimo al hombre reservó
Cuando ofendiendo con mirada odiosa
El hombre al cielo, se entregó al furor.
Unico amor que en el Edén nacido

Jamás se esclavizara al interés:
Amor que de sí propio desprendido
Destello quiere del Eterno ser !

Y es en verdad, escena interesante
Ver á una madre, como Sara, alli,
Sobre una alfombra, con el hijo amante
No cesando de amarlo y sonreir!
Pálida siempre, pero siempre bella,
Con él retoza, y con delirio tal,
Que al verla Barnabé, piensa que á ella
Dios tal ventura solamente da.

(Y ella le dice). «¿No es verdad que el cielo
» Dará á mi hijo, la salud, señor,
» Para que pueda con fecundo anhelo
» La dicha darme, que ambiciono yo?
» Y no es verdad que cuando hombre sea
» Sus talentos con gloria brillarán,
» Y ante ese sol que maravillas crea
» Guerrero ó sabio, mi ilusion será?...

» ¡ Oh! Yo os prometo que de amor llevada
» Peligros mil arrostraré tambien ;
» Si es militar, siguiendo su jornada :
» Si marino, en la mar lo seguiré.
» Y si en la flor de sus mejores dias
» Adquiere su talento una ovación,
» No tendré nunca imágenes sombrías
» Que á mi espíritu inunden de dolor.»

Y fija en ella con afan profundo
Miradas de ternura, Barnabé,
Y allí compara á cuanto tiene el mundo
De aquella madre el arrebato fiel.
Admira á Sara: y viendo tristemente
La faz del niño, inúndase á la par,
De viva angustia que en el alma siente
Como una nube que aterrando va!...

Y estando así, con tristeza
Abrió Barnabé una carta,
Y al concluir su lectura
Con Sara la hermosa, habla.

¿Partiréis? (ella le dice)
Y trémula y asombrada
Con las miradas le implora,
Y ruega con las palabras.

¡Vos partir!... vos que tan útil
Sois á mi hijo! (ella esclama,)
Y Barnabé se conmueve
Con las palabras de Sara.

Debo partir (le responde
Barnabé) sí: pues me llama
Un hombre, á quien le tributo
Veneracion: (y resbalan

Por las preciosas megillas,
De la viuda desgraciada,

Como en las flores, las perlas,
En sus megillas, las lágrimas.)

¿Y á dónde iréis? (le replica
La jóven infortunada:)
A Montpellier: (él la dice;)
Y aquellas tan nobles almas

Llenas de gratos afectos
De amistad y de esperanza,
Despidiéronse: ella triste
Y él con el alma turbada.

Pero al pasar. ya rendido
De angustia, por una vasta
Muy gallarda galería
Que en Casa-blanca se halla,

El médico mira al niño,
Lo estudia: piensa: lo abraza:
¡Me engaño!... (dijo) y partiendo
De sí, un pronóstico aparta.

ELOGIO DE LAS MADRES

La humanidad debe esperar grandes beneficios de ese trabajo lento de la moral, que se personifica en cada muger que entrega un individuo á la sociedad: no lo atribuyamos todo al genio. Rousseau; precisamente el hombre que imaginaba tipos perfectos, hubiera sido la mas ilustre representacion de ellos, si hubiese oido, en las épocas de su desarrollo intelectual, la voz de su madre: ella habria completado el talento del hijo. Convengamos en ello. Dios ha puesto alta sabiduría en esa naturaleza sublime de astros y de flores: de acontecimientos y de vida; pero el porvenir de las sociedades humanas, lo ha escrito en el corazon de las madres.

Luz, que á la gloria de los cielos guia,
Porque en los cielos el Eterno mora:
Gérmen de fé, de encanto y poesia,
Que el genio admira, el corazon adora,
Es la muger, cuando su Dios la envia
El hijo, que es, de su pasion, aurora:
De una pasion que el hombre no describe,
Y que del cielo, inspiracion recibe.

Sabe que alienta en su materno seno
Fuente de paz y de ilusion querida,
El hijo de su amor: y entonces lleno
Su pecho, de esperanza, y encendida
En sublime emocion, viendo un sereno

Gallardo porvenir que á amar convida,
Se postra al pié de los altares: llora,
Y del Eterno proteccion implora!

Todo es hermoso à su gentil mirada:
A sus ojos el sol, siempre fulgente.
Y de gozosa inspiracion llevada
Amor de madre, en sus entrañas siente:
Sin límites su fan, y desvelada
Por el tesoro de su amor, vehemente,
Cual casto premio de fervor prolijo
Mira en sus brazos, el ansiado hijo.

¡Prenda del corazon!— Trémula esclama:
Inflamada á la vez su fantasía:
Con nombres mil, de adoracion le llama,
Y á Dios ofrece, su plegaria pia.
Al mundo, á Dios, á cuanto mira, aclama,
Y queriendo escuchar, un madre mia,
Del tierno labio que contempla ansiosa,
Baña en llanto de amor, su faz radiosa.

Oh! no: no alcanza la palabra humana
A interpretar el casto arrobamiento,
De una muger cuando idolatra ufana
El hijo que le debe al firmamento.
Por él tan solo, sin cesar, se afana:
De su labio no mas, recibe aliento:
Y lo alimenta, y cuida, y acaricia,
Y en ello encuentra, celestial delicia.

¡Amor de alta ilusion! —amor fecundo
Por las madres, tan solo, comprendido:
Que diviniza en su elocuencia, el mundo,
Y del Dios que no yerra, desprendido.
Sublime sentimiento que profundo
Triunfa de toda ausencia y todo olvido.
¡Que sigue al hombre en su brillante paso
Desde su claro oriente, hasta su ocaso!

Vedla, en sus labios sosteniendo flores
Y perfumando, al hijo, que la mira,
Sin comprender que todos sus amores
Ella le da, cuando por él respira:
Vedla, del limpio sol á los fulgores
Soñando en Dios, cuando por él suspira,
Y á prodigar delirios, consagrada,
Con el alma, el acento, la mirada!...

Y vedla en fin, al niño defendiendo
Del trance cruel, de muerte espantadora:
Vedla, un dique en sus quejas oponiendo
Al mismo Dios que la entristece ahora.
Vedla pues, al Altísimo ofreciendo
Promesas mil, como alma pecadora,
De tosco sayo ante el altar vestida,
Bañada en llanto y de dolor transida.

Y cuando asoma el astro refulgente
Que las mañanas de la vida, dora,
Cuando el niño es mancebo, de alta frente

Y sueños canta en música sonora,
Vedla entonces con frase diligente
Infundirle, esperanza seductora,
Su afan premiar con su materno celo
Y prometerle de la fama, el cielo!

Su mano muestra, al jóven, con ternura
Los cuadros admirables de la historia :
Le hace aspirar, perfumes de ventura,
Y ambicionar, el astro de la gloria. —
« Hijo!... (le dice) : la ovacion futura
» Al génio sirve de inmortal memoria:
» Mira el busto de Píndaro y Homero:
» Oye la voz del Universo entero!... »

Y entonce ¡ oh dicha ! — el jóven, encendido
En ese fuego de perenne aliento,
Se arroja audaz de inspiracion nutrido
A la altura inmortal del pensamiento.
Lauros arranca. —Avanza poseido
De entusiasmo veraz, y en un momento
Con el nombre de Nélson, se levanta,
O con la lira del Ariosto, canta.

O cruza audaz el ponto borrascoso
Y al darle el sol, al Universo, el dia,
Descubre un continente portentoso
Ignorado del mundo, todavia.
O bien en medio del fragor pasmoso

Qué en Austerlitz la pólvora esparcia,
No llega hasta gran rey un grande hombre,
Pero ocupa los siglos con su nombre...

¿Qué mucho, entonces, que la madre aliente
Cerca del atahúd ; que en dolo insano
Abandone este mundo, si altamente
Arranca el hijo, aplauso soberano?...
¿Qué mucho pues, si al descansar la frente
Sobre la tumba, con triunfante mano
Laurel de gloria donde un sol destella
Ostenta el hijo al despedirse de ella?...

¡Salve, sublime amor! luz que ilumina
A todo un mundo en su feliz carrera:
Salve, amor sin rival que no declina:
Obra digna, del Dios, que al hombre hiciera:
¡Alma de todo lo que al fin destina
Dios, á tener los siglos por esfera...
¡Alma de todo; y de la mente osada
Que vence al fin y que se vé premiada.

Recibe tú la voz del que te adora
Porque tu influjo y tu poder admira.
Y plegue á Dios, que al elevar sonora
Su trova humilde, mi infecunda lira,
Cunda de Dios la voz que inspiradora
En torno á cien, generaciones gira,
Y el mundo cifre porvenir gigante
En la muger, para que fiel la cante;

Y no la profaneis. — ¿Quién concebia
Que de aquella muger harto ignorada,
De aquella pobre, angelical Maria
De nombre oscuro, mas de fé elevada,
El hijo del Eterno, naceria;
Y á cuya voz, que resonó inspirada,
El Cristianismo descollando eterno
La humanidad salvara, de un infierno?

Respetad la muger. — Y tú que henchida
De gloria estás, Natura prodigiosa:
Madre que ardiente, de los hombres cuida
Mi pobre ruego, acepta fervorosa.
Rompe mi arpa infeliz, y quede herida
El arpa de tu genio milagrosa,
Y al cantar ese amor en alto verso
Dale tu perfeccion, al Universo!

III

Con mil recuerdos que tristes
Se cruzan en su memoria,
Y con mil presentimientos
Que le desvelan y acosan,
El médico, por su aldea
Suspira, agobiado ahora,
En Montpellier, que no place
A un alma tan melancólica

A quien el bullicio turba,
Y á quien tan solo enamoran,
Las fuentes y las colinas
El prado, y césped y rosas,
Que al alma siempre le hablan
En muy diferente idioma.
Llegó á Montpellier: y al verse
En esa ciudad famosa,
Habló Barnabé; (esperando
Miradas muy protectoras,)
A un tio, médico célebre
A quien debió cariñosa,
La carta que en Casa-blanca
Leyó con gusto, y con honda
Esperanza, el que vacila
Hoy, entre penas traidoras:
El tio le vió: y en breve
Despues de oirle, destroza
Las esperanzas que él mismo
Le infundió. —Muy corta honra
En Montpellier la carrera
Te dará, pues numerosas
Tu misma ciencia profesan,
Mil, afamadas personas.
(Díjole así:) —Y esto oyendo
El sobrino, en voz gozosa,
Pues bien: —volveré á mi casa
(Le respondió:) mas no corta
Nueva esperanza su tio

Le dió con voz amistosa,
Y por esto es, que animado
(Aunque de penas le colman
Sus mil recuerdos,) el médico
Una esperanza atesora.
Su ilustre tio, le ha dicho
Que asediado por la gota
Hay un inglés que riquísimo
Vive aguardando la hora,
En que el cielo le depare
Un jóven médico, que oiga
De otro doctor los consejos
Y que en práctica los ponga,
Su enfermedad vigilando
Que le consume y le postra.
Y al fin con estas ideas
Barnabé solo, razona
A tiempo que llega á verlo
Con sonrisa que radiosa
Sus esperanzas espresa
Y sus afectos abona,
El mismo tio que pudo
Con palabra no obsequiosa
Desconsolarlo al principio
Y hundir, la fé halagadora,
De un hombre que confiaba
Tan solo en él, pues graciosa
Invitacion le debia
Para adquirir oro y gloria.

En un salon decorado
Con lujo y hasta opulencia,
Un hombre sufre, abatido
Por males que no serenan
Y que su espíritu acosan,
Mientras eleva sus quejas,
A un cielo que sus angustias
Y sus quebrantos aumenta.
Es un lor: su rostro pálido
Los sufrimientos revela,
Y sus cabellos sedosos
Y del color de las perlas,
Contrastan con la tersura
Y lo negro de sus cejas.
Envuelto está en una bata;
Y su faz siempre severa,
Ni atrae por su dulzura,
Ni seduce al que la observa.
En unas pieles, sus manos
Oculta: y és su apariencia

La de un hombre que si sufre
En todo y no en ello, piensa.
Y en este momento mira
A Barnabé á quien presenta
Su tio, con tal agrado
Que lo hace de esta manera.
—Os será Milor, sin duda
De utilidad la asistencia
De mi sobrino, que el arte
Con gran perfeccion profesa.
Y el lor los mira : saluda,
Y pronuncia, en voz que hueca
Ni confianza les inspira
Ni en sí, les parece atenta.
Gustoso si me complace
Quedaré : — y al punto cierra
Sus ojos el lor, y hundido
Como en un sueño se queda.
Retírase al punto el tio :
Y el buen Barnabé comienza
Por inspeccionar la sala
Donde el lor, cansado alienta.
Muy cerca de una ventana
Respira una dama, bella,
Pero severa de rostro,
Y que sus horas emplea
En labores de ella dignas :
Barnabé pues, la contempla
Y sus cabellos admira,

Y sus pupilas que negras
No le recuerdan de Sara
Las miradas hechiceras.
Es jóven y muy delgada,
La señora que de él cerca
La misma fisonomía
Tiene que el lor: mas austera
Quizá; porque no levanta
Sus ojos: mientras apenas
Respira un niño, que fija
Tiene su atencion en ella.
Este, si forma por caso
Ruido allí, pregunta ó juega,
Queda al punto amenazado
Por una mirada fiera
Del noble lor ó la dama,
Y el silencio entonces reina.
El tiempo pasó; y en tanto
El médico con cautela
Se impuso de la familia
En cuya casa se hospeda.
Supo pues, que el lor habia
Contraido sus dolencias
En la India y que el segundo
Hijo, de un título, era,
Cuya asombrosa fortuna
Tocóle al lor, no en herencia,
Sino por grandes favores
Que debe á aquellos, que arreglan

Los asuntos de la vida
Con facilidad estrema,
Y que en las córtes pululan,
Pues las córtes son hacienda,
De aquellos que de su nombre
Se valen, y la conciencia
Ponen tal vez en olvido
Cuando intrigando, progresan.
Julia, la dama, era esposa,
De otro hermano, y representa
El lor, fortuna tan grande,
Que en realidad, es inmensa.
El padre del lor fué duque:
Y él que al sepulcro se acerca,
Ya de heredero ha nombrado
Al niño, que poco cuenta
De edad, pero en quien su madre
Cifra su esperanza entera:
Todo esto el médico sabe:
Y el tiempo discurre mientras;
Él secretos penetrando
Y el lor midiendo sus penas.

—

En el salon que he descrito
Y á la luz de la mañana
Que penetra encantadora
En tan poética estancia,
Mientras dormido parece
El lor, y mientras la dama

En sus labores se ocupa,
El niño lleno de gracia
Y prodigando caricias,
Se acerca al doctor y habla,
Sin que su acento no sea
Eco de una voz muy baja.
Pero despues de mil cosas
Que el niño al doctor demanda,
De sus cortos años propias
Y que á su oido regalan,
Díjole el doctor. —Alfredo,
Dime: —tú tienes hermanas?
»Si tal:» (el niño contesta:)
»Y una tengo que es gallarda
»Y quiero sepais su nombre:
»Pero adivinadlo.» (Y rápida
Tendió el médico en el niño
La penetrante mirada
Diciéndole:) por ventura
Tu hermana, se llama Sara?
Mas de repente al oirlo
Se incorpora el lor, con alt a
Indignacion, y la jóven
Lo contempla: pero cárdena
De cólera y tan profunda
Que deja caer turbada
La labor, mientras el médico
Mas los mira y mas se pasma.
Efecto igual al del rayo

Ha sido el de su palabra :
Y cuanto mas lo medita
Mas tambien se sobresalta :
Pero pasado un momento,
La Julia, que siempre calla,
La misma labor recoje,
En tanto que el lor descansa
En el sillon, donde siempre
Revela la misma calma.
Alfredo tiembla, cual hoja
Que el aquilon amenaza,
Y el doctor dejar tan solo
Desea dicha morada :
Al fin, se levanta ella :
Él la sigue, y ella sacia,
De cólera, en una alcoba
Dice con voz agitada.
» Habeis pronunciado un nombre
» Que es funesto en esta casa :
» Y que oir, el lor no debe:
» Calladlo pues, y no salga
» Otra vez de vuestra boca,
» Porque es nombre que lo exalta. »
Y asi diciendo le torna
Al buen Barnabé la espalda,
Y el médico queda hecho
Mas bien que un hombre, una estátua.
Mil pensamientos en breve
Su clara mente embarazan,

Sin que él esplicarlos pũeda;
Sin darse razon de nada.
»¡Cielos! — Sara será hija
»Del lor, y en penas amargas
»Su desolada ėxistencia
»Allá en América arrastra?...
»O es el lor, padre del tris te
»Que con angustia sobrada
»Murió eu un bosque, vertie ndo
»Un ay! que penas arranca ?»
Y las dudas se atropellan,
Y los temores le asaltan,
Y á nadie el doctor pregunta
Porque sin duda le aguarda,
Del lor y de la familia
El descrédito y desgracia.
Y asi, las horas concibe,
Tan borrascosas y largas,
Que un volcan tiene en su pecho
Y una lágrima en el alma.
¡Cuántas veces sosteniendo
Muy lisongera esperanza
El médico al lor espía
Y conversacion entabla
De interés y afectos llena
Sin que el lor, lo satisfaga!
¡Cuántas veces le recuerda
Las mañanas de la infancia
Y la juventud, y el ruido

Sus quimeras y borrascas,
Sin que el lor le dé cumplida,
La esplicacion que él aguarda!
Pero al fin: en una noche
En que el dolor le arrebata
Al lor, toda su paciencia,
Su calma nunca alterada,
Mientras la alcoba entre sombras
Inspira ideas que matan,
El lor al doctor le dice
Que hable de algo; y esto halaga
Al buen Barnabé, que espera
La ocasion que el lor prepara.

« ¿Y qué os diré?—Nacido entre personas
» Que no tuvieron cuna esclarecida,
» ¿Dónde mi mente volará atrevida
» Para inspiraros interés, señor?... »
(Asi le dijo Barnabé)—y en vano
Se escusa lleno de ilusion hermosa:
Medita al fin, y con palabra ansiosa
De esta manera, se dirige al lor.

» Hay, no muy lejos de mi pobre aldea
» Una casa de campo, construida,
» Con gusto tal, que al contemplarla olvida
» Sus penas y quebranto el corazon.
» He visto gentes que habitando en ella
» Modelos fueron de pasion profunda:

» Y á su recuerdo punzador, se inunda
» Mi pecho de amistad y de emocion.

» Pero bien pronto, injustamente, viuda
» Quedó la jóven que admiraba tanto:
» Perdió la casa su mejor encanto
» Y eterno se nos hizo el sinsabor.
» Sola, muy jóven, de pesar colmada,
» Y con un hijo que su ensueño era,
» A su recuerdo nada mas se altera
» Mi corazon que gime de dolor.

» ¡Pobre niña! ¿qué importa que padezca
» Pecho que acaso disfrutó del mundo?...
» Para ella el cielo se mostró iracundo
» Y en flor, sus goces para siempre hundió.
» Si supiérais qué noble, qué espresiva
» Era del jóven, la gallarda frente!...
» Era cual la de vos:—y juntamente,
» Nunca sin rasgos de elocuencia habló.

» Oh! si hubiera vivido... ¡pobre jóven!
» Cuántas sonrisas prodigado hubiera
» A su inocente hijo!— Ronca y fiera
» Tronó la esfera con fatal fragor;
» Y entre las sombras de profundo bosque
» Sangre brotando su mortal herida,
» Jacobo al cielo le entregó la vida,
» Dejándome estas lágrimas, Milor!...»

« ¿Testigo fuisteis al morir mi hijo? »
(Esclama el lor suspenso, y levantado,
Sobre su lecho, cual fantasma osado
Que desde su sepulcro, quiere hablar).
Fijó sus claros, sorprendidos ojos
Retrocediendo Barnabé al instante:
Una lágrima blanca y centelleante
Rodando en su megilla, sin cesar..

» Milor (le dijo el médico)—« Yo he visto
» A Jacobo espirar y ¡oh desventura!
» A su hijo vi nacer: » (y la amargura
Le inspira al lor, hondísima afliccion.)
Y entonces suspirando y conmovido
Toma la mano del doctor temblando
Y la oprime lloroso, y respirando
Con espontánea y natural pasion.

» Basta, basta, doctor. Estoy sufriendo.
» Necesito el reposo:—abandonadme.»
(Añadiendo algo trémulo):—« dejadme. »
Y saludando, Barnabé salió.
Volvió á su calma y habitual silencio
El lor á tiempo que en su pecho hallaba
El buen doctor una ilusion que estaba
Brotando el gozo que el laúd, cantó.

Perdon el hijo mereció del padre:
Y este dió órden, al siguiente dia,
Que llegara la viuda, quien tenia

Un vástago del hijo de su amor.
Vigorizado su profundo orgullo
Tendióle á Sara paternal mirada,
Y esta de anhelo maternal colmada
Apresuróse á obedecer al lor.

—

Tres meses han espirado
Y con cabal alegría,
Sara penetra en la casa
Donde atenciones prolijas,
El médico la prepara
Pues la respeta y estima:
Al encontrarlo en la puerta,
Sus gracias le da espresiva,
Pues á él tan solo debe
Un techo y una familia.
Al entrar la hermosa Sara
Con grande respeto mira,
A Julia que en la escalera
De la casa, detenida,
Atenta observa á la viuda
Y allá en su interior se indigna.
Sara al verla, con un lujo
Extraordinario vestida,
Vé el contraste que su trage
Hace con las ropas ricas
Que ostenta la altiva Julia
En cuya alba frente brilla:
Un adorno, que en sí lleva

Prendas que encantan la vista.
A Sara el doctor conduce;
Y entran en la sala misma
Donde el lor, cuenta sus males
Por horas que le aniquilan.
Sara al mirarlo, se postra
Delante de él, y él admira
La juventud y belleza
De la que en penas hundida
Solo puros sentimientos
Al que la observa, le inspira.
Pero al presentarle ella
El niño, en cuya sonrisa
Se dibujan los contornos
De la que el padre tenia,
Y al decirle Sara entonces
Con voz asaz compasiva,
— Ved el hijo de Jacobo —
(El lor esclama) ¡hija mia!
Y unas y otras, se bañaron
En lágrimas las pupilas,
Y Sara bendice al cielo,
Y el lor con gusto respira
Mientras su pecho se llena
De esperanzas que tranquilas,
Lo harán bajar al sepulcro
Con una conciencia limpia.

«¿Quieres amarme?»—dijo el anciano
Que en sus rodillas, sostiene al niño,
Quien no revela, ni de cariño
Ligero indicio, ni de temor.
Alza su frente, pero en silencio
La preciosísima, criatura,
En cuyos ojos, débil fulgura
Un pobre y pálido, resplandor.

(Tres años tiene).—(Nada responde)
«¿Quieres que sea, niño, tu padre?»
(El lor le dice):—(tiembla la madre
Llena de angustias y de afliccion),
Tu padre... (dice tranquilamente
El niño hermoso.)—Ah! perdonadle
(Dice la madre). Mas tarde habladle.
Grande es ahora, su turbacion.

Ay!... pero el médico, que en la aldea
Tuvo temores, cuando nacia
El niño débil, que allá veia
Tiembla, inundándose de dolor.
Solo una madre, tan cariñosa,
Hubiera ¡oh cielos desconocido,
Que el niño ¡cielos! habia nacido
Para ser mártir, del sinsabor!

Aquel cruelísimo, sobresalto,
Cuando la muerte, del caro esposo,
Influjo tuvo, tan pernicioso

Que el astro oscuro, del niño, fué.
En tanto Julia, que lo contempla,
Siente un relámpago, de ventura,
Y aparentando, viva amargura,
Fuera del cuarto, lleva su pié.

Todos, por órden, del lor, se ausentan:
La noche llega, como un tesoro:
Y bajo tienda de estrellas de oro,
Todos descansan en paz cabal.
Todos descansan!—pero en el cielo
Nube ligera se muestra impía
Como una sombra que hundir querria
Todas las galas de un sueño real.

IV

Julia, en mañana que brilla
Pintoresca y seductora,
Con palabra encantadora
Habla al niño: y en su afan,
Mientras del lor que lo mira
Y observa sus ojos bellos,
De Jacobo en los cabellos
Puestas las manos están.

Y Julia que en ese niño
Mira solo un heredero,
Guarda en su pecho altanero
Una fatal intencion.
Y mientras el lor se place
En ver á su lindo nieto,
Ella oculta su secreto
Y abre senda á su ambicion.

» ¡Qué hermoso es!» (ella dice)
» Ved, Milor, su faz cuán bella:»
(Y á Sara pregunta ella
Con un desvelo traidor.)
» ¿Por qué noto en el semblante
» De vuestro hijo una sombra,
» De ineptitud que me asombra
» Y me llena de dolor?»

» De su edad, ni el entusiasmo
» Revela, ni la alegría;
» Parece su faz, sombría
» Y dispuesta á la afliccion. »
(Y Sara la dice al punto)
» De mi angustia y desconsuelo
» Es ese niño el modelo;
» Señora: ved la razon.»

Pero Julia que implacable
Secreto triunfo predice,
Besa á Jacobo y le dice
Con intencion que ocultó:
» Vamos Jacobo: un abrazo
» Dale de amor á tu abuelo; »
(Y el niño puesto en el suelo,
Como una estátua quedó.)

» ¡Qué gran diferencia!» (esclama
Julia con ánimo impío)
» Alfredo: ven, hijo mio,
Haz lo que á éste, ordené.»
(Hízolo su hijo y en breve
Ella pronuncia) «hazlo ahora,
Jacobo»—(y la madre llora
Y tiembla, casi sin fé).

» Mia, señora, es la culpa:
» Lo conozco—lo he educado
» Muy mal, » (y quedó abrazado

El niño de ella, á la par.)
Y al verlo el lor, separando
Los tiernos brazos de Sara
Vé dormido, á quien pensara
Su nombre y oro dejar.

Duerme Jacobo y espresa
Paz profunda su semblante;
Y con labio vacilante
Tal vez amenazador,
La dice el lor que respira
Por una idea aterrado,
«Tened con él mas cuidado »
(Y ella dice:)—«Bien, Milor.»

Pero ella á Dios le pregunta
Al salir de aquella estancia
Si llegará en su constancia
Como Alfredo, á su hijo, ver.
Y torna sus lindos ojos
A ese azul donde rutila
El sol que jamás oscila
Y vemos resplandecer!

—

El lor siempre receloso
Con la vista preguntaba
Al médico, que esquivaba
Darle respuestas al lor.
Y trascurrieron dos dias,

Y al fin llegó la mañana
En que traidora y tirana
Dió rienda Julia al rencor.

Trajo del lor á la alcoba
Juguetes mil, y al mirarlos
Alfredo, quiso ya usarlos
Y un lindo sable tomó.
Ufano con su tesoro
Corrió do quier y gritando,
Mientras Jacobo callando
Ni aun los juguetes miró.

Tomad, Milor, (Julia esclama
Con profunda hipocresía)
»Tal vez cause su alegría
Aqueste libro, Milor:
»A vuestro nieto enseñadle
»Sus pinturas caprichosas;»
(Y en él miradas ansiosas
Fijó de afecto y candor.)

Delante del lor lo puso:
Y este las hojas pasaba,
Y la mirada fijaba
En el niño con afan.
Mas este no sonreia
Ni separaba los ojos
Ni gusto, encanto ni enojos
Espresaba su ademan.

Oh! qué espantoso tormento
Para una madre angustiada
Y á su hijo consagrada:
Cuánto horrible sinsabor!
Y quién describir podria
De Sara, la espresion santa?
Cualquier mirada agiganta
Su incertidumbre y temor.

Volvió el lor algunas hojas:
Cayóse el libro en el suelo,
Y reinando el desconsuelo
Un silencio cruel reinó.
Entonces Julia acercándose
Al doctor de tal manera
Que todo el mundo la oyera,
Estas frases pronunció:

«—Este niño es un Idiota:—»
(Brotó un grito de repente:)
»¡Idiota!...» (dijo doliente
Sara con hondo terror)
» ¡Idiota, porque mi hijo
» Jamás gozó de ventura?...
» ¿Idiota, porque fulgura
» En su pupila el dolor!...

» Oh! ven ¡hijo idolatrado
» Ven á mis brazos, mi vida:
» Tu madre te da acogida,

» Salgamos pronto de aquí.»
Y con el niño saliendo
De la alcoba malhadada
En la suya, y prosternada
Ante Jacobo, habla así.

» ¡Pedazo de mis entrañas!
» Jacobo : » —« ¡ Hijo, hijo mio! »
Y cediendo á su albedrío
En ella el niño posó,
Aquella frente do bullen
Pensamientos encontrados:
Instintos desacertados
Que un sobresalto turbó.

» ¡ Doctor! (esclama la viuda)
» Vedlo—me ama : hijo querido,
» Hijo de mi alma nacido
» Tranquilízame por Dios;
» Habla, habla, te lo ruego,
» Yo soy tu madre, tu madre...
» Háblame aquí de tu padre
» Para gloria de los dos.

» Ten piedad ¡ hijo del alma!
» De esta madre que te adora;
» De esta infelice que llora
» Roto ya su corazon.
» Que te den vida, mis besos:
» Habla, habla, en tí confio:

» Yo soy tu madre, ángel mio,
» Tenme por Dios compasion!...»

Ay! pero el niño callaba:
No devolvió frase alguna:
Y lejos de hallar fortuna
Rompió en llanto la infeliz.
Entre sus brazos la frente
Y ante el niño arrodillada,
De llanto Sara inundada,
Del suelo baña el tapiz.

En vano el doctor la dice
Que es muy probable una cura:
Ella mide su amargura
Midiendo la realidad.
¡Pobre Sara!—¿Qué infortunio
Espantoso has comprendido?...
Oh! qué vil, qué cruel ha sido
Quien te dijo la verdad!

—

¡Ay triste tortolilla
Nacida entre azucenas
Que llora rudas penas
Y siente un torcedor!
¡Ay débil barquichuelo
Sobre la mar lanzado,
Que en vano ha deseado
Clemencia del Señor!

¡Ay madre sin ventura,
Que en época de galas
Tendistes ambas alas
Vertiendo inspiracion.
¡Ay desgraciada onda
Que rueda hácia el profundo
Sin que la voz del mundo
La brinde salvacion!...

¡Oh Sara! Cuánto es triste
La vida ante tus ojos
Cuando al mirar de hinojos
Del Hacedor la faz,
Brotando tu plegaria
Que admiran los querubes
Levántala á las nubes
El zéfiro fugaz.

¡Ay ave voladora
Que ansiando dichas sumas
Cubriste con las plumas
El luminar del sol.
¿Dó fueron, dí, tus horas
De encanto y de alegría,?
¿Por qué una nube habia
Contraria á tu arrebol?...

Sin duda cuando al rayo
De la redonda luna
Recuerdas la fortuna

De tu perdido amor,
Al ver ¡ay! á tu hijo
Hermoso, pero idiota,
Ay! para tí no agota
Su acibar el dolor.

Y entonces este mundo
Te sirve de tormento
Y en breve al firmamento
Tu errante cuita va;
Y de tus ojos salta
La lágrima de duelo
Que acaso en azul cielo
Tu Dios recogerá.

¡Qué oscura, qué sombría,
Contempla la existencia
Quien siente en la conciencia
La punta de un puñal!
¡Qué llena le parece
La vida, de amarguras
De llanto y desventuras
Y perdicion fatal!

¿Te acuerdas? Entregaste
Tu mano, en aquel dia
En que, te maldecia
Tu padre, con furor:
Y ahora jóven mísera
Recoges con quebranto

En gotas ¡ ay ! de llanto
Tu accion y su rencor !

Porque ¡ ay el que no sigue
La voluntad de un padre
O el que á sensible madre
Feroz pesar la dió,
Muy tarde, pero al cabo
Contempla allá en sí mismo
El tenebroso abismo
Que él solo, se labró...

¡ Ay triste tortolilla
Nacida entre azucenas
Que llora rudas penas
Con hondo torcedor.
¡ Ay débil barquichuelo
Sobre la mar lanzado
Que en vano ha deseado
Clemencia del Señor !...

Llora ¡ oh Sara infeliz !—vierte tu llanto
Con fervoroso duelo:
¿ Quién penetrar esos arcanos pudo
Que admira el hombre y que atesora el cielo?...
Sostén en tí la luz de la esperanza ;
Y á Dios, rogad con ella,
Los que mirando á la doliente Sara
La veis llorando y la admirais tan bella.

¡Ay! ya, ni en vez alguna
El lor con ojos de piedad la mira.
Ni llama al triste, delicado nieto
Que al sinsabor sujeto
Hondas angustias á su madre inspira;
Y veces mil al contemplar la madre
Ya de luto vestida,
Julia con aire de desden la trata
Y muestra á Alfredo, en cuya tierna vida
La juventud del alma se retrata.

¡Cuánto afecto distinto!
Sara tan dulce, tan humilde y pura
Que fascina si llora,
Y Julia altiva y de insultante orgullo
Henchida siempre y satisfecha ahora,
Empero el lor aunque sufriendo calla
Al médico detesta:
Por él á Sara la brindó la casa
Que juzga envilecida,
Al recordar que el hijo que adoraba
A Sara, en el altar, le dió la vida.

¡Ay! un año espiraba
Para la madre, de tristeza, y lucha
Que presagiaba ruina:
Y un dia el lor, á la infeliz llamando
Díjole así, mientras que Sara oculta
En sus manos la faz y no domina
La voz de un corazon que está llorando.

» Atendedme señora
» Y hacedlo con valor: de mil dolencias
» Mi espíritu agitado
» Del mundo el ruido y el bullir rehusa:
» Y aunque me punza el corazon la pena,
» Quiero lealmente esclarecer mi nombre
» Pues la fé me lo ordena.
» Vuestro enlace, en eternos sinsabores
» Hundió mi pecho: y os llamé inundado
» De cariño sincero,
» Pensando hallar en vuestro tierno niño
» De mi fortuna inmensa al heredero:

» Pero ¡oh dolor! la suerte
» Cruel para mí, señora, se ha mostrado:
» Mi nieto y vos, lo suficiente siempre
» Tendréis para la vida. —Yo he nombrado
» Por heredero á mi sobrino. — A Lóndres
» Presto me vuelvo, y habitando en ella,
» Mucho gusto tendré si vos un dia
» Y allá por verme, dirigís la huella.

Sara, al punto, sintiendo
Dignidad y valor, dijo espresando
Afecto maternal.—«Partid si os place:
» No, no seré testigo
» De accion tan vil con mi infeliz Jacobo:
» Harta prisa teneis por despojarlo.
» ¿Sabeis el porvenir?... del cielo, sola
» Fué la piedad, la eterna Soberana.»

» El porvenir no existe :
» Yo, señora, confio en lo presente:
» Por eso (dice el lor) siempre realizó
» Las cosas prontamente.
» Haced lo que gusteis (Sara repuso)
» Habitaré la casa
» Donde fuí tan feliz con mi marido
» Y vuestro nombre llevará, sabedlo,
» El hijo tierno de mi amor nacido.
» Del Eterno en la gloria
» Su triste suerte con desvelo fijo,
» Mas no perdais Milor de la memoria
» Que és vuestro nieto, mi inocente hijo.»

Pasaron ocho dias
Y Sara llena de dolor, dejaba
El techo paternal: muchos la vieron
Con hondo sinsabor, roto á pedazos
De Sara el pecho y en sus blancos brazos
Llevando el niño : la palabra suave
Oyendo del doctor á quien la angustia
Le da un carácter reflexivo y grave.

Ay! de Sara á los ojos
El universo entero, que ostentaba
Sino abrojos y zarzas? — Recordaba
Cuando delante de la mar vertia
Su llanto, y de la Francia
Llena de angustias mil, se despedia
En pos de alegre americano suelo

Sin proteccion, sin techo, sin amparo,
A Agar, que el paso incierto
Cuando agena de calma
Y nutrida de lágrimas el alma
Vacilante una vez, llevó al desierto.
¡Tú solamente ¡oh fé! númen divino!
Tú sola das al corazon confianza:
Y es mas dichoso quien por tí se lanza
Del borrascoso mundo en el camino!

V

De gozo agena y de cabal ventura
Bajo el cielo de América, luciente,
Aumentando los años su amargura
É inclinada ante Dios la noble frente,
Orando ved á la que triste apura
La copa de un dolor, siempre creciente,
Orando ved á la infeliz señora
Que ruega á Dios, y sin consuelo llora.
¡Ay sin consuelo! ¿imaginais que alienta
En el mundo una madre que insensible
Mire á su hijo y el dolor no sienta
Que al pobre niño, punza irresistible?
Nunca: jamás: la pena, la atormenta:
Ofrece á Dios un corazon sensible
Y al consagrar tan elevada prenda
Le da al mundo, su llanto por ofrenda.

Y no penseis que desarrolla el mundo
Tan espontáneo y noble sentimiento,
Porque ese afecto natural, profundo,
Lo inspira siempre igual, el firmamento:
Ved, ante el sol del Africa, fecundo,
El vivo llanto y el atroz tormento
De la madre infeliz que vé aherrojado
Al hijo libre que su Dios le ha dado:
¡Oh cruel ilustracion! Ved cual deplora
El esclavo infeliz en su deseo
Su vida y libertad encantadora,
Y el gran desierto y resplandor febeo:
Miradlo ya, con mano humilladora
Maldecir la ambicion del europeo,
Y oid el ay!—que arranca la agonía
A aquella madre que su adios le envia.
¿Qué mucho pues, que de pesar colmada
Y ya por sus quebrantos abatida,
Sara fije, su trémula mirada
Tras mucho tiempo, en el que eterno cuida
De dar al sol, su luz: á la alborada
Tintas hermosas, ímpetu á la vida
Y lloro puro y afliccion constante
De toda madre al corazon amante?...
Ved pues á Sara, de amargura llena
Su gloria anhelo y porvenir cifrando
En quien la infunde un manantial de pena
Y por quien vive, pero al par, llorando.
Y veces mil de venturanza agena

Mientras le ruega á Dios, en himno blando
Vedla con alto sinsabor prolijo
Un beso darle á su inocente hijo.
A veces mira de dolor rodeada
Del bello niño la gallarda frente
Y esperando que llegue arrebatada
El alma de sus sueños: y vehemente
Voz preste al niño: inspiracion osada
A su débil razon: fuego á la mente,
Y dando brillo á su preclaro nombre
Le infunda así la dignidad del hombre.
¡ Y qué digno del génio de un Urbino
Es, cuadro tal !—Imaginad á Sara
Queriendo darle un rayo peregrino
De inteligencia, á quien su amor creara.
Vedla al mirar el sol, en un divino
Momento tal, que nadie dibujara
Pedirle un rayo de su luz, tan solo
Por darlo á su hijo y olvidar su dolo.
Si el Dios que giros, le imprimió á la esfera,
Al viento impulso y fuerza al Oceáno,
Por un momento nada mas me diera
De una madre el afecto sobrehumano,
Con lira hermosa, entonces os digera
Rosas brotando de mi genio y mano,
Cuanto sufre una madre! cuanto gime
Si de sus hijos el dolor la oprime.
¡ Oh! que pincel de inspiracion dotado
En el lienzo, el desvelo imitaria

De Sara, que ante un sol, de luz orlado,
Envuelta el alma en desventura impía
Esplica al hijo que á sus piés sentado
No la comprende, el resplandor del dia
La esfera azul, el mundo, los colores
La mar que ruge y las pintadas flores?
Sí: de esperanza celestial, en alas,
Al tierno niño cuanto mira esplica:
Le dice quién es Dios: y cuántas galas
Su nombre al Universo pronostica.
Le señala los cielos, y las salas
Del vasto Empíreo á su Jacobo indica,
Y muy confiada en sus palabras bellas
De los ángeles habla, y las estrellas.
Y veces mil creyéndose burlada
Por una suerte á su ilusion traidora,
Un libro toma y con la voz alzada
Leyendo así, las páginas devora:
Imágenes le enseña, é inundada
De sublime pasion conmovedora,
Quiere infundirle á su Jacobo aliento
Y darle á su cerébro, un pensamiento.
Mayo sus rosas por do quier vertia,
Y en una tarde, Sara, vacilando,
Aquella historia comenzó sombria
Del triste esposo que murió adorando.
Y el pobre niño, á la infelice oia,
Y ella al mirarlo, esperanzada, cuando
Pensó de llanto contemplarlo lleno,

Lo vió dormido en su materno seno.
Y ella lloró, pero con tal gemido
Que al eco, hasta el Infierno se apiadaba:
Y el azul de sus ojos, ya encendido
Blancas perlas tan solo derramaba.
Y con doliente voz ¡hijo querido!
¡Hijo del corazon! (ella esclamaba)
Y Dios, no el niño, sin cesar oia
Aquel acento que su amor vertia.
Todo es inútil, porque todo es vano:
Las frases son para Jacobo un ruido:
Tiniebla el sol: el cefirillo ufano
Un murmullo, del bosque desprendido.
Y el tiempo corre y en dolor insano
De Sara, el pecho se destroza, hundido,
En quebranto mayor, al ver tan pura
Y del niño, tan alta la hermosura.
Oh! quien lo observa por la vez primera,
Nada sospecha, y júzgalo acabado:
Nunca su rostro juvenil se altera,
Ni su pecho se muestra impresionado:
Mas el vulgo que nada considera,
Rasga de Sara el pecho fatigado;
Diciendo al paso cuando al niño mira.
—« ¡Pobre Idiota que no habla ni suspira! »
Mas ella en sí, purísima alimenta
Una esperanza, como el sol radiosa,
Y á Dios sus penas con tristeza cuenta
Pero en las alas de una fé, preciosa.

Y gemebunda y mustia se lamenta
Y en sus brazos teniendo fervorosa.
Al tierno niño, con plegaría pía,
Dirige sus acentos á María.—
» Reina y señora que en el alto cielo
» Eres de paz eterna, precursora:
» Madre que llena de fecundo anhelo
» Eres del alma, la mejor aurora.
» Calma mi angustia y mi creciente duelo:
» Infunde en mi hijo la razon, señora.
» Yo te lo ruego por aquel que alzaba
» Su voz desde la cruz donde espiraba. »

Rogad por él—ella dice
A cuantos con desconsuelo
Ven á Jacobo, y su duelo
No mitiga el Creador,
Pues Sara pálida y llena
De sentimientos, respira
Y llora cuando le mira
Con profundo sinsabor.

« Idiota! » (á veces esclama)
Y entre sus brazos lo oprime,
Lo nombra y lo besa y gime
Destrozado el corazon.
Y el niño fijos los ojos
En la madre que vacila,
Por sus ojos no destila
Ni un reflejo de razon.

Y dando limosnas siempre
Al Hacedor consagradas,
Palabras de fé colmadas
Ofrece al Dios inmortal.
Y todos cuantos de Sara
La gloria eterna predicen,
Con respeto la bendicen
Y con gratitud cabal.

Y es ella la providencia
De cuantas madres imploran
Clemencia divina, y lloran
Al peso de su dolor.
Y lástima solo inspira
Quien fué tan alegre y bella:
Quien era sublime estrella
De hechizo y gala y amor.

¡ Triste Sara !—ya ha perdido
Su corazon la esperanza ;
Y débil, ora se lanza
De su destino en el mar.
Sus ojos brillo no tienen :
Perdió el labio la frescura :
No hay rosas en su tez pura:
Y vive para llorar.

Esclava de quien adora
No tiene otro sentimiento,

Ni otro afan y pensamiento
Que su niño encantador:
Y era de ver como ella
Ocultándole el quebranto,
Brotaba, á solas, el llanto
De su infortunio traidor.

Si un rayo de sol heria
Del blanco niño la frente,
La madre impacientemente
Volaba, el rayo á evitar;
Dejando pues en la sombra
De Jacobo la megilla,
Do la luz de mayo brilla
Y en un campo de azahar.

Si se incomodaba ella
Con el frio penetrante,
Poníale al hijo amante
Pieles de tinta gentil.
Y asi cumplió el albo niño
Once años; tan hermoso
Que en su labio delicioso
Sus galas recoge abril.

Alto y robusto, no siente
El sueño que le rendia:
Y bien de noche ó de dia
Sale ya, con el doctor;

Otras veces á caballo
Con Barnabé, sale, empero,
Que Sara al niño hechicero
Tributa afan superior.

Y cuando, solo, Jacobo
Por la montaña pasea,
Y ante un sol que centellea
En pos de un pájaro va,
La madre al pájaro ruega
Que al Hacedor le suplique,
Y le ruega que le indique
El niño que viendo está.

Simpático hasta lo sumo
Y hasta lo sumo, inocente,
No habla, y vive indiferente,
El niño, y sin ilusion:
Y esta angustia, es una gota
Que va despacio filtrando,
Pero que va devorando
De la madre el corazon.

Sentada donde otro tiempo
Tanto á su esposo adoraba,
Su primera culpa, lava
Con su llanto y dolor cruel.
Y nadie la vé un instante
Meditabunda y serena

Que no mire de su pena
Brotar la lágrima fiel.

Cayó en consuncion terrible;
Y es en vano la eficacia
De Barnabé, tal desgracia
Procurando remediar.
Y al pensar ella, que muerta
Huérfano el niño, sería,
¡ Cuántos esfuerzos hacía
Para vivir y esperar !

Ya, no permite que salga
El hijo al jardin vecino :
Ella le ve de contino
En dolorosa efusion,
Y anegada en lloro triste
Le oprime contra su pecho,
Que está de angustia deshecho
Diciendo con emocion :

» Ven, ay! quédate conmigo : »
(Y ante su planta sentado
Se vé á Jacobo, exhortado
Por su madre angelical)
» Ah ! (pronuncia) si mi alma
» Al morir yo, se le uniera,
» ¡ Con qué descanso muriera
» Oh juez del alma, inmortal ! »

¡ Oh qué angustia !—Cuadro horrible:
Madre que su amor no agota
Ante un hijo que es idiota,
Que la mira sucumbir:
Que ignorando lo que pierde
En su ceguedad profunda,
Al mirarla moribunda
Empezará á sonreir...

» ¡ Ah ! no sentirá mi muerte :
» No me llorará : (decia)
» Ni me dirá ¡ madre mia !
» Cuando en último estertor,
» Yo, rodee, con mis brazos
» Su corazon insensible...
» Oh, Dios mio ! eso es horrible:
» No : no hay tormento mayor.»

Y luego quédase inmóvil
Al lindo niño mirando,
Y en acento casto y blando
Le pregunta á Barnabé :
—«Doctor ! ¿vos, le amaréis mucho?»
Y este que su afan no esconde
A la madre le responde :
— « Jamás lo abandonaré. »

VI

De pena cruenta y de afliccion rendida
Ya no pudiendo abandonar el lecho,
Le da al doctor, con fatigado pecho
Que respira tormento y sinsabor,
Sara la hermosa, una sentida carta
Que no es posible finalice ella,
Y le suplica con sonrisa bella
Que la concluya. Y es así:—« Milor »

» Por la postrera vez, Sara os escribe;
» Yo moriré dentro de breve hora:
» Vos que gozais de la salud ahora,
» Tasa poned á mi amargura cruel.
» Dadle un lugar en vuestra noble alma,
» A mi adorado hijo sin ventura:
» Ya me espera, Milor, la sepultura,
» Solo el amor, ha comprendido él. »

Y llena el alma de temor, al punto
El médico escribió, solo diciendo
Al lor, temblando y á la par sufriendo,
» Sara sucumbe .. ¿Qué pensais hacer?
» ¿Qué ordenais sobre el huérfano que lleva
» Vuestro nombre, Milor? »—Y ya firmada
Á Lóndres, fué la epístola enviada:
Para la madre, eterno el padecer.

Como ave errante que los mares salva
Y al agitar la tembladora pluma,
Otra ave mira sobre mar de espuma
Y al cielo van con ilusion las dos;
Asi dos almas en el mundo alientan:
Y á merced de opuestísimos azares,
De la existencia los inquietos mares
Salvan y llegan al dosel de Dios.

Y al ver la madre á su inocente hijo
Puesta sobre ella la temblosa mano,
Asi al doctor con arrebato insano
Le dice y llena de ilusion cabal.
« Quién sabe, Barnabé, si las palabras
» Que mi pasion á mi Jacobo envia
» Él, ¡oh doctor! las hallará algun dia
» Sobre mi tumba, con dolor fatal. »

» Hijo del corazon:—cuando no viva
» Tu pobre madre, y con profundo duelo
» Se la pidas á Dios, al sol y al cielo,
» Dónde á la madre que te amó, verás?...»
Y ya tendiendo sus temidas álas
Llega á la alcoba el génio de la muerte,
Y Sara queda, como masa inerte:
Con Dios hablando en su dolor quizás.

Y un clérigo á sus piés, alza sencillo
Una oracion que hasta los cielos sube

Como de incienso vagarosa nube
Que envuelve á los arcángeles de Sion.
Y al retirarse el sacerdote, arroja
Ella en torno de sí, triste mirada,
Y al hijo dice con la voz ahogada
Por su mismo quebranto y opresion.

» ¡ Oh ! hijo de mis entrañas!...
» ¿ Qué será de tu existencia ?
» Escúchame : mi presencia
» No te revela mi mal ?...
» Voy á morir: ¡ oh Dios santo !
» Haz que comprenda que muero:
» Que es el momento postrero
» De mi destino fatal.
» Tu madre muere ¡ hijo mio !
» Murió hace tiempo tu padre,
» Y sin él y sin tu madre
» De tí ¡ gran Dios ! qué será ?
» Tú, quedas solo en el mundo:
» Mi corazon está opreso...
» Yo me ahogo : dame un beso
» Pues se abre mi tumba ya.
» Acuérdate, hijo del alma,
» De tu madre que se aleja :
» Tu madre con Dios te deja:
» Él es la gloria y el bien.
» Hijo, hijo, yo me muero :
» Ya me postra la agonía :

» Pedazo del alma mia;
» Jacobo !... á mis brazos ven.»

Y sin poder reprimirse
La madre desventurada,
Por el quebranto postrada
A su Jacobo estrechó.
La respiracion profunda
Indica que el mal aumenta:
Y su amor ay ! se acrecienta
Como nunca lo sintió.

Y el tiempo pasa y traidora,
Prolongando la agonía,
La muerte le clava impía
Dardos mil, con brazo cruel.
Y una mañana en que triste
Sara su adios pronunciaba,
La muerte le preparaba
Otra copa mas, de hiel.

Oyóse un ruido en el jardin cercano,
Voló el doctor con emocion profunda,
Y mira al lor que de su coche baja
Y entra en la casa con la altiva Julia.

» He recibido vuestra carta » (dice
El lor á Barnabé).—Y este le augura
Las mil desgracias que consigo trae,
La muerte cruel de la doliente viuda.

(Y el lor replica).—«Recibí la carta
» Cuando pensaba y con cabal ventura,
» Mirar el cielo de la bella Italia
» Y mil negocios, arreglar, en suma.

»Decidme pues.—Y la señora?»—«Vive»
—» Sara respira aun?» (con ansia mucha
Contesta el lor á Barnabé; y el rostro
Crueldad espresa: su mirada asusta).

Con lenta planta á la infeliz se acercan
Y ni el silencio sepulcral los turba,
Porque almas hay, que ni celajes tienen
De humanidad, ó compasion fecunda.

Miran á Sara, y contemplando gozan
Al verla jóven y en la misma tumba,
Donde es preciso que inocente el hijo
Baje á buscar la maternal ternura.

Los ojos abre con delirio, Sara:
Los vé: su pecho, su razon se ofusca,
Y vé de Julia el insultante labio:
Comprende la verdad, y así pronuncia:

»Hijo del corazon! toma mis brazos:—
»Todos á ti la proteccion rehusan :
»Pero en los cielos... el Eterno mora:
»Él te mira... tu madre te lo jura!» —

Y dando un grito, la gentil cabeza
Dejó caer, y vacilante y mustia

Para siempre al Señor, le dió su aliento,
La fé del alma y la esperanza suya.

Ni el lor ni Julia, de su grito al eco
A Dios regaron que formó la altura,
Pero la muerte les impuso miedo:
Y allí postrados con la fé mas justa;

Quizás oyeron el incierto ruido
Del ángel bello de la gloria pura,
Que á Sara lleva á las etéreas salas
Donde el Eterno en resplandor se inunda.

«Salid con el niño» (dice
«El lor al médico) «á hablaros
»Sobre él me dispongo: á daros
»Una esplicacion tambien.
»No os detengais,» (le replica
A Barnabé que deplora
La muerte de Sara, y llora
Quemando el dolor su sien.)

Pero ya dos horas corren
Que aquel niño desgraciado,
Ni un solo gemido ha dado
Ni se mueve.—En inaccion
Cerca de la madre alienta
Labio á labio: mano á mano
Con éxtasis soberano
Hijo de viva emocion.

Por ambos brazos lo toma
El médico: pero el niño,
Con espontáneo cariño
Resiste lleno de fé.
La primera resistencia
Que el niño opone en el mundo:
—Y siente impulso fecundo
El médico que lo vé,

Un relámpago, de júbilo,
Brota en su frente, y radioso
Intenta, al niño precioso
De su madre separar.
Cede el niño: pero el rostro
Vuelve al doctor, inundado
En un llanto, que arrancado
Está por hondo pesar.

» Gran Dios! » (esclama encendido
El doctor en vivo pasmo)
Y abrasado de entusiasmo
Deja el niño: estudia él:
Y Jacobo, de su madre
Abrazado, y blandamente,
Dulce y casta y tiernamente
La besa con labio fiel.

—» Quitadle de ahí: traedlo »
(El lor esclama). (Y ansioso

Dice el doctor, sin reposo)
—«Está llorando, Señor.».
Y el pobre huérfano gime
Con quejas desgarradoras:
—«Jacobo, dí, ¿por qué lloras?»
(Pregunta al niño el doctor.)

Y levantando su rostro
Pronunció: — «MI MADRE HA MUERTO» —
Impulso sublime, incierto
De aquel, se apodera ya,
Y al notar la inteligencia
De Jacobo en la mirada,
Con voz por la fé inspirada
Orando al Eterno está.

«¡Ah!» (dice). «Razon teníais
»Sara, en vuestro desconsuelo
»Para confiar en el cielo:
»Oh madre! teníais razon.»
Y empero el lor admirado
Al nieto, decir oia. .
—«Madre, madre, ¡madre mia!
(Añadiendo en su efusion).»

» Acuérdate hijo del alma
» De esta madre que se aleja:
» Tu madre con Dios te deja:
» El es la gloria y el bien.»
Y pone el doctor la mano

Sobre el niño con dulzura,
Y este lleno de ternura
Como él, se postra tambien.

—«Dios mio (dice) Dios mio,
»Sed mi fanal hechicero:
(Y con afecto sincero
El médico, y con fervor,
De Sara la mano toma
Diciendo.)—«Ya se ha salvado:
»Escucha á tu hijo amado:
»Gracias dale al Hacedor.»

Y el lor abraza á Jacobo,
Y lo besa, y se lo lleva:
Y en su pecho se renueva
El afecto paternal,
Mientras que Julia vencida
Contempla con impaciencia,
—¡Dar luz á la inteligencia
Un grande esfuerzo moral!

Y fué Jacobo, un honrado
Muy cumplido caballero,
Fué entre nobles el primero
Y á todos supo admirar.
Y al recordar que á su madre
La inteligencia debia,
Veces mil la dirigia
Su voz al pié de un altar!

EPILOGO

Venid á mí, las que al oir llorando
Cuanto espresé de inspiracion henchido,
Tuvísteis un momento, en que radiando
Vísteis á Dios, de púrpura ceñido.
Venid, al eco de mi acento blando
Las de albo corazon, de fé nutrido,
Y en cambio de mis trovas, cariñosas,
Sobre mis versos, deshojad, mil rosas.

Y llorando esclamad.—«Loado el Ente
«Que sostiene del Orbe la armonía:
»Loado el Hacedor omnipotente
»A quien su voz, la humanidad envia.
»Bendito en suma el Creador clemente
»Que da llamas al sol: matiz al dia»

»El Dios del trueno.—El Ente soberano,
»Que aplaca con su voz, el Oceáno.

»Aquel que pudo, en música sonora
»Tornado el labio, levantar un mundo:
»Aquel que con su mano creadora
»Iluminó los senos del profundo:
»Al genio, brillo dió: luz á la aurora.
»Y lleno de entusiasmo, asaz fecundo,
»Limitó el porvenir: y allá en su mente
»Dió la inmortalidad, al alma ardiente.

»Salve gran Dios!—Y salve ¡oh bien hadada
»Fé, que eres sol, de lo que llaman vida;
»Y que iluminas la verdad, brotada
»Del labio augusto del que al mundo cuida.
»¡Felicidad eterna, é increada!
»¡Fuente de luz en el Señor nacida!
»Resplandor inmortal que al genio enciende
»Y al orbe entero sobre sí, suspende.»

Dame de un ángel el arranque: dame
La voz, entonacion, y melodía:
Flores me dé el cenít: y Dios derrame
Su luz, en mi abrasada fantasía..
Y oyendo á Dios, la humanidad aclame
Al que á los astros y las aves guia,
A quien derrama luz, en nuestro nombre,
Y hace sin fin, la libertad del hombre.

Y las de aquel idolatrado suelo
Vírgenes suaves, cúyo acento es gloria,
Venid y dadme vuestro mismo anhelo:
Flores poned en mi falaz memoria.
Y pueda entonces, con cabal desvelo,
De mi adorable Cuba, ante la historia,
En vuestras almas encontrar, radiante
Modelo eterno de pasion constante.

Feliz aquel que con cantar sonoro
Pueda algun dia ó con gallarda pluma,
De otro nuevo Colon, el lauro de oro
Digno ensalzar y con grandeza suma.
Mas pueda, en voz de perennal decoro
Y porque en ella, el orbe se reasuma,
Decir que en Cuba, levantó su frente
Con alma noble, y corazon vehemente.

Y si la Europa, entonces, (destrozada,
Como un escombro sobre el mar se ostenta,
Cual hoy la Grecia, un tiempo tan poblada
Y que hoy apenas tanta gloria cuenta),
Queda ante el mundo descubierta, honrada
Por el nuevo Colon, que al arpa alienta,
Que vuestro nombre ¡oh madres de mi Cuba!
Como homenage, hasta el Eterno suba.

Sí: loado el Señor: loado el Ente
Que sostiene del Orbe la armonía:

Loado el Hacedor omnipotente
A quien su voz, la humanidad envia.
Bendito en suma, el Creador clemente
Que da llamas al sol: matiz al dia:
El Dios del trueno: el Ente soberano
Que aplaca con su voz, el Oceáno.

Si! plegue á él, de resplandor ceñida
Esta «PAGINA DE ORO,» dejar bella,
Como la aurora que en el mar tendida
De un ángel es, la purpurina huella.
Y si llorais, y si con fé nacida
Del sentimiento, la brillante estrella
Quereis seguir, del hombre que nombrara
Y amigo fiel de la infelice Sara,

La planta detened.—De años al peso
En Casa-blanca sucumbió: y ahora
Que os miro sonreir, y estáis por eso
Mas bellas que la vírgen seductora,
Que en la copa del nardo pone un beso,
Que el céfiro perfuma y evapora,
Venid! y dadle por galana ofrenda,
Aromas mil y mil, á mi leyenda.

Y el rayo de la luna en la enramada,
Y de las hojas el confuso ruido,
Y la voz de la tórtola estraviada,
Y el himno fiel del ruiseñor herido,

Refléjense en mi trova, que inspirada
Asciende al Ser que con la fé nutrido,
Nunca tuvo venganzas. Nunca encono,
Y que eleva en los ámbitos, su trono.

¡Hijas de Cuba! que la patria mia
En vuestros hijos tenga un monumento
De gloria eterna, de inmortal valia,
De todo un mundo al general acento:
Y pueda yo, con grave poesía
Cuando á mi patria, deis merecimiento,
Decir que mientras Dios, senda os trazaba
Esta «PAGINA DE ORO,» os inspiraba.

MARIA DE LOS REYES

MARIA DE LOS REYES

Cuán hermosa es el alma que adora
Con delirio frenético á un alma,
Que no tiene momentos de calma,
Porque siente profundo dolor.
Yo recuerdo, que dulce y constante
Me juraste tu amor ¡ oh María !
Cuando el sol de la paz no vertia
Para mí, su brillante esplendor.

De los cielos de Cuba alejado
Recordando la patria querida,
Eras tú la ilusion de mi vida,
Y la flor de mi ardiente pasion.
De tus ojos azules, al rayo,
Se inflamaba mi pecho vehemente;
Contemplando un Empíreo en tu frente
Quien alzaba á tus piés su cancion.

Era el himno de un alma nacida
Para amar con sublime ternura:
Tú me dabas delirio y ventura,
Yo te daba suspiros y afan.
Y admirando una misma belleza
En un mar de ilusion nos lanzamos,
Y entusiastas á un cielo volamos
Do las glorias mas altas están.

Si en las noches de luna en el Prado
Mi pasion sin cesar te decia,
Y en tus labios de aroma ponia
Cifra eterna de dicha inmortal,
Esa prenda del alma quedaba
En tus labios de púrpura, al verla,
Como suele quedar una perla
Suspendida en la flor de un rosal.

¿Lo recuerdas?... ¿Olvidas que un tiempo
¡Tiempo bello de paz y de amores,
Coronabas mi mente con flores
Me mirabas, sonriendo á la par?...
Tú rizabas, mis blondos cabellos
Yo te daba mi casto albedrío,
Te llamaba en mi afan ¡amor mio!
Y eras tú, mi ilusion tutelar.

¿Lo recuerdas?—perdida en delirios
Tú gozabas con alto desvelo;

Yo miraba en tus ojos el cielo,
Tú en mis ojos, mirabas el sol.
Y vagando por mundos de rosas,
Tras la luz de futura esperanza,
Tú, de un cielo de paz y bonanza
Eras ay ! el mas bello arrebol.

Tú en las flores mi rostro veias:
Yo en las nubes, tu rostro adoraba:
Y era un ángel tal vez, quien guiaba
Un amor exaltado por mí:
Yo, escuchaba tu dulce suspiro:
Tú, mis trovas de fé consecuente:
Y los dos con ensueño creciente
Disfrutamos de igual frenesí !...

Mas tronó de repente sañuda
Baldonando de España la gloria,
Una guerra de odiosa memoria
Que á Madrid, en tinieblas hundió:
Al estruendo de cien baterías
Ronco el pueblo, sin armas clamaba,
Y el cañon á lo lejos tronaba,
Como un tiempo en Gerona bramó.

Mas no fué como entonces la lucha
Justa lucha de patria y venganza:
Era sed de terrible matanza,
Los hermanos lidiando entre sí.

Ni la ley encontraba sus fueros,
Ni la lucha un sendero seguia :
Se lidiaba con cruel bizarria
Y jamás tanto escándalo, oí.

¡Pobre pueblo!—miró sus derechos
A los piés de la patria caidos,
Y estallando con hondos gemidos
Como furia irritada, se alzó.
Ah! cuán grandes se tornan los pueblos
Cuando van por sí mismos guiados,
Proclamando derechos fundados
Por el Ser que los mundos formó.

Si les falta la pólvora, rompen
Con sus brazos el seno á la tierra :
Si baluartes, con fuerza que aterra,
Mueven montes: sublevan la mar.
Y gigantes de brazo invencible,
Ellos son los legítimos reyes,
Y consiguen variando las leyes
Otros grandes principios crear.

Ay!—tú entonces, cual ave perdida
Que se vé sobre indómitos mares,
Entonaste tus libres cantares
Que llegaron al trono de Dios.
Y elevando con triunfo la España
Otra vez, en su pueblo, la frente,

Despertamos en zona luciente
Mas amantes que nunca, los dos.

¿Que nos vale, dime, ausencia,
A los que ciegos amamos,
A los que el alma entregamos
En prenda de una ilusion,
Que haya delirios radiantes
Que halaguen el pensamiento,
Si pones luego en tormento
Nuestro ardiente corazon?....

¿Qué importa que una mirada
De espontánea simpatía,
Nos sirva de claro dia
De hechizo y de talisman,
Si mas tarde vierten llanto
De intenso pesar los ojos,
Y si mas tarde en enojos
Conviertes tú, nuestro afan!

Pobre de la hermosa niña
Que con alma casta, adora,
Y ausente, sus penas llora,
Y en vano el espacio vé;
Sin que mitigue sus duelos
Aquel á quien tanto ama:
Y por quien ella se inflama
En mas ternura y mas fé!...

Sí! se ama sin sentirlo:
Se adora, con ignorancia:
Y al crecer nuestra constancia
Se idolatra mas y mas.
Y perdidos en el fuego
Donde gozosos entramos,
¡Ay! en él nos abrasamos
Para no olvidar jamás.

Sí. Nosotros los poetas
Deliramos en un mundo,
De fantástico y profundo
Sentimiento natural.
Somos astros, que dejamos
Los relámpagos por huellas:
Y buscamos las estrellas
Como alcázar inmortal.

Somos, gotas que caemos
Desde el mismo paraiso:
Tornándose de improviso
En fuentes de claro son.
Y mas tarde, ya tornados
En torrentes impetuosos,
Vamos rodando espumosos
Y hácia un mundo de ilusion.

Somos, flores que se abren
Sobre las almas que adoran:

Somos, pájaros que lloran
De otro sol, vagando en pos.
Somos, arpas, que se dejan
Pulsar por ángeles suaves:
¡Y vamos como las aves;
Por instinto y hácia Dios!

Tú, dulcísima María,
Sevillana seductora:
Fuiste luz consoladora
Y yo por eso te amé.
¡Cariñosas tortolillas
Que con ternura se vieron,
Y amándose, juntas fueron
Del Altísimo hasta el pié!

Volamos, y de las rosas
Los pétalos, luz vertian:
Volamos, y relucian
Las techumbres del Edén.
Juntos fuimos por el viento
Sorprendiendo etéreas salas:
Yo, dormido entre tus alas:
Tú, adorándome tambien.

No es Madrid, ciudad que han hecho
Para amar sus moradores:
Es tienda de vencedores,
Mas no jardin del amor.

Pero allá en tu Andalucia,
Bajo un sol, siempre fulgente,
Vierte amor, luz refulgente:
Canta libre el ruiseñor.

Quiere aquel que mucho ama,
Cielo azul, y mar sonora,
Quiere paz encantadora
Murmullos y soledad.
Ven á Cádiz, que alli truena
Por momentos sacudida,
La onda azul, que va atrevida
Para arrullar la ciudad.

Tú ¡ deliciosa andaluza
En quien vé su flor, Castilla:
¿No quisieras de Sevilla
En el alcázar entrar?...
No quisieras alli, donde
El rey Don Pedro dormia,
Adorarme ¡ vida mia !
Bajo un cielo de azahar?...

Yo, mis viages te dijera,
Dando el arpa, claros sones:
Y un raudal de sensaciones
Te infundiera el Trovador.
Y á través de las *escuchas*
Que el Monarca allí tenia,

Casta luna nos daria
Su tranquilo resplandor.

Ven, mi linda Sevillana:
Mi enamorada española:
Tan suave como la ola
Mas trémula de la mar.
Ven á mí, dulce paloma
Por perfumes sostenida:
Ven á mí, flor desprendida
De mi estrella tutelar.

Para ti, de fantasias,
De preciosas creaciones,
Ornaré yo, los salones
Del alcázar oriental.
Y esas fuentes que no corren
Te darán su melodía,
Te darán la poesía
De su linfa de cristal.

O en las noches en que un astro
Sobre Cádiz vierta lumbre,
Y la mar en mansedumbre
Nos dé un eco arrullador,
Solitarios en la barca
Que ilumine al fin, el dia,
Tú me darás armonía:
Yo seré, tu pescador...

Tenderé redes preciosas
Que yo haré, con tus cabellos:

Y á los plácidos destellos
Que en tu faz, mire rielar,
Cuando en fosfóricas aguas
Se copien tantos fulgores,
Lindos peces de colores
Para ti sabré pescar.

Te suplico, que si alguno
Se resbala de tu mano,
Y torna al mar soberano
Y á la vâsta inmensidad,
Llena de encantos, imites
Naturaleza tan bella!...
—Suéltalos todos, doncella,
Y dales la libertad.

Tú, parada en la barquilla
Y en mis hombros reclinada,
Tenderás dulce mirada
Con fecunda sensacion.
Que si vés águilas blancas
Que cruzan el horizonte,
Tal vez próximo esté el monte
Que vió á lo lejos, Colon.

Tal vez, ese Númen, que siempre me guia
Nòs lleve á la patria que el cielo me dió:
Tal vez nos alumbre, la estrella que envia
El cielo, á ese mundo que el Inca adoró.—
Tal vez en las alas del zéfiro errante

Los trinos escuches, del ave que va,
Girando entre palmas, con pluma ondulante
Que acaso en matices al sol vencerá.

Tal vez... Y entretanto tú ignoras Maria
Cual es esa patria que ves sin rival:
Es Cuba, la tierra que ves ¡ alma mia !
La Vénus del mundo: mi patria inmortal.
Acaso en los cantos de mil trovadores
Supiste que el cielo dibújase allí,
Que saltan torrentes, bordados de flores,
Y el sol, va por cielos de azul y turquí.

Dijéronte acaso, que el aire está lleno
De pájaros, ricos en pluma, y color:
Que el sol, es de llamas: el cielo, sereno,
Guardando una estrella, tal vez, cada flor?
Dijéronte, acaso, que surca la luna
Cien zonas que esperan un claro arrebol:
Que esparce ese astro, regalo y fortuna:
Llorando con perlas, la ausencia del sol.

¡ Oh luna de Cuba ! — Yo ausente, te adoro:
Contemplo tu disco que aleja el capuz:
Recuerdo á mi patria, y errante la lloro
Perdido en delirios, y viendo tu luz.
Tal vez no ha llegado jamás á tu oido
Que allá bajo palmas, se miran vagar,
En valle sublime de rosas ceñido,
Mil grupos de indias que salen del mar.

¡Oh! — ven española. Tu amor me dé galas:
Me colme de gloria tu misma emocion:
Y tiende en mi frente tus trémulas alas
Y un beso en mis labios, dulcísimo, pon.
Sublime es el valle. La culta Matanzas
Lo guarda en su seno, con júbilo real. —
Parece al mirarse, que brinda esperanzas
Al alma que invoca, la fé celestial.

Mi patria, en Florencia, tornarse desea:
Y á fé que es muy digna de tanto grandor:
Alli la hermosura, perfecta campea:
Y el genio alli brota, con luz superior. —
Mas ay! si no puedes, salvar roncos mares,
Si tu alma no puede mi vuelo seguir,
Si acaso dormida con estos cantares,
Tan solo en mis versos, intentas vivir,

No dudes, que siempre, contigo ensalzara
Lo bello, lo grande, lo eterno de Dios.
Si! tu alma es muy noble: ¿y á quién no inspirára?
Feliz quien te invoque. Recibe mi adios.
Adios, española. No dés al olvido
Que tu alma, un sonidó del arpa arrancó.
—Que siempre en la ausencia, mirarte he querido:
Que Dios desde el cielo, por ti, me inspiró!

LUCHA DE DOS SIGLOS

XVIII—XIX

OFRENDA RESPETUOSA

AL

SEÑOR DON ANTONIO ALCALA GALIANO

A. V.

LUCHA DE DOS SIGLOS

XVIII—XIX

¿De qué divina llama
El Dios del canto, me reviste ahora?...
¿Quién, en mi pecho, inspiracion derrama,
Y mi númen inflama,
Prestando á mi laúd, su voz sonora?

Como llenando el cielo
Con la alba luz que el Setentrion destila,
Un génio miro, que en gallardo anhelo,
Con sus alas de luz, corona el suelo:
Y mas que un sol meridional, rutila.

A su voz, cobra el mundo
Nueva vida y vigor: su marcha incierta
Pára, el hundoso mar. Y en el profundo
De los siglos sin fin, brilla fecundo:
Y al verse ante él, la eternidad despierta.

Al eco peregrino,
Temblar la lira entre sus manos veo:
Busca en su voz, mi inspiracion, destino:
Y nunca, acento tan hermoso vino
Ni aun al eco del arpa de Tirteo!

Pudiera humano acento
El prodigio imitar?—el hombre canta:
Al trueno imita, ó al errante viento,
Celebra á Dios, ó lleno de ardimiento
Menos grande que el mundo, se levanta.

Mas al eco sonoro
Del arpa de ese génio desprendido,
Girando en ejes de oro,
Contemplo el cielo: y en gentil decoro,
Queda el tiempo á su planta detenido.

Penetra su mirada
Mas que un rayo de luz: el orbe mismo
Dilátase á su vez: y raudamente
Creciendo el mundo, ante su voz vehemente
Sin límites osténtase el abismo.

Vedlo al punto ceñido
De trémulo fulgor: ¿cuál genio humano
A tanta altura se elevó atrevido?
Su acento vuela; y vuela confundido
Con el eco del Ente soberano.

Imitarlo podria
Mi desmayada voz?... No los cantares
Del labio del mortal; ni la armonía
De todo un siglo, nunca lograria
Remedar el estruendo de los mares!

» Al Altísimo gloria:
» (Ya dice en eco que rotundo suena):
» Un nuevo sol al cielo de la historia
» Le da matiz, é ilustra la memoria
» Del grande siglo que en su lùz se llena.

» Cual trueno en la llanura
» Del alto cielo, retumbó potente
» Todo un siglo de lucha y desventura:
» Negóse á Dios: y el hombre en su locura
» Altares mil, ensangrentó impaciente.

» Detúvose irritada
» La corriente de siglos tumultuosa:
» La idea del saber, vilipendiada,
» Cayó del pedestal, y hasta indignada
» Buscó el abismo, la virtud radiosa.

» En él su faz hundia
» Con vergüenza y pavor... el desenfreno
» Con el raudal de la impiedad corria:
» Y el talento del hombre, se atrevia
» A hollar la ley, para volar sin freno...

» Sintióse estremecida
» La vasta humanidad: y arrebatada
» Por la fuerza del siglo desmedida,
» Cruel, vengadora, adelantó, vencida
» Por la insidiosa voz, ya propagada...

» La hoguera, asi crecia
» Donde el vicio, su alcázar ostentaba:
» Y si triunfos el génio conseguia,
» El vicio sonreia,
» Pero su influjo, al Hacedor negaba.

» Colon, perdió la bella
» Sublime gloria, en que fundó su fama:
» Y ya eclipsada, en la opinion, su estrella,
» Vieron al génio, sí: pero en su huella,
» No vieron á ese Dios, que luz derrama.

» Del Gólgota elevado
» Cayó la humilde cruz, en honda ruina:
» Y el hijo del Señor, fué contemplado
» Como un hombre de génio, que exaltado,
» Quiso, una ciencia proclamar, divina.

» La planta asi grababa
» Sobre ritos y glorias y vestigios,
» Un siglo poderoso que reinaba,
» Y que ayudado del mortal, brillaba
» Sobre el cenít de diez y siete siglos!

» Pero entonces fulgente
» La luz, de otras creencias precursora,
» Llenó todo el espacio del Oriente:
» Y el Cristianismo proclamó ferviente
» La fé, del Dios que por los hombres llora.

» Entonces encendida
» En nueva luz, la inteligencia humana,
» Se irguió, mirando la ilusion caida
» De aquel siglo rival, de luz nacida
» En medio de la pompa cortesana.

» Y súbito chocaron
» Ambos siglos, espanto produciendo:
» Los senos de los tiempos resonaron:
» El cadalso y la cruz, se contemplaron:
» Y oyó la eternidad, el ronco estruendo.

» Huyeron los tiranos
» Que acotaron del alma el sentimiento:
» ¡Y acreciendo en sus ímpetus insanos,
» Quedó para creyentes y profanos
» La guerra colosal del pensamiento!

» Lucha mas espantosa
» Que la del mar contra la tierra umbria :
» Pues vive en la memoria borrascosa
» Del tiempo destructor, que en saña odiosa
» Por abatir la religion, porfia.

» Como el ave potente
» Que mira la condor en árdua cumbre,
» Y con ala que tienden juntamente,
» Combaten, bajo nube que imponente
» Del rayo vierte la rojiza lumbre ;

» Ved de saña traidora
» El siglo que sucumbe, ya inundado :
» Y al levantar su voz resonadora,
» Esforzarse por ver, con triste aurora
» Hundirse un siglo, de esplendor bañado !

» Un tiempo dilataba
» Su voz, con rudo afan, el Ateismo ;
» Y grandes hombres en su prez mostraba :
» Pero al fin, mas augusto se elevaba
» El magnífico sol del Cristianismo.

» El siglo que declina
» Lidia aun, con el siglo que levanta
» Su vigorosa frente, que se inclina
» Ante un Dios que los ámbitos domina
» Y que al abismo, con su rayo, espanta.

» Dios que triunfa sereno
» De los errores del mortal; que mira
» De sombras mil, el Universo lleno:
» Dios que se vela en la region del trueno:
» Que enciende al sol, y al Universo inspira.

» Edad de alta ventura
» Tras esa lucha, brotará sublime:
» Y alcanzarán, clemencia de la altura,
» La humanidad que llore su amargura,
» El siglo errante ó la virtud que gime.

» Y tú, ¡sangre ofrecida
» Al númen de la guerra, asoladora:
» Tú no serás por el mortal vertida!
» La voz del alma, subirá atraida
» Por ese Dios que tras las nubes mora. »

Asi el génio radiante
De la increada Religion hablaba:
Y envuelto en zona de arrebol constante,
Le vi desparecer, cual rayo errante
Que de perderse en el cenít, acaba.

—Y dos siglos veia.
Uno en ocaso:— el otro en orto ardiente
Que llamas esparcia:
Y mi labio estas frases repetia
Inclinada ante Dios, mi débil frente.

» ¡Triunfa, siglo gigante,
» Y perdona del hombre los errores!
» Funda una ley purísima y brillante:
» Haz de la Fé, la Iglesia centelleante
» Que solo vierta entre los hombres, flores.

» Alza la libre mente
» Del osado mortal;... y entre las galas
» Que descubras cristiano y reverente,
» ¡Siglo del porvenir! cubre, imponente
» Los siglos de mas gloria, con tus alas!

LA VUELTA DEL ALMIRANTE

LEYENDA

LA VUELTA DEL ALMIRANTE

LEYENDA

Colon, ha sido una inmensa significacion moral: ha sido una raza, una religion, una ley, un desenvolvimiento de la humanidad: en su grandor y decadencia, la filosofía tiene un libro, escrito por la divinidad que rige los destinos del mundo.

A. V.

I

Con los ojos tornados al cielo
Y en las manos la trémula lira,
En la prora de un buque, se inspira
Una casta y sublime vision.
Es la misma que vió fascinado,
Como enviada por Dios peregrino,
Aquel sabio y resuelto marino
Que la historia, apellida, Colon.—

Flota al viento, la veste de oro:
Radia llena de flores su planta,
Ella gime: dulcísima canta
Inundada de gloria y de fé.
Es la misma que Hiparco veia,
Y al cantor de Sorrento inspiraba ;
Cuando Dios este mundo creaba
Ella estuvo sentada á su pié!

En sus ojos, relámpagos brillan ;
De sus labios despréndense flores;
Y en su frente, rutilan fulgores
Que Moisés en la suya sintió.
Vuela el sol, al ocaso brillante;
Rompe el seno del agua, la prora;
Nunca voz tan sentida y sonora
En los vastos espacios se oyó!

Como el ángel que bate las alas
Do fulgura la graná de estío ;
Como el cisne que siente el rocio,
Y las abre y las plega despues,
Tal la virgen del gran visionario
Da á su veste, gentil movimiento ;
Y á los aires su plácido acento,
Que una música espléndida, es.

» Hunde ¡oh sol! la magnífica frente;
» Qué te importa la tumba de Ocaso
» Si derrama do quiera tu paso,

» Una gloria que te hace inmortal?
» Yo tambien; yo tambien inspiraba
» Otro sol de envidiable destino;
» Génio audaz, que en su eterno camino
» Se elevó como tú, sin rival.

» Como tú, rojo sol, ¡ay!—desciende;
» Entre sueños le dije, que habia
» Otro mundo, que yo conocia;
» Que era yo, mensagera de un Dios.
» Y le dije que en zona de fuego
» Esa tierra de paz descollaba;
» Donde gloria fecunda esperaba
» A quien de ella, lanzárase en pos.

» Como acaso en los bosques despierta
» Ave errante en desvelo prolijo;
» Como al nombre de «madre» el buen hijo,
» Asi al punto, el mortal despertó.
» Vió mi plácida sien coronada;
» Y alejando de sí todo duelo,
» Me dió entonces su voto y anhelo;
» Y en silencio mis pasos siguió.

» Tú, gran sol, la carrera del génio
» Sabes ya, cuando emprende la via,
» Que este mundo le ofrece á porfia,
» Para darle despues sinsabor.
» Tú, no ignoras la suerte que todos

» Los que el mundo celebra, alcanzaron;
» Tú no ignoras que todos hallaron
» En la gloria, un raudal de dolor.

» ¡Ay!—el sabio marino en la vida
» Mil escollos ¡ oh sol! encontraba;
» Loco, el pueblo, al marino, llamaba,
» Baldonando su ilustre ambicion.
» Mas no pienses que pudo su Númen
» Arredrarse gran sol, un momento;
» En Dios toman les génios aliento;
» Porque Dios les infunde su accion.

» Como el águila enorme que tiende
» Devorando tu luz, ambas alas,
» Y anhelando mirar altas salas
» Que al Empíreo dan luz eternal,
» Se adelanta, sintiendo que truena
» A sus plantas el viento impetuoso,
» Y que el rayo se arroja azaroso
» Vacilando el zenít celestial,

» Asi el grave Colon, velozmente
» Ascendia con mente inflamada;
» Dejó el moro, su rica Granada;
» É Isabel, al marino, llamó.
» ¡Isabel!—protectora del sabio
» Que la vida del mundo, media;
» Reina egregia que al génio seguia
» En la marcha que eterna emprendió.

» Dividiendo la prora el Océano
» Y gozoso aquel nauta divino,
» Siguió el faro brillante del sino
» Que á su génio fogoso indiqué.
» Descubrió la region presagiada,
» Que en dos polos, su mole estendia;
» Dios allí maravillas tenia,
» Y á Colon y al Eterno canté.

» Ya concluyo gran sol; ese génio
» Vuelve á Europa, de hierros cercado;
» Vuela ¡ oh sol ! á tu Dios venerado,
» A ese Dios que los mundos formó.
» Cual tu disco, tambien yo me oculto
» Llena el alma de cruel desconsuelo: »
Y la noche tendió negro velo:
— La vision en la sombra se hundió.

II

Hélo allí: — la blanca frente
Sobre la mano posada,
Y trémula la mirada
Y oprimido el corazon.
Hélo allí. — Solo y sombrío
El descubridor de un mundo!
— En un delirio profundo
Perdiéndose está Colon.

Y al ruido de la cadena
Que oprime manos y planta,
Su ardiente génio se espanta
Y abarca la inmensidad.
Viéndose entonces coloso
Y cercado de honda pena,
Sacude ¡ay Dios! la cadena
Con orgullo y magestad.
Y un eco solo responde:
Un eco sordo, infecundo,
Como el ¡ ay! de un moribundo
Que siente inmenso dolor,
Y todo queda en silencio:
Solo se escucha la prora,
Que rompe el agua sonora
De la luna ante el fulgor.
¡ Oh destino malogrado
Del génio ! ¡ destino impío
Que causa terror-sombrío:
Y hace vacilar la fé.
Aborta el alma un prodigio
Y en cambio la dan pesares !...
¡ Vedlo !—cautivo en los mares
El sabio Colon se vé.
¡ Y es él quien salvó la ola
Que un hemisferio ocultaba !
Ese fué quien se lanzaba
Del mar en la oscuridad ?...
Ese pobre prisionero

Es el hombre que sin guia,
Todo un mundo descubria
De luz é inmortalidad ?...
¡ Oh tú, Las Casas sublime ¡
Bienhechor de un mundo ! — ¡ Cuánto
Sentirias de quebranto,
Viendo poner á Colon,
Por un miserable esbirro
Que *Espinosa* se llamaba,
El hierro que deshonraba
Del génio la inspiracion !
¡ Y cuánto de ira y pena
El grande hombre sentiria :
Un sueño lo creeria:
Vértigo suyo, tal vez.
Delirio, al verse en oscura
Prision, y sobre un abismo :
¡ En ella como en él mismo
Profunda la lobreguez !
A ratos, tartamudea ;
Y abandonando la silla,
Colon dice : — ¡ Bobadilla ! —
Y se oye el hierro sonar.
Y él mismo se ruboriza
Cuando recuerda su mente,
Al populacho insolente
Que le silbaba en la mar.
Y los gritos y el tumulto
Do aquellos que le temblaban,

Cuando en sus manos miraban
Las riendas ¡ay! del poder.
—¡Triste condicion humana,
Despreciar al que ha caido!
A quien ¡ay!—era aplaudido
Con grande entusiasmo ayer.
Y á ratos el hombre ilustre
Alienta opreso, abrumado:
Su génio, paralizado:
Y viva, su exaltacion.
Allá en su triste delirio,
Como del suelo brotada,
Vé con trémula mirada,
Su ídolo! — la vision.
Y deja escapar un grito
Mientras se abrasa su frente:
Y póstrase de repente
Y esclama asi con fervor.
» Jamás!—jamás te he olvidado
» Porque te amo y te venero:
» Y contemplarte prefiero
» Que ser de un mundo, señor.
» Te vuelvo á ver ¿ángel mio?
» Fijas en mi faz, tus ojos?...
» Toca mi sien: mis enojos
» Disipe tu proteccion,—
» Por tí me arrojé á las olas:
» La tierra por tí media:
» Y por tí formas tenia

» Mi esperanza! mi ilusion.
» Oh! proteje á un desgraciado
» Que sinó, merece gloria,
» No es digno de una memoria
» De maldicion perennal.
» Oh! si mis lágrimas logran
» A piedad solo, moverte,
» Sálvame ¡oh Dios! — de una suerte
» Tan insufrible y fatal.
» ¡Sí!... Te miro centelleando
» En mi mente retratada:
» Impalpable, y apoyada
» En ese mundo que ví.
» Compañera de mi génio:
» Mírame ahora aherrojado,
» Como un vil, como un malvado
» Y aborrecido... ¡ Ay de mi!—
» ¿Porqué del orbe que es mio
» Y para honor verdadero
» Del hombre, del mundo entero
» De los siglos á la par,
» No se me deja ¡ Dios santo!
» En posesion absoluta,
» Mientras que otro, disfruta
» De cuanto pude alcanzar?...
» ¡ Qué importa!... Góscelo empero:
» Mas impide tu, señora,
» Que mi virtud en mal hora
» Muera con mengua y baldon. »

(Y no bien asi pronuncia
Cuando ella dice arrogante)
—» Aparecerá radiante
» Tu ardiente virtud, Colon. »
» Descienda Dios á tu labio, »
(Clama trémulo el marino.)
(Y ella dice) :— « Si un camino
» Tu claro génio indicó,
» Y te opusiste á las ondas
» A mi mandato obediente,
» A gloria resplandeciente
» Gran Colon, te alzaré yo.
» Serán tus hierros laureles:
» Será tu hazaña, un poema:
» Será tu virtud, emblema
» De un porvenir seductor.
» Y mas allá de los polos
» Hasta los cielos cundiendo,
» Irá el entusiasta estruendo
» Del mundo al descubridor.
» ¡ Gran Dios ! » (el marino esclama.)
» A todo me presto ahora:
» Venga la muerte en buen hora.
» No la teme el justo ! » — « No. »
» Porque ¿ quién á gloria pura
» Muriendo me elevaria ?...
» ¿ Quién mi nombre ensalzaria ?... »
(Y la vision dice) — « Yo! »
Y en cerco de gloria esplende

Del marino á la mirada:
Muestra un camino y osada
Desvanécese y se va.
Y el gran Colon con la frente
Sobre la mano y soñando,
Mundos mil va contemplando
Y entre letargos está.
Quién ¡ay! no tuvo en la vida
Momentos ¡ay! de amargura,
Si la dicha es insegura
Y débil el corazon:
Y en esa esfera infinita
Donde el génio es un coloso,
¡Cuánto es el dolor penoso,
Y cuán triste una afliccion!
¡Duendes!—fantasmas! quimeras
Son las glorias que soñamos:
Va la nave, y la impulsamos
Con harta velocidad...
Y un abismo al lejos brama..
Asi el alma se desvela:
No corre: se lanza, vuela,
Y brama la eternidad!
Pero antes, antes, Dios mio,
Cuánto llanto y amargura,
Cuánto tedio y desventura
Cuánta angustia y opresion!
¡No! — la vida no es la dicha
Para el génio de alta esfera.—

Es cárcel que desespera...
Y es grande la aspiracion !
Es Tántalo que no bebe
Aunque está el agua mirando :
Oh ! — quien vive delirando
Porque crea, en cada sol,
Es como aquel que descubre
Un suicidio disculpable,
Y muere ante un envidiable
Cuadro de luz y arrebol.
O bien mirando un fantasma :
Cual Prometeo, sintiendo
Un buitre que está royendo
Sus entrañas sin cesar...
Alarga el triste los brazos :
Y el buitre fiero y aleve,
Los ojos le saca en breve
Y lo hace al punto espirar.
¡ Ah ! misteriosa armonía
A la unidad, nos enlaza.
Sublime unidad que abraza
Los mundos !... la eternidad.
¡ Gotas que al mundo caemos,
Que al sol nos evaporamos,
Y que hasta los cielos vamos
Cruzando la inmensidad !...
Dos hombres de grave aspecto
En la prision han entrado :
Colon los mira turbado :

Teme de los hombres. Sí.
Pero aquellas nobles almas
Le tienden entrambos brazos,
Y al calor de los abrazos
Lloran ¡ay! — los tres allí.
»¿Qué pedís?...» (dice el marino)
»Señor (responden) quitaros
»Esos hierros, y trataros
»Con alta veneracion:
»Deploramos hondamente
»Vuestra desgracia, Almirante:»
— Y Colon, dijo arrogante
Desnudo de indignacion.
» Dejadlos! — ellos no ofenden
» Cuando suponen mancilla:
» La cruel órden que me humilla
» Mi contrario recibió.
» Háganlo sus Magestades. —
» Los guardaré por memoria
» De mis méritos, é historia.
» Mientras no lo ordenen, no! »
Confusos, tristes salieron
De la prision ¡ay! sombria:
Colon que se enternecia
Los miró desparecer,
Y de la cadena al ruido
Unióse su sentimiento:
¡Y no pudo su lamento
Ni su llanto contener!

Era del mar la espléndida llanura
Solitaria region :
Donde su voz alzaba la natura,
Con alta inspiracion.

Y ella mirando la planicie estensa
Que ondeaba sin cesar,
La zona viendo del zenít, inmensa,
Asi, quiso cantar.

» Tiene la mar en apartado seno
» Una region gentil :
» Y está su espacio, de tesoros lleno :
» Y de prodigios mil.

» Allí levanta la soberbia frente
» Con pompa sin rival,
» Y tres partes del mundo, juntamente,
» La dan tributo real.

» El turco brinda hermosa pedrería
» Con orgullo y placer :
» Lahor, sus perlas con afan la envia,
» Y el cielo, rosicler.

» Su vasto seno, cabe el mar gigante
» Coronado se vé,
» Por naves mil : y osténtase arrogante
» El astro de la fé.

» Y tú ciñendo con tu cuerpo el polo
» Laureles no tendrás?
» Porqué ese afan de presentarte solo
» Si envidiado serás?...

» Tu coral en Bengala, admiraria
El fastuoso señor,
» Tu esencia, Alepo : al par que Alejandría :
» Y tus montes, Tabor.

» Si el tártaro en caballo berberisco
» Orgullecido va,
» Serán los tuyos, á su afan, el risco :
» Y vencido será.

» Tú tienes, las entrañas espumantes
» Vestidas de coral.
» Y son joyas las moles centelleantes
» De tu fondo inmortal.

» Yo, la region de Europa abandonando
» Me adelanto hácia tí,
» Como el ángel radioso, que imperando
» Sobre los astros vi.

» Quiero en tus sienes admirar luciente
» Diadema celestial;
» Quiero admirar un vasto continente
» Sublime y colosal.

» Podré esperar que tu impetuosa oleada
» Lo haga al punto, aquí? »
Y la mar rebramando alborotada
Dijo rugiendo : — « Si ! »

Y ante un sol que se vé resplandeciente
La onda suspendió,
De la América el mundo, que imponente
Relámpagos lanzó.

Si ! — pues cual trozos de cristal, labrados,
Sus montañas se ven.
Y braman los volcanes que abrasados
Lo proclaman tambien.

Y una raza admirable se levanta
Que mira el arrebol :
Templos eleva, entre montañas canta :
Y adora al rojo sol.

» ¡ Rey del espacio, en apartado mundo
» Mi gloria ensancharé ;
» Y el esclavo de Dios, seré iracundo
» Que murmure á su pié !

» Quién, mas que yo, juzgándose á sí mismo
» Mis olas salvará ?
» Quién suspenso entre el trueno y el abismo
» Su planta aquí pondrá ?

» Seré el fantasma, cuyo pié posado
» Entre polos esté,
» Y un muro de volcanes, asentado
» Sobre espuma, tendré. »

(Dijo asi el mar.)—Y la natura alzando
Sublime invocacion,
Al éter fué, las glorias preparando
Del inmortal Colon.

III

No alumbra el sol que desde claro oriente
Para la Italia osténtase á porfia,
Como ilumina con destello ardiente
El suyo, á Cádiz, en tremendo dia.
Ved á Colon, que con nublada frente
Infunde á todos, amargura impia,
Piedad hallando el navegante ilustre
Que á la fama da voz: al mundo lustre.
El pueblo llora y á Colon rodea:
La nueva corre por la gran Sevilla:
Vuela á la Alhambra, y contemplar desea
Al gran Colon, la Córte que se humilla:
Nadie sosiega: que la afrenta es fea,
Y empaña el astro que en Granada brilla:
Y vedlo ya en la córte, y circundado
Por nobles cien y de emocion colmado.

Vedle avanzar: su fiera desventura
Él solo mide, porque él solo, llora.
Él vé la historia, que con voz futura
Tendrá frase imparcial: pero sonora.
Vedlo ya ante Isabel: tiembla, y apura
La copa de su angustia roedora:
Y ella vierte su llanto: y él rendido
Esclama, ante ella, y de dolor transido:
» Mi llanto perdonad, Reina y Señora:
» Es, la vindicacion del alma mia.
» Vos que me comprendeis, llorais ahora;
» Dios ¡oh Reina! esa lágrima os envia:
» Si erró mi mente en malhadada hora,
» Si abusé de una ley que no entendia,
» No fué mi corazon: caiga en mi nombre
» Cuanto pudo causar mi error de hombre!
» A hablaros voy: mas plegue al alto cielo
» ¡Oh soberana Reina de Castilla,
» Que torne á disfrutar, de ese que anhelo
» Acatamiento á mi virtud, que brilla,
» Disculpe el trono mi profundo duelo
» Que el llanto nunca á la honradez mancilla,
» Y aunque ¡oh Reina! mi fama palidezca
» De Cristóbal Colon, la virtud crezca,
» Reyes augustos! — Mi alma poseida
» De arrobamiento, con placer miraba,
» Esa tierra por Dios favorecida
» Que en mi vértigo ardiente, adivinaba.
» Alzada en ondas de oro y revestida

» De siempre viva luz la contemplaba,
» Y audaz abriendo de la mar el seno
» Un mundo descubrí, de glorias lleno!
» Nada con tanta gala, y peregrino
» Como esa tierra de eternal ventura,
» Donde la ilustracion, tiene un camino;
» Donde es todo primor, todo, dulzura.
» Labraba yo, su porvenir divino
» Con alma llena de cabal ternura:
» Cuando vosotros ¡ adorados Reyes,
» Un espia mandásteis á mis leyes!
» Fué Bobadilla, que empuñó al momento
» Las riendas del poder: y en vengadora
» Intencion criminal, quiso violento
» Poner ¡ay! en prision espantadora,
» A quien domó una vez, el elemento:
» A quien parado sobre el ancha prora,
» Un mundo al mundo dió: y á quien concibe
» Que algo del cielo sobre sí recibe!
» Al punto obedecí. Bajé la frente
» Ante el mandato real, y mi persona
» Se vió entre toscos hierros de repente
» Buscando yo, clemencia en la Corona.
» ¡ Oh Reina! — Sollozando amargamente
» Al rayo azul de la tostada zona,
» A mi oscura prision, me conducian
» Mientras mis canas ¡ay! escarnecian.
» Fué poco aun. La envidia ponzoñosa
» ¡ Augustos reyes! se ensañó inclemente,

» Fulminando calumnia asaz odiosa
» Que me hizo aparecer, mas delincuente.
» ¿Manchar mi gloria yo, reina piadosa,
» Vuestra riqueza hurtando impunemente?...
» Jamás !—jamás! Las perlas recogidas
» Fueron, al mismo trono, remitidas.
» Oh! Yo os suplico perdoneis si acaso
» Vuestro decoro y magestad ofendo:
» Pero siento en el alma á cada paso
» Puñal agudo que me sigue hiriendo.
» Allá en las puertas del gigante ocaso,
» Teneis un continente, que diciendo
» Vuestros nombres está: mientras derrama
» Su eterna voz, el Númen de la fama.
» Nada os pide Colon, del mismo mundo
» Que descubrió por voluntad divina:
» Pero este llanto, en el que yo me inundo
» Habla de la virtud que me domina.
» Volver quisiera al mar: en el profundo
» Hallar ¡oh Reyes! angustiosa ruina;
» Pero á la vez eternizar con gloria
» De mi virtud escelsa, la memoria.
» Un hemisferio allí, teneis luciente
» Donde el Eterno, maravillas cria:
» Un hemisferio allí, que eternamente
» Será raudal de gala y poesia.
» En vano imitacion. La humana mente
» Nunca mas gloria imaginar podria,
» Que la que he visto donde el indio mora

» Y alza la cruz, enseña salvadora.
» Mas plegue á Dios que mi cansado acento
» Os haga ¡oh Reyes! concebir, radiante,
» Todo ese mundo: y pueda el sentimiento
» Probaros siempre, mi lealtad constante.
» Mis votos recibid: mi pensamiento
» Y de mi pecho el sinsabor punzante,
» Porque es ¡ oh Reyes ! el dolor, profundo,
» Del que á los piés del trono, arroja un mundo.»
(Dijo Colon). — Los Reyes le abrazaron
Y homenages y honores le volvieron:
Y en él sus ojos, con placer fijaron
Porque en Colon, un porvenir tuvieron.
Y una noche, en que roncas reventaron
Las nubes del cenit y luz vertieron,
La vision que en el mar, al sol cantaba,
Dormido el genovés, asi le hablaba.

IV

» Fuiste, ilustre Colon, el que primero
» Abrió de un mundo, el inmortal camino:
» Fuiste á la par, quien por contrario sino
» Le cruzó antes que nadie, prisionero.
» No es todo aun ! — Brotando mas severo
» Para tu alma el dolor, de tu destino
» Ha de enlutar el porvenir divino.
» Testigo siendo, el Universo entero.

» No temas, no ! — Sobre mis blancas alas
» Cuando sucumbas, te alzaré á la gloria,
» Radiando al par por las empíreas salas:
» El Nuevo–Mundo llorará tu historia :
» Pero entre eternas, envidiables galas,
» Bendecirán dos mundos tu memoria ! »

DISCURSO DE RECEPCION

EN EL

INSTITUTO HISTORICO DE FRANCIA

1856

Señores:

Llamado por la benévola mayoría de vuestros sufragios, para formar parte del Instituto Histórico, permitidme que os consagre mis sentimientos y respeto, á la par que esta viva admiracion inspirada ha largo tiempo, por los grandes nombres, que veo en torno de los ilustres individuos, que han contribuido con la autoridad de sus talentos, al desarrollo y libre impulso de la razon: permitidme pues, que os tribute mi homenage, al daros las gracias, por el honor que recibo hoy dia, colocado á mas altura por vuestra indulgencia, que por la imparcialidad del exámen á que ha sometido este Instituto, el volúmen primero de mis Obras literarias.

Señores. Hay un momento en la vida mas ó menos borrascosa de todo escritor, que llega á ser como una especie de retribucion, hácia aquellos individuos que han sido, en cierto modo nuestros profesores: aquellos á quienes debemos el arte de aplicar la verdad con exactitud, y en ese momento solemne, es, cuando nos hallamos dispuestos á celebrar, con vivo sentimiento, á los escritores insignes que hermoseando los destinos de la humanidad, han dado consuelo á nuestras dudas, y casi un rayo de luz á la noche del alma. Y hé aqui el lado verdaderamente sólido de toda reputacion: el público, cautivado y persuadido por la palabra del orador, del publicista ó del poeta, siente a fin, una especie de culto que no puede alejar de sí, porque está como arraigado, en sus afectos, en su tradicion, en sus creencias.

Hé aquí, señores, por qué la Francia ha llegado á ser, en mi humil-

de juicio, la patria del pensamiento, y la Iglesia de las sociedades de nuestros dias.

Me esplicaré.—Al consagrar á cada nacion en el cuadro de la historia contemporánea, la parte de respeto, merecida por su diversa influencia sobre los pueblos y los hombres, al admirar, por ejemplo, la nacion, en cuyo seno, encuéntrase la aristocracia que á todos asombra por su fausto y por su inteligencia, no podemos, sino contemplar con pasmo el poderío de la nacion de Cromwell y la fuerza del Parlamento, que en la época de Pitt, hubiera tenido garras para destrozar la Francia, sin ese misterioso destino que parecia ocultarse á las miradas del mundo, bajo la fisonomía de Luis XVI, y el carácter de su tiempo; pero ni la Inglaterra con la lógica irresistible de su fuerza, ni la Alemania funcionando como árbitra de esa política que tiene por velo la filosofía, han podido presentar, en un espacio de tres siglos, un número tan prodigioso de poetas, de escritores eminentes y grandes reyes, que han sido (digámoslo asi) el coronamiento de este augusto edificio de la razon. Vemos en la época de Luis el Grande combatir los principios tradicionales de la Monarquía, con la independencia de carácter de ese gran Rey, y descubrimos en medio de una sociedad ilustrada, el progreso del espíritu humano, en toda esa encantadora pléyade de poetas, de filosófos, artistas y oradores, que honraban todo un siglo con el rayo de su talento y de su gloria.

Señores. El carácter de algunos hombres de génio, tiene cierta semejanza, con la naturaleza: es múltiple como ella, y es universal como Dios. Así pues, Molière hubiera bastado para el estudio de ese siglo, tan adelantado en la vía del esplendor de la nacion francesa. Todo lo hallamos en ese maravilloso escritor: todo, porque hacia de la naturaleza, el tipo ideal de esos arranques de águila, que eran como el impulso de tan ilustre dramático. Su conciencia, era la filosofía. No obstante esto, hallaba siempre un medio de hacer que se reflejara la grandeza de su siglo, en el espíritu profundamente observador de sus obras, sin ofender las costumbres y sin aficionarse demasiado, á las flaquezas inherentes á la vida. Ese siglo tenia, por otra parte, necesidad de un grande hombre que debia ser, como el espejo de la voluntad del Rey, y ciertamente la eleccion de la naturaleza aparecia doblemente feliz, al colocar cerca del trono de Luis XIV, al célebre Colbert, que debia añadir á la gloria francesa, uno de los mas bellos títulos para grangearse los aplausos del mundo. Ved, en fin, al frente del libro de tiempo tan digno de veneracion, los nombres de Racine, Boileau, Bossuet, y todos esos fecundos talentos que hacian de dicha época, una especie de rio, semejante á esas poderosas corrientes del Asia, que partiendo de la cima de las montañas, descienden tronando para depositar su oro y sus perlas á los piés de la India. Mas no se crea que árboles que llevaban hasta el

cielo la cepa, habian echado lijeras raices: estudiemos la trascendencia de su aparicion en el teatro de un siglo.

No podrian no, indicarse las causas de una revolucion, sin reconocer la influencia de los hombres anteriores á ella: y por esto es que encontramos el secreto de la época de Luis XV en la política y destinos del Rey que habia edificado á Versalles, con la esperanza, sin duda, de oir, él solo, alguna de las armonías del cielo, y en medio de una Corte en que radiaba lleno de gloria, como Júpiter en la cumbre del Olimpo: esa época fastuosa dejó una traza brillante, y la historia tendrá siempre en ella, un harto seguro guía, para entrar en el vasto océano de turbulencias que dividen esos dos períodos. Despues de algun tiempo de calma, despues de haber luchado la razon contra el principio de la libertad de los pueblos, contra la fuerza y preocupaciones de la aristocracia, el espíritu humano, buscaba la revolucion de las ideas, una libertad, en fin, mas dependiente de la influencia moral de cada individuo que de la voluntad de la nacion; pero este horizonte inmenso, desenvuelto á los ojos de la Europa, y mas tarde á los del mundo, necesitaba un astro superior y cuya luz, cayendo sobre cada inteligencia, debia hacer de cada pueblo, de cada nacion, un astro subordinado á su fuerza: el sol de este gran sistema, debia ser Voltaire.

En vano la naturaleza hubiera elegido un ingenio mas fecundo, un entendimiento mejor dotado para abarcar todo lo que podia tener algun influjo, sobre los principios novadores, de que acababa de proclamarse gefe: el trabajo imponente de la *Enciclopedia*, esa empresa, digna de la naturaleza misma, ese monumento elevado á la razon humana, por tres grandes talentos, Diderot, Voltaire y D'Alembert, encontraba un sinnúmero de partidarios, y contábanse entre los admiradores, algunos reyes, fascinados por la elocuencia de aquellos pensadores: la filosofía era un corazon, que derramaba la vida, por todas partes, y dilatándola hasta las estremidades del mundo. Dando un paso más, nuestras miradas, se fijarán en esa curiosa y poderosísima revolucion, ensayada por la filosofía y cumplida por la tendencia libertatriz de la época: halló ciertamente un eco grande, pero hubiera sido la mas provechosa de las revoluciones, si no se hubiera luchado contra el libre albedrío, contra la misma conciencia, al intentar empero, hacer mas libre el sentimiento de cada ciudadano, y para ello conmoviendo, echando á tierra, el edificio del Cristianismo; del Cristianismo que debia mostrar el oriente de su sol, despues de haber señalado un ocaso, que ensangrentaron el anatema de la filosofía, y el error del pueblo, que llegó á ser fanático en prez de las doctrinas incendiarias.

Nos acercamos, señores, á nuestros dias: vemos enfrente de la Europa, un hombre extraordinario, que, poseido del derecho de su fuerza, y de su brillante genio, acababa de someter, multitud de pai-

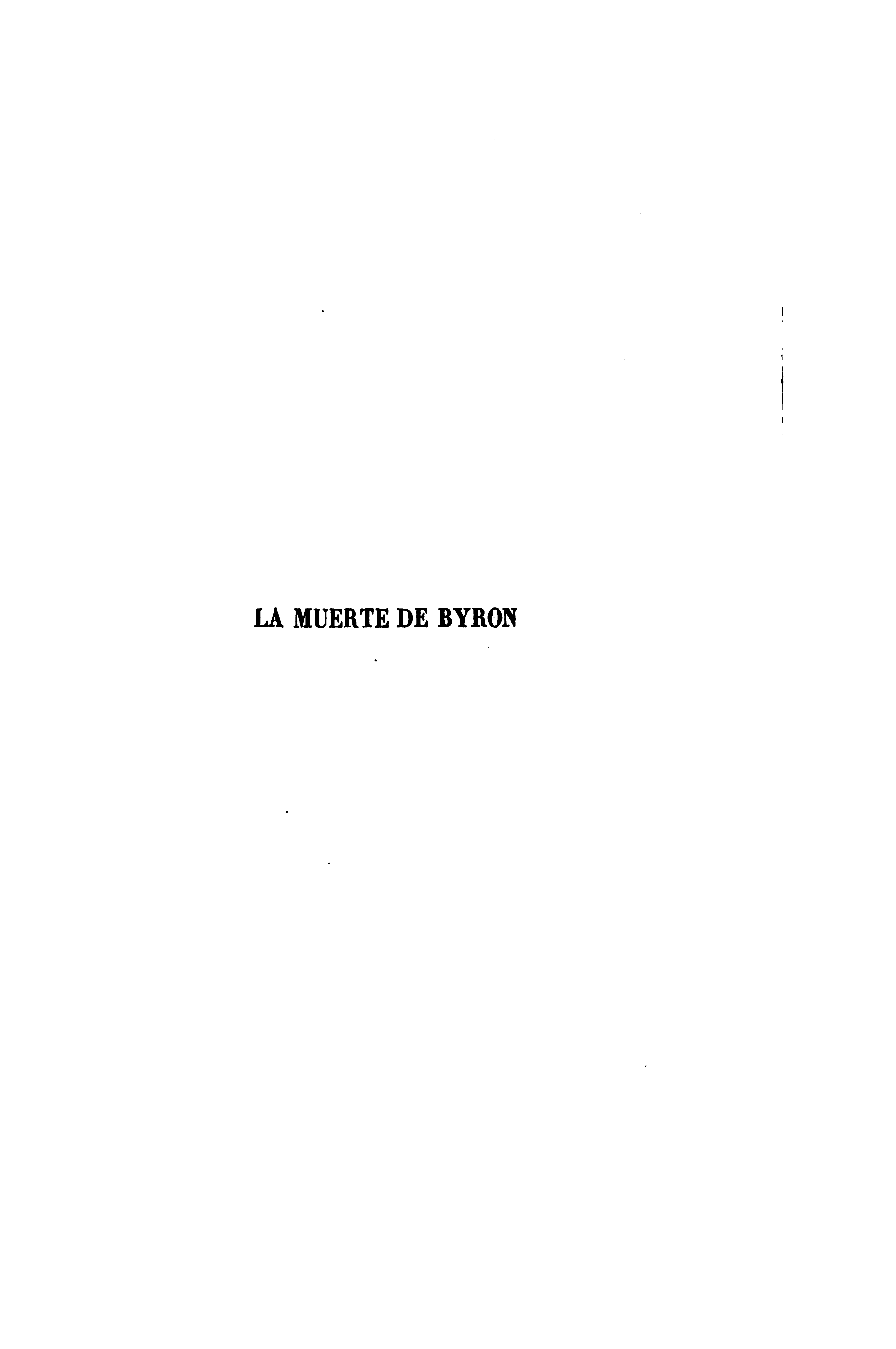
ses, al yugo de su voluntad, y vémosle elevarse á héroe inmortal, apareciendo como un Alejandro en la Europa del siglo XIX, como un dios en el templo de nuestra mas alta civilizacion. Bonaparte, reune todos los escombros dispersos de las revoluciones y de los progresos: realiza una Iliada milagrosa, y cae vencido por el peso de la cólera del cielo, pero no por el de la venganza de los hombres. Aquel que se habia servido de las Pirámides, como de gradas, para llegar al poder, merecia el brazo de un Dios para ser vencido: entonces (á los ojos de la razon), percíbense reunidos los escritores de alta nombradía pertenecientes á tiempos distintos, y á distintos acaecimientos, pero aproximados por la atraccion de su renombre y de su gloria: Molière al lado de Cuvier, sorprende todos los secretos del corazon humano, y el ilustre naturalista, describe la naturaleza, con gracia inimitable, y con talento superior.

Así pues, señores, las revoluciones, son en lo general, las causas productoras de los grandes talentos, y no podria negarse que allí donde la voluntad del cielo, hace brotar un número mayor de hombres dignos del elogio de la posteridad, allí es donde se ve el triunfo de las causas, que han conmovido á la humanidad guiándola hácia su perfeccion. Vosotros, señores, sois los hijos de una revolucion á quien la Francia debe la mas notable parte de sus progresos: la Francia ha logrado ser el foco de la luz del mundo, porque ella tiene en las tradiciones del espíritu humano, las páginas mas elocuentes de su historia: y envanecida de ello, dedica un voto de gratitud á todos los distinguidos escritores que, ocupando un puesto entre los respetables miembros de este Instituto, quieren aproximarse á la verdad, haciendo mas estrechos los lazos de la inteligencia, que tiene por patria la naturaleza, y no la ley de cada nacionalidad. Vosotros llamais, señores, á los estranjeros que os admiran, y al honraros vosotros mismos con tal generosidad, haceis mas noble en la opinion pública al Soberano protector de esta sociedad, y á la par al siglo, que parece constituye en deber, la igualdad de las inteligencias, que ojalá fuera la primera norma del pensamiento de los hombres.

Un dia, cuando la voz de la posteridad, haya ahogado la de aquellos que se erigen en jueces, para analizar los trabajos del génio, y debilitar su brillo, la humanidad estudiará nuestro siglo de transicion, y pondrá al lado de la última revolucion que todavía existe viva, en la memoria de los hombres actuales, esa cohorte prodigiosa de altas capacidades, de jueces eminentes que fijarán para siempre la gloria dé su tiempo: los nombres de Lamartine, ese dios de la poesía, de Villemain, ese rey del pensamiento: de Arago, Hugo, y todos aquellos que han merecido un asentimiento universal, esos nombres, digo, serán los guias que tomará el historiador, al querer levantar el velo, al siglo en que vivimos.

¡Dichoso, pues, quien tenga el placer de consagraros su admira

cion, nunca agotada, en el estudio de vuestras obras, y en el giro de vuestras opiniones, ya literarias, ya socialas: dichoso, quien despues de haber observado los monumentos de la civilizacion, y despues de haber visto con los ojos de la inteligencia, el engrandecimiento y la caida de las monarquías, la elevacion y decadencia de los principios, pueda conocer el espíritu de la Historia, en los grandes hombres, en los escritores fidedignos, sin descomponer para ello la máquina social, oculta hasta en las opiniones del vulgo: sí, hoy dia contemplo uno de los mas bellos pasos de la historia, en la de los trabajos de académicos reputados ya, y me honro, señores, al pertenecer á un Instituto, que protegido por Soberanos, y en medio de la aprobacion pública, se digna dar oido á la voz de un jóven estranjero, y admitirlo en su seno, como á veces, vemos al águila, descender de la altura de su gloria, para oir el canto de un pájaro, que envidia la fuerza, y la brillantez de sus alas!



LA MUERTE DE BYRON

LA MUERTE DE BYRON

Mes jours s'écoulent à longs flots.

MILTON.

ODA

Sube, genio inmortal, salva en tu vuelo
El grande espacio donde brilla el dia,
Y al acercarte al cielo,
Rompe ante Dios tu cítara sombría
Y póstrate á sus piés!... Tu labio cante
Las maravillas de ese Dios fecundo:
Tu frente se levante
Vertiendo nueva luz: y arrepentido
Ante tu mismo Dios, que á tu gemido
Se purifique el mundo!

Quién fuiste, di?–Sobre el escombro inmenso
De todo un siglo, tu laúd sonaba
Y el Universo, atónito te oia:
Y el hondo mar qúe en horizonte estenso
Tus cantos conducia,

Del grande Byron, propagaba el nombre;
Y al eco solo, de tu eterno verso,
Coronando tu frente el Universo,
Llanto de sangre, derramaba el hombre...

Pálido y triste, sobre la árdua roca
Donde otro tiempo, el inmortal Homero
Cantó á los dioses y acalló los mares,
Alzaste tus cantares,
Do de un siglo, la luz resplandecia;
Y al reventar la tempestad y el trueno
Por las etéreas salas,
Contemplándote Europa, te cubria
El ángel de la Muerte, con sus alas.

«¿No lo veis?» «¿no lo veis?»—Asi el acento
En tu garganta trémula sonaba,
Y asi decias con robusto aliento
Que al trueno se igualaba.
» Miradle allí:—del mundo en la carrera,
» Siempre interpuesto el génio tenebroso
» Del dolor y del llanto y la amargura:
» Y aun te atreves ¡mortal! á dar radioso
» Un sol de fuego, á tu esperanza pura?

» Del Océáno al estruendo,
» El mundo escucha en sublimado coro,
» Los altos ecos del laúd sonoro
» Con que el dolor al corazon fascina.

» Y le llama divina
» A la hoguera del sol, al himno augusto
» De esa lira inmortal, cuando ella es solo,
» No el acento de un Dios, sino el emblema
» De la angustia y el dolo!
» Y mientra el mundo, sin sosiego lucha,
» Y oye en la voz del mar, el gran sonido
» Del arpa de ese Dios, solo el tañido
» De la muerte fatal, Byron escucha.

» Pensais que puede el Universo entero
» Otra cosa encerrar, que penà y llanto
» Y un eco lastimero
» Honda espresion de su feroz quebranto?
» Qué es el mundo á mis ojos?.. Yo en mí mismo
» Reflejado lo miro: un eco eterno,
» Me hace mirarlo, como vasto infierno
» Que en el piélago, gira, de un abismo!
» Un eco que predice
» Penas al corazon: ¡ah! cual revienta
» Bajo el ala del buitre, la tormenta,
» El eco asi me dice...

» ¿Qué alumbra el sol?—En el zenít posado
» Él preside el banquete de la vida.—
» ¡Festin de sangre do el incienso humea
» De nuestro mismo error, que ya elevado,
» Será de un siglo, de sarcasmo objeto!
» Y en tanto el mundo, al sollozar respira

» Por la ancha garra del dolor sujeto.
» Y en tanto el sol, indiferente gira !

» De qué esencia es tu Dios, mundo que adoras
» Su ciega voluntad ?—Hubo en sus ojos
» Alguna vez, la lágrima encendida
» Que hierve en mi pupila, como en rosa
» Que el rayo calcinó, la gota hermosa
» Del azul de las nubes desprendida ?...
» ¡ Y si es el Dios que la tormenta calma
» Tu ídolo infinito,
» ¿ Porqué con pluma de metal ha escrito
» El nombre de la muerte, aqui en el alma ?

» ¡ Que todo acaba !—sí. Tuvo una frente
» Para mis ojos el matiz fulgente
» Del sol, cuando en el mar, brilla encendido :
» Y hubo un rostro, tan bello y trasparente
» Como el del ángel, del Edén, caido...
» Y la vi sucumbir : y vi en el lecho
» De bárbaro dolor, rasgado el pecho
» De virgen tan sublime . . .
» ¿ Decís que al cielo fué?...—Dime, responde
» ¡ Oh tormenta feroz !—Estalla y dime,
» Si el hondo mar que de tristeza gime,
» En sus cavernas lóbregas la esconde !

» Vuelva el caos á mí, que yo me inspiro
» En su honda soledad : en ella miro

» Al Ser, que fiel contemplo.
» El viento en torno de su frente, zumba,
» Y el entreabierto seno de una tumba
» A Byron y á ese Dios, sirven de templo!
» Una lámpara roja y solitaria
» Brilla en el caos: — de ponzoña lleno
» Retumba fiero el trueno:
» Y mis labios sonrien... y acabando
» La fé en el Dios que el Universo admira,
» Todo el misterio de la mente humana
» Para los siglos por venir, espira! »

Asi dijiste tú, bardo sombrío
Dudando de tu Dios! y el siglo oyendo
Tu poderoso canto,
Fué, de tus labios, el raudal bebiendo
De ira, de luto, y maldicion y espanto.
Y has muerto tú tambien! tu arpa sonora
Dejó sublime de vibrar; y alzando
Tu alma de fuego el ala vencedora,
Con entusiasta anhelo,
Recibiste la muerte, pero ansiando
Llegar á Dios, y de su puro rostro
Manchar la gloria y arrancar el velo;

¡ Y verlo, faz á faz!... Pero ¡ oh locura
Grande como tu génio, y de él indigna!
Un hombre, no: cien siglos han llevado
Su grande arrojo, hasta querer henchidos
De vértigos profundos,

La mano detener, la mano ardiente
Que del arpa logrando mil sonidos,
Pudo á sus ecos, inflamar los cielos,
Y en esos cielos, engastar los mundos!...

¡Y hundiéronse tambien! tu muerte ahora
Es de otros tiempos, la gigante aurora:
Tiempos de bendicion, cuyo heroismo
Nace en el sol, á cuya luz devora
Tu lágrima y tu error, el Cristianismo.
¡Rastro de un siglo de talento y mengua
En que Voltaire cantaba,
Tu génio apareció! Mueren tus himnos
Mas no tu fama sin rival, que ocupa
Cuantas zonas de luz, el orbe encierra,
Mientras repite el sol, cuando fulgura;
«¡Byron no existe!» — Y llena de amargura
Pone un laurel en tu atahúd, la Tierra!

Lo pone, ¡oh si! Mi génio que te canta
Y que indigno de tí, su voz eleva,
Su acento débil lleva,
Hasta el trono de luz, donde al Eterno
Plugo asentarte, de esplendor vestido.
Mas dí, génio inmortal. ¿No ves al lejos
Y sobre siglos cien, un nombre ilustre
Que solitario brilla,
Como el rojizo sol, cuando entre esferas
De estrellas mil y mil, la luz humilla?

¡Es tu nombre famoso!
Fanal á cuya luz, el génio humano
Orgullo cobra, y cuando el himno entona,
Entre Dios y este mundo, alza su mano
Y al eco de esos siglos, te corona.

LA VISION DEL POETA

LEYENDA

OFRENDA A MI HERMANA

LA SEÑORITA MARIA DEL ROSARIO VINAGERAS

A. V.

LA VISION DEL POETA

LEYENDA

¡ Feliz aquel que en el ocaso de su vida, oiga uua voz de muger que le recuerde las primeras nubes que vió, los trinos del pájaro que amaba mas, las paredes que le vieron nacer, la madre que rizaba sus cabellos, y en fin las hojas que cayeron, ó las flores que brotaron en el árbol de su corazon! feliz el que entonces tiene una hermana que le trae á la memoria las diversas estaciones de su vida y sobre todo la primavera de ella : para esé, la tumba no será sino la puerta azul, entre el mundo de los hombres y el de la Divinidad.

Tú, la de negros y rasgados ojos
La de morena tez y suave acento,
Niña gentil que calmas los enojos
Del alma que marchita el sentimiento,
Astro de paz, que viéndome de hinojos
Me da, toda la luz del firmamento;
Tú, de mi afecto y mis creencias guia,
Admite mi cancion, hermana mia.

Puesto que juntos con feliz desvelo
Vimos el rayo de la tibia aurora,
Allá do en rosas matizado el suelo,
Brilla del sol, la llama seductora,
Puesto que henchidos de veraz anhelo

Alzamos una cántiga sonora,
Niños los dos y arrebatada el alma
A la sombra del cedro y de la palma;
Sin duda alguna admitirás ¡ oh Rosa !
Un recuerdo de aquel que canta ufano :
De aquel que lleno de tristeza odiosa,
Abandonara el mundo americano.
De aquel que vé tu imágen cariñosa
Con orgullo llamándose tu hermano,
De aquel que en cuatro años ¡ Rosa mia,
Llora tu ausencia, y en tu amor confia !
Amor mas puro, que el afan profundo
Que siente el ángel por su Dios divino:
Amor sin interés, vivo y fecundo,
De gala eterna : de inmortal destino.
A tu recuerdo, de ilusion me inundo;
Y tan digna del cielo te imagino,
Que me parece tu serena frente,
El trono de la luz, resplandeciente.
¿ Recuerdas, dí, cuando á la par sentados
En un jardin, al rayo de una estrella,
Hablábamos del mundo, y fascinados
Por un benigno sol, de gloria bella ?...
De rosas y de acacias rodeados
Y mas pura que el ángel, cuya huella
Sirve de trono al sol, yo te veia,
Y tu purpúreo labio, sonreia.
Y acaso un cisne al rayo de la luna
En un lago sus plumas levantaba:

Y acaso un eco de inmortal fortuna
Del cristal de una fuente, resbalaba:
Y acaso un ruiseñor en la laguna,
El cáliz de una adelfa deshojaba,
Y cada hoja que en el haz caia,
En suspiros de paz, se convertia.
Qué tiempo tan feliz! tu rauda mente
Bella vagaba, como en noche oscura
Rayo de paz que brota libremente
Y enciende en tanto, la celeste altura.
Y un pájaro de pluma trasparente
Lanzaba sus acentos de ventura,
Y el eco que do quier se dilataba
A la region azul, nos elevaba.
Y el canto del turpial en bosque umbrío;
Y el eco de la fuente saltadora;
Y el lento murmurar del manso rio;
Y el rayo de la luna encantadora;
Y el ay! de un corazon falto de brío;
Y el himno de la rama en triste hora;
Y hasta tu voz que dulce resonaba,
Solo de paz al corazon llenaba.
¡Hora feliz! ¡en dónde te perdiste?,
¡Tiempo de gloria! ¿dónde te ocultaste?...
¿Porqué, Rosa gentil, no me seguiste?
¿Porqué, en mi bella pátria, te quedaste?
¿Porqué en la mia, tu ilusion no viste
Si tanto allá en América, me amaste?
Pero tienes razon!—Tu madre era

De tu alba mente, la ilusion primera.
Preciosa flor que coronó el rocío
Con cuanta luz el cielo derramara:
Gacela de ojos dulces, que en estío
Sobre lecho de rosas descansara:
¡Ay! recuerda con plácido albedrío
(Como cuando en América soñara,
Cerca de tí, con puro arrobamiento)
A aquel que lanza para tí, su acento.
¡Con cuánto afan recuerdo tus hechizos
Y el rayo de tu alma luminoso!
¡Con cuánto gusto tus graciosos rizos
Miro ondulando hasta tu cuello hermoso!
Como cuando en cristales quebradizos
Se esparce el lampo del cenít radioso,
Asi se esparce en tu gentil pupila,
La luz que entre los ángeles vacila.
Oye. Si el canto del arcángel suave
Que alza en el éter amoroso trino,
Fuera en mi labio, tan gallardo y grave
Como es en él, sonoro y peregrino,
Fuera yo, para tí, sublime ave
Que elevara su cántico argentino;
Y te cantara en ilusion inquieta,
Como canta delirios un poeta.
Oye. Si el néctar de la flor dichosa
Que á mi pluma infecunda poetiza,
Darte pudiera con la frase ansiosa
Que al viento impulsa ó las espumas riza,

Fueras tú para el mundo, la grandiosa
Palabra que á los mundos armoniza.
Fueras, no la muger; sino el conjunto
Del cielo y de la tierra !—Y todo junto.
Tu talle es tan gentil, cual la palmera
Que en el limpio Cedron, vierte su gala:
Tu frente de alabastro, reverbera,
Cual si Dios la cubriese con su ala.
Tu aliento, lleva en sí, la prímavera;
Y tu labio de paz, perfume exhala;
Tus ojos negros son. Tu faz morena:
Breve tu mano y de azahares llena.
¡ Dichoso aquel que sin cesar te adora!
¡Feliz aquel que en su dolor te mira!
Ven pues. Y la Vision halagadora
Sé tú, pues vibra para tí, mi lira.
Dame ¡ oh fénix, tu voz: dame ¡ oh aurora
Tu viva luz que al Trovador inspira:
Y dame tu armonía ¡ oh Universo,
Haciendo hermoso mi cansado verso!
Y el rayo de la luna en la enramada,
Y el gemir melancólico del viento,
Y la lágrima, en rayos coronada,
Y de la brisa, el gemebundo acento,
Y el suspiro del alma apasionada
¡Oh dulce hermana y mi apagado aliento,
Lleguen á tí con perennal decoro,
Para decirte que tu ausencia lloro.

I

No hay astro en el firmamento
Ni perfumes en la atmósfera,
Y solo un eco lejano
Turba al alma y la impresiona:
Un hombre en faz de amargura
Con mirada melancólica,
Contempla de una montaña
La cima llena de sombras,
Y está como aquel que busca
Senda, ó rastro, cuenca ó trocha,
Mientras la montaña altiva
Que audaz con las nubes toca,
De sus mil grutas le brinda
Las concavidades lóbregas.
Por fin, la luna se muestra
Velada, mas seductora,
Y al observarla el viagero
Senda en la montaña toma,
Y en ella, piérdese, lleno
De esperanza y de zozobra.
¿Quién es él? ¿á qué ha venido
Sin guia, en tan alta hora
A sitios donde vacila
El corazon, si la historia
Recuerda que muchos cuentan
Con miedo y angustia honda?

¿Ignora tal vez que indican
Las mil populares crónicas,
Y asientan como inconcusa,
La aparicion pavorosa
Ha dos siglos, de un fantasma
En la montaña que ahora
Pone en el ánimo espanto
Y hace vacilar medrosa,
De la fé, la viva llama
Que nuestras dudas no ahogan?
Ved del mancebo la planta
Por entre zarzas y rocas,
Salvando enorme distancia,
Que asaz amenazadora,
Él mira sin miedo, empero
Que huella peñasco y hojas.
A veces se oye el rugido
Del leon, en la anchurosa
Selva, y á veces el silbo
De la serpiente traidora:
Y mucho el hombre ha avanzado
Siguiendo la luz radiosa,
De la luna, suspendida
De los cielos en la bóveda,
Cuando mas recio el estruendo
De una columna hervidora
Que al lejos se precipita,
Llega á su oido, y grandiosas
Imágenes se presentan

Confusas á su memoria.
Al eco, su pecho tiembla:
Su mente, ensueños aborta:
Y ya no es hombre: es un ave
Que con ala triunfadora,
Salvando rocas, se acerca
Al sitio donde las olas,
En mil espumas se elevan
Cuando recias se desploman:
Pero es el ruido, imposible
De describir; pues furiosas
Las columnas, desde altura
Maravillosa se arrojan,
Y todo, al estruendo tiembla
Con resonancia espantosa.
El hombre, que es un mancebo
Que tales sitios ignora,
Envuelto en flotante capa,
Se acerca á un peñasco, y brotan
De su labio, las palabras
Que le arrebata impetuosa
La atmósfera cuando gime,
Ante la luz vencedora
De la luna, que en la espuma,
En rocas y ondas se copia.
Las águilas lo rodean:
Flota el airon de su gorra,
Y ya cansado, alli admira
La escena harto magestuosa.

Pero al ver las cien cascadas
Que luchan, saltan, y asordan,
Produciendo roncos ecos
Que el arpa imitar no osa,
Himnos lanza que resuenan
Allá donde se corona
Dios con todos los luceros
Que le alumbran y le alfombran.
Vedlo pues, de gozo lleno
Con voz por el viento rota,
Decir el mancebo á gritos
Entre espumas y entre ondas.
» Bramad torrentes ! — la vida
» Me parece muy monótona
» Sin la gigante armonía
» Que ora escucha, el alma ansiosa.
» Y tú, fantasma terrible
» Que en estas grutas recónditas
» Alientas, háblame y calma
» Mi aspiracion enojosa.
» Todo el mundo he recorrido :
» El Asia he mirado toda,
» Dormí al pié de las Pirámides,
» He visto el sol de la Europa,
» Y del Oceáno inmenso
» En la soledad pasmosa,
» No encontré lo que pedia
» Mi alma que tanto ambiciona !»
Y asi diciendo, se eleva

Entre nubes vaporosas
Un fantasma, que sublime
Sobre las aguas se apoya,
— Secándose el grande cauce
Del Niágara, que en gravosa
Impulsion, ondas lanzaba
De una fuerza aterradora:
Y en verdad es grande el cuadro
Donde la mirada atónita
Fija el mancebo, pues tiene
En torno, abismos, y nota
Cegadas completamente
Las fuentes, que bramadoras,
Dan al Niágara el aspecto,
De todo un mar que rebosa!

II

» Porqué diriges la insegura planta
» Al sitio agreste donde audaz retumba,
» Del Niágara hervidor, la voz inmensa
» Que infunde siempre al corazon pavura ?
» ¿Qué buscas, pues?.. » (Y el jóven que encendido
Está en sublime inspiracion fecunda,
Asi contesta, de su afan llevado
Con ánsia grande y elocuencia mucha).
» Hijo de un Dios que el Universo aclama,
» Viendo los cielos, y la llama fúlgida,

» Del sol que vierte, resplandor y vida
» Al génio eleva, y á la mar impulsa,
» Viendo las aguas que chocando atruenan,
» Del viento oyendo, el eco que susurra,
» Mirando el mundo, que los astros ornan
» Con viva luz, espléndida y profusa,
» Y en todo viendo la grandeza humana
» Que sin celages, para mí, fulgura,
» Busqué en el mundo, el ángel peregrino
» Que á Dios le sirve de vision augusta.
» Quise mirar, el ángel cuyo labio
» Da á las rosas matiz : y cuyas plumas
» Tendidas voluptuosas al oriente,
» Tornasolan el aire que murmura.
» Podrá ser un error : mas he creido
» Que esos lagos que el céfiro no turba,
» Que esas aves que exhalan en sus trinos
» Cantos de paz que el Trovador pronuncia,
» Que esos arrullos solitarios, suaves,
» Que vagan por el bosque y espesura,
» Son un reflejo de la imágen bella
» Que admira el alma con delicia suma.
» Todo lo recorrí. — La Europa entera :
» El Asia ardiente y cuanto el sol alumbra,
» Y en el Niágara pongo planta humilde
» Lleno mi pecho, de esperanza pura:
» Busco esa idea que armoniza esferas :
» Mi alma sensible, con delirio busca,
» Ese génio suavísimo, que estiende

» Por zonas mil, raudales de ventura.
» Si. Yo he mirado el vaporoso ensueño
» Que hace, que el verso de mi lira cunda,
» Y veces cien, con frente arrebatada
» La ví, dormido : mas despierto, nunca.
» Si el orbe hubiera un horizonte vasto
» De doble dimension, con fé profunda
» Lo recorriera, por saber do alienta
» Esa casta vision, que el génio augura,
» ¿No tiene el Universo, un gran destino?
» La esfera misma, el ábrego que asusta,
» Cuantos murmullos, por el aire vagan,
» Cuantos acentos el espacio encumbra,
» Un ser no son en sí?... ¡Ven á mi ruego
» Tú, que alejada de traidora duda,
» Obedeces á Dios, y abres las flores,
» Al sol inflamas, y en el sol te ocultas!
» Oh! ven, y esplica á mi abrasada mente
» Que el hombre tiene en la esperanza suya,
» Todo un rayo de luz, como el que lanza
» El rojo sol, cabe la blanca espuma.
» Dime que son, para tus lindos ojos
» Esos astros, de luz, jamás impura,
» Claros fanales que tu vista enciende:
» La esfera inmensa, ante tu labio, muda.
» Dios, siempre es Dios! —por tu laúd sonoro
» Dime que en él, la eternidad sepulta,
» Tumbas y siglos, porque es él la fuerza:
» La voluntad mas alta, y mas segura.

» Él no cambia jamás ! — El hombre lleva
» Lucha en si mismo que do quier le abruma :
» Y es el juguete de pasion versátil,
» Que su pasado y porvenir enluta.
» Háblame pues de Dios ! del cielo : el hombre :
» De cuanto vive, y por do quier pulula,
» Como materia en el Señor nacida.
» Que de la luz de su razon disfruta.
» Y dime tú, que el orbe, es un poema
» Donde descuella la verdad que anuncia,
» Cuantos misterios el cantor concibe,
» Cuantas verdades el mortal estudia.
» De Dios nunca dudé. Mas quiero, el tipo
» De la gallarda realidad que endulza,
» Del pecho débil, las tremendas penas,
» Del alma flaca, la horrorosa angustia.
» Tú, fantasma espantoso, que al destello
» De la redonda, fugitiva luna,
» Del Niágara secando los raudales
» Aumentas la ambicion que al alma punza ;
» Dime si en esta soledad inmensa
» Y en el silencio en que mi mente lucha,
» Hallar podré la imágen que del cielo
» Realiza fiel, la inspiracion profunda.
» Dímelo tú. — Que tu palabra sea
» Bálsamo al corazon que aquí relucha.
» Un corazon que guarda sin sosiego
» Las sombras y misterios de una tumba !

III

Calló de pronto el mancebo,
Y en voz robusta el fantasma,
Le dijo mientras susurran
Los céfiros que dilatan,
Su voz, que ni abre las flores
Ni agita espumas ni ramas.
» Poeta.—No es el destino
» Quien ha ordenado las causas,
» Cuyos efectos sublimes
» Te maravillan y pasman.
» Ha sido un Dios, que la dicha
» Y las venturas derrama,
» Y existe de la belleza
» Que el mundo, ostenta elevada,
» Un tipo, que de las flores
» Matiza la copa, y llamas
» Le da al sol, luz á la esfera,
» A la primavera galas,
» Tornasoles á las plumas
» Del fénix, cuando se lanza
» En pos de la altiva gloria
» Que indicas ó que presagias.
» Dios lo inspira, y aquí mora
» Mientras alumbra del Niágara
» Las espumas y las ondas
» Que se arrojan y se espacian.

» Sí. Soy la imágen grandiosa
» De la sublime cascada:
» Soy la imágen de esos truenos
» Que en este abismo rebraman,
» Cuando rompiéndose en olas
» Salta en espumas el agua!
» Pero esa vision espléndida
» Tipo de belleza tanta,
» Que á las estrellas da lumbre:
» Que al aire le da sus alas,
» Que al sol, resplandores cede,
» Y que tu mente soñara,
» Como lazo entre los hombres
» Y el Dios que tu labio aclama,
» Esa vision ¡oh poeta!
» La verás, cuando con calma
» Derrame sus mil reflejos
» El sol sobre las montañas.»
— Tembló el mancebo de gozo
Con satisfaccion tan alta,
Que temblaron de las peñas
Las mil grutas solitarias:
Y sabiendo ya, que existe
La vision que imaginara,
Sus himnos alza á la esfera,
Mientras se evapora, y pasa
El fantasma, como nube
Ante el sol de la mañana.
— ¡Venid, pobres fantasías

Que á lo material, atadas,
Desdeñais las mil quimeras
Que los poetas ensalzan!
¡ Venid; dejad de la vida
Las dichas ó desventajas,
Y sed ricos, con la mente:
Pues su riqueza, estremada,
Es siempre que vuela, llena
De libertad y esperanzas!
¡ Venid! mirad convertidas
En rocas, las cataratas
Que el mismo Moisés si viera
Con arrebato cantara:
Y oid de un bardo el acento,
— Y conoced, las desgracias
Y las venturas que guian,
Al génio que audaz se alza.

IV

Malheur à l'enfant de la terre,
Qui, dans ce monde injuste et vain,
Porte en son âme solitaire
Un rayon de l'Esprit divin.
Malheur à lui! l'impure Envie
S'acharne sur sa noble vie,
Semblable au Vautour éternel,
Et de son triomphe irritée,
Punit ce nouveau Prométhée
D'avoir ravi le feu du ciel!

Hugo.

» ¿Qué importa ruja el aquilon tremendo
» Y el relámpago vibre roja lumbre,
» Si en mitad del estruendo
» Despierta la condor, y sin desmayo,
» Sintiendo hervir sobre su pluma el rayo,
» Tranquila llega á la celeste cumbre?

» Qué importa al marinero
» La ola hervidora, que jamás se humilla,
» Trueno robusto, de aquilon severo,
» Y montes mil de espuma resonante,
» Si del puerto feliz que vió distante
» Las olas huella con triunfante quilla?

» Asi tambien lanzado
» Por la opinion, los mares de la vida,
» Hiende el génio:—que un Dios lleva en su frente!
» Sí: le dan á beber, en copa henchida

» De vil ponzoña... y súbito asediado
» Con ala prepotente,
» Fiel á la voz de su inmortal destino,
» La copa apura: mas en firme vuelo
» Plumas, tintas de sangre, atrás dejando,
» En medio de los truenos, y lanzando
» Centellas, su laúd, canta en el cielo!

» ¿Qué importa que atrevida
» El águila suspensa en las Azores,
» Mire al ángel que fija con su mano
» El ancho meridiano?...
» ¿Qué importa pues, si cuando quiere odiosa
» Postrar su augusta voluntad divina,
» El ángel, que en su vuelo no reposa
» Derrama sus cantares,
» Divide el mundo, en medio de los mares,
» Y se oculta, del cielo en la cortina?...

» ¿Qué es el génio?—Otro ángel.
» Venid ¡oh pueblos! y con brazo fuerte,
» Haced que llegue, al vulgo de la muerte,
» Y obligadlo, en su polvo, á hundir la lira:
» Vereis en breve que con voz de arcángel
» Pues un astro lo inspira,
» Mas grande se alza ya: su mismo seno
» Es luz de todo un Dios: vedlo que lanza
» Su nombre en otra edad, y ya sereno
» Todo un eterno porvenir alcanza!

» ¡Oh lucha mas sublime
» Que la del mar, llevado por el viento
» Contra el círculo y luz del firmamento!
» Lucha grandiosa que en el génio imprime
» Sello de fuerza!—el génio, que parado,
» De su vida ignorada, en la ancha prora
» Oye el hondo estridor: mira inflamado
» Todo un cielo sin límite, y risueño
» Con nuevo y grande y vigoroso empeño,
» Entra en el puerto que insensato adora.

» Insensato! insensato!
» ¿Qué busca allí? ¿qué quiere en el asilo
» Donde el nombre de un Dante, suena y cunde?
» ¿Por qué no vive, cazador tranquilo,
» En sitio oculto, pero al alma grato,
» Y muere en paz, sin fama que lo eleve
» Y súbito lo lleve
» Al cielo donde un nombre se difunde?
» ¿Y esplicarlo él podrá? ¡Mísero emblema
» De toda oscuridad! ¿qué! ¿sabe él mismo
» Por qué se agita, como arista leve
» Que ignorada de sí, gira, y en breve
» Toca en todo el cenít, ó en el abismo?...

» Mas, escuchad: empero
» Que como bruto, vuela en la llanura,
» Vedlo á la par como Mazeppa, y libre,
» Ancho callo entre palmas asentando:

» Ya siente el lazo cruel: rompe altanero:
» Hace que el lazo, como bronce vibre,
» Y fiero relinchando
» Al tener en su espalda atado un hombre,
» Si alígero antes fué, buitre es ahora
» Que valles salva con fiereza tanta,
» Que ni el águila audaz que al suizo espanta,
» Lo sigue en campos que inflamó la aurora.

» El génio asi descuella:
» Y de la pátria, execracion recibe
» Que mas lo punza: pero mas lo alienta:
» ¿Dónde el recuerdo está? ¿dónde se ostenta
» La pugna triste que Voltaire miraba
» Con odio tanto, mientras bella y pura
» La luz de sus destinos, se aumentaba?
» —La fama solo escribe
» Su nombre augusto!... Y al pais que un dia
» Sus páginas quemó por un verdugo,
» (¡Triste cambio del pueblo!) al par le plugo,
» Llorar de pena mientras él moria!

» El génio solo es grande
» Porque no muere ni desmaya nunca:
» Porque solo el Altísimo, le trunca
» La obra gloriosa, que atrevido emprende,
» Mientras la Envidia sus aceros blande,
» Lo acrimina, y estiende
» Su ponzoña fatal... ¿mas qué le importa?

» Otra pátria le brinda su acogida. —
» Decidme ¡oh pueblos!—Cuando el ave sube
» Y vuela audaz y jóven y encendida,
» ¿Quién su impulso suspende? ¿quién lo corta
» Aun á pesar, del trueno de la nube?...

» ¡Oh torrente famoso!
» Tus aguas y tu horror has detenido,
» Y mis ojos contemplan, á los ecos
» De árboles cien que su ramage hermoso
» Para aumentar mi gozo, han sacudido,
» Los precipicios huecos
» Que el agua ocupa cuando salta y truena,
» Como al rugido de aquilon insano
» Todo un Niágara inmenso!...—un oceáno,
» Que levanta hasta el sol, montes de arena.

» ¡Insensato! ¿qué pido?
» ¡Mundos busco en los mares de la idea!
» ¡Destino triste! ¡Mal nacido sino
» Que me hace ver, en mi fatal camino
» Sombra muy densa, y luz que centellea!
» ¡Oh Dios! mas si he nacido
» Para vivir asi... brota y rebrama
» Con mas fuerza, opinion! Juntos luchemos:
» Débil arista mi alma: tú, gigante.
» Y de los mismos bronces arranquemos
» Grandes sonidos de igualdad constante.

» De tus aguas ¡ torrente!
» Lecciones tome yo: tú vas acaso
» Luchando con la tierra estremecida
» Que quiere cruenta, limitar tu paso;
» Tu onda sacudida,
» Tiembla, se arroja y rómpese y dilata
» Su bullicio y hervor; y al eco fuerte
» Huye de tí la muerte,
» Y te alzas triunfador! Cual tú tronando
» Sosteniendo una lucha el pensamiento
» Contra un mar de opinion, lidia invencible:
» Oiga tus ecos yo: mire radiando
» Por siempre al génio; y pueda irresistible
» Triunfar de todo y dilatar su aliento! »

V

Calló el mancebo, y de pronto
Saltaron con fuerza mucha,
Las mil hondas cataratas
Por colinas y espesuras:
Un sol magnífico vibra
Sus reflejos, que circundan
Rocas, hondonadas, árboles
Y cuanto allí se dibuja,
Prestando á todo viagero
Mil imágenes confusas,
Con las que atónito sueña

Allí el mancebo, aunque busca
La vision ó hermoso tipo
De su idealidad fecunda!
— Mas héla allí: mal revueltas
Sus plantas, en luz y brumas,
Con negra, aromada trenza,
Y escasísima cintura,
Tez morena, negros ojos,
Sonrisa que al duelo endulza,
Cuello de nácar, y pecho
Que tiembla como la espuma,
Asi radiante aparece
La vision que el arpa encumbra,
Porque es de tanta belleza
Que hace vibrar con ternura
Las cuerdas donde sonoro
Tiembla el aire y se perfuma:
Ah! cuando cierro mis párpados
Y pienso en la azul altura,
Miro una vírgen sublime
Que el verso no copia nunca,
Y cuyas alas son astros
Que sobre el mundo fulguran,
Y cuya huella al ambiente
Le da el olor del nenúfar;
Pero esta vision preciosa
Que al poeta, ora le anuda
Himno y voz en la garganta,
Es una belleza, suma

De todo cuanto presenta
El orbe con hermosura.
Envuelta en veste azulada
Do estrellas de oro deslumbran,
Mostrando en la sien, corona
De perlas, do el sol se enturbia,
Teniendo trémula lira
De marfil : y lira, á cuya
Melodía encantadora
El torrente, con presura
Desciende, pero sin truenos
Que al pecho indeciso asustan,
Alza la vision su canto,
Que suave y bello murmura,
Mientras del sol ante el rayo
Calla el poeta y la escucha.

VI

» El cielo, es el orígen de toda melodía :
» Eleva pues la tuya, del cielo á la region :
» Yo soy quien en las flores, derrama la ambrosía :
» Al ave, da gemidos y al génio inspiracion,
» Salúdame ¡ oh poeta ! Levanta tu armonía,
» Desprenda luz, tu misma gallarda concepcion,
» Y dame por diadema, tu altiva fantasía:
» Y dame por santuario tu ardiente corazon.

» Atiende. Aunque perfumo los vientos y las flores
» Y doy galas al suelo, colores á la mar,
» Y trinos á los pardos ligeros ruiseñores;
» Que cubren con sus alas, la flor del azahar,
» También tengo destinos, mas grandes y mejores
» Y puedo mi influencia, mas alta demostrar:
» Nací mal coronada de hechizos y primores,
» Dormida sobre el astro que al mundo hace soñar.

» Respiro entre las hojas de las tempranas rosas:
» Despierto cuando brota perfume el alelí:
» Las nubes me suspenden con alas vaporosas;
» Los cielos me iluminan con globos de rubí:
» Mecida por palomas y sueltas mariposas,
» El iris, lanza púrpura, solo para mí;
» Navego en alas suaves que vierten deliciosas,
» Los pálidos destellos de un cielo de turquí.

» Pero esa, es la belleza del mundo solamente:
» Y el alma? ¿quién realiza del sumo Creador
» La voluntad suprema? ¿quién pudo ennoblecerla
» Hacer bello el ensueño, del génio y del amor?
» Al eco de la lira que pulso reverente
» Dios pone en mis palabras, purísimo fervor:
» Y engarzo flores puras, con mano diligente
» En las sensibles almas que inspira el Hacedor.

» Y la mirada grata del ángel de la vida,
» La linda serenata que el Trovador cantó,

» La [illegible] de los bosques, de pronto [illegible]
» La gota de rocío que el árbol recibió;
» Todo esto está enlazado con fuerza parecida
» A la que enlaza al átomo al Dios que lo creó.
» Y mi alma, así se lanza con ala no rendida
» A zonas ideales que el cielo [illegible].

» Por eso los destinos del mundo [illegible]
» Por eso en mi entusiasmo que eterno [illegible].
» La Religion sublime, con júbilo [illegible]
» Como santuario inmenso que al mundo [illegible].
» Atiéndeme.—Dios era principio no [illegible]
» Que vió una sombra leve girando [illegible]
» Y con su ardiente soplo, por siempre [illegible]:
» Y el mundo, asi creado, con sus [illegible] fué.

» Y dióle un alma al hombre y [illegible],
» Que van subordinadas á su alta voluntad,
» En pos de un gran destino tan bello y tan profundo
» Que en [illegible] toma, la misma eternidad.
» [illegible] por el hombre!—Su hóroscopo es fecundo:
» Él [illegible] y muere, solo cumpliendo una verdad:
» Y su alma se [illegible], sin vértigo infecundo,
» Y Dios le da por zona, la misma inmensidad.

» ¿Qué piensas que este mundo tan bello y bien [illegible]
» Es una pobre arista que va sin direccion?
» Oh no! Dios es un astro que tiene [illegible]
» Todo un sistema grande, tan solo [illegible].

» Un eje, donde polos, el génio nunca ha hallado:
» Un mundo, que nó tiene, la frívola impulsion
» Que al átomo lo guia: Dios es un desgraciado
» Porque las culpas llora de todo corazon!»

(Y el bardo dijo entonces) «Y qué es el firmamento?»
(Y la Vision contesta).—« La esfera sin rival »
» Allí moran los ángeles de melodioso acento:
» De plumas de oropéndola y labio de coral.
» Allá no tiene orígen ni fin el pensamiento:
» Allá todo se vuelve, purísimo, eternal:
» Allí, Dios se levanta: y él es un elemento
» Que todo lo que toca, lo torna en inmortal.

» Y al Tasso que los triunfos del cielo proclamaba,
» A Milton que escribiendo, los cielos dibujó,
» Al Dante, que en el suyo, cien siglos engarzaba,
» En todos pues, un rayo depositaba, yo.
» Y el mundo, que en el éter, informe resbalaba,
» En mí, gala y hechizos y seduccion tomó:
» Y el mar que allá en el caos, de súbito bramaba,
» Mis cantos y mis himnos primeros, pronunció.

» El mundo he recorrido y el Niágara he buscado
» Como escenario vasto de mi sublime accion:
» Un iris, en mi frente radiosa, he levantado:
» Y en mar de blanca espuma, se pierde mi cancion:
» He visto el sol que al Inca, dejaba enagenado:
» He visto la montaña que al Etna le da el son,
» Y duermo en un geranio: y al sol dejo inflamado:
» Sonrio entre las nubes, y calmo el aquilon!

» Del Dios de los espacios, yo soy la mensagera :
» Sin mí ¿qué es la belleza? Palabra nada mas.
» Sin mí, ¿rosas tendria la hermosa primavera
» Ni resplandor la perla, ni seduccion jamás?
» Un sol en mis pupilas, ¿no es cierto? reverbera :
» El es de lo futuro, la clara luz quizás :
» Por eso ante mi lira, la fé del alma impera,
» Y siempre en mis acentos la fé contemplarás.

» La fé! Dios! las virtudes! el alma: su esperanza:
» Hé ahi todo el poema, del alma y la razon!
» Feliz tú que me miras: oh tú! cuya alma lanza
» Destellos de ventura, destellos de ilusion.
» Oh! guarda en tu memoria, cual bella remembranza
» Este momento hermoso, de afecto y de emocion;
» Y di, cuando tú escuches mis himnos de bonanza
» Que Dios me los inspira, porque su elogio son.

» Quién eres? Un poeta. Tu nombre?—Yo lo ignoro.
» Te adiviné, cual sueño del alma inspirador :
» He visto en mis delirios, tu rica pluma de oro,
» Y ser, siempre he querido, tu único cantor.
» Adios! » (la Vision dijo) — « Cuando como tesoro
» La luz mires, de un astro de disco seductor,
» Recuerda que mi mano, con celestial decoro,
» Le da suaves cambiantes, á su inmortal fulgor.

» Y cuando, sea en Asia ó América, ó Turquia,
» Europa, ó cuanto el génio de Dios pudo formar,
» Escuches una fuente, que al cielo, luz envia

» O un iris, ó una espuma que elévense á la par,
» O bien mires un rayo de ardiente simpatia
» Entre dos almas puras, que á Dios quieran cantar,
» Di tú, que la belleza la estiendo yo á porfia
» En cuanto pudo ahora, mi labio pronunciar.

» Te queda por recuerdo, cuanto en el mundo es bello
» Porque eso es lo que tengo, por atributo real.
» Adios » (la Vision dijo) del cielo ante el destello
Hundióse en el torrente, con planta celestial.
¡ Y el Niágara, gozoso, mas, bramador por ello
Alzó entre mil rugidos, su voz, que colosal,
Parece entre montañas, el elocuente sello
De un Dios, en cuya frente, retumba voz fatal.

¿Qué ha sido del poeta? De júbilo ya henchido
Puesto que el sueño puro de su razon halló,
Bajando por un monte, de espumas mal ceñido
Por cuestas gigantescas, al fin despareció.
Fué el tipo del poeta ! del hombre que ha nacido
Para tener un rayo del astro que encendió,
Todo ese panorama que ante el Señor tendido
Desde la niebla inmensa del Caos se elevó.

VII

Y es verdad? Y es verdad? La poesia
No es un sueño, una idea solamente?
Hay en el mundo una Vision, que ardiente
Pueda al fin, sus delirios, realizar?
Si. La Vision que dibujó mi pluma
Y para algunos, colosal quimera,
Existe, y su alma, sin cesar, do quiera
Vierte hechizos y glorias á la par.

Un ángel me lo dijo. Un ángel lleno
De ilusion, de perfumes y de encanto:
(Asi me habló con elocuente canto
En una noche que en Madrid pasé)
—Hay en tu patria esa Vision que dicen
Que vé todo poeta, y que le inspira
Himnos de paz á la sonora lira,
Y á todo corazon, himnos de fé!

Y un retrato me dió. Temblé de gozo
Ante Vision tan grave y soberana:
Eras tú misma, idolatrada hermana,
Con una estrella en tu gallarda sien.
Y el ángel quiso levantar su vuelo
Con el retrato que en mi mano estaba,
Pero sin él, al cénit se elevaba,
De angustia lleno, y de ilusion tambien.

Siempre lo miro con cabal ternura,
Y cuando pienso, mi adorada Rosa,
Que eres tú la Vision siempre graciosa
Que admira en su ilusion todo cantor,
Que eres tú, quien del Niágara los senos
Llenaste de alba seduccion un dia,
Te aclamo y te respeto, hermana mia,
Como tipo perfecto de mi Autor!

Realiza pues, la universal belleza.
Dale al mundo atractivo : aroma á Cuba :
Y que mi voz para tu gloria suba,
Como lazo sublime entre los dos.
Oh! tiende, tiende por piedad tus alas
Y pueda contemplarte apareciendo,
Entre las olas, que sin mucho estruendo,
El Sena lanza hasta los piés de Dios.

Tú tienes por espacio el horizonte;
Por diadema, las trémulas estrellas;
Ven, gallarda Vision, graba tus huellas
Del cielo en el azul, y tú me oirás.
¿Sabes quién soy? Aquel que entre las palmas
Que en mi pátria descuellan á porfia,
Con labio que hoy te llama, te decia :
—« ¡Siempre á tus piés, mi corazon tendrás!»

LA SOMBRA DE CHATEAUBRIAND

ODA

LA SOMBRA DE CHATEAUBRIAND

ODA

»...... El Infinito mismo
» Estrecho viene á él.
A. V.—*Obr. t. I.*

Espiró!... y es verdad? pudo el poeta
Que en el mundo tendia,
Cual fiero buitre las potentes alas,
Dejar de ver el resplandor del dia,
Y en los cielos entrar?... pudo su génio
Por siempre fenecer, mientras sonaba
Su último adios, del alma desprendido,
Como eco eterno, del letal gemido
Que del labio de Byron, se exhalaba?

¿Y aquel fuego do está? ¿Y aquel acento
Que lúgubre sonando,
A un siglo le sirvió de pensamiento
Confundióse y murió? ¿dó fué el infierno
Que aquel génio brillante, en si sentia?...

¿Vaga entre esferas mil, ó allá lo guarda
En urna de diamantes, el Eterno,
Y brilla audaz, cuando al rugir sombria
La tempestad furiosa,
De Grecia azota las distantes playas
Que reflejan del sol, la luz dudosa?...

Es fama, que al morir, el génio altivo
Que en el bardo británico, radiaba
Con vencedora luz, vió suspendido
Del alto cielo, el porvenir del alma. .
Y el siglo de repente,
Cobrando nueva fuerza, nuevo brio,
A Byron vió, que atravesaba zonas
Cercanas al Señor... y juntamente
En el espejo de ese siglo, alzada,
Una sombra de espléndida mirada,
Y un rayo del Tabor, sobre la frente.

(Y dijo asi) «Pensais que quien formara
» Del Universo el inmortal conjunto,
» Y dió tintas al sol, y azul al cielo,
» Al hombre para siempre condenara
» A eterna perdicion, y eterno duelo?
» No; que ese Dios que en el cenít fulgura
» De viva luz cubierto,
» Y viste en resplandor, la sacra altura,
» Y al génio traza, sin cesar, camino,
» A los ojos del mundo, tiene abierto
» Él libro de su gloria, y su destino!

» ¡Sus himnos son torrentes:
» Su página, la luz: en él copiada
» La gloria toda, está: y el que ha leido
» En ese libro de esplendor ceñido,
» Tiene su eternidad, ya conquistada.
» Mas no la veis? ¿No veis maravillosa
» Una vírgen radiante
» Que refleja por siempre, en su semblante,
» La clara luz del orbe, deliciosa?
» Ella, el libro de Dios le muestra al mundo:
» El libro de la fé. Y ella ha podido
» Salvarlo, si, cuando en furor profundo
» Alzóse el orbe, contra el Dios temido.

» Como mar impetuoso
» Que en sierras alza su columna umbria,
» Tal, respirando en vórtice espacioso
» El mundo se elevó: y al grande hombre
» Que entonces aparecia,
» Cubrió de escarnio y de baldon y enojos;
» Y á la lucha aprestado, al fin se viera
» Como en los circos de la antigüa Roma
» Enferma de hambre, la rabiosa fiera
» De férrea garra y sanguinarios ojos.
» Lidiaron las naciones
» Y el monumento de la Cruz llevaba
» Sus brazos de piedad al firmamento:
» Golfo rojo era el mar: sangre brotaba
» El mismo sol, en su inerrable giro:

» Y el libro, empero, atravesando mares
» De fuego y destruccion, su luz vertia:
» Pero en sus fuertes, incansables brazos,
» La augusta Religion, lo conducia.
» ¡Triunfo digno de un Dios! Y si ha sellado
» Asi su voluntad, el Dios que asienta
» Su trono en la tormenta,
» Siglo nacido en Dios: ¿tú lo has negado?»

Y el siglo se inclinó.—Y al gran sonido
Del laúd, asi herido,
A Chateaubriand el mundo contemplaba:
Y empero el bello sol del Cristianismo
Que su luz derramaba,
Como dardo de un sol, su faz cubria,
Y su destello ardiente
Sobre la Cruz del Gólgota, luciente,
Derecho, y claro, y vencedor, caia!

» Tú existes sumo Dios! (la noble Sombra
Con elocuencia dijo)
» Tú inspirastes á Job. Tú la carrera
» Le señalaste al sol, que rayos lanza,
» Y en ti tomó, la humanidad entera
» El gérmen bienhechor de su esperanza.
» Tú, de oprobio y de ruina,
» Salvas, gran Dios, á la familia humana:
» Pones impulso en mi: suena mi lira,
» Y cuando al verte, mi razon se inspira,
» Por estender tu religion, se afana!

» La esperanza ilumina
» Mis claros ojos, y á su luz radiante
» Siento girar la esfera cristalina:
» Salvado el Orbe, y en region distante
» Dilatado del alma, el grande aliento!
» Y miro el monumento
» Del mundo, que formaste, destruido:
» Y oigo sordo rumor, que brota y cunde,
» Y entre escombros de siglos se difunde:
» A trozos roto el sol, pero encendido.

» El alma humana vuela
» Hácia la eternidad, Dios misterioso:
» Y entre fragmentos de tu mundo mismo,
» Tu planta brilla, como faro hermoso
» Que esplende entre las sombras de un abismo.
» Tus ojos son fanales:
» Tu ceño es la tiniebla. Ronco trueno
» De carroza te sirve. Y tú, sereno,
» Cuando de tí, la perfeccion recibes,
» En la tumba del mundo, silenciosa,
» Como de un niño en la inocente losa
» Asi, gran Dios, tu omnipotencia escribes.

» Cubrí el espacio con mis claras huellas:
» Formé el tiempo, la luz, formé el sonido:
» Di giro á las estrellas,
» Impulso al mundo, al aquilon rugido,
» Y entonces dando á mi grandeza nombre,

» Hice divino el porvenir del alma
» Y formado á mi imágen, hice al hombre.
» Pedí que me cantara
» Mi misma Creacion ; y su armonía
» Que de esfera en esfera, resonara,
» Como eco fiel de la grandeza mia.
» Y bramó el aquilon : tronó el torrente
» Y el mundo á Dios reconoció postrado:
» Y el solo ser ante su Dios callado,
» Fué el hombre. Imágen de su Dios clemente!»

La Sombra dijo así. Con gozo y pasmo
Tomando nueva senda, el siglo pudo
De vasto pedestal, servirle á ella.
Y no la veis aun ?—Su luz brillante
Deslumbra peregrina :
El Universo, atónito la nombra :
La corona de Byron, no en sus sienes
Rutila esplendorosa...
Y por su labio la verdad triunfando,
De Chateaubriand el nombre, al cielo eleva :
Y el ángel de los tiempos, va pasando,
Y de astro en astro sin cesar lo lleva !

ARTURO

LEYENDA

OFRENDA DE CARIÑO

AL SEÑOR DON ENRIQUE DE SAAVEDRA

SU MUY LEAL AMIGO

A. V.

ARTURO

LEYENDA

I

» Oh cielo! si en vez alguna
» Compasivo te has mostrado,
» Sin duda que has olvidado
» Dolerte de mi afliccion.
» Apenas comienza el mundo
» Para mi alma impetuosa,
» Y en una lucha horrorosa
» Sucumbe mi corazon.
» Siempre viendo ese misterio
» Fantástico de mi vida,
» Vaga mi mente atraida
» Por su encanto celestial:
» Y ese misterio sublime
» Que brilla incesantemente,
» Subyuga mi pecho ardiente
» Con espresion inmortal.

» Y no hay hora, no hay espacio
» Que no lo lleve en si mismo:
» Ora brilla en un abismo
» Ora radia en una flor:
» Do quier que torno los ojos
» Allí, levantado veo,
» Ese misterio: y deseo
» Calmar al fin mi temor;
» Será la sombra de mi alma
» Que yo solamente miro?
» Será ¡cielos! que deliro
» Y débil mi mente está?
» O eres ¡misterio radiante
» Que contemplo y que venero:
» El arcángel hechicero
» Que con mis destinos va?
» ¿Quién eres en fin? El iris
» Se adorna con tus colores:
» En tí se copian las flores;
» El sol te da, luz gentil:
» ¿Quién eres que me dibujas
» Un destino que sin duda,
» Hará que á mi mente acuda
» Todo un sueño juvenil?...
» Allí está: su frente bella
» Tiene luz y tiene rosas:
» Sus miradas son hermosas
» Y el misterio existe allí.
» Oh! permite que yo toque

» Tu flotante vestidura:
» Devora Ariel, la llanura
» Que mi esperanza está en tí!»

Asi al pálido destello
De una mal velada luna,
Un arrogante mancebo,
Arroja hácia la espesura
De un monte, que está cercano,
Al bruto que Ariel titula,
Y en el que cabalga, lleno
De esperanzas y de duda.
Envuelto en capa de pieles,
Jadeante, y lleno de angustia,
Por la montaña se arroja
Y al bruto veloz, azuza.
Cuantos le vieron han dicho
Que enferma su mente, abulta
Las mil quimeras que al alma
En este mundo la turban:
Y al ver sus azules ojos,
Su tez que luchas anuncia,
Y de su rostro agradable
La seduccion, con locura
Se le admira, sin que pierda
Sus mil atractivos nunca.
A veces, como estasiado
Y con palabra confusa,
Le han visto cerca de un rio

Hablando, como el que busca
Un secreto á los pesares
Que le postran y le abruman:
Y de repente le han visto
Alzarse con gran presura
Y sobre el bruto perderse
Por entre malezas rudas,
O atravesando por trochas
Cuya perspectiva asusta,
Caminos mil, donde el viento
Por entre rocas retumba.
Otras veces, á la sombra
De un árbol, mientras murmura
Un arroyuelo que cerca
De una vega se perfuma,
Con las mil silvestres rosas
Llenas de néctar, y húmedas
Por las gotas del rocío
Que desprendiera la altura,
Le han contemplado: y de un salto
Con vértigo que no oculta,
Perderse con el caballo
Por entre montes y grutas,
Como un fantasma que vive
En los espacios, do zumba,
El aquilon cuando agita
Sus alas como una furia.
Y nada teme el mancebo:
Nada al mancebo conturba:

Ni la aridez de una cima
Donde el viento no susurra,
Ni lo profundo de un lago,
Ni cuanto al ánimo turba,
Pues mas que el viento, ligero
Sobre el corcel, vuela y triunfa
De las tempestades recias
Que á veces, bramar escucha.
Y en este empeño terrible
En que le amenaza impura
Constantemente la muerte,
Vive ha tiempo, el que disputa
Consigo, ó con el misterio
Que le fascina y adula.
Nadie la vé: pero el jóven
Al mismo Dios asegura,
Que una Sombra irresistible
Y de seducciones muchas,
Delante de él, siempre, siempre
Le llama con voz profunda:
Pero al tocarla, el espacio
Se agiganta, ó ella, muda
Pero bella eternamente,
El ser tocada rehusa,
Y pone distancia inmensa
Entre ella y quien la tributa,
Un culto que Dios tan solo,
Comprende en su ciencia suma.
Oh! cuántas veces mirándola

Sobre una flor, casi mustia,
La vió al tocarla, sentada
Sobre el disco de la luna!
¡Cuántas veces, sobre un monte
La vió seductora y pura,
Con los ojos, como estrellas,
Con la vestidura, fúlgida,
Y en el caballo, y rendido
De cansancio y de amargura
Voló á buscarla, vertiendo
Llanto que el rostro le sulca!
Y todo en vano:—la Sombra
Flotante, hermosa, insegura,
Con solo sus alas, toda
La mejor carrera, burla,
Y tiembla sobre los aires
Cual gota en hoja menuda.
Y en pos de ella, así ha corrido,
Con viva intencion fecunda,
El jóven, en cuyos ojos
El llanto siempre fulgura,
Toda Alemania, la Italia,
La Dinamarca y la Rusia,
Sin que la Sombra se rinda,
Sin que él desmaye en su ruta.

Está muy cerca de Madrid. No ha visto
Jamás el sol de la agradable España,
Y nuevo Byron, se adelanta henchido

De secreto dolor y de esperanza.
Brotando rayos, relinchando el bruto,
Cual si tuviera poderosas alas
Devora espacios, y do quier resuena
Su paso vencedor en la montaña.

¿No conoceis la cima en cuyo seno
El sol sus rayos con orgullo lanza,
Que del *Príncipe Pío* lleva el nombre
Y á mi alma siempre, seductora y grata?
—Tú la de azules, admirables ojos,
De negra trenza y alma enamorada,
La que en su boca, atesorando gloria,
A un cielo de perfumes me levanta;

Tú, que has podido en corazon muy jóven
Hacer que el árbol de la dicha, en calma
Su flor no ostente, y le dedique al cielo
El himno de su queja y de sus lágrimas,
Tú que sabes mi historia, y que hás podido
Ver un alma, temprano desgarrada,
Que adios le dijo al corazon que un dia
Felicidad y amor le consagraba,

Di. ¿No recuerdas el altivo monte
Donde mil veces, con ventura tanta,
Cubrí tu mano, y tu adorable frente
De flores ¡ay! para mis ojos caras?
La brisa suave y sin cesar cundiendo,
Tus magníficas trenzas agitaba,

Y en tu sonrisa que mi labio adora,
Cifré el afan que á mi existencia inflama.

No olvides no, la cima donde pude
Ante la luz de un astro de escarlata,
Abrirte mi alma, que orgullosa un tiempo
No vió sino las flores que él te daba.
Todo es tristeza en la montaña umbria,
La luna, un rayo trasparente espacia,
Y parecen los árboles que alumbra,
Grupo fatal de espectros y fantasmas.

Nada detiene, al jóven que pronuncia
En medio á una carrera no acotada
Ni por terrenos de aspereza suma,
Ni por las sombras que á la mente pasman:
» Ten piedad : ten piedad : pára en tu vuelo,
» Sombra divina, y oye la palabra
» De un alma triste que por fin se rinde
» Y que llora á tu planta y quebrantada!

Y como á impulso de celeste hechizo
De pronto el bruto en la carrera pára,
Y óyese empero el desigual aliento
Del mancebo gentil, que mira y calla.
Y vé una Sombra de contorno hermoso
Que á manera de túnica romana,
Ostenta la flotante vestidura
Que el jóven siempre contempló con ansia.

Es una Sombra cuya boca breve
Parece flor que el céfiro embalsama,
Y cuyos ojos en el alma dejan
Un magnífico rayo de esmeralda.
Suelto el cabello en onda que el ambiente
Perfuma suave, y la gallarda planta
En los aires posada, al alma eleva
Así la Sombra, que mi lira aclama.

» Héme en fin junto á tí: (dice al mancebo)
» Tú me has seguido en mi constante marcha,
» Y el sol te dió su resplandor primero,
» Bajo el brillante azul de la Alemania.
» Porqué me sigues ?—« Porque yo te admiro:
(La dice el jóven) « porque á mí me falta
» Algo mas grande, como tú, que el mundo,
» Para encontrar felicidad colmada.

» Porque dudo de mí: del cielo dudo:
» Pienso que el alma del mortal no halla,
» En cuanto bello el Universo ostenta,
» En cuanto altiva la razon abraza,
» La dicha pura que merece el hombre;
» Y al verte al fin, con celestial mirada
» Otro Dios te creí, Sombra sublime:
» Y pienso verlo si mi anhelo sacias ! »

» Y has visto el mundo ? Pudo la esperiencia
» Darte esa cruel y escéptica enseñanza ?
» Eres muy jóven. » (Y el mancebo dice
Con clara voz é inspiracion sobrada.)

» Tienes razon. Mas por instinto creo
» Que cuanto libre mi razon alcanza,
» Es la pobre ilusion que de sí misma
» El alma forma, mientras vive y pasa.»
Un grito dió la Sombra, y prontamente
Sellóle el labio, con su mano blanca:
Bajó el mancebo, y el gallardo bruto
Libre perdióse por las cuencas árduas.

Y solos ya, la Sombra seductora
Y el jóven que la mira, y se arrebata
De pasmo y de ilusion, ella le dijo
Ante la blanca luna solitaria:
» Ven, Arturo: no temas: yo te guio,
» Pero en tu pecho, cuanto mires, guarda.»
—Y el mancebo la sigue, y en silencio
Por la montaña, sin hablarse, bajan.

II

» Hay en el fondo de la vida humana
» Un gérmen de dolor. Hay un vacio,
» Que por llenar de lágrimas, se afana
» El alma ardiente, en su indomable brio.
» ¡Triste region donde jamás ufana
» Aquella, encuentra, henchida de albedrio,
» Un solo rayo de veraz consuelo
» Que el llanto calme ó que mitigue el duelo!

»Vemos el mundo con avaros ojos,
»Vemos la redondez del firmamento,
»De un sol brillante los destellós rojos,
»Las conquistas que logra el pensamiento:
»Y aunque el alma despójase de enojos
»Y respiramos con sobrado aliento,
»Siempre en el corazon hay escondida
»Lágrima errante, en el dolor nacida.

»Por eso no hay ni celestial mirada
»Ni halagüeña sonrisa seductora,
»Ni una frente de rosas coronada,
»Ni alma entusiasta que gentil adora,
»Ni un corazon de vida eternizada
»En su bella ilusion fascinadora,
»Que una nube no tengan. Una nube,
»Que por un cielo de tristeza sube!

»Que asi como radiosa y trasparente
»Y por galanas flores perfumada,
»La azulada region del suave ambiente
»Se vé por el cenít, tornasolada,
»Y allá á lo lejos, bajo sol luciente
»Cerca del cielo, truena atropellada
»La nube parda, que su voz envia
»Hacia la esfera donde nace el dia;

»Así tambien, el corazon humano
»Tiene un ambiente, que rebosa en flores:
»Y allá en lo alto, en eco soberano
»Brama feroz un mundo de dolores.
»Por eso en medio de su fin cercano

»Como de astro inmortal, á los colores,
»Hay una triste lágrima, que brota
»Cual de pálida flor, temprana gota.
»Por eso no hay felicidad cumplida,
»Ni sol de dulce paz, que eterno sea.
»Por eso hay tanta, destrozada vida
»Que en execrar, acaso se recrea.
»Por eso es grande, la que el mal olvida
»Y resignarse nada mas, desea,
»Y al ver morir, las prendas de su alma,
»Sus himnos alza á Dios, en santa calma.
»¡Ay del que al mundo apareció poeta
»Y recibiera un alma generosa!
»¡Ay del que lleno, de ilusion secreta
»Mira la vida, sin rival y hermosa;
»Porque despues de su ilusion inquieta
»Y al pié, de la montaña tenebrosa
»De la existencia, con temor se para
»Y llora aquello, de que audaz gozara.
»¿Pudiera un alma que nació sensible
»Mostrarse alguna vez indiferente,
»Si todo ¡ay Dios! descuella irresistible
»Para el que tiene voladora mente?
»La errante nube; el ábrego irascible:
»La luz, el corazon, todo igualmente,
»Habla siempre al mortal, y lo seduce
»Y á un Infierno de llanto lo conduce.»
Asi medita, con tristeza tanta,
El arrogante jóven, cuyo guia

Es la Sombra, que lleva en su garganta
Todo un raudal de amor y poesía.
Parece Arturo cuando asi, adelanta,
Un nuevo Dante, cuya angustia impía
Virgilio calma. Con recuerdo impuro
Va detrás de la Sombra, el triste Arturo.

Ven el Teatro de la Vida. Y mira
De pronto Arturo, y con dolor severo,
En el umbral, á una muger que espira
Anegada en un llanto verdadero.
Girones viste: sin cesar suspira
Y un gemido levanta lastimero,
Histérica la faz; desencajada;
Y fijando en sus hijos la mirada.

¡Ay! allí están. Con vértigo iracundo
Los hijos á la madre enclavijados,
Yertos de frio: en su dolor profundo,
Por el hambre se sienten acosados:
Ella en pobre sitial, asaz inmundo,
Alza gemidos, siempre desdeñados;
Una limosna pide. Y sordamente,
Rie á lo lejos, un tropel de gente.

Y acaso cuando mas esperanzada
Está en la eterna proteccion divina,
Por los brazos de un hijo casi ahogada
Lo vé espirar... Y triste, no domina
Terrible invocacion á Dios lanzada,
Y se incorpora, y míralo, se inclina,
Y vé á los otros espirando; y lleno

De hambre y de llanto, su materno seno.
Y al fin, no hallando proteccion humana
Llora convulsa, y agitada siente,
De la muerte feroz que audaz se afana
La recia herida : el ponzoñoso diente.
Rendida en suma, con zozobra insana
Se retuerce y solloza roncamente,
Y muere, y por el hambre aniquilada,
Pero á sus yertos hijos abrazada.
¡ Y esa muger en hora de ventura
Fué jóven, rica, espiritual y hermosa :.
Nunca soñó tan honda desventura,
Ni una suerte tan lúgubre y odiosa,
Y el mancebo, gimiendo, en su amargura,
Un punto no consuela ni reposa,
Y mira un cuadro de verdad ingrata,
Y como aqui, mi pluma lo retrata.
Sobre una mesa de nudoso pino
Mira unas cartas y montones de oro,
De ellos pendiente el inmortal destino
De la virtud, del alma y del decoro.
Siguiendo el astro de su triste sino
Un hombre en ellos, cifra su tesoro,
Y disputa con otros. Y en su furia,
Al mas dichoso jugador, injuria.
De noble cuna y á opulencias dado
Alli su propia dignidad olvida :
Cárdeno el rostro, el corazon crispado :
Pierde, y habla, con lengua pervertida.

Y cuando ya, confuso y devorado
Por la saña del alma, desmedida,
Pierde en última vez, grita iracundo,
Y blasfemo y procaz, maldice el mundo.
Y al ver su nombre en espantosa ruina,
Del contrario, al oir la carcajada,
Se enardece. Su saña no domina:
Derrama en torno, rápida mirada.
Tres imágenes muestra: algo adivina
La concurrencia, al caso aficionada,
Y de sus hijas la primera juega,
Aquel, á quien, la desventura ciega.
Reina un silencio sepulcral. En tanto
El padre criminal sufre y delira:
Cada minuto aumenta su quebranto,
Y como lleno de temor suspira,
Pierde.—Y un grito de profundo espanto
Rompe los aires: un retrato tira,
Y ávido el jugador que el triunfo sella,
Besa la faz de su conquista bella.
Y como haciendo de su dolo, gala,
Finge, devorador remordimiento:
Y un gemido de angustia, ronco exhala
Invitando á jugar en triste acento.
¡Buitre que tiende la temible ala
Sobre pájaro que alza su lamento,
Y se complace en darle una esperanza
Cuando alejado, hácia el cenít se lanza!
Y el necio padre esperanzado en ello

Juega los dos retratos, encendido
En incierto desvelo: y al destello
De un sol por el Infierno suspendido,
Pierde los tres.—Y del contrario al cuello
Se precipita, en llanto sumergido,
Y rudos golpes, con marcado anhelo
Sufre, cayendo quebrantado al suelo.

Y vé á lo lejos, el feroz corrillo
Que asedia al jugador que asi triunfara,
Aquel que al tibio, descompuesto brillo
De luna funeral, del bien avara,
Acércase á un palacio, que sencillo
Fué prenda un tiempo para el padre, cara,
Y á la muger del que perdió, presenta
Los tres retratos y la historia cuenta.

Y un grito de dolor, en su amargura
Lanza la madre y la justicia invoca:
Piensa que sueña, al ver su desventura,
Y la vergüenza al rostro, la sufoca.
Señor de aquella casa, se aventura
A ser de hiena el corazon de roca
Del jugador: y por la fuerza humilla
Pechos que llena, de eternal mancilla.

Y Arturo, al contemplar la encenagada
Condicion del que « hombre » se apellida,
Una lágrima vierte arrebatada,
De su desprecio al mundo, desprendida:
En óptica veloz, vé cancerada
Una muger, para el honor perdida,

Que en fétido hospital, de todo duda,
Sin demandar al cielo, paz ni ayuda.
Y cercano á su lecho de dolores,
Un hombre, un crímen, gemebundo espía:
Y obedeciendo á grandes torcedores,
Su mirada do quier, fija sombría.
Reconócense al par: y sus temores
Crecen lanzando gritos de agonía:
»Esposo criminal!» (dice la dama)
»Madre! ¿y tus hijas?» (el esposo clama.)
»Mis hijas!» (ella dice) «¿Quién impío
»Tronchó la casta flor de su hermosura?
»¿Quién tan injusto fué, que á su estravío
»Ató las almas, do infundí ternura?
»¿Quién de sombras cubriera el honor mio,
»Sino tú, cuya infamia te asegura,
»La maldicion del Hacedor eterno
»Y un rayo de los senos del Infierno!»
»Perdon oh esposa!» (El moribundo esclama)
»Nunca! jamás!»—(Prorumpe la infelice):
Y él pugna por andar, y casi brama
Cuando á los cielos, sus pecados dice.
Y se miran al fin: lento se inflama
Un mundo de odio en la que allí predice
La eterna maldicion: y asi fallecen,
Y en el cielo del mundo, se oscurecen.
Empero allá por plazas, coronada
De ejércitos de gala y luz y gente,
Goza Madrid: la villa celebrada

De intrigas cuna : de belleza, oriente.
Las carrozas resuenan : y elevada
La música que cunde suavemente,
Se pierde en el azul, donde rutila,
Un magnífico sol, que no vacila.
Arturo (en tanto que con ojo incierto
Y en lágrimas el ánimo oprimido
Miró á entrambos morir) juzga desierto
El gran Teatro : cuando cae, herido
Un hombre en una calle: y medio yerto,
Apoyado en un brazo, no rendido
Ni aun por los años, el convulso anciano
No alza contra el puñal, la débil mano.
Y el populacho grita «¡ al asesino ! »
Y la víctima humilde, no responde :
Y el malhechor, parado en su camino,
Mal en su pecho, su botin esconde.
Y el anciano se arrastra de contino,
Y sin saber en su afliccion, á donde
Debe el paso llevar, se arroja empero
Hácia el bandido, de talante fiero.
«Hijo del corazon !—Hijo querido ! »
Dice el anciano : el pueblo se amedrenta,
Y el mal hijo lo escucha enfurecido
Y esperanza de huir, tan solo alienta.
El triste padre le suplica, henchido
De confusion : y llora, y se ensangrienta,
Y en vez de hallar para el bandido encono,
Dice muriendo : «Adios ! Yo te perdono.

»¿Qué importa, (dice en grito lastimero
El arrogante jóven) que mañana
»En ronco son, y como adios postrero
»Truene sobre la cruz, una campana,
»Si el corazon del hombre es tan artero
»De condicion tan ruin y tan villana,
»Que por gusto se labra el precipicio:
»¡Si mata un padre por seguir un vicio?»
Y no bien dice, cuando vé en estancia
Propia de un oriental, muger preciosa:
Bañada aquella, en celestial fragancia,
Y alumbrada por luz, color de rosa.
Y dándola, tesoros de constancia
Un galan que en su labio, el labio posa,
La besa el seno. De halagarla cuida
Al entregarla sentimiento y vida!
Y con tanta finura la enamora,
Con tal delirio, corresponde ella,
Que al fin, llevada de su afan, adora
Al que arrebola de su amor la estrella.
Y en zona de color que un Dios enflora,
Dejan los dos, encantadora huella;
Juntos gozando, por amor suspiran:
Juntos, se abrazan y á la vez deliran.
Y estando así, (con rostro borrascoso
Y sonrisa satánica, é inundado
De cólera profunda), al fiero esposo
Muy cerca de ellos ven: ya denodado
Torna el galan la faz: pero anheloso

Aquel hombre de honra despejado,
Todas sus fuerzas en el golpe junta,
Y clava en el galan, ferrada punta.
Y un ¡ ay ! exhala el que de amor rendido
Cubrió de besos á la incasta esposa,
Y esta espera piedad, del que encendido
Está de zelos y de saña odiosa.
De sangre un vaso, muestra, y decidido :
Y aquella un dia, jóven pudorosa,
Bebe, fijando en él los ojos bellos,
Tendidos por la espalda, sus cabellos.
Y al ver saliente el seno que creia
Ageno de deshonra, el engañado,
Cual tigre se lanza, en ira impía
Y en el seno un puñal, deja clavado.
La esposa entonces, que en el cielo fia,
Con vacilante pié, mal asentado
Sobre charca de sangre, asi transida,
Muere, del hombre que adoraba, asida.
Y el asesino con feroz semblante
Mira el azul que llaman firmamento :
Y niega al Creador, y amenazante
No da tregua á su torvo pensamiento.
El puño eleva contra èl Dios radiante,
Y devorado por impulso cruento,
Apunta al corazon : y parte un tiro,
Sin que exhale muriendo, ni un suspiro.
»¡ Y ni la ciencia salvará Dios santo
»Al hombre! (esclama con dolor Arturo,

Bañado el rostro en compasivo llanto,
Viendo no mas que un horizonte oscuro.)
Mira á la Sombra, que derrama encanto
Y dice entonces con delirio impuro.
»La ciencia !... oscuridad : la ciencia es nada.
»Quimera á las del hombre encadenada ! »
Porque es Arturo, jóven distinguido
Que temprano laurel lleva en la frente :
Ducho en las artes: poco envanecido:
Sin esperiencia, su abrasada mente.
A maravilla hermoso, y no atraido
De los goces del mundo en la corriente,
Por ese sol que «amor» han titulado
Pues un nombre mas alto, no han hallado.
»Todo es miseria !» (dice tristemente)
»Una farsa es la vida. Todo hechizo
»Muere, á la par que nace. Horriblemente
»Dios, á este mundo que estudiamos, hizo.
»Ayes do quier y lamentar creciente:
»Y al débil corazon antojadizo,
»Nada lo satisface. Todo es solo,
»Vacio! oscuridad! miseria y dolo!»
Y sueña, y mira un mar, que muy distante
En ondas, se levanta, turbulento
Hasta el trono del sol, y que asordante
Torna á caer, con ímpetu violento.
Y allá en la cima, mira vacilante
De indignacion, y de feroz tormento,
Una generacion, que allí agrupada

De dolor y de saña está inundada!
Y un eco en torno del abismo gira
Que dice así, como eco de un Averno:
»No hay Dios: la fé del ánima es mentira:
»Solo es cierto el dolor: él es eterno.»
Y aquella multitud, loca respira
Como inflamada por un fuego interno,
Y parece un torrente, que atrevido
Quiere el mundo llenar, con su rugido.
Allí se ven las glorias inmortales
Revestidas de lágrimas y pena:
Allí se ven, los pechos criminales
Que á llanto amargo, el Hacedor condena.
Allí, los que en horribles bacanales
Y la vida al mirar tan inserena,
Su maldicion con furia levantaron,
Y en copas de festin, llanto dejaron.
Y la esposa engañada; y el bandido;
Y el padre por sus hijos olvidado;
Y el huérfano infeliz y desvalido;
Y el sabio á sus quimeras consagrado;
Y la muger de pecho envilecido;
Y el ébrio á sus licores entregado...
Y en fin el Mundo en su infernal cinismo
Con su miseria y llanto y egoismo.
«¡Muramos pues!»—Repiten con fiereza
Bajo un cielo de nubes rodeado:
Y el mar entonces, con fatal braveza
Se arroja en un abismo ilimitado.

Y cual volcan que á rebramar empieza
Cuando se halla de fuego ya inundado,
Asi retumba el vórtice sombrío.
Triste y sin gloria como el canto mio!

MISTERIO

(EPISODIO)

Ed altro disse: ma non l'ho a mente.
DANTE.

A TI

Fija en mis versos tus brillantes ojos,
Oye el murmullo de mi débil canto:
Quiero darte en el mundo, por despojos,
Versos escritos con mi mismo llanto.
A tí. Quién eres? no lo sé: lo ignoro:
La locura de un Dios por tí fecundo:
Mi lira va á romperse: mas te adoro:
Y antes, quiero á tus piés, poner un mundo.
Insensato de mí! Tú has conseguido
De un Infierno ponerme en la corriente:
Quién no es dueño de un mundo? Yo he querido
Darte con él, mi inspiracion ardiente.
El alma no es un mundo? Darte quiero
En estos versos, su tormenta y calma.
Mi dicha toda y mi dolor severo:
La noche y el relámpago del alma.
Ven. Acércate pues. Y en el momento
En que lleguen mis himnos á tu oido,
Llora por mí: consagra un pensamiento

Al hombre que jamás te ha conmovido.
  Recuerdas á Madrid? La luna alzaba
Su hermoso disco en el redondo cielo,
Y en un salon mi pecho te brindaba
Todo un latido de esperanza y duelo.
  Un traje negro sin rival te hacia
Resaltando sublime tu blancura:
Y en tus ojos azules, recibia
Mi alma, la luz que pediré á la altura!
  Sobre tu rostro, un antifaz miraba,
Cuyo recuerdo mi delirio evoca:
Y lleno de ilusion, á Dios rogaba
Que hablara al Universo, por tu boca.
  Entonces eras madre. Allí veia
Latir tu pecho bajo suave blonda,
Como tiembla á la luz del claro dia
Bajo el ala de un pájaro, una onda.
  Mi alma pongo á tus piés: si en vez alguna
En cambio de tus horas de bonanza,
Te recuerdan que he muerto, ó que importuna
De mi espíritu huyó, toda esperanza,
  Abre este libro con tristeza suma:
Piensa que en ti mi Providencia hallaba:
Quema despues, el rasgo que mi pluma
Sobre frágil papel, al mundo daba:
  Y dile á Dios. «Que en tu remota esfera
» Halle piedad su deplorable historia.»
Y Dios te oirá: pues ¡ay! si no te oyera,
Faltara á Dios, el ángel de su gloria.

Qu'il erre sans repos, courbé dès sa jeunesse,
En des sables sans borne où le soleil renaisse
    Sitôt qu'il aura lui !
Comme un noir meurtrier qui fuit dans la nuit sombre,
S'il marche, que sans cesse il entende dans l'ombre
    Un pas derrière lui.
—En des glaciers polis comme un tranchant de hache
Qu'il glisse, et roule, et tombe, et tombe et se rattache
    De l'ongle à leurs parois !
Qu'il soit pris pour un autre et râlant sur la roue,
Dise: Je n'ai rien fait ! et qu'alors on le cloue
    Sur un gibet en croix !

Hugo.

» Si es cierto que disfrutas de noche tan hermosa
» Y duermes, olvidada de tu infeliz cantor,
» No de tus labios abras, la delicada rosa,
» Ni apartes tus ensueños en cambio de mi amor:
» Seré murmullo suave: seré dulce armonía.
» Que lenta cruce el aire, muger angelical;
» La luna clara brilla; y en tanto ¡vida mia!
» Permíteme que cante, con gozo sin rival.
» ¿Quién eres? el misterio mas grande de mi vida:
» La página de fuego de un pobre corazon.
» ¿Quién eres? una idea del cielo desprendida
» Que pone en mi cerebro, la luz de la razon.
» Es cierto; hay para el hombre, tristísima una hora
» En que contempla lleno de inspiracion, un ser,
» Que en él abre un Infierno: y entonces lo que adora
» Es un demonio-ángel, en cuerpo de muger.
» Oh corazon! quién eres? que Dios en ti ha podido

» Poner todo el misterio que nadie esplicará?
» Tus inmortales flores en mi se han consumido:
» Violentas tempestades en ti, se elevan ya.
» Oh! cuántas, cuántas veces de mi rencor llevado
» De mi ilusion los velos, con vértigo, rasgué;
» Y cuántas veces luego, cayendo enamorado
» Por ti, muger que adoro, culpándome, lloré.
» Atiende.—Tú recuerdas la noche en que bullia
» Un mundo de disfraces, en un pobre salon,
» Y noche en que decirte, sin vacilar, queria
» Mil cosas que aun repite, mi pálida cancion?
» Madrid era una fiesta. La música vibraba;
» De tu presencia entonces, en el salon, dudé:
» Vestida al fin de negro, despues te contemplaba,
» Y un antifaz, bien mio, sobre tu faz, miré,
» Oh! nunca, nunca, el génio vision ha imaginado
» De mas sublime estilo! de tanta elevacion:
» Los que leais mis versos, oid mal espresado
» El cuadro de su misma, gallarda descripcion.
» Pensais que veis un rostro tan dulce que fascina:
» Unos brillantes ojos de un envidiable azul:
» Un labio, indescribible: la trenza peregrina:
» Muy negra, y de perfume que envidia el abedul.
» Veinte años, dad al tipo que sueña mi ternura:
» La mano de duquesa: la voz tan celestial,
» Como eco de una perla que cae de la altura
» Rodando sobre un lago de espumas de cristal:
» Un antifaz ponedla, y un antifaz que deja
» Mirar la dentadura que un Dios imaginó,

» Y asi veréis al ángel que espléndido refleja
» La luz que mi alma entera, del cielo recibió.
» Recuerdas, amor mio, que mi palabra era
» La música de un alma que deliró por tí?
» Tu aliento me servia de hermosa primavera
» Y en tus pupilas bellas, el Universo ví.
» Jamás sentí tan llena de luz mi fantasía:
» Tu rostro era el poema de toda mi ilusion:
» Alli donde no estabas, mi pecho se oprimia;
» Tú fuistes el ensueño de una inmortal rejion.
» Oh tú! génio terrible que enlutas de la vida
» El astro que elevarse pudiera con grandor:
» Porqué enlazaste á un alma cobarde y pervertida
» Una muger que es digna de un mundo superior?
» Porqué? porqué un contraste que aleja el sentimiento
» Y obliga á las creencias mas bellas, vacilar?
» No en vano, tú bien mio, buscaste un pensamiento
» Y un alma que pudiera la tuya consolar.
» Oh! duerme ángel querido. Sultana vaporosa
» Que tu misterio dejas en cuanto pienso yo.
» Sí! Duerme. Tú que tienes un alma lastimosa
» Pues para otro universo, de perfeccion, nació.
» Desprecia mi armonía. Purísimos olores
» Las brisas, en tu frente, derramen caro bien,
» Y plegue á Dios que caigan, cual ráfagas de flores
» Mis versos, pero en torno de tu gallarda sien.
» Te agradan?—Tu sonrisa me servirá de Gloria:
» Mi genio, en ella, fuerza y hechizo tomará:
» Muy pocos años tengo: pero mi pobre historia

» Por siempre á tus destinos el cielo enlazará.
» Oh! quéme importa el lauro que el númen ambiciona
» Cuando con triunfos sella sus ilusiones mil?
» Un beso de tus labios, es toda mi corona:
» No vale el mundo, un beso de boca tan gentil.
» Recuerdas el Retiro? Recuerdas la montaña?
» Recuerdas que te amo? Recuerdas tú que soy
» El desdichado espíritu, cuya pasion se engaña
» Porque tras un destino de seducciones voy?
» Tú bien lo sabes: mucho contigo he delirado:
» Mas ay! muchos gemidos mi pecho desató:
» Mas duerme, blanco sueño de un pecho apasionado:
» Desprecia cuanto digo: mas no despiertes, no.
» Que el ángel que á la luna, le da luz argentina,
» Con suavidad sus alas estienda para ti:
» Que el eco de la fuente que ruede cristalina
» Te dé con sus murmullos, la fé que siento en mí;
» Que el pájaro mas blanco que tienen en Oriente,
» En tanto que tú duermes, te cante con fervor;
» Y el ave y el poeta, te digan igualmente
» Mil cosas, mas sublimes que el sueño de una flor.
» Si es cierto que disfrutas de noche tan preciosa
» No entiendas estos cantos que mi pasion te da.
» No: yo no soy poeta. Yo soy el ave ansiosa
» Que sobre el árbol bello de tu existencia, está.
» Mi orgullo, es tu sonrisa. Permite pues que cante:
» Permite que estos versos se eleven hasta Dios.
» Quizás, ángel querido, vertiendo luz radiante
» Por siempre el Juez del mundo nos unirá á los dos.

Qu'il pende échevelé, la bouche violette !
Que, visible à lui seul, la mort, chauve squelette
Rie en le regardant !
Que son cadavre souffre, et vive assez encore
Pour sentir, quand la mort le ronge et le dévore
Chaque coup de sa dent !
Qu'il ne soit pas vivant, et ne soit pas une âme !
Que sur ses membres nus tombe un soleil de flamme
Ou la pluie à ruisseaux.
Qu'il s'éveille en sursaut chaque nuit dans la brune
Là, lutte, et se secoue, et vainement écume
Sous des griffes d'oiseaux !

HUGO.

Tal era el himno ardiente que el pecho conmovido,
A todo un cielo lleno de flores, elevó !
Tal era el eco hermoso : tal era el gran sonido
Que el arpa de mi alma, sin vacilar lanzó !
Ay ! para mí la vida, no era una amargura;
No era el hondo valle que al Dante hizo llorar !
Sí, Yo creia un sueño ligero, una locura
La voz del que en Otelo, se quiso dibujar !
No : no es un gran poeta sino el que mucho llora
Y al cabo hasta detesta, la fama y el laurel !
Ese es el grande hombre : para él suena la hora
De ver un mundo inmenso que solo crea, él.
Ay ! yo no habia sufrido : yo era un inocente,
Que glorias y laureles y triunfos concibió,
Asi cual los concibe, la niña que vehemente
Penetra en los salones que el mundo la ofreció.
Los zelos, ese caos tremendo de la vida
Donde es una borrasca de llamas, la pasion :
Los zelos, esa sierpe de frente enrogecida

Que con sus nudos, rompe la voz del corazon;
Ese maldito crímen de la moral del hombre,
Trocaron esos himnos, en cantos de dolor:
Me hicieron ver, odioso, de esa muger el nombre:
Me hicieron ¡perdonadme! dudar del Creador.
Los zelos sí, rugiendo con bárbara porfía
Me han hecho ver al Dante, con todo su poder:
Entonces me ví insecto: y entonces concebia
Que la grandeza humana, no vive en el placer.
No. Vive en las regiones del llanto y de la duda:
Allí, mora inflamando, la mente nada mas:
El génio es el silencio. Su voz si suena, es ruda:
Retrata quizá un siglo, mas sin gozar jamás.
Mis cantos sucumbieron. Y en noche borrascosa
En que la ausencia impía, murallas levantó,
Envuelto en una nube, de forma caprichosa
Vi un buitre, cuya pluma de fuego me asombró:
Yo vacilé. Y al punto sin compasion alguna
Me suspendió, inundado de un arrebato cruel,
Y al rayo detestable de ensangrentada luna
Me puso en una roca, mientras gozaba él.
Ah! suponed un hombre que llora encadenado
Sobre una roca enorme, suspensa sobre el mar:
É imaginad un buitre, que roe despiadado
Las trémulas entrañas de ese hombre, sin cesar:
Y suponed un arpa deshecha en esa roca:
Y un trueno libre y ronco que ruja por do quier,
Y un rayo que se apaga, cuando los miembros toca
De ese infeliz que es jóven, y quiso feliz ser.

El buitre, son los zelos. Oid, como el que un dia
Al pié de altiva reja sus himnos levantó,
Eleva el canto rudo que nace en su agonia,
Y que jamás el labio del niño pronunció.
Oid como levanta, con sinsabor su acento
Y á Hugo recordando, se esfuerza por quitar,
De encima de sus brazos el pico, que sangriento
El buitre hunde con furia, volviendo á comenzar.
»Dios mio! Tú me has hecho vivir con tu grandeza:
»Tú me inspiraste goces de origen celestial;
»Tú has sido el gran poema del génio y la belleza:
»Es justo este suplicio, y es justo tanto mal?
»Ah! raza detestàble que al hombre has elevado,
»Ven! mira como muere quien para ti nació.
»Yo amo: he visto el cielo brillante que he soñado
»Mi génio, sus regiones seráficas palpó.
»Ese era mi entusiasmo: la voz de mi existencia:
»La ausencia con los zelos reluchan en tropel:
»Para mi mal no hay néctar, ni luz ni Providencia
»Pues siento sobre el labio, rodar gotas de hiel.
»Este aire que respiro, me habla siempre de ella;
»El astro que contemplo, me habla al declinar;
»Su pecho me abandona: donde hallaré su huella?
»Quizá, pero eclipsada, la volveré á encontrar.
»Que muera en cada hora! que penda de un abismo:
»Que un trueno lo atormente feroz, en su interior:
»Que dude de la vida, que dude de si mismo;
»Que en él, todo un Infierno desplome su rencor.
(Así una voz me grita) La oigo sin sosiego;

»Pero ¡ay! en medio siempre, de dolo tan fatal,
»Recuerdo el nombre caro de esa muger, y luego
»Yo la perdono, lleno de anhelo divinal.
»Que pueda la honda ola, romper el arpa mia
»Y muera yo sin fama que su opinion me dé:
»Un nombre no es un alma. Su alma yo queria:
»Y el cielo hunde en mi pecho, la llama de la fé.
»En tanto ella sonrie. ¡Ferocidad humana
»Que ignora cuando insulta, su misma dignidad:
»Oh! hiende fiero buitre mi pecho, y que mañana
»El sol vierta en mi pecho, su roja claridad.»
Asi se espresa el hombre, mientras feroz retumba
El trueno en los espacios y el mar alza su voz;
Parece la árdua roca, la entrada de una tumba;
Y el buitre, el génio torvo, del aquilon feroz.
Y el nuevo Prometeo, revuélvese y no puede
Romper las ligaduras que el cielo preparó,
Y al cabo de una hora, da un grito: y luego cede;
Y el buitre en su tarea de sangre, prosiguió.
Mas no creais que muera la víctima rendida
Porque la muerte entonces, seria gloria real.
Dios solamente sabe, pues de los hombres cuida,
El límite de escena tan bárbara é infernal.
¡Oh! quién diria, cielos, que la que asi motiva
Suplicio, que un poeta de llanto, formará,
Es una muger jóven, que nunca ha sido altiva;
Y de ojos ¡ay! tan dulces que nadie imitará?
Dejad que el hombre sufra. Qué importa? Él no murmura
Ni una palabra en contra de su inmortal Autor.

Ese es, el triunfo grande que al génio le asegura
Un porvenir muy bello, de encanto y de fervor.
Ayer cantaba dichas: hoy canta ruda pena;
Esa de todo hombre, la triste historia es:
Mirad el buitre altivo que de furor se llena,
Y contemplad sangrienta, la victima, á sus piés!

III

Allons, jeune home! allons, marche!
ANDRÉ CHENIER.

¿Qué voz, qué acento, qué labio
Podrá mitigar la pena,
De un corazon donde luchan
El llanto y la indiferencia?
Ved á Arturo: ha contemplado
De la vida la ancha escena;
Si antes la odió por instinto,
Hoy sin temor la desprecia,
Porque ha visto los abismos
Que al hombre que nace esperan,
Y por eso entre sollozos
Y sin sosiego despierta.
«Arturo! Arturo!» (le dice
La Sombra que le encadena
A sus gracias que tiranas
Hacen inútil su fuerza)
«Arturo! ven» (y él la sigue
En noche en que audaz revienta
El trueno por los espacios
Gigantescos de la esfera)
Y atravesando provincias
Pueblos, lugares y vegas

Como de eléctrico impulso
Cediendo á la alta influencia,
Y salvando en una noche
Abismos, valles, frontera,
Sombra y mancebo en la Francia
Como dos fantasmas entran.
Oh! si la Sombra es imágen
De la misma Providencia,
Por qué pensais que es difícil
Lo grande de la carrera?
El jôven, pues, y la Sombra
En Paris, solos penetran,
Y van á las catacumbas
Respetables de la Iglesia
Cuyo interior solo es grande
Porque es grande su apariencia
Esterior; y Arturo henchido
De muy contrarias ideas,
A Nuestra Señora, mira,
Y aunque vacila, contempla
A la luz que vibra el rayo,
La catedral que descuella
Como un gigante, que informe
Sus récios músculos muestra.
Hizo la Sombra, entre el ruido
Del trueno que al alma aterra,
Una señal, y del mundo
Y la eternidad inmensa
Legiones mil de fantasmas

Se desprenden, y ligeras
Ante la Sombra se postran
Y en torno ya se congregan.
Abrió la Sombra, con solo
Su aliento, una doble reja,
Y una pirámide altiva
Ante el mancebo descuella
De miserias testimonio
O padron de alta grandeza.
«Mortal!» (la Sombra le dice
Al jóven en fácil lengua,
Pero de un modo tan triste
Que mas de un fantasma tiembla).
»Esta Iglesia, he trasformado
»En una tumba, que encierra
»Cuanto los siglos, de historias
»Sublimes, y grandes cuentan:
»Estás pues en el recinto
»De la muerte:—donde espera
»El cuerpo, la voz que un dia
»Cual sello de Omnipotencia,
»Ha de agitar en un hora
»La humanidad.»—Y con fuerza
Pronunció breves palabras,
Y el monumento que ostenta
Sus ángulos, muestra al punto
Abriéndose, una diversa
Multitud de blancas tumbas
Que al corazon amedrentan.

» Mira un pueblo ; ha sido un dia
» Grande y célebre en la tierra :
» Para tí no tiene voces
» Ni una mirada siquiera:»
(Y la pirámide al punto
Cerró sus enormes puertas :)
Y fueron atravesando,
Cien galerías estensas,
Cien sombríos subterráneos,
Y donde duermen la Grecia,
Y la primitiva Italia,
Y aquellas, grandes, aquellas
Generaciones que admira
La mente que libre vuela.
Si: la Sombra, ha reunido
Toda la luz y la ciencia
De la historia, en una noche
En que el cielo ruge y truena
Allá en los senos, que vastos
Nuestra Señora no llena
Jamás, aunque tres millones
Muestra siempre, de osamentas.
Llegaron pues á una sala
Profunda, que al alma asedia
Con su lobreguez, y ronca
Entonces, en voz tremenda
Sonó la vieja campana
Que la catedral eleva,
Como única voz, que al mundo

Sus maravillas recuerda,
Y cuyo sonido á Arturo
De sobresalto, lo hiela.

IV

» Oh! llora entre mis brazos, carísimo hijo mio,
» Desventurada víctima, del popular error:
» Recibe tú mis besos: modera el estravio,
» De un corazon de madre, que henchido está de amor;
» Ah! pueblo sin principios: ¡que pueda en vez alguna
» Tu porvenir gigante, tus culpas espiar:
» Y negro en tus destinos, el sol de la fortuna
» Que puedas tú, mi llanto, con tu dolor pagar!
» Satélites del vicio. ¿Jamás en vuestro oido
» Sonaron mis lamentos, de duelo y confusion?
» Oh! nunca os aterraba, mi lúgubre quejido
» Al recordar que mi hijo lloraba en la prision?
» Mi hijo! un descendiente de reyes que le dieron
» A Francia, una influencia que es universal:
» Gran Dios: puesto que crueles y sin justicia fueron,
» Abrásales la frente, con fuego perennal.
» Un tiempo fué, que llenos de encanto y de locura
» Pusieron en mis sienes, diadema de esplendor:
» Pensaron que nublaba mi frente, su ventura:
» Y en un cadalso, luego, mancharon su fulgor.
» Y mi cabeza en triunfo, por Francia, fué paseada;
» Y tú, querido hijo, llorando sin cesar,

» Tal vez me maldecias: y mi última mirada
» Bien sabe Dios, que quiso tus ojos encontrar.
» El orbe entero, sangre, y execracion manaba;
» La Francia sin embargo, su perfeccion soñó;
» Y al fin cuando de horrores y muertes se cansaba
» A sus primeros hombres, la vida les quitó.
» Cuál fué tu consecuencia, nacion de Godofredo
» Sino tu nuevo yugo? Respeta al Creador!
» El fué quien infundiéndote, exaltacion y miedo,
» Te hizo, tributaria de nuestro vengador.
» No ves querido hijo, la Sombra que allí ostenta
» Corona de franceses y túnica imperial?
» Oh! ven: fué de los cielos la maldicion violenta
» Y fué la gran venganza de nuestra estirpe real.
Asi, llevando en brazos al vástago inocente
Una gallarda Sombra, pronuncia sin temor
Con manchas ¡ay! de sangre su seductora frente:
Sus ojos derramando, sublime resplandor.
»No deis un paso! (clama con voz que cruel retumba
Un pálido fantasma que aterra al corazon.)
»Quién eres?» (dice aquella):(y él con voz de tumba
»Y estremeciendo á Arturo, pronuncia:) «Soy Danton,»
No bien asi lo dice, cuando se ven alzadas
Legiones de fantasmas que gimen de dolor:
Y revolviendo entonces, tristísimas miradas
Asi se manifiesta, sin revelar pavor.
»Volved á vuestras tumbas. Escucha ¡oh Antonieta
»Lo que en tu pecho debes y sin dolor guardar.
»Yo vi tu Monarquia, y en mi ambicion secreta

»Las arcas de la Francia, pensaba nivelar:
»Asi, quise á mi patria perfeccionar, señora:
»Tú eras en la Europa, de un vicio la alta ley:
»Un mar miré de sangre; con ala rugidora
»Pasó por él la Francia, pero abatiendo un rey.
» Bandido!» (asi le dice la reina desgraciada)
»Tú fuistes una idea: tú fuiste un interés;
» Un Mirabeau sin arte: quisistes una espada
» Y atastes la inocencia, con júbilo á tus piés.»
Y al punto cual columna de fuego que en la arena
De Libia, alzan los vientos, se eleva Mirabeau:
Su voz entre las tumbas, como borrasca, truena:
Y nunca mas fiereza, para aterrar, halló.
» Ahi tienes á tu origen, Revolucion odiosa:
» Ahi tienes al grande hombre» (la reina dice asi)
(Y entonces una Sombra descuella silenciosa
Y esclama.) «Él fué la Francia, cuyos destrozos vi;»
(Y Mirabeau pronuncia.) «Tú fuiste un Rey gigante
»Por solo tu nobleza: por ella nada mas.
»—Y tú, probo repúblico, lo fuiste tú bastante
»Para elevar la frente, sin confusion jamás?»
»Tu génio, era un guarismo. Tú fuiste una teoría
»Cuya horrorosa práctica, un pueblo realizó!
»Tú te vendiste al trono que entonces perecia,
»Porque en un pueblo ingrato, sus votos vinculó.
»Verdad grande y terrible! Verdad que ha destruido
»En todo el Universo, su aspiracion de honor:
»Yo fuí para la Francia, tan solo un sol caido:
»Quisisteis unos tiempos de perfeccion mayor.

»Rodó pues mi cabeza !»(Y el orador responde :)
»Yo quise, solamente, formar una reaccion,
»Pero conté con pueblos, que no supieron donde
»Pararse, en medio á toda, su bárbara impulsion;
»¡Oh Rey! acaso frases muy crueles hallaria ;
»Pero la roca miro que la Inglaterra alzó :
»Alli tomó su gloria tu misma dinastia :
»Alli la gloria inmensa del pueblo, se estrelló.
»Su gloria?» (dice al punto Marat) «¡no ha perecido!
»La gloria de los pueblos no vive del azar :
»Es cierto : muy funesta la consecuencia ha sido;
»Pero el respeto al trono, se puede hoy disputar:
»Silencio!» (clama en breve, con irritado acento
Temblando, el que á Gironda sus genios le quitó :)
»Tú dices que ha quedado, Marat, el escarmiento:
»La sangre, nunca frutos de gloria, recogió.
»Lo único que triunfa, lo único, es la idea.
»Buscásteis una hermosa, suprema libertad,
»Pero minásteis todo, lo que en el mundo crea
»La Religion que vive, de afecto y de amistad:
»Bien sabe Dios que nunca venganzas anhelaba :
»Yo la corriente inmensa de la nacion, segui :
»Pero, lo juro, nunca mi mente presagiaba
»Para la Francia, el astro que odioso percibí,»
Y Arturo oye querellas y quejas y agonia
Y al fin, vé la figura de un héroe adelantar,
Seguida de los reyes que dieron nombradia
Al suelo donde pudo Chénier, su voz lanzar:
«Quién eres?» (dice Enrique) «Gran rey, oye te ruego.»

(Responde Bonaparte.)—«Yo he sido la espresion
»De todo un hondo caos de luz y sombra y fuego
»Y he sido un mal muy grande y una envidiable accion
»Nacido entre facciones de tradicion sangrienta
»Hallé minado el suelo glorioso, de San Luis:
»Opuse una tormenta de sangre, á otra tormenta:
»Hundí todos los fueros, y esclavicé el pais.
»Acaso fuí el principio de toda tiranía:
»Oh sí!» (dice llorando de penas un Condè)
»Le di paz á la Francia, calmando su anarquía:
»Y el cetro de los reyes, en su cabeza até.
»Pero abusaste ¡oh principe! de tu pujante mano:
(Asi Chateaubriand clama) «y un mónstruo fuiste audaz:
»Diezmaste mil legiones: y aun siendo Soberano
»Hubieras sido, al mundo, de devorar, capaz.
»Y España? y nuestro fuero? tu voz es tu anatema:
»El trono era la herencia mas justa del Borbon:
»Llevastes á tus sienes una imperial diadema.
»Y admiro á Bonaparte. Maldigo á Napoleon.»
»Locuras!» (dice entonces el sabio ginebrino
Que el diálogo ha escuchado con ánsia natural,)
(Y Lamennais pronuncia) «no veis un gran camino?
»La religion que es hija de un genio celestial?
»El hombre es un delirio!»—Y al punto con desvelo
Arturo al ver su idea triunfando y su razon,
Un grito alza de pena, con grande desconsuelo
A tiempo que retumba, del cielo la region.
La Sombra lo sostiene: con pausa se retiran
Los pálidos fantasmas que vacilando están,

Y que con ànsia grande, de súbito se miran
Cuando en sus negras urnas, no ocultan ¡ay! su afan,
Arturo vé un espectro de sombras mil, rodeado.
«¿Quién eres?» (él pronuncia). Respóndele: Colon.
»Un loco (dice Wáshington) «que un mundo nos ha dado
»Para aumentar del Orbe, la eterna combustion.
»Buscaba un paraiso y un mundo ha descubierto:
»Un loco, pero lleno de grande claridad:
»Y tú, (Fránklin responde) «que quieres dar el puerto
»A un continente estenso, de la alba libertad,
»Tú, tipo de virtudes, que acaso concebiste
»La perfeccion del mundo ¿la has hecho general?
»¡Oh loco prodigioso! sublime pues te hiciste:
»Pero tu gran conquista, fué un vertigo moral.
»Quién sabe!» (esclama el héroe) «la humanidad avanza
»Y el mundo, la república de la verdad, será.
»Estudia en mí,» (responde con voz sin esperanza
Un trémulo fantasma que se incorpora ya)
»Cuando creí lograda mi inspiracion mas pura,
»Y cuando el Islamismo mi nombre proclamó,
»Yo ví mi nombre en tierra: pues todo fué locura:
»El mundo es otro loco que nadie comprendió.»
Y un eco asi resuena. «Mortales! qué han valido
»Vuestros esfuerzos, ruido, talentos y poder?
»El Mundo su carrera, sin treguas ha seguido,
»Y nadie en sus destinos lo pudo sorprender.
»Mahoma: Un Bonaparte: Colon: Zuinglio: Lutero.
»Qué luchas! cuánta sangre! qué polvo! qué inaccion:
»Sublimes delirantes del Universo entero:

»Locuras que han tenido la misma destruccion.
»Una verdad comienza, y otra verdad la arruina:
»Y nadie puede, tantos misterios esplicar:
»La inteligencia humana, por si ¿no es una ruina?
»¿Consigo no disputa? ¿no duda sin parar?
»Quién sabe si este mundo tambien no es un demente
»Que hoy truena en las alturas é impulsa el aquilon,
»Y luego, tiende un iris que al sol sirve de oriente
»Y en un diluvio hunde despues, la Creacion.
»Oh Sombra» !(dice Arturo) «socórreme te imploro:
(Y un grito da, que hiende los cielos á la vez)
»No hay paz en parte alguna!» (Y un rayo color de oro
Desprende el horizonte con alta esplendidez)
»Dos grandes escenarios, Arturo, has visitado»
(Respóndele la Sombra). Y él dudando asi,
Se lanza fuera: á tiempo que un sol abrillantado
La catedral inunda, con chispas de rubí.

V

Transida el alma de augustia
Sacio el corazon, de pena,
Arturo con la alba Sombra
En la catedral penetra;
El sol derrama sus rayos,
Y su brillante lumbrera
En un altar primoroso
Bellísima se refleja.

Parece el mancebo, un ángel,
Y la Sombra una hechicera,
Que viene en faz de dolores
A hacer por él penitencia.
Arturo como abismado
En hondas dudas diversas,
Vacila, y sigue los pasos
De la Sombra, que pudiera,
Con su tornátil cintura,
Sus rizos que al sol afrentan,
Y sus plantas que simulan
Ramilletes de azucenas,
Hacer delirar al alma
Mas religiosa y austera.
«No hay Dios!» (Arturo repite)
Pero al decirlo, comienza
A sentir secreto impulso
Que le eleva y enagena.
Vé en una cruz suspendido
A aquel que su sangre diera
En cambio de los pecados,
Que á la humanidad asedian.
» ¡Qué has dicho!» (la Sombra esclama)
» Negar Arturo pudieras
» A ese Dios que ha suspendido
» Un sol sobre tu cabeza?
» Un ser de ventura imágen...
» Oh! Sombra, tu labio sella:»
(El triste jóven replica

Con embarazada lengua)
» Contigo todo lo he visto
» Y todo á mi alma lascera
» Pues no hay paz para el que nace
» Ni felicidad completa.
» Vi la sociedad, y el llanto
» No pude ocultar al verla
» En un sitial de dolores
» Y de amarguras, envuelta.
» Y al fin he visto las tumbas :
» Y aun allí, sin paz esperan
» Los que vivieron, un juicio
» Que ni adivinan ni sueñan.
» Oh! polvo es la criatura
» No hay consuelos para ella:
» Oh! dime: tambien tú guardas
» En tí la misma miseria?...»
(La Sombra á Arturo señala
La cruz que al jóven inquieta
Y dícele) « Ciego! mira,
» En tu alma misma, y encuentra
» Todo el gérmen que atestigua
» Del hombre la alta grandeza.
» ¿No hay nada aquí que te hable
» Con infinita elocuencia?
» ¿El silencio de estas bóvedas
» Que al pecho impulsa y alienta,
» Ese cielo, esa campana,
» Que inspira puras creencias,

» Y esa cruz, cruz asentada
» Sobre el mundo, no te enseñan
» Que hay un Dios en las alturas
» Que juzga, castiga ó premia
» Y que hay en tí mismo, oculta
» De su esencia una centella?...»
Tronó de súbito el bronce
Sobre la gigante Iglesia
Y Arturo al caer de hinojos
Como abismado se queda.
Mira á la Sombra gallarda
Que alas brillantes ostenta:
Mira la cruz... y encendido
De fervor, asi se espresa.

»Algo en mí mismo levantarse siento
»Que sin poderlo comprender me indica,
»Que el Dios que impulsa con su voz el viento,
»Y astros mil, en los cielos multiplica,
»El ser que vive, en todo pensamiento
»Y que tan solo el corazon esplica,
»Un consuelo inmortal me infunde ahora,
»Que al alma eleva y que mi pecho adora!
»El hombre es un insecto. Dios ¡oh cielo!
»Es la grandeza que eternal fulgura:
»Todo es pequeño en la region del suelo:
»Todo es muy grande en la celeste altura.
»Lejos de mí la duda, el desconsuelo:
»¡Fé que siento brotar! dame ventura:

»Y tú, gran Dios, perdona mi estravío
»Y admite empero mi oracion, Dios mio!
»¿Qué es el hombre? Una pobre criatura
»Que enferma nace y que llorando espira:
»¿Qué es el mundo? Un abismo de amargura
»Que inesplicable desconsuelo, inspira.
»Oh! ¿mas qué importa? la esperanza pura
»Y al eco ¡oh Dios! de tu solemne lira,
»Lo conduce á una esfera, donde cunde
»La fé que en mi existencia se difunde.
»¿Y podrá haber felicidad en tanto
»Que hay para el hombre, punzadora pena?
»Dímelo ¡oh Sombra!» (Y con sublime encanto
De luz, la Sombra, los espacios llena).
»Ven,» (le dice:) y Arturo cuando el canto
De su arrepentimiento allí resuena,
Sigue sus pasos y á la Sombra mira
Mientras el sol en los espacios gira.
Síguela pues. Entrambos han dejado
La catedral que espléndida descuella,
Cual monumento por Paris alzado
Para que sirva á la nacion de estrella.
Imaginad un cielo, mal velado
Por fantásticas nubes, y en Marsella
Pensad que estáis, mientras se vé oportuna
Surcar los cielos, la redonda luna.
¿Veis una barca que se lanza hermosa
Hácia un navío que se mira anclado?
¿No veis en ella un grupo, y vaporosa

»Vas á la Grecia ¿no es verdad? pues oye:
»En ese pueblo sin ventura, entra:
»Alli tributa á las virtudes culto.
»Tu genio alli, sin vanidad, emplea.
»A nada aspires, ni te asedie nada.
»Sé alli el sosten del que lamente penas
»Y al despuntar el sol, los cielos mira
»Y alza al Eterno tu oracion sincera.
»No pidas no, llamarte un Vespasiano,
»Ni un Bonaparte, Ciceron ó César;
»No tengas ambicion; y yo te juro
»Que la vida será, tu primavera:

»Socorre al pobre; la virtud propaga;
»Sé el Jesucristo de una grande idea:
»La del bien nada mas; y alli consagra
»De tu genio y tu pecho, la alta fuerza.
»Yo te prometo, mi adorado Arturo,
»Que pedirás la muerte, y tu carrera,
»Cerrar querrás para mirar la imágen
»Del Dios que lejos de la tierra alienta.
»No es una nada, ni tampoco un soplo
»De maldicion el hombre; es un problema
»Que se resuelve cuando el alma sube
»Robándole su azul, á las esferas.

»Un ensayo tan solo es cuanto nota:
»Cuanto le arranca lágrimas inquietas;
»No nació para el ruido de este mundo;

» Nació para la paz que el alma sueña.
» La dicha pues que te presagio hermosa,
» La dicha pues que te presagio inmensa
» Toda entera está en ti ! » (y Arturo al punto
Como encendido de impulsion secreta
Dice á la Sombra.) «Oh Sombra! te bendigo;
» Ya siento yo, tu fuerza y tu influencia ;
» Si; de esa vida de virtud y calma
» De esa existencia pura y halagüeña,
» Apóstol he de ser; nada en el orbe
» De hablarme dejará; vasto poema
» Será á mis ojos este mundo, y lágrimas
» Me arrancarán del mundo las miserias,
» Pero en mi alma un paraíso hallando,
» Seré feliz porque amaré tu ciencia !»

VII

Dijo asi Arturo; y de repente esclama
Temblando de ilusion cuando la nombra:
« Dime quién eres, por piedad ¡ oh Sombra !»
(Y esta se espresa con orgullo real).
» Quién? Nunca, nunca lo sabrás, Arturo,
» De Dios estoy bajo el sublime imperio:
» Quién?me preguntas?» «Sí.» «Soy un misterio:»
(Dijo la Sombra, en himno celestial).

» No hay en tí mil efectos y que nunca
» Esplicó tu razon? Soy eso mismo:
» Un misterio: ¿me entiendes? un abismo,
» Pues tu mente, jamás me entenderá.
» Pero error ó misterios ó quimera,.
» Formo un hombre de tí: cumple tu sino:
» Marcha á formarle espléndido camino
» A la fé que en el orbe, triunfa ya.»

Y quiere Arturo detenerla, y ella
Como alba nube que se eleva hermosa,
Asciende por los aires vaporosa
Suave rompiendo, por la azul region.
Y ocultóse por fin. Bañada en llanto
Muestra Arturo su faz, y libremente
Las velas hincha el perfumado ambiente,
Del mar profundo al elocuente son.

»Si! »(murmura la mar: parece dice
Con sus ecos y espumas al viagero:)
» El alma es un tesoro verdadero
» Porque nació purísima, inmortal.
» Vuela ¡oh Arturo! y perfecciona pueblos:
» Impulsa asi la humanidad, y cunda
» El himno á Dios que por do quier difunda
» La historia, con palabra universal.

» Vas á la Grecia: y ojalá que en torno
» De tu futura gloria se levanten,
» Sus antiguos poetas y te canten:
» La humanidad esperanzando asi;
» Dios solo es grande: mas despues, tan solo
» Es grande el alma..Vive para ella:
» Y que la fé como sublime estrella
» Para siempre su luz, derrame en ti.»

Y al suspiro del mar, y á los acentos
Del aire puro, sobre mar sonora,
Rompe cristales la nadante prora:
Firme la vela: el cielo sin tronar.
» Seré tu imágen ¡oh Señor! perfectas
» Las acciones serán del alma mia! »
(Dijo Arturo) y el sol, nuncio del dia,
La ruta alumbra, sobre el hondo mar.

DISCURSO DE RECEPCION

EN LA

SOCIEDAD LIBRE DE BELLAS ARTES

1857

Sujetando á sus cálculos el infinito mismo.
JOVELLANOS

Señores;

Al tender la mirada en el brillante horizonte de nuestra moderna cultura, la Historia descuella como el monumento mas digno entre cuantos ha podido llevar á realizacion el entendimiento humano: se erige, para quien se acostumbra á ver, las cumbres, por decirlo así, de la inteligencia, en cima resplandeciente donde abre Dios, á los ojos del hombre, el maravilloso libro de la sabiduría de los cielos.

No descansa, no, el mérito de la crítica histórica, en la razon de las emigraciones de las razas, ni en el sentimiento de cada pais ó de cada nacion, sino en el conocimiento de sus grandes tipos que á manera de rios, en cuyo cauce van á morir los de menos fuerza, llevan en sí el reflejo de todo un siglo y de todo un continente. Por eso, Señores, al penetrar en el santuario de la historia hebrea, santuario, do plugo á Dios, vincular el porvenir de una gran raza, tipos encontramos de magnitud incontestable, y enlazados á tiempos que no pueden separarse de nuestra memoria, porque son un eco sonoro, desprendido aun, del bronce de lo que llamamos posteridad, y que no es otra cosa, sino la espresion del juicio de nuestros contemporáneos, historiadores hoy, de épocas, harto alejadas de la presente, pero consignadas, sin escaso provecho, entre las páginas de la ilustracion del siglo XIX.

No se nos presenta, despues de la historia divina, escrita por la pluma de fuego, del que ordenó los mundos, del que tornasoló con las tintas de la aurora la superficie y fondo de los mares, del que inspiró gemidos al pájaro de la noche, ecos á la inmortalidad, acento al alma, y profecías á la musa elocuente del Cristianismo, sino ese tipo épico que en vano la poderosa y detestable filosofía del siglo XVIII in-

tentó hacer bajar del Sinaí con la palabra ofensiva de la impostura en el labio, y no con la palabra eterna de un Dios, caida para bien de la humanidad en el labio de un hombre, que es el primero de los poetas, despues de aquel que templó las arpas de los ángeles, y el primero de los historiadores, despues de aquel, que en cada sombra del caos, dejó escrita alguna palabra, bien como, al levantarse, entre las tinieblas de la noche, las olas del oceáno, depositan sobre las rocas, multitud de perlas que han de abrillantarse á la nueva aparicion del astro del dia.

Al descorrér el velo que nos separa de la época, á cuyo influjo debió impulso la historia hebrea, vemos que dos figuras quedan sobresaliendo en tan vasto cuadro: la una, Dios: la otra Moisés: tipos históricos que envuelven en el misterio de su vida, los arcanos que en este mundo ensanchan la ambicion de las inteligencias superiores: penetrando luego en el dilatado campo de los sucesos presenciados despues, un ciego ilustre levantado como un profeta sobre la onda azul del archipiélago griego, un vate que templaba su lira á medida que el viento de la inmortalidad, resonaba en ella, lanzaba sus acentos; pero en estos, lejos de reflejarse, tan solo, la clásica belleza de su nacion insigne, se reflejaba, Señores, el alma de la humanidad; y por eso Homero, no era esclusivamente la espresion humana de la civilizacion griega, sino la significacion divina de los adelantos y del porvenir del mundo: el bardo hebreo, era el sol magnífico, que (digámoslo así) desde el Ocaso del caos, tendia su luminoso destello; Homero, el astro magestuoso que en el Oriente, de la primera de las naciones, en el cuadro de aquellas que han tenido la felicidad de pasar como modelos á la historia, derramaba su luz, sirviendo de faro á pueblos que navegando mas luego por los mares de la vida, habian de exigir un tipo intelectual, un grande y seguro guía; finalmente, un Colon para el pensamiento!

Yo desearia, Señores, que ante esos dos ilustres varones, pudiérais concebir la importancia de los tipos históricos; de los grandes hombres, que son tanto mas raros, cuanto mejor señaladas quedan ciertas épocas en el cuadro del tiempo, para que puedan enriquecer la Historia, no con un detalle, sino con un ornato de tal naturaleza, que en sí reasuma todo lo insigne, todo lo maravilloso del edificio de una sociedad: en el drama de la vida, en esta rápida esposicion de los sucesos, á veces basta un solo carácter para conocer la filosofía de uno de esos dramas que titulamos historias: y ¡cuánto se simplificaria, Señores, el estudio de los pueblos, como el de la Grecia de Herodoto, ó el de la Italia de Ciceron, si se diera á conocer el profundo pero difícil espíritu de las obras de aquellos que fueron las glorias mas legítimas, de su ilustracion, de sus adelantos y de su grandeza!

Señores, no puedo yo sacrificar mis convicciones religiosas al interés de una época, ni al culto que merezcan sus hijos mas ilustres; no

seré yo, quien coloque, la resplandeciente imágen del sol, para que se la divinice, en lugar de la Reina de los cielos, en los altares que aun tienen en sí las huellas de la espada de Cortés, por sobrada que sea la admiracion que no puedo menos de consagrar á ciertas costumbres entre los fanáticos de la antigua América: no seré, no, quien levante la estátua de Apolo, rasgando alguno de los lienzos, que atestiguan la religiosa inspiracion de un Murillo ó de un Velazquez, por dar mérito á la época que produjo al famoso escritor, para mí, uno de los mayores, considerado como poeta de interés, pues su Mitología aunque por orígen tuviera los héroes de aquel tiempo, no por eso ha dejado de grabarse, con todo el sello de la originalidad, en la memoria de cada hombre estudioso: y así como el interés debe ser la primera de las cualidades en la poesía drámatica, en materia de cultos, ese poderoso resorte, es frecuentemente el único orígen de la fé: en el poema de la creacion, Dios está rodeado de tinieblas, pero en sí tan elocuentes, que todavía ponen admiracion y respeto, en el alma de las generaciones.

Mas aunque yo rinda á nuestra religion, cuantos tributos merece de elogio y de acatamiento, no creo exista quien niegue, que hay circunstancias en la vida de los pueblos, incoherentes por lo mismo que escluyen todo pensamiento dedicado á Dios: de grande utilidad sin embargo para la historia, por lo mismo, que se emancipan digámoslo así, de ese órden sublime, que es de tanta trascendencia para las ideas, como lo es, para el rayo de luz que nace, la estrella que mece su imágen en el espejo del lago, ó el planeta, lleno de luz, que en rápido giro, dice al geómetra, que el mundo no es mas que un cero, un guarismo sin valor, al lado de las prodigiosas ecuaciones que plugo á Dios, concebir, para llenar de mundos el espacio.

Ya se comprenderá que me acerco, sino á examinar, al menos á deducir de alguna época irreligiosa, lo que tenga alguna relacion con el órden de ideas que he establecido: en efecto, Señores, me acerco al siglo de Voltaire, á aquel victorioso pero triste siglo, en que de infame se calificó á la religion cristiana y cuyos perniciosos efectos no se han limitado por cierto á abrazar aquel vasto horizonte, sino que como plantas emponzoñadas, que llevan su pernicioso, influjo, mas allá del sitio en que concluyen las últimas ramificaciones de sus raices, tal el siglo XVIII, llevó su dañosa influencia, pero tan lejos, que desde entonces continúa, ese trabajo subterráneo, pero terrible, que ha preparado el espíritu satánico de algunos paises, al noble esfuerzo de aquella religion, que descansando en la moral, como en su mas firme base, tiene un himno de perdon, para el ángel rebelde, que aun desde el abismo, mira con desden la bóveda azul y altísima, donde quiso un dia, tener su morada.

Francisco Maria Arouet de Voltaire, uno de los mas elevados talentos que ha producido la humanidad, es, Señores, el gran-

dioso espejo, en que se copia el siglo XVIII. Y cuenta que esa época fastuosa, y tanto mas cuanto menos fervorosa era, ha sido una de las mas notables, me atreveré á decirlo, una de las que con mayor ventaja, han honrado al entendimiento y al saber humano: porque ese siglo aunque quiso rivalizar con la infalibilidad del Altísimo, aunque propagó las doctrinas enciclopedistas, tuvo por otra parte ese impulso, que nos conduce á mayores adelantos: adelantos tales, que hacen de la Europa, de los Hume, Montesquieu y Voltaire, una de las mas altas glorias de la Geografía filosófica que al describir dentro de cien siglos, el XVIII, le hará ocupar el puesto que le corresponde por sus muchos errores, y su mérito extraordinario.

Estudiad al autor de *Merope* y habreis comprendido ya, el siglo de que hablo; y si quereis hacerlo en detalle, intentando conocer, hoja por hoja, el árbol vigoroso de aquella civilizacion, leed cuantos escritos salieron de la fecunda pluma del hombre, cuya ignorancia en ciertas materias corria parejas con su erudicion y saber, en otras, sin que el atrevimiento y el descaro dejaran de ser en ambos casos el sello característico de su talento. Hallaréis en su literatura la originalidad de su Francia, de su Europa contemporánea; en su política los yerros que le hacian templar cada vez mas sus armas, para dar golpe á la Religion: en su filosofía la torpe vanidad de los sabios de entonces, vanidad que saliendo de los gabinetes, llegó à tender las alas en las torres del palacio de Federico de Prusia, y de los Czares, y por último en la vida del patriarca de Ferney, no adelantaréis un paso, sin poner en relacion, una vida tan agitada, con el carácter inconsecuente del siglo.

Ved, pues, porqué Voltaire, es para la historia, la síntesis de su tiempo; como Bonaparte lo será del suyo, como Colon de su época, como Marco-Tulio de la Italia de los Césares, como Homero, de la Grecia de Aquiles: como Moisés lo será siempre, de aquellos tiempos, en que el corazon de la naturaleza, empezaba á dar sus palpitaciones al mundo.

A pesar de esto, Señores, la filosofía no se satisface admirando únicamente tipos de tal magnitud: tiene necesidad de investigar la fé de cada época, pues cumple la ciencia con su ministerio, cuando penetra en el fondo de las acciones, cuando debajo del manto de Abraham, vé el fuego sagrado que le anima, al obedecer, puñal en mano, la voluntad de su Dios; y cuán fecunda no seria la moral, y hasta la moderna legislacion, si los grandes hombres pudieran ser estudiados en sus menores pasos, para contemplar su fanatismo, cuando en buen hora y por instinto se pusieron à disposicion de la naturaleza! ¿Quién por ventura, recuerda al oir los discursos de Ciceron, que aquel hombre de bien, aquel orador que despojó al mundo de flores para adornar sus inmortales escritos trasladándolas à ellos, hubo de ser perseguido, calumniado, proscrito, y que en una sensibilidad esquisita, hallarian

por otra parte, el dolor, la envidia y la desgracia, muralla de tanta resistencia como el escollo mas firme del océano!

El exacto razonamiento, el justo criterio, sobre el sentimiento de los pueblos, ora estudiados en detalle, ora en las acciones de sus hijos, ó en las obras, ó influjo de sus varones mas preclaros, es en mi humilde concepto lo que constituye, Señores, la fé de cada siglo, si es que de siglos se trata.

Volvamos la vista al nuestro: hé aquí el objeto de este discurso: veamos si el estado, científico, literario, y político de la época que alcanzamos merece una atencion particular y detenida: así tal vez se comprenderá, que la naturaleza produce al tiempo; Dios le mide, y el hombre levanta, en medio de su carrera, monumentos que sin elevarse á la altura de la Divinidad, se hacen, si se quiere, mas grandes que el hombre mismo.

Señores: el estudio de la naturaleza, es el del espíritu humano. Inútilmente procederíamos á encontrar algo que no fuera análogo entre esas dos unidades, y mal podria describir los sucesos de la vida, el historiador que refiriéndose tan solo á la cultura literaria de un país, pusiera en olvido la influencia de aquellos principios de tanta evidencia, que llevados al campo de la demostracion brillan con esplendor indeclinable.

Hablo de las ciencias que puestas al frente del libro de la sabiduría parecen indicar que sus eternas leyes será lo único que despues de la destruccion de las cosas, alce la frente con una magestad digna de la magestad augusta de los cielos. ¿De qué valdria por ventura deducir de la moral, las mas útiles doctrinas, si no las ponemos en relacion con este mundo que nos rodea, insensible á los ojos de la razon, pero de riquísima vida, no diré á los de la poesía, que á todo quiere trasladar el brillo del alma, sino á los de otras ciencias de ficcion imposible, como lo es la química, que vigorizada por el paso vencedor del cálculo matemático, imita aquella palabra providencial, á cuyo eco mágico, brotaron la fuerza, la vida y los séres de las tinieblas que sirvieron de cuna al universo que admiramos? No deseo, Señores, ni por otra parte, á ello alcanzarian mis esfuerzos, no deseo pues asignar á cada ciencia el lugar que le corresponde: pues si hay historia difícil es la que tiene por objeto establecer paralelos, para acercarse así, tratándose de ellas, á las que mas influjo tuvieron en el adelanto de las sociedades y generaciones primitivas. Cual persuadido de que la palabra ha sido el primer monumento del saber humano, sostendrá que la elocuencia fué el solo guía que hallaron los que hoy llamamos patriarcas de la humanidad: cual, convencido del poder del Universo físico sobre el alma, asentará que otro lenguaje precedió al de la palabra, estableciendo por ejemplo, que la pintura ú otra de las artes imitadoras, abrió las puertas á la futura civilizacion de tan antiguas épocas: la geografía que pone á los

piés del hombre sus prados y torrentes, sus montañas y flores, erguirá con orgullo su cabeza, y entretanto la ciencia de los astros, que suspende por cima del hombre órbitas eternas y mundos que resplandecen, le disputará el cetro á aquella noble ciencia tan atrevida como grandiosa.

Satisfechos nosotros con poder admirar el vuelo de los conocimientos humanos, no cumple á nuestro propósito elevarnos á consideraciones que por verosímiles que sean, no están por ello, exentas de aquella metafísica que se asocia de contínuo á todo pensamiento que ó se adelanta demasiado al porvenir ó se acerca mucho al pasado en que está envuelto cuanto nos rodea. Admiremos pues el desenvolvimiento prodigioso de las ciencias morales: veamos como, la estética profunda, no aislándose, uniéndose cada vez mas á cualquiera de los complicados ramos del saber, favorece la moral hasta el punto de examinar las relaciones del hombre, partiendo de su misma naturaleza. Hé aquí Señores, y trasladándonos por ejemplo á la legislacion y á la política de los pueblos, uno de los resultados del enlace no ya de conocimientos que pertenecen á la misma esfera, sino de otros harto distintos entre sí. A esa fraternidad, á esa analogía, cuánto no deben las sociedades modernas, que colocadas, por el impulso de la época, en asombrosa altura, todo lo reducen al análisis, que es como la piedra de toque en el vasto edificio de la civilizacion del mundo. Comparad, nuestra actual legislacion (y me fijo en este ramo de la sabiduría humana, porque soy de sentir que en él se concentran todas las múltiples tendencias de la filosofía), comparadla, pues, con la política de los pueblos que empezaban á descorrer y rasgar el tupido velo de la ignorancia, y hallaréis la pasmosa diferencia que entre los yermos del ártico y los paisages de la zona tórrida, cubiertos de flores, y dando al cielo en cambio de la claridad que les envia, los perfumes que sirven en ella, de ambiente delicioso. La Grecia que tanto celebramos, mas perfecta á nuestros ojos por la enorme distancia que nos separa de ella misma, de cuantos horrores fué testigo, horrores que si por un momento enlutaran la moderna cultura, quitarian á la patria del cantor de Aquiles todo el magnífico aparato de gloria con que arrebata la imaginacion de los contemporáneos. Roma que tuvo dos códigos, uno para los tiranos y otro para los emperadores que como Constantino y Trajano dejaron una huella luminosa, en que rios de sangre no vió reflejados los palacios de los Césares, sus monumentos erigidos á la virtud ó al despotismo y aquellas cárceles donde mas de una vez murieron los que en las aras de la patria de Rómulo, presentian en medio de su infortunio, la brillantísima gloria, que siglos despues preparaba el cielo, al fecundo suelo de la Italia!

El espíritu de la época presente no es el de las que pasaron, y el enlace de las ciencias no ha influido tan solo en el progreso de la legislacion. Si : el pensamiento, como todo lo que tiene en sí el

sello de lo infinito, como todo lo que no puede morir, es el perfume que lleva el tiempo en sus alas, y la naturaleza parece mas digna de su nombre, cuando se hermosea con él y atravesando siglos aumenta así, la fuerza moral del hombre: la libertad es su centro, y la humanidad su órbita inmensa. El pensamiento es el rayo de luz caido desde la Providencia y reflejado en la razon humana: es el torrente que parte del seno de una generacion dada, y que llevando sobre sus bellísimas ondas los testimonios irrecusables del engrandecimiento y decadencia de las naciones, pone todas esas venerables reliquias al pié del génio de la Historia, que enriquecido de este modo, se presenta deslumbrando á los ojos del siglo ó generacion que comienza su carrera. ¿Sabeis por qué los pensamientos, se buscan entre sí? Porque la idea no puede vivir aislada y porque todo lo que tiene por orígen la Divinidad, aspira á esparcirse como la luz del sol, que de esfera en esfera llega á la nuestra; como Dios mismo que separando las plumas de los ángeles, los mundos que halla al paso, y las flores que encuentra en este globo, se esparce hasta en las mas ocultas entrañas de la tierra y sin que pierda de su eterna grandeza, al ojo investigador de la humana sabiduría. Ved porque el pensamiento en el siglo XIX tiene otro carácter; asociándose à todo lo que es elevado en el vasto dominio de la Historia, enlazándose por su medio, los conocimientos á primera vista menos análogos, hay un movimiento del que nunca tuvieron noticia los pensadores del siglo XVII, pero que evidentemente los filósofos del XVIII siglo presintieron, hasta el punto de dar sino los pasos que nuestros célebres modernos, al menos, pasos dignos de nota por mas de un concepto.

El cuadro de las ciencias exactas no puede ser mas brillante, que en nuestros dias: la física entrega sus tesoros à las otras ciencias, y la química, independiente y fértil, descubre nuevas relaciones entre los cuerpos, descollando al punto con laudable brio la medicina que segun Descartes, es el único método capaz por sí solo, de perfeccionar la humanidad entera. Dios señaló un límite à la órbita del mundo: pero à las ciencias les dió por órbita, la eternidad del pensamiento. No causa maravilla ver hoy el aspecto de esos paises que señoreados del globo, emplean las aplicaciones mas directas de la electricidad para la trasmision del pensamiento, las del calor, las del magnetismo, las de la mecánica y hasta las utilísimas de la botánica y de la geología, orgullosa, la ciencia de los astros, de favorecer el comercio, y de hacer sublime, todo pensamiento que se eleva al azul de los cielos? Esto esplica, porque el pensamiento de la humanidad en el siglo XIX tiene esa fisonomía que las ciencias mismas. Hoy se analiza sin que sean estériles los resultados: y la fé del siglo, ó el conjunto de las ideas y del sentimiento de nuestra época, debe al desarrollo de los conocimientos y al estado que disfrutan hoy dia, gran parte, Señores, de la augusta magestad, con que se ostenta y de los altos des-

timos que saludáron su aparicion, en el horizonte de los tiempos.

Pero si los nombres de Laplace y de Cavendisch, de Huyghens y de Saussure, de Biot y de Volta, de Davy y de Arago, de Herschel y del gran Cuvier, servirán de garantías à la gloria científica de dos siglos, de los que uno inició, favoreciendo el otro el movimiento, nombres no menos inmortales, y no menos célebres, pasarán en triunfo à la posteridad literaria que desapasionadamente juzgue las obras de esos modelos de buen gusto, cuyas inteligencias si pudieran reunirse en una sola, realizarian el poema gigantesco de la unidad trascendental del pensamiento: y la musa del Cristianismo, dilatando entonces su heróico himno, cantaria la empresa del génio que asentado sobre el mundo ofreciera à Dios, un edificio divino, en una obra de tan grandes proporciones, de tan alta perfeccion, que seria por sí, el Universo de las ideas, del sentimiento y de los fines de la humanidad.

Así como la geografía náutica ha ido progresando hasta fijar la verdadera posicion de la estrella mas próxima al eje de la tierra, y así como despues de conseguido adelanto tan notable, no ha tropezado en óbice alguno para engrandecer el campo de sus descubrimientos, así tambien la literatura ha encontrado, por decirlo así, el polo de la esfera vastísima en que à Dios plugo, levantar el trono de este ramo del saber, uno de los de mas incuestionable trascendencia. El impulso comunicado por el movimiento de la Francia en el siglo XVIII, fué tan general que todas las naciones y hasta la misma Inglaterra, que à todo ha querido trasladar la independencia de la política británica, se hizo partidaria, é imitadora decidida de la literatura francesa durante aquel siglo, pero que de original tenia mas que de clásica. Sirvió este impulso como de imaginacion al siglo, y sin duda que el carácter de la literatura del siglo XIX seria el de la España de Góngora, y sus adeptos, si la Alemania que ha dado peso al pensamiento no hubiera servido de regulador à todo el grande movimiento, producido por los esclarecidos ingenios contemporáneos de Montesquieu, Hume y D'Alembert. Notad, Señores, un accidente particular en la historia de las naciones: cuando un país da el primer paso y lo da, con sobrada precipitacion, aunque con favorable éxito, otro país, mide el suyo y llega á servir, como de peso, al impulso arrebatado del siglo que llevó su influencia á todas partes. La Alemania, la Alemania moderna, la Alemania de Goethe y de Humboldt fué quien haciéndose cargo de las riquezas literarias acumuladas hasta el dia, dando un cierto sello de solidez á las creaciones de la fantasía, ha hecho ver que al pié del árbol de las ciencias, pueden exhalar sus perfumes, las flores de la belleza ideal. Por eso Lamartine, nos dice, que la poesía será la razon cantada: por eso Chateaubriand y Hugo, unen la poesía fantástica à los progresos de la época, y el teatro menos celoso de las formas de estilo que de la índole filosófica del pensamiento, quiere retratar, no ya à un hombre, sino à una sociedad: no ya à un

pueblo sino á la humanidad, en su inmenso y gradual desenvolvimiento. Las obras poéticas que tuve la honra de someter al dictàmen de dos Academias, modeladas fueron en el pensamiento que amplifico ahora: si se han salvado del olvido, no ha sido, por mérito de ellas, sino en gracia de la verdad filosófica que va espuesta en sus páginas, y verdad que en sus obras, ha esclarecido el Instituto histórico de Francia.

La literatura, que sirve como de espejo esterio à cuanto conquista la inteligencia, la literatura de nuestro tiempo, es un eco profundamente melancólico y hondamente profético. Es el eco de Byron y de Milton, del Dante y de Staël, de Homero y de Virgilio: es un eco que lleva en sí la voz de tantas inteligencias y el llanto de muchos corazones: à pesar de los progresos del saber y de los lauros con que decora su frente el Númen de la verdad, ese gemido parte, como de la lucha de caudalosos rios el ronco bramar del Oceàno, y se dilata à la manera de esas exhalaciones que empezando con un trémulo rayo de luz, concluyen por llenar de claridad, todo el inmenso espacio del horizonte Mas aun que en los tiempos de los poetas del Lacio, descorriendo la cortina de los mundos, segun la feliz espresion de Tertuliano, la literatura moderna, ha hecho salir del caos, otros conocimientos relacionados con ella, por lo mismo que de la savia de tan vigorosa planta, se nutren otras que tienden sus ramas hácia el astro del porvenir y de la ilustracion: y un dia cuando otro siglo erija al nuestro el monumento de su opinion y de su aplauso, los tipos históricos, las figuras que han de sobresalir, seràn las de aquellos felices pensadores que levantaron la fé del siglo XIX sobre las ruinas de alguna literatura, y mas que todo, sobre la humanidad y las tendencias impresas en la cultura literaria de mas de un continente.

Un paso tan atrevido como digno del cuadro general de los adelantos del dia, ha llegado à ser, como el coronamiento del edificio de la razon. Hay una ciencia que principia en el hombre y concluye en la humanidad, ciencia que sostiene el equilibrio moral del mundo, ciencia que ha contribuido al interés de la historia y ramo del saber en suma, que en vez de producir sombra, ha llenado de luz la esfera de accion en que se egercita el entendimiento humano; esa ha sido la ciencia de las naciones, la tendencia de todo individuo abrasado por la llama del génio. La politica, Señores, es como la aurora boreal en el cielo del saber, como una estrella fija en medio de astros pàlidos, como un edificio de pórtico grandioso en medio de estàtuas y de monumentos de menor altura. Cuando una nacion ha comprendido las ventajas de la civilizacion y de la libertad, la política es el primer título de su elevacion futura. Cambises guiando sus numerosos ejércitos, pero en una época de atraso, Atila devastando la Italia, y haciendo surgir una centella de religion del fondo de su ateismo, y César, colocando la primera piedra para la creacion de un monumento

al triunfo moral de sus conquistas ¿qué ciencia aplicaron al bienestar y emporio de sus pueblos, sino fué la poderosa ciencia de la política, viciada por la naturaleza de aquellos tiempos; pero no por ello, de menor influencia para que se ejerciera la voluntad real? Pero si volviendo la vista à la civilizacion actual, queremos cederle à la política, alto puesto, ¿cómo lo hariamos sin fijar los ojos, en esa figura magestuosa, cuya planta se apoya en un siglo, pero cuya corona, se ocultará dignamente entre las generaciones venideras? Nuevo Alejandro, por la brillantez de sus destinos, y por el fabuloso número de sus hazañas, émulo de César, por la grandeza del génio, coronado por los que representan en el mundo el poder divino, seguido por las águilas del triunfo, y por los guerreros del Imperio, vencedor en la tierra que fué de Ciro y héroe en cuantas contiene el mundo, Napoleon el Grande escribió la Iliada del génio en el libro sublime de los tiempos. Pero si la política del desterrado de Santa Elena, trasladada á nuestras cámaras seria insufrible por basarse casi toda ella en la fuerza, qué grande impulso ha comunicado á la Europa y con ella al mundo! ¡Qué luz tan viva, qué resplandor tan magnífico derramó sobre las clases de toda sociedad, preparando el camino à esta política conciliadora, política de gabinete que sirve hoy de idioma á los grandes de la tierra! He oido decir (en un hermoso discurso mas acreedor à esa calificacion por lo conceptuoso del estilo, que por la gala oratoria de sus períodos) á un ilustre literato francés M. Girardin, que la poesía ideal era en todo menos digna que la poesía en accion, observando al paso, que los vates de la edad presente, y aun muchos de la media edad, le inspiran làstima, al considerarlos poderosos, en su gabinete, é inútiles para poner en accion el mismo entusiasmo, que comunican. Si este punto es harto controvertible tratándose de poesía, no admite réplica, al aplicarlo á la política. En efecto, á menos de no escribir obras inmortales, y en esto hay cierta esterilidad en los tiempos que alcanzamos, no se debe poner la planta en el terreno de la política, pues en ella todo debe ser movimiento, todo accion. De qué hubiera valido un discurso de Mirabeau si el gran tribuno, no hubiera tomado, parte deshonrosa, pero parte activa, en el proceso del noble descendiente de San Luis? De qué, sino hubiera figurado al frente de los republicanos, que obedecian su voz como obedecen las olas del Océano, la del trueno, que va retumbando de nube en nube? Sobre todo, si recordando las ya pasadas grandezas de la patria del poeta de Esmirna, queremos palpar el influjo de la accion en el campo de la política ¿cómo podriamos olvidar á Solon y à Licurgo? Si la atencion que merece esa creencia parece limitada cuando se hojea lijeramente el libro de la Historia, si al leer las obras de los primeros filósofos de la antigüedad, con mas prevencion que entusiasmo, si al estudiar en la *Ciencia nueva* de Vico el progreso de la utilidad moral, y en Filangieri el influjo de los gobiernos, descendemos á considera-

ciones que por ser profundas, nos conducen al orígen de la política entre los hombres, creo que ninguna obra puede satisfacer al filósofo de una manera mas cumplida, que aquella con la cual, el célebre hijo de Burdeos, el ilustre presidente de Montesquieu, llenó de gloria los fastos de la sabiduría humana.

Se ha dicho de Newton, que fué un compilador, y la crítica acerba, que es la única produccion de los hombres medianos, se personificó en aquel epígrama, de que Keplero inventó las leyes y Newton su espíritu, dándose á entender que el segundo entre ambos eminentes geómetras no era mas que un ridículo intérprete de las grandes concepciones realizadas por el primero en el campo de la astronomía. No es exacto, Señores. La gloria del Aristóteles de la Gran Bretaña, el brillo de aquel hombre insigne, se iria empañando, con el trascurso del tiempo, si hubiera sido un frio intérprete del geómetra aleman: mas, ordenar las leyes que luminosas en sí no producian sino confusion entre los matemáticos, dar cuerpo á unas doctrinas que por ser de otro, eran de mas difícil demostracion que si hubiesen sido propias, evidenciar la certidumbre de ellas mismas, por nuevas demostraciones de alto cálculo, y aplicar los fenómenos de la física terrestre à la celeste, empresas eran, que sin el génio de algun hombre capaz de rivalizar con el filósofo de Estagira, no habrian sido coronadas, á pesar de los mas hábiles manejos. ¡Pues qué! la aplicacion del álgebra á la geometría y la perfectibilidad de la astronomía de observacion, aquella que abandona la fórmula matemàtica por el telescopio, no son un progreso tan patente como el rigor crítico de la moderna Academia francesa? Y ved porqué, aparte de otros grandes títulos al respeto de la posteridad, el astro de las ciencias en Inglaterra si descendiere alguna vez, lo hará en medio de un resplandor glorioso como dijo el inglés Burcke, del famoso lord Chatham.

Señores. Cuanto llevo apuntado sobre Newton, podria manifestar en elogio de la obra inmortal de Montesquieu. Si analizamos el espíritu de la filosofía griega, encontraremos en ella, una tendencia à considerarlo todo en el mundo, con relacion al hombre mismo, y si nos hacemos cargo de la intencion filósofica de los poemas dramàticos de la antigüedad, no podremos desconocer esa inclinacion á estudiar, cuanto nos rodea, despues de haber tendido una mirada investigadora en los arcanos del alma. Montesquieu, por decirlo así, comprendió el pensamiento de la antigüedad y dedujo el Espíritu de las leyes, que tanto en moral, como en política, servian de principios á esos pueblos que tanto veneramos hoy dia. Acercàndose á la naturaleza, vió que esta se reflejaba en el hombre y concibió una política tal, que instruyéndose de sus fines, se hacen de realizacion verosímil, las grandiosas quimeras del sublime cantor del Paraiso. La época actual, sin embargo de esto, no ha querido poner en escena, tan gallardo drama: recorriendo un camino apropiado à su caràcter, ocupa un término me-

dio entre dos filosofías, la de Platon y la de Descartes: tiene su trono en los cielos y en la tierra: es un cerebro con dos órdenes de pensamientos: y de este estado, de su ilustracion y de los fines con que la Historia lisongea á la humanidad de la era presente, resulta, Señores, la fé del siglo XIX.

El Olimpo y la filosofía de Paracelso, no ocupan lugar en el cuadro de la moderna cultura: los conocimientos han fraternizado, y la voz poética de la Religion, se ha elevado sobre el sepulcro de Cristo, los circos de Roma y sobre los ídolos del Paganismo. Guiado por la Providencia y por el génio del hombre, el mundo se adelanta con magestad hàcia horizontes de mas luz: el poeta canta la esperanza, y no es la suya, una lira pulsada por la duda, sino por la naturaleza, que es en todo infalible: el legislador en la época presente modera el rigor de las penas para que no se ensangrienten las costumbres, y los monarcas rescatan con una gota de tinta las innumerables gotas de sangre que haria derramar el génio espantoso de la guerra.

Tal es, Señores, la fé del siglo en que vivimos: conjunto sublime de su luz y de su sombra, de su miseria y de su grandeza: las ciencias se encumbran, las artes se esclarecen, la verdad triunfa, el Cristianismo va como el àngel de Milton, vuelto al sol, y atravesando el espacio, y el género humano, como un pasagero colocado en la embarcacion del mundo, al eco tambien de vuestro aplauso, va guiado por esa mano providencial que dió por límite á la eternidad de los cielos, la eternidad del pensamiento de las generaciones.

HOMENAGE

A

S. M. LA EMPERATRIZ

DE LOS FRANCESES

A S. M. LA EMPERATRIZ

Señora,

V. M. se dignó aceptar el primer volùmen de estos humildes Ensayos literarios: y puesto que S. M. el Emperador y V. M. tuvieron á gracia honrarlo con su benevolencia, es deber de gratitud en mí, suplicar á V. M. que se digne recibir en estes versos, mi profundo reconocimiento.

Señora,

A L. P. de V. M.

Antonio Vinageras.

HOMENAGE

A

S. M. LA EMPERATRIZ DE LOS FRANCESES

¿Quién soy para elogiarte, bellísima Señora,
La de serenos ojos y busto angelical,
La que en si misma tiene las gracias de la aurora:
Perfume en las palabras, y túnica imperial?
¿Quién soy, para que fijes, Señora, en mi escritura
El rayo de tus ojos, que enciende el arrebol
Y da, luz á los astros de la azulada altura:
Cambiantes á las nubes, y resplandor al sol?
Es cierto. Nada tengo, Sultana de Granada,
Que dignamente fije, Señora, tu atencion:
Mas vengo con un arpa, de flores coronada
Para entonar cantares al pié de tu balcon:
Emperatriz hermosa! que puedan en tu oido
Mis juveniles trovas de súbito sonar,
Como eco, de las plumas de un ángel, desprendido,
Que piérdese en las olas suavísimas, del mar.

Señora. Tú recuerdas las deliciosas flores
Que sirven á Granada, de gala y de pensil?
¿Y tienes en tu oido, los ecos voladores
Que el viento, murmurando, regálale al Genil?
Recuerdas los mil parques, de rosas odorantes
Donde tu planta, dióle, perfumes al clavel,
Y donde tus miradas, cuajaron de diamantes,
Las copas de los nardos y el cáliz del laurel?
Todo eso lo recuerdas? Y tienes en la mente
Aquellos vaporosos paisages, de luz tal
Que al ruiseñor le ponen la pluma trasparente;
Abrillantando el aire con gotas de cristal?
Y llega á tu memoria, la eterna melodía
De pájaros y fuentes y nubes de color,
Y el ruido de las alas del cisne, que daria
Sus plumas por tus ojos: sus himnos por tu amor?
¡ Preciosa favorita del suelo granadino:
Si acaso no olvidaste tan grata seduccion,
Paisages tan gallardos, y el astro peregrino
Que al genio, alli le infunde, sublime inspiracion,
Concédele á mis versos tan solo tu sonrisa:
Y atenta á mis palabras, escucha resbalar,
Los ecos de mi arpa, mas suaves que la brisa
Que quiere de azucenas tu frente coronar:
Un dia, en que mirando la espuma de una fuente
Y todo un horizonte de grana y de zafir,
Y todo un panorama de luz resplandeciente
Que en vano, con la pluma pudiera describir,
Un dia, en que observando las galas primorosas

Del suelo de Granada, sus flores yo toqué,
Cerráronse de pronto las copas de las rosas,
Y al arpa, mil sonidos, Señora, le arranqué.
  Y nadie respondia: la fuente murmuraba:
El aire estremecia las flores del moral,
Y al céfiro, á las nubes, al cielo, preguntaba,
Y sin que nadie, diérame, esplicacion cabal.
Torné á tocar las flores, y entonces un acento
Tan claro y argentino y armónico sonó,
Que en música tornóse mi pobre pensamiento,
Y el arpa, de mis manos ya trémulas, cayó.
  Y la naturaleza, Señora, me decia
En notas que sonaban, cual himno inspirador;
Como el primer acento que el mismo Dios ponia,
En las gallardas hojas de la primera flor.
»No toques las reliquias de la ilusion perdida
»Que ha tiempo, llena el alma de amores, abrigué:
»Y ven, cuando la luna, de estrellas mal ceñida
»Girando entre los astros, inspiracion te dé.»
  Calló la voz sublime: y al resbalar la luna
Por zonas que vertian brillante claridad,
Sentí que en los cristales de trémula laguna,
Un eco derramaba, la misma eternidad.
Sentí que las grandezas del cielo luminoso
Con las del suelo mismo, tuvieron lazo tal
Que ví, temblar los astros del cénit espacioso,
Al recibir aromas de un lirio y un rosal.
  Y en medio de una escena de idealidad vestida
Mirando entre los astros, girar la Creacion,

Y oyendo los arrullos del ave suspendida
En copas de violetas que tus alfombras son,
Oí, linda Señora, tan hechicero canto
Que en mi memoria frágil por siempre lo grabé,
Y vengo á que lo escuches en el lenguage santo
Debido á las ondinas que póstrans e á tu pié.

LOS CÉFIROS.

» Hubo en Granada, para su gloria
» Una hermosura, cuya memoria
» Nos hace lágrimas, derramar:
» Eran dos soles, sus lindos ojos :
» Eran tan frescos, sus labios rojos
» Como las olas, del ancho mar.
» Era el orgullo de la pradera,
» Y de Granada, la gloria era
» Y mil aromas, la dimos : mil.
» Con armonías, la celebramos:
» Y muchas perlas, le arrebatamos
» Para brindárselas, al Genil.
» Oh tú, estrangero. Si tú la miras
» Lleva los ecos de nuestras liras
» Y los suspiros, de nuestro amor :
» Ya sin aromas, nos deslizamos:
» Pues en los valles, ya no encontramos
» A tan radiante y hermosa flor.
» Oh tú, estrangero ! mírala y dila
» Que ya en el céfiro, que vacila,

» No hay atractivos: ni juventud.
» Pero que siempre la recordamos:
» Y que llorándola, la enviamos
» El himno trémulo, del laud.

LAS FLORES.

» Hubo un sol que competia
» Con ese sol inmortal,
» Que da matices al dia,
» Y que al poeta le envia
» La inspiracion celestial.
» Ese sol, radió en la frente
» De una perfecta hermosura,
» En cuya tez trasparente
» Tomó frescura el ambiente,
» Y gracias, la misma altura.
» Brilló. Su luz rutilaba
» En nuestros cálices bellos,
» Como fuego que dejaba
» En cada flor que tocaba
» El iris, con sus destellos.
» De aqui partió y opulenta
» Es fama que en Francia está
» Y diadema hermosa, ostenta,
» Donde sus riquezas cuenta
» El Dios de los cielos, ya.
» Viagero! si por ventura
» En ese suelo, la vés

» Dila en cantos de dulzura
» Que perdimos la frescura:
» Y entonces pon á sus piés,
» Un ramo de lindas flores
» Y de tan bello matiz,
» Que inspire á los Trovadores
» Cuando brinden sus loores
» De Francia á la Emperatriz.

—

Calló la voz: el melodioso acento
Que de flores y zéfiros brotaba,
Y el eco en los espacios resbalaba
Grave ascendiendo á celestial region:
Calló la voz: y en mis sonoros versos
Poniendo yo las peregrinas rosas,
Vengo á tus piés, rodando vagarosas
Las notas ¡ay! de mi infeliz cancion.

Cuando algun dia, Emperatriz que admiro,
Al príncipe imperial, lleves ferviente
A tu rica Granada, y dulcemente
Le hagas viendo sus flores, delirar,
Tócalas tú. Y al punto respirando
Nuevo ambiente de amores y de vida,
Despertarán con ilusion nacida
En tu alma noble que intenté pintar.

Vengo á tus piés; y de mis versos toma
El néctar de las flores de Granada;

Y deja tú, con ellas perfumada
La sien de tu hijo que derrama amor:
Sé de un gran siglo el verdadero norte:
Haz de tu hijo el astro de la Francia:
Vive feliz, y esparce la fragancia
De tu aliento, en los versos del cantor.

Las flores y los céfiros te aclaman:
Diciéndotelo pues, cumple el viagero:
Vive feliz, y osténtese hechicero
El astro de tu claro porvenir.
Digno no soy de tu atencion, Señora;
Mas admite la trova reverente
De quien quisiera, tu lozana frente
Con flores y con céfiros, cubrir.

LA ESTRELLA DEL ALMA

LEYENDA

LA ESTRELLA DEL ALMA

LEYENDA

Digamos francamente la primera y última palabra del hombre.—¡ Misterio !—Nada sabemos, nada, de los principios constitutivos del alma humana. Es lo que es: no la conocemos mas que por sus fenómenos.

LAMARTINE—(*Curso de literatura.*)

La poesía es un consuelo no solo para el corazon, sino para la misma filosofía, cuando ésta se postra vencida, ante las maravillosas facultades del espíritu humano.

A. V.

I

El sol de Suiza, al declinar, derrama,
De Adolfo el montañés, sobre la frente,
El rayo azul de su gigante llama
Y en él infunde, inspiracion ardiente.
»Tierra de libertad !» (gozoso esclama)
» Feliz aquel, que viva eternamente
» Mirando el astro á cuya luz, un dia
» La libertad de un pueblo se cumplia!»
Y una lágrima rueda silenciosa

Por su megilla que al marfil afrenta:
Y mientras fija su mirada ansiosa
En la cima que al águila amedrenta,
Contemplo yo, su frente, que espaciosa
Cinco lustros no mas, apenas cuenta,
Y su negro cabello, en ondas rico
Y al que mi justa admiracicn dedico.

Fino, suelto, y en rizos separado,
Hace mas bella la cabal blancura
Del rostro suave, á espacio sombreado
Tal vez, por el pesar ó la amargura:
Alto, nervioso, empero bien formado,
Domina el corazon, cuando en ternura
Sus negros ojos sin rival, se encienden,
Y la alba luz del septentrion desprenden.

Su labio es oriental: la boca es fina:
Dejando ver tan blanca dentadura,
Que al sonreirse, sin querer, fascina
Brotando de esos labios la dulzura.
Es serena su faz: y es argentina
Su clara voz, que al resonar augura,
Un raudal de pasion que hay escondido
En su albo pecho, para amar nacido.

¿Visteis la mano blanca y delicada
Del hombre que es leal? Adolfo ostenta
La suya asi: tan corta y bien torneada
Que por sí sola, su belleza aumenta:
Mano que es femenil: mano indicada
Allá tal vez, en donde el sol se ostenta

Como digna de ser, por alto sino,
Capaz de realizar un gran destino.
Si alguna vez al levantarse bella
De su lecho, y acaso estremecida,
Vísteis una muger á quien la estrella
De mi Cuba gentil, dió luz y vida,
Y mirásteis su pié; y al par la huella
De la muger, entonces sorprendida,
Podreis de Adolfo imaginar la planta
De gracia tal, como el laúd la canta.
Los montes mira Adolfo: y mientras mira,
La pluma airosa de su gorra ondea:
Y el viento de la tarde, manso gira
Mientras el sol, al lejos, centellea:
Viste un trage escocés. Alli suspira
Como abrumado por tediosa idea,
La mano puesta en un puñal, que lanza,
De sí, la luz que al Occidente avanza.
Con ese trozo de nogal, vestido
De cien puntas de hierro, que el viagero
Usa al bajar los Alpes, decidido
A salvar trochas mil, con pié ligero
Mírase á Adolfo. Y quieto y recogido
Entre guijarros, negro, y verdadero
Del cabo Freel, mastin de cola undosa
Lealtad le jura, con mirada ansiosa.
Y Adolfo dice asi: « Pueda en mi mente
» Tu recuerdo lucir, oh patria mia,
» Para formar un corazon vehemente

» Que en laureles te dé su simpatía:
» Y puedas tú, filósofo elocuente,
» Juan Jacobo inmortal, de esta porfia
» En que lucha mi mente, tú indicarme
» El polo real, y del dolor salvarme.
»¿Dónde la planta llevaré? Perdido
»Entre paises mil, Dios entretanto
»Me sostendrá, cual díjome el gemido
»De mi madre infeliz, deshecha en llanto:
»Hecho á mis bosques: y á correr henchido
»De fuerza y ambicion, mas no de espanto,
»Entre los hombres, y en su vasto seno
»Oiré la voz del aquilon y el trueno?...
»Mas si no llega á mi cansado oido
»Entre los hombres el robusto acento,
»Del lago entre tormentas sacudido
»Que amenace tragar al firmamento;
»Elevaré mi orgullo, y sostenido
»Por mi sublime aspiracion y aliento,
»Oiré el cañon; y en campos de batalla
»El eco de la bomba y la metralla.
»Tengo sed de sentir: busco otra esfera:
»La del génio quizás: mi mente ansia
»Palpar la historia y á su voz severa
»Ensanchar sin pavor, mi fantasía:
»Mas, cuando el sol, que en mi alma reverbera,
»De su radiante llama, fije el dia
» Juan Jacobo inmortal! tu sombra amada,
»Por mi labio febril será invocada

»Tú, grande hombre, con robusta frente
»Iluminaste el siglo que hoy te admira,
»Imaginando un porvenir luciente
»Digno del corazon que gloria aspira:
»Viviste con el alma : pero ardiente
»Ya mi razon, sin vacilar delira,
»Y el mundo me parece, circo estrecho:
»Y otra atmósfera pues, busca mi pecho.
»Adios, patria gentil! ¡Suiza querida!
»De héroes altar y de proezas cuna:
»Taza de rosas por un sol herida:
»Y adornada de gracias por la luna:
»Adios tierra de paz y esclarecida
»Por el brillante sol de la fortuna:
»¡Eterna luz te brinde ese horizonte
»Que se tiende por tí, de monte en monte!
»Espacio y libertad, te pido, oh cielo :
»Mis pasos guia con fervor profundo;
»Y plegue á Dios que pueda en mi desvelo
»Un génio dar, ó un corazon, al mundo.
»Y logre , en alas de mi mismo celo
»Sacio de inspiracion y honor fecundo,
»Para mi patria al aplaudirme el hombre
»Digno de ella á la par, dejarla un nombre.»
Y asi entre sueños de grandeza y gloria
Delira Adolfo, con delicia pura
Y en pos de una esperanza no ilusoria,
Apartada tal vez, pero futura:
¡Nave infelice de ignorada historia,

Que llena de ambiciones se aventura,
No sabiendo quizás, que puede sola
Hallar su tumba al dividir la ola!
Y tras muy hondo meditar, llevado
De noble, fervoroso sentimiento,
Siente su rostro pálido, bañado,
En llanto puro, que evapora ēl viento:
Y al destello de un sol, medio eclipsado,
Realiza Adolfo su gallardo intento,
Una carta leyendo. Y triste llora,
Como el que sufre, y su pesar devora.

» Ay! adios, hijo del alma:
» Que el Altisimo te guie:
» Y que al mirarte le envie
» Consuelo á mi corazon:
» Oye su voz de ventura
» Dó quier que pongas la planta,
» Oye su voz, y levanta
» Siempre Adolfo una oracion.
» Quizás en otro horizonte
» Tendrás otro sentimiento,
» Pero mira el firmamento
» Y piensa entonces en mi.
» Y en medio del torbellino
» Que te arrebata la mente,
» Hijo del alma, detente
» Y los ojos, vuelve á mí.
» Porque en medio de los lagos

» De tu patria seductora,
» Una muger que te adora
» En ti piensa, sin cesar.
» Aquella que en otros dias
» Estando tú en frágil lecho,
» Te dió vida con su pecho
» Y te arrullaba á la par...
» Una noche... ¡ noche horrible!
» El huracan rebramaba,
» Y el lago en ondas, se alzaba
» Al azul del septentrion.
» Y yo contigo, en las olas
» Solamente á Dios pedia,
» Ay! para mi la agonia:
» Para ti, la salvacion...
» Adios! que no pueda el mundo
» Estraviarte en tu carrera:
» Tú buscas, hijo, otra esfera,
» Y quieres, dices, viajar...
» Viuda, y de ti separada,
» Qué sentiré á tu recuerdo,
» Si cuando de ti me acuerdo
» No alcanzo, sino á llorar?
» ¡Que no pueda amor mundano
» Enlutar mi amor profundo:
» ¡Hijo! que no pueda el mundo
» Para ti desvanecer,
» Este cariño espontáneo
» Que toda madre ha sentido:

LA ESTRELLA DEL ALMA

LEYENDA

En tierra queda, y el mancebo inerme
Auxilio pide, á la redonda altura.
» ¡Ven! » (le dice el fantasma) «Ven, y sabe
» Que no hay nunca en el alma, fuerza suma,
» Para del mundo en las revueltas ondas
» Conservar la virtud que al alma encumbra.»

(Dijo). Y al punto de los vastos Alpes
En las gargantas y las peñas duras,
Multitud de fantasmas se perciben
De semblante de nieve, y blanca túnica.
Y al eco audaz de vigoroso trueno,
Que parte de las cúspides y honduras,
Se abre una puerta en el fatal peñasco,
Donde el fantasma pálido, se oculta.

Y de la mano conduciendo al jóven,
Le obliga á entrar, aunque el mancebo duda,
Y al fin, cual Dante cuando vió su Infierno,
Penetra, lleno de ambicion fecunda.
Y va dormido; pues los negros ojos
Del fantasma, su espíritu conturban,
Dejándolo sin fuerzas; y lo ponen
Cual débil caña, que aquilon abruma.

Desaparecen á la vez: y luego
Con gran silencio y entre sombras turbias,
Por esa puerta los fantasmas todos
Hundiéronse: accionando en la espesura.

Solo se escucha el gutural ladrido
Del inquieto mastin, que en vano lucha,
Queriendo abrir la roca, porque sabe
Que hay una puerta en la montaña ruda.

—

Ah ! desgraciado quien llena
De esperanza tiene el alma,
E ignora que es esta vida
Golfo donde ella naufraga.
Infeliz aquel que cifra
En el gozo su esperanza,
Y sueña que en este mundo
Tambien podrá conservarla,
Sin saber que cuando pone
En este, el hombre, su planta,
Se desvanecen, y súbitas
Al soplo de la desgracia,
Aquellas radiantes flores
Que en la niñez tanto halagan,
Porque la niñez tan solo
Está exenta, de borrascas.
Oh ! qué nos vale el talento
Si la sociedad nos lanza,
Por una senda en que lidian
El vicio y la fé elevada ?
Es cierto. Todos salimos
De nuestra querida patria,
Con un corazon de niño
Y una esperanza galana :

Y al ver viciado este mundo
Damos un ¡ay! tan sin calma,
Que si á la patria volvemos
No somos ya la temprana
Flor, del céfiro mecida
De las ondas arrullada
Y que era del cielo digna
Por su inocencia y sus galas.
¿Y podrá salvarse Adolfo
Que nacido en las montañas,
Va, sediento de ilusiones
A tender sus ricas alas?...

—

Bajo arcos hermosos, cubiertos de flores
Adolfo contempla, precioso un salon,
Y espléndidas lámparas, de albos colores,
Admira, inundado, de ardiente emocion.
Tapices de seda, y alfombras lujosas,
Va hollando, encendido de plácido afan,
Y aspira el aroma, que vierten las rosas,
Que en trípodes de oro, gallardas están.
No vé ya el fantasma: mas vé una hermosura
De labios de ángel; que viste á primor:
Sus trenzas en ondas; con voz de dulzura,
Le da en una copa, sabroso licor.
Y mira en los arcos de flores, sentadas,
Cien ninfas que pulsan un arpa inmortal:
De manos de rosas: de limpias miradas
Que el alma suspenden á un cielo eternal.

Adolfo recuerda que estaba en un monte:
Que allí, mil fantasmas de pronto miró:
Que luego una gruta, veló el horizonte:
Que luego dormido, sin miedo bajó.

Que en vez del vestido, que entonces llevaba
Un trage, ora lleva, de córte y gentil:
Y que una hermosura que en Suiza ignoraba,
Le da en una copa, licor muy sutil.
» ¡ Oh! bebe » (le dice) — «verás una esfera
» Do el alma delira, con vértigo tal,
» Que mira en los aires, la sombra hechicera
» Del Dios que sostiene del orbe el fanal. »
Y Adolfo resiste. Mas ella lo besa:
Y entonces él bebe, con tanta emocion,
Que tiembla, y en breve de amor se embelesa:
Vencido de encanto, su audaz corazon.
¡ Qué bello está Adolfo! su lindo semblante
Fascina á la ninfa que instándole va:
Y alegres danzando, y en grupo jadeante
Su faz de azuzenas bellísima está.
Y al fin apurada, la copa, que encierra
Venero tan rico, de tal sensacion,
Él ve, que en santuario que luego se cierra
La vírgen se oculta, brotando ilusion.

Y en lecho de flores, Adolfo, caido,
Temblando de gozo, de encanto á la par,
Levanta á los cielos, un canto ó gemido

Al ver una estrella sobre él oscilar.
»¿Qué quieres» (la dice) «¿Qué luz tan radiosa
»Tan blanca, le quitas al astro que ví,
»Allá en las montañas de Suiza preciosa
»Copiado en mil nubes de azul y turquí?
»Qué? tú me acompañas? Apaga tu tea
»O alumbra este gozo de mi alma feliz:
»Porque ella te admira y hablarte desea:
»Pues yo era un mancebo, sin astro é infeliz.
» Sé tú, clara estrella, mi antorcha brillante,
»Que yo en tus reflejos, tan solo veré,
»La luz de aquel cielo que ví centelleante
»Y en Suiza la hermosa, constante adoré.
»Mas qué? tú me sigues? Cualquier movimiento
»Que tengo, lo imitas en la alta region:
»Y en tanto, de aromas, corónase el viento:
»Y el alma alimenta, sublime ilusion.

»¿Qué quieres? ¿qué pides? tu luz me atormenta:
»No sé ante tus rayos ¡ oh estrella ! gozar:
»Parece, me pides, mostrándote, cuenta
»De aquello que á mi alma, la pudo estraviar.»
Y al punto en caballo, muy bien enjaezado,
Vestida de blanco, se vé aparecer,
Una alba doncella, de cútis rosado:
Que exhala raudales, de amor y placer.
Sus cejas son negras, y rubio el cabello:
Sus dientes, de nácar: su afan, seductor:
Lucientes corales, adornan su cuello:

Sus labios imitan sonriendo, una flor.
Adolfo, de un salto dispuesto se mira,
Y el bruto se arroja, con vértigo real;
Al son de trompetas y al son de la lira
Que lanza sonidos de un eco inmortal.
« ¡ Qué bella es la vida ! » (La vírgen le dice)
Y él goza en sus brazos, con tanta pasion,
Que llora de amores, cuando ella predice
Mil años, á su alma, de rica ilusion.

Y Adolfo la cree : su mente embriagada
Concibe ya un mundo, de gala y color,
Do quiera tendiendo, su limpia mirada,
Desvelo sintiendo, que se hace mayor.
El bruto se pára. Y al claro sonido
Que parte de un arpa, que el jóven no vé,
Adolfo se siente por ninfas seguido,
No bien entre flores, descansa su pié.
Las unas le brindan coronas graciosas:
Las otras, suspiros de gala y afan :
Y él mira desnudas, cien ninfas radiosas
Que besos muy dulces al jóven le dan.
Y Adolfo, ya siente la fievre del alma
Al ver tantas galas, y loco al sentir,
Cifrada su gloria, cifrada su calma
De amor en un bello, feliz porvenir.
Bajo arcos hermosos, cubiertos de flores
Adolfo contempla, precioso un salon,
Y espléndidas lámparas, de albos colores

Admira, inundado de ardiente emocion.

Y brilla á sus ojos, el labio de una
Vision que le arrastra, dormida á la par,
A un bosque, que tiene la luz de la luna
Y en donde una fuente, se escucha rodar...
Si acaso mirásteis los bosques y fuentes,
Del sitio que llaman Mabile en Paris,
Y aquellas cascadas que forman lucientes
Gran suma del arte, que ensalza al pais,
Si vísteis aquellas, tan verdes alfombras,
Y entre ellas, mil luces de vario fulgor,
Mirando cual nubes, mirando cual sombras
Las blancas sultanas qui allí, dan amor,
Si vísteis aquellas guirnaldas radiantes
Y estátuas que al arte, le dan perfeccion,
Y aquellos divanes, de flores brillantes
Que al alma le infunden gallarda ambicion,
Tendreis una idea, del sitio que pinta
Mi pluma que debe, muy fiel trasladar,
Un cuadro, que es digno de toda la tinta
Que el iris que nace, derrama en la mar.

Adolfo en un bosque se encuentra perdido:
Del vino ya siente, con fuerza el vapor:
Y un beso á su diosa, la da, poseido
De ardiente deseo, y al par, de temor.
Y abrázala, y alza, blanquísimo el velo
Con que ella su rostro sublime, cubrió:

Y henchido el mancebo, de vivo desvelo
Su labio de rosas, de besos llenó:
Y un vértigo luego... ¡ y un grito de gloria !
Y un solo suspiro que quiere espresar,
Del alma, del cielo, del mundo, la historia:
Y un aire aspirando de luz y azahar.
Y todo, de pronto, se va ennegreciendo:
Las cítaras cesan; y enormes se ven,
Peñascos que graves están sosteniendo
Fragmentos macizos de rocas tambien.
Y Adolfo despierta. Ya todo ha cesado:
Flotantes fantasmas contempla vagar:
No hay fuentes, ni estátuas, ni cielo dorado:
Ni vírgenes que hagan al jóven soñar.

« Conozco ya tu alma ! » (le dice sonriendo
El torvo fantasma que antes le habló:
Y Adolfo le mira, mas va conociendo
Que todas sus fuerzas por siempre perdió)
Aquella mirada le turba y domina:
Magnético influjo, sin duda será;
Aquella mirada, do quiera le inclina,
Porque es de sus actos, el árbitro ya.
« Escucha » (le dice, y en frase sonora
El grave fantasma)—« te quiero servir;
» Hay una esperanza que es, seductora
» Y al hombre presenta, gentil porvenir.
» Tendrás un gran nombre: la gloria brillante

» Su encanto supremo tambien te daré: »
(Y Adolfo le mira con ojo radiante:
Le besa las manos y oyéndole va).
Su trage de corte sus galas aumenta:
Y oyendo al fantasma, con fé natural,
De altivas ideas su génio alimenta:
Y aquel, asi dice, con voz sepulcral.

» Conozco estas grutas, y sé dónde existe
» Un grande tesoro que un héroe dejó,
» Al ir á la Italia. Yo sé en qué consiste:
» Y quiero disfrutes lo que él ocultó.
» Con ese elemento, que es poderoso,
» Tu entrada, en un mundo magnífico, harás,
» Y puedes, dictado lograr de famoso,
» Y eterno á tu lado, tambien me verás.
» Despierta y no temas. » (Y Adolfo seguia
Sus pasos, sin sombra de miedo ó pavor)
Llegaron á una alta, lineal galeria
Que horrenda amenaza, caer con fragor.
« Apoya tus manos: no temas. » —(Le dijo:
Y Adolfo lo hizo: y aquella se abrió:
Adolfo inundado de anhelo prolijo,
Mirando el diluvio que entonces cayó).
En oro y en joyas, cayeron millones:
En oro y rubíes, riqueza ejemplar:
Y Adolfo vacila, sintiendo emociones
Que no me es posible, decir ni pintar.

Los torvos fantasmas allí congregados
Cargaron en fardos riqueza tan real,
Y á un horno, llevaron los restos salvados,
Del lujo de un héroe, tal vez sin rival.

Diluvio de chispas el horno lanzaba,
Las rocas cubriendo de rojo fulgor:
Y el oro ya en olas, en olas rodaba
Vertiendo en la gruta, brillante color.

Diamantes, la llama violenta fundia:
Y en trozos cortados, mirábanse arder,
Y un mar de esmeraldas hirviendo subia,
Y Adolfo temblaba, de orgullo y placer.

« ¿No es cierto ? » (asi dice) « Seré respetado :
» Los siglos, mi nombre, de luz llenarán;
» Seré otro Pompeyo. Seré venerado ;
» Y en tronos, los hombres, tal vez me alzarán.

» Delirio sublime ! » (Y en tanto cayendo
Las piedras preciosas, y el fino metal,
En caja no grande, los van disponiendo
Con gozo profundo : con fé sin igual).

El fuego se apaga: la caja está llena :
Y el pálido espectro, mirándola allí,
Pronuncia palabras con boca inserena
Y al jóven le dice.—«Tu suerte está aquí.»
» Volemos al mundo. Yo voy á llevarte:
» La caja en mis hombros tambien llevaré :
» ¡ La caja en mis manos podrá levantarte

» A un cielo sublime de orgullo y de fé!»
« (¡Tenemos un alma!.») (le dice el fantasma
A todos los otros que gozan tambien)
Y Adolfo los mira; no entiende, y se pasma
Mirando tan pronto formado su Edén.
Él ve los fantasmas: la gruta alumbrada
Está por un triste, letal resplandor:
(« Tenemos un alma.») Repite acordada
La voz del fantasma, con hondo estridor.
« ¿Qué fuerza en el mundo, quitarnos podria
» El alma de este hombre que yo perderé?»
Y Adolfo no entiende la voz, que sombria
Se pierde, cual eco que súbito fué.

Se van los espectros. De pronto encendido
Por gratos deseos, empieza á marchar,
El torvo fantasma, con gusto vestido:
Cual rico escudero de córte imperial.
Adolfo lo sigue. La gruta entreabierta
Les deja en los Alpes, la planta poner:
Y al punto, se cierra con fuerza la puerta,
Y Adolfo se siente tambien, renacer.
Ya nada recuerda. Se cree nacido
Con alta fortuna: y á aquel que allí va,
Lo juzga su siervo; y escucha el ladrido
Del can, que gozoso, lamiéndole, está.
La inmensa montaña le da sensaciones:
Y un verso de Milton, murmura, al sentir,

La voz de la brisa, y al ver estensiones
Pobladas de nubes, color de zafir.
El grave escudero cual peso liviano
La caja levanta, y entonces al ver
Un albo lucero, que brilla lejano,
« Veremos » (pronuncia) « si logras vencer. »

» Adios patria mia! Mi Suiza adorada: »
(Esclama, allí Adolfo, con júbilo) « Adios! »
Y bajan por cuesta de rocas formada,
Y al rayo de un astro, callados los dos.

II

Con flores en el cabello,
Con gracias en la sonrisa,
Con una espresion de gloria
En su alba fisonomía,
Y ante un público lujoso
Que en los Italianos mira,
Los ramilletes que el pueblo
A la Ristori dedica,
Una elegante señora,
A todo el público admira,
Pues en su palco parece
La imágen de una odalisca:
Si recordais que en las cuerdas
De mi mal acorde lira,

El nombre sonó de Atala
Con ilusion peregrina,
Recordad sus negros ojos,
La negra trenza atrevida,
Y aquellos labios, mas bellos
Que la misma poesía,
Y asi formaréis idea
De la muger que ora pinta
Con no ficticios colores
Mi pálida fantasía.
En medio pues del aplauso
Que la Ristori origina,
La señora de quien hablo
Y una seductora amiga,
Contemplan á un estrangero
Cuya belleza fascina.
Mas ellas no son tan solo
Las que con dulzura fijan
En él sus brillantes ojos,
Pues él á todas cautiva;
Que es sorprendente su lujo,
Y mas cuando se averigua
Que él es el Suizo opulento
Que toda Paris envidia
Por su soberbia belleza,
Sus trenes que siempre eclipsan,
A cuantos su lujo ostentan
Con profusion no mentida,
Y una sombra de misterio

Que su aparicion motiva.
Que hace poco, que ha llegado,
Es circunstancia sabida :
Pero nadie se da cuenta
De su nombre y su familia.
No es estraño que al mirarlo,
Casi todos lo imaginan,
Heredero de una raza
Establecida en la India,
Y digno representante,
Por sus maneras, que finas
Le dan mas brillo y realce
A su belleza esquisita.
Y está el teatro de gala
Coronas mostrando ricas,
Y águilas de oro, alumbradas
Por magníficas bugías ;
Do quier las sedas y plumas
Compiten ó rivalizan,
Mientras raudales preciosos
De purísima armonía,
La orquesta á los cielos lanza
Como espresion muy sentida
De un Rossini, traductora,
Y en la que es fuerza perciba
El corazon, cuanto el genio
Vió en su carrera inaudita.
En palcos, de luz cubiertos,
Ved á la córte, que altiva

Se ostenta, llena de encantos
De luz, y de pedrería :
Y admirad en lindos pechos
Que al corazon electrizan,
Flores que llenan de aroma
La region do el aire vibra.
La Sultana de Granada
Bella está : y al par imita
A esa maga halagadora
Que aromas le da á la brisa :
Y está el teatro admirable :
Y al alzarse la cortina
El genio impone silencio
Y ante el público se inspira.
La grande artista retrata
El carácter, con que Mirra,
Pudo al elocuente Alfieri
Alzar á region divina.
Oh! la mente queda absorta
Al pensar que el arte auxilia
Salvando obstáculos grandes
Del genio la melodía.
¿Quién descuella mas gigante
Del mundo en la perspectiva?
El poeta, ó la que el estro
Y á Mirra, la verdad quita
Y la presenta cual era
En voz, palabras é ira,
Con sus mismos ademanes,

Su acento y presencia misma?
Por eso truenan en claros
Aplausos y largos vivas,
Corte y vulgo y auditorio,
Que ante el talento se inclinan.

—

Pero entretanto que todos
A la gran trágica juzgan
Y la colman de alabanzas
Y de Alfieri el astro encumbran,
Miran todos, á un lacayo
De apuestísima figura,
Vestido de tal manera
Que maravilla y deslumbra,
De la señora, en el palco
Entrar; y con gracia suma
Presentarla, pero en nombre
Del Suizo que asi la adula,
Un ramillete que arranca
Eco de ovacion profunda:
Ella se inclina: lo toma:
Al estrangero saluda
Y en luz se baña el teatro
Ante las joyas profusas
Que encierra tal ramillete
Y cuyas galas no abultan
Mis descripciones, ni el verso
Que mi garganta formula,

Cuando herida el arpa mia
Su voz levanta á la altura.
Hubo voces de entusiasmo:
Y unánime voz, que anuncia
Ser tal ofrenda, un tesoro
De gala y riqueza mucha.
Quién dice que toda Francia
Comprada fuera con una
De aquellas brillantes piedras
Que magníficas relumbran:
Quién dice, que no diamantes
Son los que tanto fulguran
Sino astros:—y en fin se dicen
Cosas vagas, que se fundan
De la razon indiscreta
En las locas congeturas.
Empero, como un torrente
De fuego que se sepulta
De la deliciosa dama
Entre las manos menudas,
Brillan las piedras que á todos,
Con sus reflejos ofuscan.
La Emperatriz pidió el ramo:
La córte admira, murmura
Y enagenada contempla
Riqueza tan alta y única,
En fin, concluyóse el drama
Ante una ovacion fecunda
En aplausos; y salieron

Todos, pero hablando á una
De la gallarda señora,
Y del mancebo que usa
Sublimes galanterías
Que pasman: y en las que abunda
De una pasion la esperanza;
De una pasion la ventura.
Fué sorprendente el gentío
Que al rayo de clara luna
Aguardó por ver el coche
Del Suizo, entre la confusa
Agitacion que se forma
Cuando algo nuevo se augura.
Llegó por fin la carroza
Cuyos caballos, de furia
Y brios, tascando el freno,
Inmensa riqueza auguran.
Y entre el ruido de otros coches
Cuyos lacayos disputan,
Y los mil fuegos distintos
Que por donde quier alumbran,
Porque es Paris, luminaria
Que no cansa ni importuna,
Los bridones arrancaron;
Y al choque de la herradura,
Alzaron un mar de chispas:
Vertieron un mar de espumas.

—

En una alcoba do apenas
Brilla de lámpara hermosa
La llama, sueña ó reposa
Aquel que en Suiza nació:
Y está la alcoba empapada
En perfumes, que á la mente
Elevan ligeramente
Al cielo que Milton vió.
Do quier se miran damascos,
Y cuadros y terciopelo,
Del color que tiene el cielo
En una tarde gentil.
Y el jóven duerme en un lecho
Que es por sí mismo un tesoro,
Pues tiene perfiles de oro
Y armadura de marfil.
Penetra por las ventanas,
Un aire fresco, que suena
Como en copas de verbena
Eco de arpa celestial.
Y á su impulso, se estremecen
De la llama á los colores,
Las que guarda hermosas flores
Alcoba tan oriental.
Resuena tambien cual eco
De alguna radiante lira
Un arpa eolia, que inspira
Delirio fascinador.
Y hay tantos puros aromas

Y tan galana armonía,
Que aquello pareceria
Palacio de un Trovador.
  Descuella del lecho enfrente
Una gallarda pintura,
Que al alma por sí, le augura
Sueño de gala inmortal.
Es un lienzo do se mira
No del todo retratada,
A una muger, de mirada
Magnética y celestial.
  Es una imágen sublime
Que á los sentidos eleva,
Y que al espíritu lleva
A universo superior:
Es una imágen que espresa
Tanto amor y poesía,
Que viéndola, se creeria
Delirio de algun pintor.
  Y está Paris en silencio:
Y el relój solo se escucha:
Y el aire que gira y lucha
Melancólico al entrar.
Y la gran calle de Rívoli
Do la casa está situada,
Se vé á espacio iluminada
Pero en silencio á la par.
  Y está la alcoba incitando
A imaginar con ventura,

Cosas que infundan ternura
Y encantador porvenir.
Y dormido en tanto Adolfo
Respira como cansado,
Viendo un sol, quizá engastado
En bóvedas de zafir...
Se vé que palideciendo
Como rendido delira:
Y no despierta, y suspira
Al peso de una ilusion.
Y empero aquellos encantos
De su alcoba deliciosa,
Colores tal vez de rosa
Le dan á su exaltacion.
Colores que son un prisma
De mil colores opuestos:
Pero que toman en estos
Tintas que hacen fantasear.
Colores que al alma dejan
De mil encantos vestida:
Y colores que dan vida
Porque obligan á soñar.
¡Pobre jóven que ya hundido
De Paris en la corriente,
Acaso trémulo siente
Estraña fascinacion.
Su nombre de boca en boca
En mil comentarios vuela:
Y goza, mas no recela

De mundanal tentacion!
Sonaron las tres: y al punto
Giró muy suave una puerta:
Y quedándose entre-abierta
Paso á un fantasma le dió.
Y viendo á Adolfo que sueña,
Sus ojos en él clavando,
Lo fué al fin magnetizando
Y al sueño lo encadenó.
Y aproximándose al cuadro
Acabó la imágen bella
De pintar: y luego en ella
Infundió secreto real.
Que aquellos ojos se animan:
Y aquella boca preciosa,
Sonrie ya voluptuosa
Con espresion sin rival.
La luz empero vacila:
Y Adolfo al amor cediendo,
Levantóse, mas sintiendo
Delirio en el corazon.
Tiembla, y estiende sus brazos
Como quien mira un tesoro:
Y al fin la dice:—« te adoro »
Llevado de su emocion,
Y vé como mal ceñido
De azuzenas y de espumas,
Un ángel de lindas plumas
Que se ostenta celestial:

Y es ella que le enamora
Con su gracia y sus hechizos:
Y él la toca de sus rizos
La perfumada espiral.
Y ella en círculos que forman
Sus piés menudos y bellos,
Danza á los turbios destellos
De la llama que está allí.
Y al pasar, deja por traza
De sus huellas vaporosas,
Los aromas de las rosas,
Y el néctar del alelí.
Unas veces representa
La hermosura soberana:
Otras veces se engalana
Con espumas la vision:
Unas veces es la tórtola
Que su pena al viento deja:
Otras veces es la abeja
Que se eleva á azul region.
Y al creerla ya en los lazos
Del afan que lo domina,
La vision casi divina
Se evapora sin temor.
Y él ardiendo de emociones
Y en un vértigo perdido,
Cae postrado: y da un gemido
De pasion y de furor...
Y postrado asi, recuerda

Una dama encantadora:
Dulce y blanca y seductora
Que ante un público miró.
Y recuerda que en sus bellas
Pupilas que luz brotaron,
Astros claros rutilaron
Que él, de hinojos admiró.
Y ese amor que no ha esplicado
Ninguna filosofía:
Esa ardiente simpatía
De imposible traduccion:
Ese instinto, ó esa mágia
Que presenta por despojos,
Una lágrima en los ojos,
O un delirio en la razon;
Le arrebatan y lo llevan
A magnificas regiones,
De aroma y de sensaciones
De encanto y de vanidad.
Y convulso alli, en torrentes
De amor y encanto fecundo,
Hace un Edén de este mundo,
Su hermosa temeridad.
« Sueña! sueña: » (le repite
El fantasma alli parado)
Como otro Hamlet, sofocado
El altivo Adolfo está.
» Sueña, sueña,» (aquel le dice)
» Que tu pena es mi victoria

» Y tu agonía, la gloria
» De mis esfuerzos será.
» Sí ! te labraré un abismo
» Y verás que nadie al alma
» Puede infundirle la calma
» Si yo la precipité !»
Y Adolfo que nada oye
Pero que al fantasma mira
Se postra ante él, y suspira
Con esperanza y con fé.
Y acaso vé centelleando
Una estrella en el vacío:
Y en un círculo sombrío
Vé, un fantasma aterrador:
Pero nada Adolfo entiende:
Solo comprende que ahora,
Siente llama abrasadora
De un hechizo inspirador.
Y delira. Mas ya asoma
El disco de un sol radiante,
Y ante su llama brillante
El fantasma se ocultó.
Y en un camarín cercano
Señal misteriosa haciendo,
Fué el ensueño deshaciendo
Y Adolfo se despertó.
Mas cree que está escuchando
De rica seda el crugido:
Y piensa que allí ha venido

La señora angelical.
Y vuela á un cordon : y al eco
De la campana que agita,
Rendido se debilita
Del amor ante el fanal.
Y aparécese el que pudo
Como un lacayo vestido,
Causar entusiasmo y ruido
Del teatro en el salon.
Alto, rubio, en sus pupilas
Llama de génio mostrando,
Se presenta y revelando
Improvisa agitacion.
—« ¿ La has visto ? » (le dice Adolfo)
—« ¿ A quién, señor ? » (le responde
Aquel). Y entonces no esconde
Adolfo su ira y rubor.
Que ha sido una pesadilla
Su sueño, entonces comprende :
Pero su mente se enciende
En un desvelo mayor:
Mas, su criado le dice:
—» Anoche, señor, trageron
» Una carta : y me pidieron
» Para hoy, la contestacion. »
—«¿ Una carta ?... tráela al punto :»
(Y Adolfo, mientras leia,
Los párrafos repetia
Con espléndida ilusion.)

» Queriendo daros las gracias
» Y su respeto ofreceros,
» Desearia conoceros
» La marquesa de Paris :
» Os suplica, honreis el baile
» Que da mañana. » (Y plegada
La carta, estaba adornada
Con sello color de lis).
Quedóse Adolfo inundado
De placer y de sorpresa :
Que soñó con la Marquesa
¿Quién lo pudiera dudar?
¿Mas qué génio le regala
Con carta tan hechicera?...
No lo sabe : mas espera
Su ventura realizar.
Y se abisma, cuando piensa
Que vió un cuadro, y dibujada
Aquella faz, mal velada
Por la tinta del amor.
Pero todo se disipa :
Y asaltándole una idea,
Realizarla ya desea
De la manera mejor.
— « ¡ Fritz ! » (le dice á su criado)
« La carroza y al momento »
(Y pronto en el pavimento
Se oyó el coche resonar).
Y tras un hora que tarda

Adolfo en salir, luciente
No cesa el sol refulgente
Sus fuegos de prodigar.
   Salió Adolfo, con tal gala
Que al sol, encanto cedia :
Y á Fritz, al bajar, decia:
— «Irás al Palacio-Real. »
Subió al coche, y al chasquido
Del látigo, se lanzaban
Los corceles, y llegaban
A ese Palacio Imperial.
   Bajó Adolfo, y á la vista
De un muy célebre joyero,
Que lo fué tambien primero
Del primer Emperador ;
Puso una caja pequeña
Pero que en sí contenia,
Sorprendente pedrería
De extraordinario valor.
   —»Quiero hagais una corona
»De Marquesa: y he creido
»Que eso estará concluido
»Para esta noche á las diez.
»Imposible: (dijo el otro)
—»Pues poned en la tarea
»Mil artistas: y que crea
»Cada uno, en mi esplendidez.
   »Treinta millones os dejo
»En piedras. Y tres millones

«Os daré.» (Sin mas razones
Adolfo en el coche entró).
Partieron lanzando llamas
Los corceles, y embebido,
Aun se sentia aturdido
El joyero que le oyó.
Pues sin otra garantía
Que la palabra, dejaban
Tesoros que revelaban
Un precio, asaz colosal,
En un taller ciertamente
De alta fama y nombradía:
Pero que hallarse podia
En una quiebra fatal.
Mas no importa: aquel artista
Del sobresalto curado,
En su taller afamado
Nubes de artistas reunió.
Y el nombre de la señora
Con la noticia estupenda,
Volando de tienda en tienda
Por toda Paris voló.

III

El hombre es ciudadano de cuanto le rodea.
A. V.—(*Obras, tom. I.*)

¿Qué fué del hombre que entre puros sueños
De heroicidad, é inspiracion fecunda,
Abandonando la gallarda Suiza,
Quiso volar tras inmortal fortuna?
¿Qué fué de aquel, en cuya blanca frente
La ilusion asentando su hermosura,
Allá en los Alpes, le enseñó una esfera
De gala inmensa y de riqueza mucha?
Ay! cuanto cambia el corazon: ardiendo
De alto deseo y de esperanza pura,
Tendemos alas que á la fin se rompen:
Miramos zonas que á la fin se enlutan:
Nosotros mismos sin cesar pedimos
Al insensato corazon ayuda,
Y él nos responde con gemido triste
Honda espresion de su veraz angustia.
Soñamos glorias y laurel y ruido,
El alma empero sin tiniebla alguna:
Pero del mundo en la velóz corriente
Todo se cambia y á la vez se turba.
No! no es el mundo el elocuente libro
Que entre las sombras de la noche oscura,
Cayó una vez de nuestra débil mano

Y no dejando á la razon confusa!...
La vela al viento, y la triunfante prora
Derecha al polo donde el sol fulgura,
Asi gentil la embarcacion del alma,
Vaga del mundo en la corriente adusta.
Brama el turbion: y la gallarda vela
Deshecha en trizas, sobre el mar murmura,
Y el marinero, blasfemando acaso
Playa en mitad del horizonte busca.
Adolfo lleno de esperanza y genio,
Ya está del mundo en la corriente impura:
¿Y á dónde, cruel, lo llevará la suerte
Que irresistible con el hombre lucha?
¿A dónde? ¿quién limitará el destino
Si es una fuerza sin barrera y única,
Que al corazon trasforma y lo levanta
A esfera tal, do indómita relucha?
Ah! cuantas veces admirando un rostro
De gracia estrema, y celestial frescura,
Lágrima triste en mi pupila ardiente
Reflejó los destellos de la luna!
¿Sabeis por qué? porque pensé en el sino
Del alma que admiraba con ternura:
Y al verla llena de misterios, blanca,
Lágrima errante me colmó de dudas.
Nacido en medio de paisages bellos,
Mecida en flores, su redonda cuna,
Adolfo tuvo en la envidiable Suiza
Un manantial de inspiracion profunda.

Nutrido empero con la misma idea,
De hallar la perfeccion, en la natura,
Que le infundiera quien nació en Ginebra,
Y que la voz del universo encumbra,
Quiso leyendo al pensador sublime
Y al recuerdo de Tell, formarse una
Radiante zona de color de cielo
Donde no hallara el corazon, hartura.
Fuerte se cree, al contemplar su planta
Del mundo, en medio á la corriente turbia,
Y está ¡ infeliz ! vagando en el ensueño
Donde un fantasma sin cesar, lo impulsa.
Visteis aquellos que de noche hablan,
Dejan el lecho sin sentir pavura,
Y aunque, dormidos sin saberlo, leen,
Los ojos fijos, y la voz robusta ?
Asi está Adolfo sin saberlo él mismo,
Imaginando en la ilusion que apura,
Que fué nacido, con grandiosa renta:
Y ya á su madre, ni recuerda nunca.
¡ Cuánto es ingrato el corazon del hombre
Y cuán ingrata la filial ternura !
¿ Cuándo pagamos el amor que sienten
Los padres ¡ay ! que su pasion no abultan ?
Jamás ! dichoso el que jamás se aparta
De aquellas flores y tendida hondura,
Y aquellos montes que miró de niño
Sin los quebrantos que al mortal ocupan.
Ay ! el amor, entre sus lazos de oro,

Sujeta á Adolfo, cuya mente punzan,
Pasiones mil, en cuyo cauce recio
Quién no encuentra la noche de la tumba?
Quién sabe! puede que se salve, y tenga
Una oracion para el que grave alumbra,
Al sol que siempre con sus rayos deja
Un pensamiento mas á quien lo estudia.

Hay en Paris una plaza,
Que por voluntad divina,
Sin duda está destinada
A empresas grandes y dignas:
La llaman de la Concordia:
Y aunque en esa plaza misma,
La Discordia alzó cadalsos,
Y de un rey en la agonía
Gozó el pueblo, suponiéndole
Cien criminales intrigas,
Es esa plaza tan bella
Ora cuando la ilumina
El sol, ó cuando de noche
Fuegos mil en ella brillan,
Que á veces duda la mente
Si es historia ó es enigma
Lo que se cuenta, al mirarla
Con tan bella perspectiva.
¿Quién creyera que allí hubo
Una cruenta guillotina
Que puso infame su acero

Sobre una gran dinastía?
Y quién creyera que luego
A la eterna historia egipcia
Un obelisco quitaran
Que en dicha plaza se mira,
Y página de un monarca
Que en destierro moriria?...
¡ Asi las generaciones
Su inmortalidad conquistan,
Dejándonos sobre piedras
Su sangrienta historia escrita!
A un lado tiene la plaza
Que elogio, las Tullerías:
Al otro los lindos campos
Que Elíseos llaman: y rica
De adornos, la Magdalena
Su arquitectura magnífica
Ostenta como del culto
Y de la plegaria, cifra.
Por último, en faz de ella
La Cámara, siempre fija
La atencion, mientras la mente
Llena de entusiasmo, admira.
Mas, imaginadlo todo
Con la apariencia bellísima
Que de noche, luminosas
Las fogatas esparcidas,
Los coches y los faroles
La prestan, y veréis viva

La pintura que os quisiera
Poner en la fantasia,
De plaza que es por sí sola
Prodigiosa maravilla.
Imaginad ruido y danzas,
Y murmullos y armonías,
Y un mar de luz de colores,
Y árboles, y sombra amiga,
Y fuentes que son preciosas,
Y luna que es argentina,
Y caballos, y teatros,
Y juegos, y vocería,
Y muy gallardas mugeres,
Y lujo, encantos y citas,
Y titulad todo esto
CONCORDIA: pues apellidan
Asi, la gran plaza, donde
Tanto la gente se anima.
Las once han dado, y cubierta
De ella, la plaza, que altiva
Se muestra, osténtase llena
De luz: de galas vestida:
Y el público se amontona,
Y el que está oprimido, grita,
Y en confusion y desórden
Las gentes se arremolinan,
Sin que las guardias alcancen
A mostrarse persuasivas:
Y coches de lujo cruzan

Y en mar de gente se abisman:
O bien en rico palacio
Y que una Marquesa habita,
Detiénense los que llegan,
Con vulgo por comitiva.

—

En gabinete que lleno
Está de lujo y de aroma,
Graciosísima una dama
Con lujo y arte se adorna.
Dos muy gallardas doncellas
La sirven, y ella radiosa
De esplendidez, se contempla
En un espejo que ahora
Refleja, rostro y sonrisa
De muger, que es tan hermosa.
Dos ángeles de alabastro
Sosteniendo ricas copas
De cristal, con ellas vierten
Limpia luz rutiladora,
Y en una mesa formada
Con nácar y palo-rosa,
De la alta dama se miran
Las mil, admirables joyas.
Concluyéronla el peinado
Las doncellas oficiosas,
Y nunca de su cabello
Tan lindas miró las ondas
La muger, que aqui describo

Pálida siendo mi copia.
Ella se vé en el espejo:
De sí misma se enamora,
Pues nunca se vió tan digna
De admiracion y de gloria.
Razon tiene, si medita
Que toda Paris elogia
A la que tiene un palacio
En la plaza la Concordia,
Pues proverbial es la magia
Que la hace tan seductora:
Ya os he dicho, que hay en Cuba
Una muger muy donosa,
Cuyos ojos adormecen,
Porque el secreto atesoran,
De rendir los sentimientos
Ante su luz deliciosa:
Aquella muger, que ostenta
Aristocráticas formas
Y que cubierta la mente,
Tiene de aroma y de rosas:
Muger que en mis versos halla
La vida que en ellos brota,
Porque mi génio á su planta
Fuera pobrísima alfombra:
Y pues os hablé de ella,
Recordadla, y luminosa,
Veréis á la dama de alba
Suave faz que tanto adoran

Los que amor no la inspiraron,
Y buscan la fé ardorosa
Que revelan sus pupilas
Donde el sol su luz ahoga.
Alzó gallarda su frente
La dama, y se vió preciosa
Descollando, como suele
Una dalia entre amapolas:
Quitáronla con presteza
Ante el espejo, las ropas,
Y presentóse su busto
Desnudo, como esas obras
Que en la desnudez revelan
Sus bellezas prodigiosas:
Los hombros son azuzenas:
El rostro, una flor que moja
Ligeramente el rocio
Do la luz se tornasola;
El pecho altivo, y mas terso
Que el nácar de clara concha,
Temblando de una manera
Que fascina, vence, y postra.
Y en fin, los piés trasparentes
Y de pequeñez que asombra:
Asi á mis ojos revela
Con ilusion triunfadora
La dama sus ricas galas
Y contemplándose, goza.
Pusiéronla un delicado

Peinador blanco, que arroja
Nueva gracia en la que tiene
Perfeccion maravillosa:
Y aprisionada la planta
En un calzado, que toma
Las formas, cumplidamente,
La dama, su gracia abona:
Cuando de pronto, con una
Caja, y harto presurosa,
Una doncella, en el cuarto
Penetra, y con voz sonora
A la Marquesa la dice,
(Pues la que pinté no es otra)
—« Con una carta han traido
Esta caja. » — « Y qué persona? »
(Replica inmediatamente
La Marquesa) (respondióla
La doncella, presentando
Caja y cartas misteriosas)
(Y aquella leyó).—« Se os ruega
» Que acepteis esa corona
» Y que esta noche, del baile
» Seais con ella, la aurora. »

—

Sonrió la dama: y mirando
La caja, súbito abrióla,
Y estática ante el prodigio
Quedó la Marquesa absorta.

Pendientes del techo, cien lámparas bellas
Que inundan de rayos un lindo salon,
Cual logran lanzando su luz las estrellas
Vestir á la tierra de encanto y fulgor,
Ornados de espejos que grandes rutilan
Los áureos salones de lujo imperial,
En ricas pinturas los rayos vacilan
Que arrojan las luces que viéndose están.
Do quier brilla el oro: se ven pabellones
De seda, formando guirnalda gentil:
Y en trípodes bellas, causando ilusiones
Pirámides suaves, de rosa y jazmin.
Y están las ventanas de adornos cubiertas
La música esparce, gratísimo son,
Y aquellas que hermosas se miran abiertas
Ver dejan la plaza que el arpa cantó.
Y el ruido de coches, la voz del gentío

La orquesta, el perfume y el lujo á la par.
Elevan la mente, que quiere con brio
Sentir ilusiones: sentir con afan.
Las doce han sonado: y en breve, radiante
La viuda del noble marqués de Paris,
Ver deja sus gracias; su lindo semblante:
La orquesta á sus himnos poniendo ya fin.
  Logró un gran murmullo de vivo entusiasmo:
Logró la Marquesa, gentil ovacion;
Que es alto el asombro: verídico el pasmo
Que el público al verla, galante sintió.
Disfraces do quiera, se miran lujosos;
Mas ella vistiendo de un modo oriental,
Eclipsa los otros; cual mueren tediosos
Los astros, delante del sol que luz da.
  ¡No en vano! Deslumbra gallarda en su frente
Corona sublime de tal perfeccion,
Que duda al mirarla, de pronto, la mente
Si allí, mano humana, la huella dejó.
— «Semíramis viéndoos, envidia os tendria.»
(La dice un poeta que viste á lo Dux)
Y en medio de aplausos, el baile rompia
La dama que ensalza mi pobre laúd.
  Mas, todos la admiran: que todos supieron
La grande noticia que empero voló;
Y á ver la corona, mil damas vinieron,
Sin que ella tuviera, noticia del don.
Semíramis nunca tan bella radiaba
Ni nadie en joyeles, lució tan triunfal;

Mas ella en el baile, con ansia buscaba
Al jóven que tanto, rindió á su beldad.
Y en vano. Sonaron las tres: y no cesa
Al jóven, la dama gentil, de inquirir:
Y al fin decidida la altiva Marquesa
Dejando la sala, desciende al jardin,
Parece una sombra, que vuelve á la vida:
Sus formas infunden un vértigo real:
Se pierde en senderos. Y escucha embebida,
La voz de las fuentes que se oyen rodar.
Al fin se impacienta. De súbito mira
La gente que danza, y alégrase al son,
De orquesta acordada, que al ánima inspira
Delirios muy bellos, de gala y de amor.
Al frente contempla sus mismos salones,
Y á solas en verde, muy fresco tapiz,
La hermosa perdiéndose en mil deducciones
Al ver que no hay nadie, se quiere ya ir.
De pronto á su oido, llegó la pisada
De alguno que baja del baile á la vez:
Y vé una gallarda persona ataviada
Con alto cuidado, y á guisa de rey.
Del gran Federico, disfraz ha tomado:
Y al verse ante ella, con grata emocion,
Se inclina: y con labio que tiembla, y turbado,
Al verlo la dama, le dice:—« Sois vos?»

« Si, Marquesa; » (le responde
Quien con labio de ternura,

Y arrodillado, le jura
En su ademan, su pasion).
» Yo soy, ángel de mi vida,
» Quien su delirio te abona:
» Quien te pone esa corona,
» Y te brinda su ilusion.
» Perdona, si su arrebato
» Mi pasion no disimula:
» Pero en mis venas circula
» Un fuego que es inmortal,
» ¡ Perdona si fascinado
» Por tu belleza sublime,
» El que á ti te adora, gime,
» Con delirio sin rival.
» ¿ Quién soy? tu mente se dice
» Consigo misma luchando;
» Oh! te respondo llorando,
» Peró llorando de amor.
» Un alma soy que te pide
» Los amores de tu alma,
» Y que en ti busca la calma
» De su ensueño inspirador.
» Un espíritu que vive
» Porque vives en el mundo;
» Modera este afan profundo
» Y yo tu esclavo seré.
» Y entonces ¡ ángel que cubres
» Con tu luz mi pobre mente!
» Entonces gallardamente

» Tu arrebato premiaré.
» ¡Oh!... responde. Di que tienes
» Para mi espíritu galas;
» Que ceñirás con tus alas
» A mi enfermo corazon.
» Mas no dejes en las nieblas
» De una angustia roedora,
» ¡Oh bien mio! á quien te adora
» Con sublime inspiracion!... »
Quedó absorta la Marquesa
Y el galan quedó turbado:
Y en su labio enamorado
Dulce lágrima cayó.
Y ella, alli, sobrecojida
De su amor sin darse cuenta,
Bajó los ojos, y atenta
Al estrangero escuchó.
Y este con vivos colores,
La pintó una vida bella,
De encanto, y donde era ella
El faro de su emocion;
Y la Marquesa al oirlo
Y al mirarlo tan donoso,
Sintió un afan delicioso
De dudosa esplicacion.
Y Adolfo brindó su mano
Y ella de amor sonreia;
Y entre la sombra ponia
En ellos, fuego eternal,

Un fantasma, en cuyos ojos
Diabólica llama daba,
Reflejo tal, que abrasaba
Las ramillas de un rosal.
Y aquellos ojos se vieron;
Y aquellos labios se hablaron;
Y aquellas almas brotaron
Pasion altísima y fiel.
Y Adolfo vió en sus ensueños,
Una visión ondulante,
Y sintió una bóca amante
Que en la suya dejó, miel.
« Serás mi esposa » (la dijo
Adolfo allí fascinado).
Y al destello quebrantado
De luna blanca y gentil,
Separóse, en sí diciendo
La dama harto recelosa ;
«¿Me amará?» (y en luz de rosa
Ardió su tez de marfil).
Pero creyó que escuchaba
Palabras en la espesura;
Y se detuvo insegura
Y llena de afan oyó :
Y oculta en un bosque, pudo
Mientras la orquesta sonaba,
Oir lo que allí pasaba
Cuando de allí se alejó.
—«¿Decis que la amais?»—«Sin duda»

(Adolfo le respondia,
A un hombre en quien se veia
De Enrique cuarto el disfraz)
Tembló la Marquesa y pronto
Dijo á Adolfo el disfrazado:
—«Y ese amor exagerado,
De probarlo sois capaz...? »
—»¡Si, por Dios! » (replica Adolfo)
» Y vos la amais? Sin sosiego:
—» Pues nó quede para luego
» Lo que aqui debe acabar. »
Y asiendo de los estoques
Que ambos á la par ceñian,
En guardia los dos caian
Pero en silencio á la par.
Cruzáronse los aceros
Y la Marquesa gozaba:
« ¿ Me amará?...» (se preguntaba)
Y el acero oyó crugir.
Y empero, menudas chispas
De los aceros brotaban,
Y relámpagos saltaban
Que se vieron relucir.
Diestros eran en el arma
Los bizarros combatientes;
Y en círculos diferentes
Se atacaban sin temor:
Pero ya el desconocido
Fatigado rechazaba,

Y Adolfo lo amedrentaba
Con su amago vencedor.
  Y tras un rápido quite
De mano apenas cansada,
Hundió el mancebo su espada,
Y un ronco grito partió.
Veloces cuatro lacayos
Con diligencia acudieron:
Al herido socorrieron
Y la dama apareció.
  «¿Quién es?» (Adolfo la dice
Mientras un coche rodaba,
Y el herido, en él, mostraba
De un síncope la señal)
Y ella dándole las gracias
A Adolfo, asi le decia.
—» Exagerada creia
» Vuestra pasion.»—«Tú?» «Si tal»
  » Pero al ver que habeis lidiado
» Con decision sorprendente,
» Os doy, muy solemnemente
» Palabra. Vuestra seré.
» Y sea, cualquiera, el sino
» Que os acompañe infecundo,
» Tendreis mi amor en el mundo,
» Y yo mi mano os daré.
  —» Oh! Dios sin duda me anuncia
» Que muy felices seremos:
» Disculpa tú, los estremos

» ¡Bien mio! de mi emocion:»
Y Adolfo en su mano puso
Del amor al loco esceso,
Todo el perfume de un beso...
Y el amor de un corazon.
—«¿Quién es él?» (dice el mancebo)
(Y ella con voz vacilante
Dijo.)—«El duque de Brabante»
(Y el brazo Adolfo la dió).
Entraron en los salones;
Ella con faz alterada,
Y él con la mancha encarnada
Que en el puño le quedó.

ATALA

SERENATA

(EPISODIO)

¡ Oh! cuantas veces sobre el ancho puente
Do en faz del Louvre el trovador delira
Y al rayo de alba luna refulgente,
Oyendo el Sena, estremecí la lira.
A. V.—(*Obras poéticas, vol. I.*)

Admite mis cantares, ¡ oh Atala seductora!
Y en cambio dame un rayo, de paz y de ilusion,
Y quiera Dios que pueda, mi música sonora,
De aromas orientales, cubrirte el corazon.
Perezca yo: mas pueda la fama voladora,
Eternizar tu nombre que suena en mi cancion,
Oh tú, primer recuerdo del que levanta ahora
Los trémulos acentos, que su corona son.
Atala ! dulce nombre que para mi resuena
Como al rasgar el alba, la voz del ruiseñor:
Como palabra suave, que el ánimo serena,
De su esperanza abriendo, la peregrina flor.
En vez de alzar tus ojos á la region que llena
Está de blancas nubes, y vivo resplandor,
En esta serenata, que en tus oidos suena,
Te ruega que los fijes, tu jóven Trovador.

Respondo: ¿me conoces? ¿recuerdas todavía
Mi frente, mis pupilas, mi nombre, mi espresion,
O bien como esas nubes que desvanece el dia,
Desapareció de tu alma, mi celestial pasion?
Mas yo te reconozco. Tú eres ¡prenda mia!
La que una vez, sintiendo purísima ilusion,
Con alas de azuzenas cubrió mi fantasía,
Y con su luz brillante, dió luz á mi razon.
Tú eres ese sueño. Tú eres ay! la ondina
De labios, que frescura, le dieron al clavel,
Tú eres, esa vírgen que ante la luz se inclina,
Y cristaliza en perlas la copa del laurel.
Tú eres, esa vírgen que radia peregrina
Y que del labio puro de Dios, toma su miel,
Porque en la vasta esfera del cielo purpurina
No hay ángel que tan digno, servirle pueda á él.
Sí, sí; te reconozco. ¿Pudiera en el olvido
Poner aquella frente, que me hizo delirar,
De tu garganta eolia, gratísimo el sonido,
Mas suave que las alas del aire, sobre el mar?
Pudiera, di, olvidarte, ¡mi ensueño el mas querido!
A cuya voz el zéfiro empieza á murmurar,
Y cuya bella imágen, al sol deja dormido
En círculos de espumas que lo hacen despertar?
Mas tú no me recuerdas: el tiempo y la distancia
Mi aspecto y mis suspiros, borraron ay! de ti;
Mas yo, tengo en mis versos para tu amor, fragancia:
Y tintas, que del cielo, recogen el turquí.
Qué importa que haya visto los cielos de la Francia?

Mi alma independiente, su patria no halla aqui.
Tú vives en mi Cuba; ¡ perdona mi constancia!
Mi patria, son tus ojos. Mi patria existe alli.
Si tú saber pudieras, las veces en que hastiado
Te recordé queriendo, tus lindos ojos ver,
Si tú, saber pudieras que siempre apasionado
En urna de jazmines, te quise yo, tener,
Entonces ¡ay! tu labio con púrpura formado,
Me enviara los acentos que anhelo comprender,
Y entonces en torrente mi genio desatado
Quisiera de tus ojos, torrente de luz, ser.
Atala! cuán dichoso será quien si te adora
Reciba de tus ojos, la claridad gentil:
Tú sientes como siente, la tórtola que llora,
Tendiendo en los espacios, el ala de marfil:
Tú amas, como ama la estrella vencedora
Las rosas y geranios que la regala abril:
Y tu alma se ilumina, como la tibia aurora
Cuando entre flores halla, su adorno y su pensil.
No diste allá en mi patria guirnaldas á mi frente,
Suspiros á mi labio, y al génio creacion?
No fuiste tú la estrella, de mi ilusion vehemente
Mostrándome perfecta, del mundo la region?
Y un dia en que la muerte me disputó impaciente,
Tú, viéndome con ojos de llanto y bendicion,
No estabas de mí cerca, como ángel elocuente
Que invoca del que muere, la eterna sàlvacion?
Y quieres que te olvide! jamás, prenda del alma:
Jamás de mi memoria tu amor apartaré.

Tú eres, hoy mi historia. Tú eres hoy la palma
De un mundo de dolores. Del mundo de mi fé.
Por eso tu recuerdo fascíname y me ensalma:
Por eso hasta en la tumba mis votos te daré:
¡Feliz, si cuando goce del mundo azul, la calma,
Te miro, y te recuerdo que siempre te amaré.
Jamás, jamás se aleja de mi alma enardecida,
La noche en que la luna de rayos me cubrió:
La noche en que la ola del mar adormecida,
Del llanto de mis ojos, la lágrima bebió.
¿Te acuerdas? Tú llorabas. Mi alma era tu vida:
La brisa, de perfumes, tu frente coronó:
Y al darte (mi postrera tal vez), mi despedida,
El grito de ¡socorro! del ancho mar partió.
¡Quién sabe! acaso un pobre y errante marinero
Sin patria, sin amores, sin horizonte azul,
Al mundo, adios decia, y en grito lastimero
Que á Dios llegó, rasgando del cielo, todo el tul.
¡Presagio doloroso de aquel «adios» severo
De tu alma, que perfumes le quita al abedul,
De tu alma, á cuyo hechizo te canta lisongero
El pájaro, en mis labios posado, de Stambul.
Despierta pues, al eco de mi cancion sentida:
Oh tú! la de las trenzas que al aire dan olor:
La de cintura suave, de rosas mal ceñida:
La de los finos labios: y talle encantador.
La de alma de Italiana. La jóven distinguida
En cuyos lindos versos, mi verso toma amor:
Gallarda poetisa que á imaginar convida

Del arpa de dos Safos, el eco halagador.
Despierta. Pueda un dia mirándote extasiado
Como el que encuentra el astro, de llama divinal,
Leerte yo estos versos, que escribo apasionado
Con pluma, que es la pluma de un ave occidental.
Despierta. Y dame en cambio tu acento regalado:
Y dime que aun conservas tu alma angelical,
Y compadece al hombre que al mundo ya ha palpado,
Y marcha, en sí llevando, la punta de un puñal. !
Adios! caiga mi verso, cual música, en tu oido,
Cubana seductora, que mi delirio fué:
Adios! génio de flores, para el laúd nacido,
Que en nubes de esmeralda, tan solo, graba el pié.
Adios! sueño del genio, que un dia, decidido
Te cantaré en acento que inspiracion te dé:
Adios! ten estos versos, cual lúgubre gemido
De un corazon que sombras y desventuras vé.

IV

Lector, volvamos los ojos
A la interesante escena,
Que pasa al eco que forman
Los brindis y las botellas:
Lo menos veinte personas
Están en torno á una mesa,
Con tanto lujo servida,
Que mesa de reyes fuera:
Se vén del salon, cerradas
Y con cuidado las puertas,
Reflejando los damascos
La luz que trémula riela.
Es la una. Mal velada
De los cielos en la esfera,
Vierte la luna su rayo
Que la atmósfera atraviesa,
Quebrándose en los cristales
De las ventanas, do suena
El cierzo en son temeroso:
La brisa en amarga queja:
Magníficos candelabros
Del cincel obras maestras,
Se ven en la mesa, donde
Todo revela opulencia.
Entre jarrones de flores,

Y en ánforas que deleitan,
Los vinos del Rhin y España,
Deslumbran en competencia:
Y tal parece, que todo
Cuanto esquisito, há la tierra,
Alli lo reune el arte
Para su gloria completa.
« Hablad, Ricardo » (pronuncian
Los que en tan grata verbena,
Sin duda pasan la noche
Bebiendo pues, sin reserva).
Y aquel á quien todos miran
Y de quien plática esperan,
Se levanta, y dice. « Amigos,
» Que no tenga fin la fiesta »
« La causa? » (todos replican:
Y apurando de cerveza
Un vaso, dice Ricardo
A la atenta concurrencia).
« Os he dicho que recibo
» Instrucciones: sé que piensa
» El estrangero que en lujo
» Disipa todas sus rentas,
» Desposarse, y que ha elegido
» Por consorte á la Marquesa.
» Sé que ha seis meses, disponen
» Tal enlace, y que soberbias
» Han de ser: casi imperiales
» Sus bodas, por la riqueza.»

Y esto diciendo á los brindis
Tornaron, mientras resuenan
De las copas los crugidos
Las voces y las ofrendas:
Con una atencion marcada
Y como en faz de obediencia,
Escuchan luego al que habla
Y cuya apariencia aterra:
Cabello desmelenado,
Luenga barba, faz severa,
Ojos de llama, y sonrisa
Que bien observada, hiela:
(Y asi prorumpe).—« He querido
» Reuniros aqui: las pruebas
» Tengo ya, de que muy fácil
» Ha de ser la audaz empresa.
» Y segun el que me escribe
» Cumplirse debe, por fuerza,
» Antes del enlace » (y pronto
Esclamaron todos).—« Sea! »
» Me conceden veinte dias
» Para llenar sin cautela,
» De mas millones el arca
» Que el cielo cuenta en estrellas.»
(Dijo el hombre de gran barba
Y ojos que mirados, ciegan:
Y apurando enorme copa
Asi prosiguió).—« Y empieza,
» Señores, desde hoy el plazo:

» Estamos à quince: el treinta
» Debe quedar todo listo: »
Y la concurrencia aprueba
Y el Rhin y el Chipre se cruzan,
Y la algazara revienta,
Y los aplausos retumban,
Y el techo al estruendo tiembla:
Y todos asi gozando
Sin cosa que les advierta
Que el relój, las dos señala,
Himnos de pláceme elevan:
Y se habló de la estocada
Que un Brabante recibiera,
Y del ruido que ello hizo,
Y del talento que muestra
El estrangero que en dia,
Es asunto de mil temas:
Y al fin, Ricardo sacando
De una preciosa cartera,
De piel de armiño, adornada
Con muy lindas perlas negras,
Cuatro billetes y una
Blanca hoja, trizas hecha,
Dijo.—« Veamos la sangre
» Por qué mano se interesa: »
Reinó silencio profundo,
Y aquellas cabezas ébrias
Tuvieron entonce, un rayo
De vida y de inteligencia.

Cayó suerte tan traidora
En jóven de talla esbelta,
De mirada melancólica,
De frente elevada y tersa:
Ricardo entonces, con mano
Muy firme, y mirada lenta,
Un puñal de pomo de oro
En manos del jóven deja,
Y le dice: — « Y hasta el pomo
» Lo sepultas, si despierta. »
Y el jóven miró la daga,
Y con voz, á ratos hueca,
En torno al puñal cantaron
Una cancion marsellesa:
Luego bajaron, pagando
Con los billetes, las deudas,
Y el gran café de Tortoni
Cerró á las cuatro sus puertas.

—

Dormido empero entre esperanzas bellas
Que á un cielo claro de pasion lo encumbran,
La mente vuela, del gallardo Adolfo,
A quien en sueños, el amor adula.
Prepara en tanto, su futuro enlace,
Y allá en mitad de su ilusion vislumbra,
Que de su lujo enagenada Francia,
Será en aplausos y ovacion profusa.

Y hace seis meses, que la linda dama
Su profunda pasion no disimula,
Y hace seis meses, que Paris espera,
La fiesta digna, que el enlace augura.
Cuentan de Adolfo, sin cesar, historias
Que atestiguan sus rentas, y su justa
Reputacion, que por do quier le sigue:
Nuevo Buckingham que riqueza anuncia.
Bello es ser jóven. Con doradas alas
La mente llega á deslumbrante altura,
Aunque muy luego, su esplendor retira
Porque á la vez, su tornasol se enluta.
Las horas bellas en que audaz pensaba
Ser de su patria y su opinion columna,
Cuando en los Alpes, sollozando via
La pátria lejos entre mar de brumas;
Pasaron ay! pues en veloz corriente
Cuando el amor, al corazon perturba,
Solo él no muere y solamente él queda
Cual flor, en medio de ceniza impura.
Ay! asi cambia el corazon, y nadie
Podrá decir que sostendrá profunda,
Cualquier idea: pues mañana el viento
De las pasiones, rugirá con furia.
Hoy sueña Adolfo, un horizonte vasto
De gozo, gloria y de cabal ventura;
Con el amor de la Marquesa, sueña
Adolfo, henchido de ilusion fecunda.
Y ambos se adoran, y se acerca el dia

De realizar, pero con gala suma,
Un matrimonio que será mañana
Luz de dos almas que de afan se inundan.
¿Dónde el fantasma? Continuad os ruego
Con ojos de indulgencia la lectura,
Y ya veréis que en el amor tenemos
Gloria gigante y desventura mucha.
Es una noche en que bramando el viento
Nublados cien sobre Paris impulsa,
Y en que los astros, de su claro disco
La luz eclipsan, en esfera turbia.
Es noche triste en que los cielos lanzan
Sobre Paris tan repentina lluvia,
Que el Sena brama, y al rodar azota
Cuanto halla al paso su corriente adusta.
Y en una alcoba de apariencia bella
En que la seda y el boato abundan,
Medita un hombre: y en su mismo lecho,
Dispuesto al sueño que sus ojos buscan.
Tal vez delira. Pero al fin cansado
Toma una copa, y sin recelo apura
Lo que contiene, sin pensar que lleva
Cristal tan blanco, la ponzoña oculta.
Mas no bien bebe, cuando ya sus ojos
Sin darse cuenta, al vacilar, se nublan,
Y en un letargo fatigoso, queda
Ante la luz que próxima fulgura.
Y en tanto el viento y la borrasca ceden:
Y en blanca veste y con mirar que asusta,

Grave el fantasma, se aproxima lento
Y al hombre observa con fiereza ruda.
« Bebió. » (Pronuncia). « Imaginando que era
» Néctar tan solo, la apuró sin una
» Sombra de miedo: y entretanto vaga
» Su mente en zona, sin cesar confusa.
—« Adolfo! Adolfo! » (Y el mancebo dice)
« Quién me llama? »—« Soy yo. » (Lenta pronuncia
La triste aparicion: y él la contempla
Y un grito dando, dice con pavura).
—«Ay! ¿eres tú? ¿qué quieres? ¿qué me pides?»
—« La virtud de tu alma! »—(En voz de tumba
Le responde el fantasma) y en sus manos
El rostro, Adolfo, con temor sepulta.
Y el fantasma le dice:—« Soy la imágen
» De cuantos vicios al mortal abruman,
» De cuantos vicios este mundo encierra:
» Y anhelo pervertir, el alma tuya.
» Quiero saber si hay algo que en la vida
» Al hombre salve, y en abierta lucha,
» Siendo tu alma juvenil, teatro,
» A brazo abierto, lidio con natura. »
Y quiso Adolfo prorumpir en gritos
Y el fantasma, su boca, dejó muda,
Poniendo un dedo en el tembloso labio
De aquel, que en vano por alzarse pugna.

« ¿Qué ves? » (le dice el vacilante espectro)
» ¿Qué ves en medio á la region sombría

» De tu callado porvenir? — Oh !... nada : »
(Con un suspiro, el que calló, replica)
« Fija tus ojos : piénsalo y responde:
» ¿No ves luz? ¿no ves sombras? di: ¿qué miras?»
(Y con un grito que aterró al fantasma)
«Un Dios!» (le dice Adolfo). «Un Dios que auxilia!»
Y en histérica, horrible carcajada
Cuyo eco triste al corazon fatiga,
Mató la luz, el de la blanca veste,
Y cayeron, del lecho las cortinas.
«Un Dios ! » (pronuncia) «un Dios! palabra vana:
» Idealidad que á la razon agita :
» Hiende los cielos donde brota el rayo,
» Las nubes rasga que tronando giran,
» Y ven, si puedes, á salvar un alma,
» Que ya en sitial de perdicion vacila,
» Y que marchando por fatal sendero
» Negando á Dios, se negará á sí misma. »
Y un ruido oyóse. Y el fantasma al punto
Desparece en la atmósfera, que vibra
Al eco de su voz : y un vidrio cruge
En medio al ruido de acerada lima :
Ceden los hierros, y la faz asoma
Por la ventana, á espacio estremecida,
Un hombre armado de puñal, que salta,
Y ya en la alcoba, al que descansa, espía.
«Venid :» (pronuncia en cauteloso acento)
Y entran seis que le forman comitiva:
Mientras que otro, en la ventana acecha,

Y otros, en calle y en balcon, vigilan.
Destrozadas las ropas: mal cubierto
El rostro, por ligera mascarilla,
Separan las cortinas, y arma en mano
La faz de Adolfo, sin respeto admiran.
« Duerme :» (pronuncian) el gallardo jóven
Siente tan honda pesadez que lidia
Por deshacerse de ella, y no lo alcanza
Y á ratos nada mas, tiembla y suspira.
Oye, y entiende. Sabe que las puntas
De siete dagas, le amenazan ruina,
Mas ay! no puede levantar sus brazos
Y á sus esfuerzos defender su vida ..
Su blanco pecho, se dibuja empero
Del rico lecho entre las ropas finas,
Y su melena perfumada, ondea,
Flojas sus manos, y á la par caidas.
Entre ellos, uno sin pavor señala
El corazon de la inocente víctima,
A un bandolero, de elegante talle,
Que con pena y afan, á Adolfo mira.
¡Duerme, Adolfo gentil! descansa y duerme
Porque ay! si de tu boca purpurina
Escapa un grito, ó de tu fuerte brazo
Libre señal que manifieste ira,
La fina punta del puñal, en breve
Hará que tu alma, de pasion nutrida,
Rompa del cielo la region, que adorna
La atmósfera del mundo en que te agitas.

Al lado queda el de la talla esbelta
Con un puñal magnífico, que brilla,
Cuando por rayos de distante luna
La centelleante hoja, queda herida.
Otros discurren en alcobas varias,
Y solo se oye vagarosa y tibia,
La gota que en los vidrios va rodando
Y del azul del cielo, desprendida.
¡Ay sociedad! contempla con angustia
La triste escena que el cantor divisa:
La inocencia y el crímen, en dos almas
Cubiertas ay! de juventud y vida!
¡Duerme, Adolfo gentil: descansa y duerme:
Porque ay! si de tu boca purpurina
Escapa un grito, ó de tu fuerte brazo
Libre señal que manifieste ira,
La fina punta del puñal, en breve
Hará que tu alma de pasion nutrida
Del cielo rompa la region, que adorna
La atmósfera del mundo en que te agitas!
Mas no. ¿Qué idea, de repente cruza
Por la cabeza del bandido? ¿Es hija
De algun secreto sinsabor? Él llora,
Y ocultando el puñal, asi se esplica.

» Quién soy, gran Dios? un bastardo.
» Cuál es mi nombre? —Bandido:
» Revienta en hondo gemido
» De soberbia ¡oh corazon!

» Y tú, que has hecho los cielos
» Di, si á tu imágen hiciste,
» El nombre que me pusiste
» Y el horror, de esta mision.
» Por qué no abriste una tumba
» Cuando la vida me dieron ?
» ¡ Oh crueles ! en mí pusieron
» Mancha roja y eternal,
» Y ya su amor satisfecho,
» Como á objeto asaz inmundo,
» Me dejaron en el mundo
» Con un nombre criminal.
» Bastardo ! Entonce inocente
» No supe, no, que ese nombre,
» Era vergüenza en el hombre
» Y mancha en la sociedad...
» Desperté de mi letargo
» Y al ver á Dios, sin enojos,
» Me hicieron bajar los ojos
» Y ver mi fatalidad...
» Y vi sangre, y vi nublado
» Mi horizonte en esta vida :
» Tomé con mano atrevida
» El puñal del malhechor...
» Cuando en tu esfera me juzgues
» Y la angustia me taladre,
» Ponme delante á mi madre
» Y nos juzgarás, Señor !
» Mi madre ! á veces cual eco

» De los cielos desprendido,
» Ese nombre ha producido
» En mi, estraña sensacion :
» Oh ! tú que tal vez conoces
» A la que vida me ha dado,
» Di, si es ella, un cielo ornado
» De luz y de bendicion.
» Mi madre! sí : yo concibo
» Que una madre, debe al alma
» Darle santa y pura calma
» Y felicidad y amor. . .
» Oh ! porque si estoy llamado
» A maldecir á la mia,
» Tu mano ¡ oh Dios ! no me envia
» Un rayo esterminador?
» Oh! quién sabe si ese hombre
» En este lecho dormido,
» Su madre no ha conocido
» Y mi hermano acaso es?...
» Ah! perdona pues, si empuño
» Para tí sangriento acero ! »
Y con grito lastimero
Cayó el bandido á sus piés.
» Perdona!... no es ay! ahora
» El bastardo quien te espia :
» Es el bandido que un dia
» Al cadalso subirá :
» Es el cobarde asesino
» A quien ponen recio yugo,

» Y que si hoy, es verdugo,
» Mañana reo será...
» No despiertes!... duerme y deja
» Que en mi azaroso destino,
» Algun recuerdo divino
» Pueda en mi memoria hallar.
» Que si recuerdo á mis padres,
» En pago á su accion horrenda,
» En mí, cual única ofrenda,
» Sabré el hierro sepultar.

Calló el bandido. De repente escucha
Cautelosas pisadas que aproximan,
Y conteniendo su angustioso llanto
De pié, su mano sobre el rostro, crispa.
Joyas y cajas de valor inmenso
Los bandoleros en silencio hacinan,
Y en mil papeles, la riqueza vasta
En la que Adolfo su fortuna cifra
En saco enorme los tesoros ponen,
Casi ya apunta el resplandor del dia,
Lanzan el fardo, y en la calle suena
La voz de alguno que lo toma, y silba.
Y en gran cautela los bandidos bajan,
Por la ventana que les da salida,
Y con el fardo se dispersan todos
Menos aquel, que lágrimas vertia.

Pero de pronto en el porton retumban
Golpes tan rudos y tan honda grita,
Que el vecindario se despierta, acude,
Y en masa, por do quier, se arremolina.
Gritos resuenan : y el bandido en breve
Un arma, sin temores amartilla,
Ata á la reja, la ondulante escala,
Y á descender, sin vacilar, principia.
« ¡Ya están salvados! » (al bajar pronuncia)
Mas de repente un hombre que le atisba
Dispara un arcabuz, y entra la bala,
Del bandolero por la espalda misma.
Cayó. Y un mundo con terror se acerca :
Sangre derrama, la traidora herida,
Cien bayonetas por encanto brotan
Y el bandolero, dice en su agonía.
» ¡Disparad sobre mí! Soy un malvado
» Sin pátria, sin hogar, y sin familia :
» Tú, que me diste el ser : madre que acaso
» He de encontrar donde el Señor castiga,
» Recibe tú, la maldicion tremenda
» De aquel que en tus entrañas se nutria! »
(Y hunde el puñal en su robusto pecho
Y deja en todos, afliccion prolija).
» Tus cómplices do están?» (pregunta el gefe)
(Y el bandolero esfuérzase, se anima
Y prorumpe.) «Salvados!» (y sus nervios
Tiemblan, se crispan, y el bandido espira.)
¿Y Adolfo? En tanto que el bandido muere

Despierto ya, con Fritz por sola guia,
Vuela á un salon: y con feroz lamento
En los brazos de Fritz, se precipita.

V

Infeliz! ha comprendido
Que tras su lujo y riqueza
Preparábale honda sima
De vergüenzas, la miseria:
Ha medido el precipicio
En que le hundirán con fuerza
La envidia acriminadora
Y el vulgo de torpe lengua.
Pocos dias han pasado,
Y triste, Adolfo, recuerda
Sobre el puente de las Artes
Su decadencia funesta.
Y está entre nubes la luna
Corre sin murmullo el Sena,
Y en sus ondas los faroles
De los puentes, reverberan.
Ayer Adolfo, tenia
Créditos y alta grandeza:
Hoy á sí mismo se mira
Aun mas bajo que la tierra.
Todo el suceso imagina
Mas solo Adolfo penetra

De su desgracia terrible
La magnitud verdadera.
Solo él sabe que ayer tuvo
Extraordinaria opulencia
Y que hoy, es sombra tan solo
De su fortuna y sus rentas.
Oh! para aquel que ha nacido
Con recta naturaleza,
No hay cosa que mas le punce
Que el cúmulo de sus deudas.
Al pensar pues en sus compras
Y su boda ya dispuesta,
Y el espantoso ridículo
Que en toda Francia le espera,
Convulso Adolfo, el abismo
Del turbio Sena contempla.
¿Quién ¡oh cielos! creeria
Que del mundo la exigencia
Hace del hombre un autómata
Que se arroja á muerte acerba?
Oh! cuántas veces, le asalta
Al triste Adolfo, la idea,
De volver ay! á su Suiza
Y á las feraces praderas,
Donde mecieron su cuna
Los aires y las violetas!
Entonces piensa en la madre
Que ser y vida le diera
Y arrepentido, su mano

Pasa por su frente, y sueña:
Mas, hay sombras en el alma
Que ni miramos siquiera
Porque nos parece el crímen
Imperdonable. Ah! cuán llena
De angustia, se halla esta vida
Que disputamos con fiera
Voluntad, y sin que ocurra
Quitarnos la negra venda
Que de nosotros asida
De nuestros ojos no rueda.
Entonces el alma hermosa
Que tan sin sombras naciera,
Subiendo pura á los astros
Fuera de Dios digna ofrenda.
Mas ay! el aire del mundo
Y las circunstancias prueban
A derribarnos, y somos
Juguetes de su potencia.
Por eso, Adolfo, de codos
Sobre un puente, exhala penas
Y acaso un crímen medita
Por salvar nombre y hacienda.
Robáronle, sí. Mas lucha
Entre el amor que le asedia
Y la dignidad y brillo
Con que merecerlo anhela.
Y empero, en el horizonte
Al ver, una linda estrella

A deshora, piensa y dice
Con voz que lúgubre suena.

»¿Quién eres tú, que acaso centelleando
»De un mundo de miseria en la region
»Gallarda estás la claridad lanzando
»Que otro remoto sol, tal vez te dió?

»¿Quién eres, di? La luz de eterna esfera
»Perdida al lejos y que nunca vi
»Fuerza derrama en tu brillante hoguera
»Y de rosas te brinda un porvenir?

»¡Quién gozara, cual tú! reinando pura
»Con tu elocuencia llegas donde quier,
»Y al verte luminosa en esa altura
»Decirte lo que siento, no podré.

»Nadie penetra mi pesar profundo,
»Nadie mis penas, ha palpado aun:
»No me desprecia todavía el mundo
»Y mi angustia tal vez, conoces tú.

»Desprecio, sí: mañana convencidos
»De que mi gloria declinó, hablarán:
»Y la linda muger que me da oidos
»Carcajadas de oprobio, lanzará.

»¡Miserable de mí! ¿por qué confiado
»En la apariencia del amor creí?
»¿Dónde está el Dios que de beldad orlado
»Viera en los sueños de mi edad gentil?»

Dijo el gallardo mancebo,
Y en gran precipitacion,
A su casa en un momento
Y acongojado llegó :
Fritz en la puerta esperaba
Y al mirar á su señor,
De pié se puso y atenta
Reverencia le rindió :
Por escalera de mármol
De forma de caracol,
Llegaron á un elegante
Muy perfumado salon.
Fritz dió la correspondencia
Que en el dia recibió,
Y á una señal del que lee
Fuese Fritz : mientras de horror
Y á solas, harto inundado,
Tiembla Adolfo, en su emocion.
» ¡ Oh ! Todo está ya vendido
» Nada poseo ¡ gran Dios !
» Y estos contratos me dejan
» En horrible posicion...
» Confian en mi palabra
» Confian ¡ ay ! en mi honor

» Y mañana ¡cielo impío!
» Qué dirán los que ora son
» Tributarios, porque juzgan
» Mi riqueza superior?
» De Austria, Italia, de Calcuta
» En inmensa profusion
» Llegará, cuanto han pagado
» Mis banqueros de Francfort,
» Todo ¡ay Dios! para una boda
» De imposible ejecucion:
» Oh! colma tú, desventura
» La copa de mi dolor:
» Cólmala tú... mas yo tengo
» ¡Cielos!... una salvacion.
» Dejaré un nombre de sangre
» Pero de vergüenza... no. »
Y asi diciendo, lanzóse
Con vértigo de furor
A un armario del que pronto
Un arma, el jóven tomó:
Púsola sobre una mesa
Y con honda irreligion,
La pluma tomando, escribe
De tedio lleno y rencor.
Y en tanto el fantasma aleve
Viendo al suicida, sonrió,
Pensando que al fin lo deja
Descreido y muerto en flor.
Y en verdad que descreido

Muere el que loco atentó,
Cortar un hilo de vida
Que está en manos del Señor.
Pobre Adolfo! ese es el mundo,
Ese su instinto feroz.
Esos son ¡ay ! sus placeres
Sus fiestas y confusion:
Ese es ¡ ay! el torbellino
Que ruge amenazador,
Cuando los ojos se abren
A la realidad atroz.
Las cuatro han dado y concluye
Adolfo. Súbito dió
Un paso el fantasma, y luego
Hundióse en un corredor.
Despues, con el arma en mano
El jóven se levantó,
Mas al ver sobre una mesa
Una carta, sin temor
Rompió el sello, y cual de mármol
Leyéndola se quedó.
Una ventana está abierta,
Perfumado está el salon,
El aire vibra y las flores
Exhalan gala y olor.
Mientras el jóven, henchido
De quebranto ó de ilusion,
Trémulo y contrito lee
Lo que sigue, en sorda voz.

» Tú, nunca dudes de mi amor que tiene
» Hondas raices en el alma mia:
» Te ví: te amé: sin vacilar vejo
» Unido á tí, mi ardiente corazon.
» Y cuando el lazo de ternura sea
» Por la mano de un Dios, reconocido,
» Serás Adolfo, el hombre mas querido
» Y el astro, sin rival, de mi ilusion.

» Todo te sobra, si: tienes grandeza:
» Tienes brillo en el mundo que te admira:
» Y no por eso, mas por ti suspira,
» Mi pecho, en alas de su eterno afan.
» Todo te sobra, sí: mas pueda un dia
» Mi corazon ¡oh Adolfo! convencerte,
» De que al llevarme la traidora muerte
» Tuyos mis votos nada mas, serán.

» Ven, amor mio: ven porque te aguardo:
» Quiero verte ¡mi bien! á todas horas:
» Y escuchar tus palabras seductoras
» Y al eco de tus himnos, sonreir:
» Ven y darás á mi pesar consuelo
» Que solo verte mi existencia ansía:
» Por ti la vida nada mas, daria,
» Y contigo no mas, quiero morir. »

Y una histérica, odiosa carcajada
Rompió en su paso, la region del viento:
Y dijo Adolfo con tedioso acento.
« Amor!... mentira! ¿quién confia en él?
» Esta muger, me dice, que me ama;

» Y mañana tal vez, su afan profundo,
» Convertido en sarcasmo por el mundo,
» Será una copa, para mí, de hiel. »
Y apagóse la lámpara y la sombra
La frente del suicida, rodeaba :
Y el arma criminal, ya preparaba
Y el fantasma, detrás, se colocó.
« Adios ¡oh madre! » (Pronunció llorando
El triste Adolfo, al meditar en ella).
Y al disparar, el rayo de una estrella
Todo el cuarto, de pronto iluminó.
De pié se puso horrorizado el jóven :
Cayó el arma á sus piés : perdió su brio,
Y por su blanca frente, sudor frio
Sintió el bello mancebo, resbalar.
« ¿Quién eres tú, lucero que me indicas
» Que ultrajo á un Dios? » Y con fatal lamento
Asi Adolfo elevó su pensamiento
Con voz mas triste que la voz del mar.
« Ofendo al mundo, sí. Muero, y la sangre
» Venganza pide á Dios, contra mí mismo:
» Y hundo tal vez, la planta en un abismo,
» Y mancho un mundo que admiraba ayer.
» ¿Quién eres tú, lucero que fulguras
» En un cielo de sombras coronado?...
» Ah! te encuentro en mi mismo retratado
» Y te quiero una vez, obedecer.
» Viva yo, Sufra yo. » Y asi exclamando
Bañado él en claridad divina,

Desmayado quedó : torvo se inclina
El fantasma, sobre él, sin vacilar :
Y le toca, y pronun ia, mientras nota
Del astro, el disco de esplendor vestido.
« Por esta vez ¡ oh astro ! me has vencido :
» Pueda yo, tus destellos eclipsar ! »

VI

Mirad al triste jóven: con ánimo estraviado
Sin fuerzas en la mente, con pecho sin fervor,
En una noche clara, de angustias inundado
Entre sepulcros vaga, cual génio del dolor :
Avanza lentamente: mas por do quier murmura
El ruido que las hojas levantan á la par,
Y al eco, parecido, que forma la espesura,
O al eco, parecido, del choque de la mar.
¡ Y cuántos pensamientos en su razon germinan
Con direccion opuesta, llenándolo de afan :

Y cuántos ¡ay! recuerdos, sobre ellos ¡ay! se inclinan,
Cual rayos que desprende furioso el huracan.
¿Qué busca en tales sitios? ¿qué pide al alto cielo?
¿Espera entre las tumbas hallar consolacion?
¿Por qué viene turbando la paz que aqui en el suelo
No hallaron los que ocupan ahora un panteon?
No: no os diré su nombre: mas quién no ha conocido
El vasto cementerio que ahora miro yo,
Y si en Paris estuvo ¿quién es el que no ha oido
Hablar de un cementerio que á tantos admiró?
Elévase grandioso, de acacias rodeado,
Alzando mausoleos de gusto y perfeccion,
Cual templo de las almas que libres han dejado
El valle de amarguras do gime el corazon.
Elévase grandioso: turbando su sosiego
Adolfo empero vaga, sintiéndose quizás,
Como átomo que frágil no ha de acordarse luego
De que la Muerte escribe, para humillar. «Jamás.»
Jamás! palabra triste que al alma estremecida
Le causa, de repente, profundo sinsabor:
Jamás, cuerpo de barro, te sentirás con vida
Si aqui una vez el alma, se abate ante su Autor.
Y al ruido de las hojas, de súbito parado,
Adolfo, meditando, se pone asi á decir
Mirando allá en su mente, tal vez agigantado
Cuanto á sus ojos tiene, luctuoso porvenir.
» Venid los que del cielo vivís con la creencia:
» Venid para probarme, que el alma es inmortal:
» ¿Do está lo que orgullosos llamais la Providencia,

» Si aqui concluye todo, pues todo es terrenal?
»La muerte vale mucho. Paris allá rebrama
»Entre humo de festines que estallan sin cesar:
»Allá quedan la pompa, los crímenes, la fama:
»Y amores y locuras y vicios á la par.
»Aqui, queda el silencio. La muerte solo queda
»Con su espantosa y grande, tremenda realidad,
»Y mientra el vago mundo por los espacios rueda
»Bajo una losa cabe, del mundo la verdad.
»La muerte solo es grande: si al fin no hay una esfera
»Donde corone el alma su viva aspiracion,
»Feliz el que naufrague. Feliz ¡ay! el que muera
»Dejando cuantas dudas, abaten la razon:
»Aqui, cuantos misterios existen, conocemos,
»Y aqui tal vez, reimos del mundo, sin parar,
»Y solo entre las tumbas, al cabo comprendemos
»Lo que la mente humana, no puede penetrar.
»Que el hombre pida tanto! que el hombre tanto quiera:
»Que atruene tanto el mundo, para morir despues;
»Para volverse un polvo que el zéfiro esparciera
»Si diéranle por losa, la rama de un ciprés.
»Oh! necios de los hombres! se afanan por grangearse
»Un título, una renta, tal vez una opinion,
»Y acaso ¡ tristes de ellos ! no van sino á labrarse
»La losa de una tumba, do espira su ambicion.
»Mirad, hay una losa, y escrito en ella: «Talma:»
»El mundo en otro tiempo, coronas le brindó.
»Y el hombre extraordinario que arrebataba el alma
»En deleznable polvo, despues se trasformó:

»Y su alma? y su talento? ¡quedó su nombradia!
»Quedó lo que los siglos al cabo, destruirán:
»Lo que cual nombre oscuro, pronunciarán un dia
»Aquellos, que á este siglo, tambien olvidarán.
»Hermoso monumento mis ojos ven ahora:
»Kellèrmann» —han escrito: la luna brilla en él:
»Tù fuiste, grande héroe, del génio, clara aurora:
»Coronas te brindaron los reyes, de laurel:
»En Valmi tus hazañas á Duque te elevaron:
»Y niño ante la muerte, viniste aqui á espirar,
»Y luego un monumento con piedras te brindaron
»Que al fin, en tosco polvo, tambien se ha de tornar.
»Y pude yo, un momento, de Suiza ante la estrella
»Heróicas ambiciones y triunfos concebir,
»Si el hombre deja en todo, perecedera huella,
»Si ¡ay! todo entre los hombres, al fin ha de morir?
»Cuvier» —dice mas lejos. Allí se vé su nombre:
»El gran naturalista, la muerte no impidió:
»¿Qué importa que este mundo, leyéndolo, se asombre
»Si aquel talento inmenso, por siempre se eclipsó?
»Mi planta ha tropezado: la luna gira lenta:
»Hay una losa. En ella, tu nombre, cruel Barrás:
»Mis ojos se humedecen: mi planta se ensangrienta:
»Un dia; acaso un dia, tambien despertarás?
»¿Do está tu Directorio? ¿do está tu muchedumbre?
»¿Y dónde el trono ilustre del inocente Rey?
»Llegaste á estos abismos, despues de tanta cumbre,
»Habiendo ennegrecido los libros de la ley.
»Pasemos. Oh Abelardo! Tu monumento miro,

»Herido por la luna que esparce su fulgor;
»Oh! dí: dónde dejaste tu último suspiro
»Y el eco melodioso del arpa de tu amor?
»Contempla tu Eloisa: mas ay! que separados
»Realmente por la muerte, sentís angustia tal:
»Quién sabe en cuales astros vagais esperanzados
»Sin veros, pero ardiendo de fuego celestial!
»Arago, alli descansa: las flores han nacido
»Sobre la frente ilustre del grande pensador:
»Despierta y dime al punto, si ahora ves ceñido
»De viva luz, el mundo que concibió el Señor:
»Entonces yo, las alas levantaré divinas
»A los brillantes cielos que descubriste tú:
»Esferas deliciosas tal vez, y peregrinas,
»Ornadas de azuzenas y franjas de tisú.
»Pero ah! qué es lo que miro? «Musset» aqui escribieron:
»La sangre á mi cerebro lo inunda y la emocion:
»¿Qué grandes tempestades ¡oh jóven! te pusieron
»Cual caña que arrebata furioso el aquilon?
»Sin duda comprendiste que es corta la existencia?
»Que todo aqui concluye: y entonces génio audaz
»Fundaste en los placeres el libro de tu ciencia,
»Y todo lo mirastes ó inútil ó falaz!...
»Oh! duerme: qué me importa que bajo losa fria
»Descansen las virtudes del mismo Beranger,
»Que Ney alli repose: que allá de su armonía
»No pueda Cherubini los ecos poseer?...
»Musset: yo te saludo: levanta pues la frente:
»Hoy dia la desgracia, me colma de afliccion:

»Serás el gran modelo que pueda dignamente
»Hacer que yo me olvide del mundo y su ilusion.»
Y asi diciendo Adolfo, del cementerio fuera
Se lanza, murmurando palabra criminal,
A tiempo que el fantasma lo sigue en su carrera
Vestido de lacayo, con vértigo fatal.
Los dos, van á caballo. Y el polvo que levantan
Se eleva como espumas que arroja el ancho mar:
Y en tanto los cipreses del cementerio cantan
Al Dios que á las estrellas las pudo iluminar.

—«¿Sois vos Adriana?» pregunta
Con voz que sonora vibra,
El arrogante mancebo
A una muger peregrina,
Que va en un coche, tirado
Por dos caballos, que indican
El gusto y la alta riqueza
De la que en el coche, brilla,
Como el astro magestuoso
Que da colores al dia,
Matiz á la primavera
Y trenzas de oro á la brisa.
Adolfo está interiormente
En lucha que no descifra,
Porque le ahoga el ambiente
De dudas en que respira.
Adolfo está como el hombre
Que consigo mismo lidia,

Sin atreverse á lanzarse
De los vicios en la sima.
Detiénense los bridones,
La hermosa al mancebo invita,
Él abandona el caballo,
Y haciéndola compañia,
La dirige galanteos,
Que la exaltan y fascinan,
Mientras Fritz, conduce, al lejos,
Los corceles, que se irritan,
Y dejan la vaga atmósfera
Abrillantada con chispas :
Es Adriana, una morena
Que con sus ojos cautiva,
Porque en ellos, puso fuego
El astro de Andalucía:
Negro el cabello, la boca
Como una flor esquisita:
Pecho elevado ; y las frases
Galantes á maravilla.
—« ¿Estáis triste? » (dice á Adolfo;
Y fija en él indecisa,
Una mirada que espresa
Felicidad infinita).
—« Estoy muy triste » (con honda
Sepulcral voz le replica,
Adolfo á la dama, y ella
A que se esplique le obliga)
—« Busco, Adriana, alguna cosa

» Que haga olvidar en la vida,
» Los mil pesares que al alma
» Desengañan y aniquilan.
» Y busco, lo que os declaro,
» Con tanta ansiedad ¡oh amiga !
» Que vivo, pero en regiones
» De horrible melancolía. »
Calló el mancebo, y la dama
Con carcajada maligna
Burlóse de los quebrantos
Que el triste Adolfo la indica.
—« Oh! yo os prometo, que puedo
» Moderar vuestra agonía. »
(Ella dice) y en él, tierna
Mirada de amores fija.
Y esto espresando, se acercan
Hácia una casa, vecina
A la de la alba princesa
A quien Matilde apellidan:
Detúvose la carroza
Que en lujo y en galas rica,
Refleja la luz dorada
Que el alto zénit, envia.
Al cabo de media hora
Con un peinador, vestida
De color blanco, y en una
Sala aromada y magnífica,
Adriana al jóven presenta
Una copa de ámbar, fina,

Llena de un Rhin que le presta
Palabra á la poesía:
Y Adolfo bebe. Y Adriana
Bebe á la par: y aturdida,
Ora en un piano ejecuta,
Bellísimas melodías,
Ora en un arpa, recuerda
Cien serenatas sentidas,
O de Byron las estrofas
Con amargura recita:
Ved sus ojos africanos:
Su tez brillante y pulida,
Y el ébano de unas trenzas
Que en la espalda se desrizan.
Ved su cintura, cual onda
Temerosa y fugitiva,
Que tiembla al rayo de un astro
O al suspiro de la brisa.
—» ¿Quién tanto lujo sostiene,
» Adriana? ¿quién os anima
» Para seguir una senda
» Que al corazon estravia?... »
—» ¿Quién? » (Adriana le contesta)
» Un lor que siempre me brinda
» En cambio de mis desdenes
» Dineros á maravilla:
» Fué de alto rango mi madre:
» Pero, de amor encendida
» La dí al olvido, y del mundo

» Contemplé la perspectiva.
» Amo esta vida ! » (Y en breve
Cantó una endecha, y la risa
Del desencanto, su boca
Dejó de encantos ceñida.)
¡ Oh muger ! ángel glorioso
Que si al mal se precipita,
Es un demonio, que al génio
En un precipicio abisma !
—« ¿ Quereis un favor hacerme ? »
—« Sí tal » (con galantería
La dice, súbito el jóven,
Y asi la Adriana se esplica).
—« A las cuatro, iréis al Louvre;
» Y en la primer galería
» Del grande hotel, con un hombre
» De faz, que honradez implica,
» Hablaréis : el tal, en pago
» De esta carta y de esta firma,
» Os librará, mas ó menos
» Cincuenta mil esterlinas.
» Y no os asombre : hay personas
» Que de orgullosas se pican,
» Y por un gusto profano
» Se despechan y se arruinan.
» En vos mi confianza pongo :
» Y pues que no os perjudica,
» Cobrad : que yo, mientras tanto
» Engañando al que me auxilia

» Con tal suma, me preparo
» A hacer una entrada, en Lima. »
—« Bien está : » (dijo el mancebo)
Tomó la carta, é improvisa
Se ennegreció, su agradable
Y ardiente fisonomía.
Entraron al punto, riendo,
Seis damas, cuyas pupilas
Derraman la viva llama
Que á los cielos poetiza;
Con ellas dos hombres llegan
Y entre algazaras y vivas,
Corrieron vinos que turban
Y exaltan, la fantasía ;
Eran las dos : presto Adriana
Con altivez y con prisa
Bajó por ancha escalera
Con ellos por comitiva;
Y en carrozas que resuenan
Y alta riqueza atestiguan,
Partieron hácia la Opera
Prometiéndose una orgía.

Las cuatro son. Enamorada y lenta
Luna gentil, vertiendo resplandor
Acaso al cielo, cuando gira, cuenta
La historia y porvenir de su ilusion.
Rueda gallarda por el vago cielo,
Trovas inspira de emocion veraz,

Y el éter claro, cual radiante velo
La circunda su rostro angelical.
Y ella se ostenta, espléndida y gozosa
En medio al ancho firmamento azul,
Lanzando sobre el mundo, y silenciosa,
Torrentes suaves de argentada luz.
Un hombre, en pié, con ilusion la admira
Ebria su mente que la invoca ya:
Y él entre nubes que flotantes mira
Acaso un rostro, observa, y celestial.
« ¿Y yo te perderé?... » (Dice inundado
Adolfo, de sublime exaltacion)
« ¡Nunca, bien mio! el ánimo, colmado
» Siempre tendré de inspiracion y amor.
» Do quier que tenga tu ilusion ardiente,
» Do quier que mire tu lozana faz,
» Alli, por siempre, te daré vehemente,
» De mi pasion, la gloria sin rival.
» Ya nada tengo de virtud divina.
» El crimen pues, me sirve de plantel:
» Solo en ti creo, seductora ondina;
» Y contigo la Francia dejaré:
» Mas ay! tú ignoras que se vé perdido
» El hombre ardiente que elegiste tú.
» Que debo ser tu esposo, tu marido,
» Premiando tu belleza y juventud.
» ¿Qué lujo te daré? ¿qué ricas galas
» Podrá ofrecerte, tu infeliz señor?
» Tiende en los cielos tus ligeras alas:

» Mi amor fué un tiempo, lo que ya no es hoy.»
Y asi diciendo, mira que á lo lejos
Un hombre en medio de una calle está,
Luna de paz, velando sus reflejos,
Y viéndose una estrella centellear.
» Es él, sin duda! » (pronunció encendido
Adolfo, de perversa inclinacion:
Y al moverse, el destello desprendido
De la alta estrella, en lumbre lo bañó.)
Y Adolfo se detiene: y agitado
No se atreve sus plantas á mover:
Se siente, á aquella luz encadenado:
Vacilan ¡ ay ! sus labios y sus piés.
Tal vez al miedo, atribuyó su fuerte
Inesplicable y rápida impresion:
Y un sudor, mas odioso que la muerte,
Por su frente á su rostro deslizó.
Y el rayo de la estrella lo ilumina,
Con lampos de brillante claridad:
Y una voz que al mancebo lo domina,
Oye en sí mismo, el jóven resonar.
« Di: ¿ qué piensas hacer? por vez primera
» Vas, un crímen tremendo á cometer:
» Vas á mentir á la amistad, que austera
» Creyó tu corazon, honrado y fiel. »
Y esto oyó el jóven, y á su rostro hermoso
Delirando, las manos ¡ ay ! llevó:
Y como aquel que se arrepiente, ansioso,
Traduciendo su acento, su emocion,

La planta lleva con incierto paso
Hácia el hombre, que en tanto espera allí:
Y de la luna al resplandor escaso,
Le da el papel, con mano varonil.
Y aquel hombre leyó: y al par queriendo
El dinero en billetes entregar,
Con ceño de furor y rostro horrendo
Y agitando, magnífico un puñal,
«Guardad, guardad vuestra riqueza!» (clama
Adolfo en honda y cavernosa voz).
Y ocultando el puñal, miró la llama
Del astro, y con temor, desapareció:
¡Y un grito oyóse, que aterró al Averno
Resonando en las nubes, con fragor:
Era el fantasma, que con voz de infierno
Vencido por la estrella, blasfemó!

Está la tarde nublada,
Y el crepúsculo se tiende
Melancólico, y suspende
Do quier un velo fatal.
Es una tarde de aquellas
En que el alma que delira,
Halla en sí misma, la lira
De sonido celestial.
Pasan las horas en calma
Y el sol en la altiva esfera,
Derrama su luz postrera
Como postrera ilusion:
¿Quién en tarde mal velada
Pero á espacio seductora,
No tuvo triste, una hora
De duelo en el corazon?
En esa hora enmudecen
Las olas del claro rio:
La alta estrella en el vacio
Lanza opaco su esplendor:
Y las aves en las ramas
Que errante el viento no agita,
Al cielo cuentan la cuita

De un pájaro ó de una flor.
Si amamos, entonces somos
Mártires del amor mismo:
No es él, cielo: es un abismo
De imposible esplicacion:
Y si por caso, respira
Vagando ligero el viento,
Su voz nos causa tormento
En vez de hermosa ilusion.
Oh! cuàntas ay! cuántas veces
Pedí á Dios que me esplicara,
Este mundo, y descifrara
Cuanto no puedo sondear.
¡Cuantas veces tuve el llanto
En mis ojos suspendido,
Al escuchar el gemido
Por la tarde, de la mar!
La frente sobre una mano
Y alumbrado el aposento,
Con un triste pensamiento
Allá en la imaginacion,
Pronunciando con zozobra
Frases tal vez sin sentido,
Adolfo se halla oprimido
Por su duelo y su afliccion.
Y al peso de triste idea
Adolfo que no reposa,
Piensa ó siente alguna cosa
Que lo hace, implacable ser.

Y mesando sus cabellos,
Y en acento vacilante,
Dice con pena constante
Que hace á Adolfo estremecer.
« ¿Por qué si la flor ostenta
» Sus mil galas deliciosas,
» Y hojas estiende radiosas
» Henchidas de seduccion,
» No puedo, yo, flor impura
» Y en un pantano nacida,
» Ser cual ella y mas garrida
» Ostentar mi perfeccion?...
» ¿Por qué, mas que yo dichoso
» El pájaro el aire hiende,
» Y en los matices se enciende
» Del resplandor, que el sol da,
» Y yo, pájaro estraviado
» En triste y errante vuelo,
» Suspiro en mi desconsuelo
» Y honda pena, siento ya?... »
Asi en un mar de amargura
Adolfo su frente oprime,
Y duda de Dios, y gime
Con horrible sinsabor;
Y al fin, en supremo esfuerzo
Pronuncia de pena henchido:
« ¡ Cielos! cuán débil he sido:
» Y cuán profundo, mi error.
» Pude ser grande: yo pude

» Dejando el suelo de Francia
» Vivir en oculta estancia
» É independiente vivir:
» Mas ¡ay! el astro tremendo
» De mi destino, me guia,
» Y acaso en tumba sombria
» Reserva mi porvenir.
» Necio! necio! vive ahora
» Con tu quebranto y tu duelo:
» Siembra virtud, con desvelo;
» ¡Oh tú! cobarde razon.
» Cien víboras me desgarran
» Con diente de hierro el pecho:
» ¡Oh vil infierno! ¿qué has hecho
» Dándome tu, salvacion? »
Y tomando unos papeles
El jóven, cuando los mira,
Deshecho en llanto, suspira
Sin remedio á su dolor.
« ¡Dos mil luises, solo quedan
» De mi grandeza soñada:
» Despues de esta suma, ¡ nada!
» Y esto es justicia, Señor?...
» ¡Oh tú! delirio radiante
» Que idolatro con locura:
» Orígen de la ternura
» Que te consagro inmortal:
» Muger de espíritu ardiente
» Que muerto de afan, adoro:

» Sublime, y rico tesoro
» De una pasion eternal;
» Quiera el cielo, que la estrella
» Infernal, que me ha impedido
» Dejar roto, envilecido
» Mi pecho, como soñé,
» A tí te sirva en el mundo
» De astro suave y deslumbrante,
» Que luz ponga en tu semblante,
» Y en tus pupilas la fé.
» Adios! Yo parto. Mi nombre
» Será de sarcasmo objeto:
» Público será el secreto
» De mi desventura... ¡adios!»
(Y al salir, se abrió una puerta,
Y apareciendo una dama,
Adolfo, aturdido, esclama
Y cayendo en tierra.) «¡Oh, Dios!»
Velo negro sobre el rostro
La hermosa jóven ostenta:
Y en una angustia violenta
Siente el alma zozobrar.
Y al volver en sí el mancebo
Y al verse, con pasmo tanto,
Rompieron los dos en llanto
Y tornáronse á abrazar.
—»¡Oh! mehas oido?» (la dijo)
—«Todo lo sé:» (le responde
La dama y no sabe donde

Adolfo, hallar espresion)
Y al hablar, puso la mano
Sobre sus labios la bella,
Y el rayo azul de la estrella
Penetró por un balcon.
—« Tú me prometes, Adolfo,
» No partir?... » — « Si : te lo juro »
La dice Adolfo. Inseguro,
Y llorando la abrazó:
—» ¿Dónde vas? » (él la pregunta)
(Y ella por hablar se afana
Y al fin, le dice)— « Mañana
Nos veremos!... » (Y partió).
Abrió Adolfo prontamente
Una ventana, do hermosas
Aromas vierten las rosas
Entre guirnaldas de lis:
Y con lágrima que pura
De sus quebrantos brotaba,
Vió el coche do se alejaba
La marquesa de Paris.

VII

Al fin, despues de haber creido en todo, de todo dudamos; nos desprendemos de una vanidad pueril, y tornamos los ojos al cielo, convencidos del poder de una naturaleza superior.

A. V.

¿Qué es el amor, que el universo canta
En himnos mil de ardiente poesía?
¿Qué es el amor que al corazon encanta
Bañando en esplendor la fantasía?...
¿Qué es ¡ay! la llama seductora y santa
Que en este mundo á los mortales guia,
Los arrebata en inmortal desvelo,
Y los levanta á la region del cielo?
Es de oro y luz la pluma fulgorosa
Que á Dios el númen del amor debiera,
Para llevarnos á la gloria hermosa
Donde la vida en su pureza impera,
Donde el alma, sin límites y ansiosa,
Desenvuelta, y radiante, y hechicera,
Huella la eternidad, el tiempo mide,
Y el giro eterno de la luz preside?
Ay! Amor, es la dicha presagiada
Despues del llanto, incertidumbre y pena:
Flor para el alma nada mas creada:

Espléndida ilusion, de encantos llena.
Luz de la Suma Esencia destilada
Que enluta el alma ó el dolor serena:
¡ Emanacion de un Dios que asaz fecundo
Por el mar del amor, conduce el mundo !
¿ Quién le dió esplicacion ? ó qué armonia
Como la suya en celestial torrente,
Llevó tras sí la Creacion, que un dia
En alas fué de su ilusion vehemente ?
Quien por su Dios y sin temor moria :
Quien por la pàtria en ímpetu elocuente:
Quien con la fé del exaltado bardo,
Eternizó su amor, como Abelardo.
Perenne, inmensa, inagotable fuente
De donde todo para el orbe mana,
Hasta llegar al cauce refulgente
De una existencia que á la luz se hermana :
¡ Aire de aromas ! delicado ambiente
En donde la virtud, respira ufana,
Y en alas de carmin, Dios infinito,
Sostiene el universo que yo imito.
Ni tuvo nunca esplicacion alguna,
Ni á su llama el mortal es insensible:
Gemelo eterno de la misma luna,
Vaporoso comienza... indefinible.
Se agiganta despues : y como en una
Grave region de cielo bonancible,
Allá vagamos á merced del viento,
De un espontáneo y libre sentimiento.

Vemos abrirse de fragancia henchida
La suave copa de una flor brillante:
Vemos pasar un ave enardecida,
Lanzando trinos en delirio amante.
Lejos, muy lejos, una luz perdida
Que salva de un abismo al caminante,
Mas ¡ay! el hombre que anhelante gira,
De amor, el astro sin sosiego mira.
Y luego vemos unos garzos ojos
O un seno blanco, trémulo y saliente;
O una sonrisa que disipa enojos,
O un bello, irresistible continente:
Y olvidando del mundo los abrojos,
Damos el alma, en ilusion ferviente,
Y nos finjimos la verdad mas pura
En la muger que ostenta su hermosura.
El ténue roce del cendal flotante,
El movimiento de su lindo cuello,
El suspiro, la frase vacilante
Llevado al punto, el corazon, por ello,
Nos embriagan, con éxito constante,
Y amor le sirve á la intencion de sello,
Y su demencia y vértigo nos guia
A esferas mil, de aroma y fantasía.
De las abejas que al pasar zumbando
Se posan en la tímida violeta,
No es la miel que del cáliz van libando
Tan dulce ¡ oh Dios! cual la ilusion secreta,
Que siente aquel que enardecido, cuando

Muestra en el pecho, celestial saeta,
Cifra sus dichas en la fiel mirada,
De una muger que vive enamorada.
Y cuan gallardo y delicado hechizo
Nos fascina el espíritu impaciente,
Cuando nos da con timidez un rizo,
Un lazo, guante, ó flor resplandeciente:
Dios que á su noble criatura hizo,
La cubre entonces y donosamente,
De un casto velo de el amor figura
Cuadros de gloria y de cabal ventura.
Ama el poeta, y en su lecho admira
Las áureas alas de vision preciosa,
Y delirante de pasion, se inspira
Siendo el verso su música armoniosa.
Ama. Y pulsando la sonante lira
Postrado al pié de la vision radiosa,
Llora de amor y tiembla estremecido
Como en la rama el ruiseñor herido.
El sabio en la lectura entusiasmado,
El libro cierra y muéstrase demente:
Toda su ciencia y su saber logrado
Le sirve ¡ ay Dios ! de pira refulgente:
De manantial que en curso inesperado
Con él arrastra, al rebramar potente,
Ondas de luz al septentrion lanzando
Y á la sublime humanidad llevando.
¡ Si ! Tú tambien, humanidad, rendida
En fuerza del narcótico suave,

Vas grandiosa, resuelta, y aturdida,
Con movimiento magestuoso, grave:
Ay ! tú adelantas como fiera herida
Que del desierto la estension no sabe,
Y allá en tu arrojo, muchas veces ¡ triste !
¡ Ay ! tu amor, en un lodo convertiste.
Y como el cuerpo de feroz serpiente
Que á ciervo dócil de anudarse acaba,
Fatal constriñe y al luchar potente
Lo hace espirar cuando sus miembros traba,
Asi el dolor, en cólera insipiente
Cuando el fértil Edén se profanaba,
Se asió del mundo en bárbaros enojos
Fuego y sangre brotando de sus ojos.
¡ Ay ! cuantos soles que en cenít se vieron
Tanto mal alumbraron, y agonía:
¡Ay ! cuantas almas el dolor sintieron
Mientras en Dios la humanidad creia:
Y cuántas ¡ ay ! fanáticas creyeron
En un delirio de expiacion sombría,
Y en alas de otro amor, ante el Eterno
Tuvieron por altar, el mismo Infierno ! —
Ved, al que un dia, en canto de ventura
De Suiza en las montañas, admiraba
Su misma paz, bajo la eterna altura
A do su ardiente inspiracion volaba.
Hoy, cercado de pena y desventura
No como cuando, en Suiza deliraba,
Infiernos siente, y afliccion, y duelos

Que acaso nunca abatirán los cielos.
Ave de blancas, seductoras plumas,
Que en pos quizá, de un horizonte hermoso,
Atrás dejó, del aire, las espumas,
Donde el iris se ostenta delicioso:
Y luego hallando un piélago de brumas
Y al eco audaz del trueno fragoroso,
Dando gemidos de agonía lenta,
Víctima fué, del rayo y la tormenta.
¡Ay del que loco en ilusiones fia
O despreciando el mundo, el que ha juzgado
Poder triunfar de la borrasca impía
Que á los hombres el mundo ha preparado:
No alumbra el sol, que en el cenit envia
Fuego al orto y poniente ensangrentado,
Luz solamente para el bien. Su tea,
Tambien para los males centellea!
El alma llena de ilusion radiosa
Y á favor tan inmenso agradecido,
Adolfo, en una sala deliciosa
Colmado de favores y aplaudido,
Ante gallarda muchedumbre ansiosa
Como en sus dias de esplendor, vestido,
Con la Marquesa, y jubiloso danza
Vertiendo luz, el sol de su esperanza.
Su pecho es confusion: delirio ardiente
Lo fascina á la par: de afan colmado
Recuerda que una tarde vió doliente
A la mujer que amores le ha inspirado,

Y que despues, en hora en que vehemente
De Dios tal vez, dudaba arrebatado,
Noticia recibió y en noche hermosa;
Tuvo á su dama ilustre, por esposa.
Su pecho es confusion. Se vé rodeado
De cuantos hace poco, presintieron
Que estaba el Suizo espléndido, arruinado,
Y criminal ó necio le creyeron:
Y al ver su sueño, con pesar ¡burlado,
Los mismos ¡ay! que sin rubor le hirieron,
Aplausos mil y mil le dan ahora,
En medio de una orquesta tentadora.
Y es tal, de los salones la riqueza,
Y tal el lujo que do quier se mira,
Que los ojos no ven sino belleza,
Y enamorado el corazon, admira.
Y no pudo tal vez, naturaleza
Ni aun al compás de su brillante lira,
Vision mas linda imaginar que aquella,
De rostro seductor, y forma bella.
Mas aunque Adolfo disimula en tanto
Que la vibrante música resuena,
Tal es su confusion, y tal su encanto,
Que de zozobras y de amor se llena:
Y á sí mismo se dice, en voz de llanto,
Que allá en el fondo de su pecho suena.
« ¿ Será su amor ¡ oh cielos ! tan profundo,
» Que desprecie la voz de todo un mundo?
» Palpita ¡ oh corazon ! poco faltaba

» Para que el vulgo de París, supiera
» Que el brazo de la ley me amenazaba,
» Sin treguas ¡ay! sin compasion siquiera:
» Y esta muger me salva? Y ella acaba
» Todos mis duelos, y devuelve entera
» Luz á mi honor... un Dios siendo testigo?
» Muger digna de un Dios, yo te bendigo. »
Y asi entre danza bulliciosa, en hora
Llena de encanto y galas, y avanzada,
En el mismo palacio en que atesora
La dama altiva, su ilusion soñada,
Alli donde una noche, encantadora
Y en un espejo se miró copiada,
En casa tan gentil, pasa la escena
Que no exagera mi infecunda vena.
La Corte ha estado en el salon suntuoso
De aromas, rosas, y de luz ceñido:
Y Adolfo piensa con desvelo ansioso
En el astro de paz, qué vió encendido:
¡ De cuanto abismo oscuro y lastimoso
Le ha salvado el fanal, que suspendido
Ha visto veces mil, en alta esfera,
Como del mundo protectora hoguera!
Y nada entiende. Y su razon, en vuelo
Rapidísimo, cunde: y asi henchido
De amor inmenso y de fecundo anhelo
Vaga, en espacios de ilusion perdido.
Y la Marquesa, con cabal desvelo
(Aunque tal vez el corazon nutrido

De pena y sinsabor), rie en la fiesta
Y danza al eco de la suave orquesta.
  Suenan las dos: dispensan la salida
Cuantos allí, la han tributado flores;
Y ella, de aromas en un mar hundida,
Exhala gracias, y respira amores.
Y tras un hora, trémula y rendida,
Y aceptando homenages seductores,
Y bienandanzas mil, dice hechicera
Adios á un Conde, que su adios espera.
  Y desde suave, y oriental ventana
Contempla Adolfo el grupo bullicioso
Que del palacio al pié, goza y se afana
Rugiendo como un piélago espumoso:
Vuela su nombre y nadie lo profana,
Y elogian todos, al que asaz lujoso,
Con pompa tal, en Francia ha conseguido,
Tan gallarda opinion, y tanto ruido.
  Y aquel mar se disipa: ya reinando
El silencio de quier, Adolfo llora:
Y su esposa lo mira, y devorando
Lágrimas ¡ay! de angustia roedora.
Y las ventanas un ugier cerrando,
En una sala, do el encanto mora,
Dice á Adolfo la dama, en cuya frente
Derrama abril sus gracias, suavemente.

— « Adolfo: tal vez ignoras
» Lo que puede cuando ama,

» Un corazon que reclama
» Constancia y alta pasion.
» Tal vez ignoras que puede
» Una pasion elevarse,
» Y cometer al cegarse
» ¡ Oh Adolfo ! su perdicion.
» Yo te adoro: nunca llena
» De interés, te amé, ¡ bien mio!
» Quise pues, con mi albedrio
» Tu pasion divinizar.
» Quise en ti, ver mi esperanza:
» Quise en ti, ver mi lucero :
» Quise en ti, ver hechicero
» Mi ángel puro y tutelar.
» Tu lujo me deslumbraba,
» Mas nunca, no, me atraia :
» Te amé, porque en ti veia
» Mi cielo el mas seductor.
» Te amé por eso ¡ oh Adolfo !
» Y entonces apasionada,
» Te consagré fascinada
» La constancia de mi amor.
» Te prometí que seria
» Tuya tan solo : y en alas
» De este afan lleno de galas
» Imaginé un porvenir :
» Y en hora en que la desgracia
» Te amenazaba inclemente,
» Quise entonces, consecuente

» Cuanto te dije, cumplir.
» Gran Dios !» (Adolfo prorumpe)
(Y ella le dice) « ¡oh! escucha.
» Inmensa ha sido la lucha
» Pero mi pasion triunfó.
» Y de todo cuanto miras
» Nada ya me pertenece:
» Mi amor, mas profundo crece:
» Pero pobre quedo yo.»
» ¡Qué escucho! » (dice el mancebo)
» Si.» (La dama le responde)
» Nada mi pecho te esconde:
» Todo al fin te lo diré.
» Todo! atiéndeme. Sabia
» Que estabas ¡ay! arruinado:
» Perdido en fin, desolado
» Para siempre! y lo lloré.
» Y cuando en aquella tarde
» En que la verdad oia
» De tus labios, yo salia
» De tu casa, con afan,
» Oh Adolfo! Dios solamente
» Sabe el eco que brotaba,
» Y el fuego que atesoraba
» De mi pasion el volcan...
» Y vendí! lo vendí todo:
» Y por elevar tu fama
» Y ser tu esposa y tu dama
» Fiesta tal, determiné.

» París te aplaude y te juzga
» Rico y digno de atenciones :
» Y yo te doy mis blasones,
» Mi corazon, y mi fé ! »
    Atónito al escucharla
Quedó Adolfo; y un momento
Tuvo de tal sentimiento,
Y asombro y afecto tal,
Que al fin, rompiendo en un lloro
Que amor solo, revelaba,
Mil veces ¡ ay ! la besaba
Con arrebato inmortal.
    « Partamos pues » (dijo el jóven)
» Lejos, muy lejos vivamos :
» Nuestros suspiros unamos
» Viviendo en una ilusion.
» Y de Suiza entre los lagos
» Que te admiren solamente,
» Serás el ángel luciente
» De mi altiva inspiracion.
    » ¿ No ves ?» (le dice en delirio
De pasion profunda y bella)
» No vés, no vés una estrella
» Con rayos para los dos ?
» Ven, mi vida ! ven, y juntos
» Su rayo ardiente sigamos :
» Ven con tu Adolfo, y sepamos
» Que hay en los cielos, un Dios ! »

VIII

Truena el cenit.—Como azotado el viento
Por las alas de un genio sin ventura,
Ruge en los Alpes, y la inmensa altura
Devuelve en ecos el tremendo son.
Truena el cenit: en medio de unas rocas
Que miedo ponen en el alma ardiente,
Una muger con frase reverente
Asi eleva á los cielos su oracion.

« ¿Qué me importa, Señor, que el torbellino
» Estremezca mi frente en su carrera?
» ¿Qué me importa gran Dios? harto severa
» La tempestad de mi dolor brotó.
» Báculo frágil, sin pavor, empuño:
» Tosco trage me sirve de vestido:
» Tengo por eco mi infeliz gemido,
» Y en mar de sinsabor, naufrago yo.

» Dos años esperé: dos años ¡ cielos !
» De incertidumbre y penas y agonía:
» Siempre llorando me encontraba el dia,
» Vagando yo, de mi esperanza en pos.
» Oh! las que llenas de fervor profundo
» Cifrásteis vuestras glorias en un hijo,
» Venid, y ved que en mi dolor prolijo
» Solo me queda por consuelo, Dios. »

»Niño, y del mundo en la fatal corriente,
»Por la suerte, á las ondas entregado,
»Dióme al olvido, y de pasion colmado
»Suspiró, sin cesar, mi corazon.
»Y todo en vano! ingratitud odiosa
»Pago al amor de mi existencia ha sido:
»Y tú, gran Dios, aumentas el olvido
»Del hijo á quien consagro mi ilusion?

«¡Nadie me escucha! el eco en la montaña
» Solo me dice que merezco penas:
» La muerte infiltra en mis exhaustas venas,
» Oh tú, que puedes mi dolor calmar.
» Tú! que á los vientos por do quier, impulsas,
» Tú, soberano Ser, calma mi llanto,
» Y suba hasta tus piés el triste canto
» De quien tiene en su espíritu un altar.»

Buscando senda en los inmensos Alpes
Y á la luz de relámpago luciente,
Una muger que invoca humildemente
Al Ser que al mundo, salvacion dará,
Suelto el cabello, la ilusion perdida,
Por una cuesta solitaria avanza,
Su mente en mar de sinsabor se lanza,
Y herida y mustia y vacilando está.

Oh! dejadla llorar. ¿Sabeis que siente
Una madre infeliz que ausente adora

Y busca, sola, y en incierta hora
Al hijo ingrato, á quien la vida dió?
Oh ! dejadla llorar! no existe lira
Que pueda hundir ese dolor tirano :
Mirad su frente, y contemplad la mano
Que la cuna del vástago, mecio ..

Y detiénese al fin: oye la triste
Inusitado ruido en la espesura :
Atenta escucha : su desgracia augura,
Y tiembla llena de zozobra infiel.
En fiera marcha, respirando fuego,
Dejando al paso torbellinos rojos,
Dos corceles contempla, en cuyos ojos
El rayo lanza, su destello cruel.

» ¡ Serán tal vez, los que talando habitan
» Todo el alto Piamonte !» (triste esclama)
Y de repente el horizonte brama
Y el rayo enciende un árbol colosal.
Y los brutos detiénense : y al eco
De la palabra que la triste lanza,
—«¿Quién va?» (pregunta un hombre) y sin bonanza
Parte del cielo, un eco funeral.

—« ¿Quién va, decis?» (responde la viagera).
» Nada temais de mi : no temais nada :
» Una muger soy yo, que atormentada
» Va sin sosiego, á la fatal Paris.

—« Y cómo, en noche tal? » (dicen con miedo
Una muger y el hombre que pregunta;
Y la viagera sus esfuerzos junta
Y dice.) —« Vos para mi bien venís?

» Busco, señor, un hijo. Dios un dia
» Me lo otorgó: partióse en hora aciaga,
» Y hoy con su olvido, mis caricias paga
» Y enferma de hambre, sin consuelo voy. »
(Y á la luz del relámpago, confusa
Vió una muger sobre corcel brioso,
Mirando al lado un hombre, que afanoso
Dijo á la triste.) — « ¿Y os olvida hoy? »

—» Si: (le responde) si venís de Francia
» Fácil será le conozcais: su nombre... »
—» Callad! » (replica temeroso el hombre
Y el caballo de pronto abandonó.)
—» Decidme pues, señora: vuestro niño
» Decidlo al punto: ¿Adolfo se llamaba?
—» Si! » (replica la triste) y reventaba
El trueno audaz cuando la madre habló.

—» Justicia del Señor! baja á mi frente:
» ¿Quién? (dice ella) ¿quién aqui os envia?
» Reconóceme al fin, oh madre mia. »
(Le dice el hombre). Un grito de dolor
Rompió en su paso la region del aire:
Ambos al par, sus brazos confundieron;

Y las lágrimas puras que cayeron
Las recibió en el cielo, el Hacedor.

—« ¿ Eres tú, caro hijo ? Tú, quien viene
» Como por Dios, y para mí enviado ?
— » Sí, madre mia ! soy quien olvidado
» Tu memoria purísima ofendió :
» Reciba al punto tu perdon » (y en breve
Un fantasma elevóse, á cuyo acento
Cesó del trueno el eco turbulento,
Que al cielo y á los aires fatigó.)

—«Socórreme, gran Dios !» (el jóven dijo)
Y al protegerlo la consorte bella,
El rayo azul de seductora estrella
Lanzó de nuevo su gentil fulgor:
Y la madre lo cubre con sus brazos :
Y entre el fantasma y el mancebo, tiende
La estrella el rayo que la esfera enciende
Por voluntad del inmortal Autor.

« Maldicion sobre ti. » (grita el espectro)
Baña la estrella, en luz, al protegido :
Y el fantasma del vicio, asi vencido
Dice á Adolfo, brotando indignacion :
« Soy de los vicios, el cabal espejo :
» Las almas llevo à perdicion odiosa :
» Y luego entono sobre triste losa
» Cantos de triunfo que mis glorias son.

» Puse á tus piés un pavoroso infierno;
» Luché con Dios!—Y Dios me ha avasallado:
» ¿Qué es el hombre?» (Y en himno prolongado
La madre dijo, con desvelo real).
» El hombre? un ser de perfeccion orígen
» Do Dios oculta misteriosa ciencia:
» Un ser que tiene, luz en la conciencia:
» Y un porvenir glorioso y sin rival.

» Hijo del corazon: tú te has salvado:
» Esa estrella que ves en el vacío
» Es solo una ilusion! en ti, hijo mio,
» La estrella puso Dios, de la verdad:
» Ha dado al hombre la conciencia: y ella
» Que evita el mal y los dolores calma,
» Es « la estrella magnífica del alma »
» Que toma en el Señor, su claridad.

Y un rugido brotó. — Deshecho en nubes
El fantasma perdióse en el ambiente:
Y la madre cansada y hondamente
En un peñon enorme se apoyó.
« Cuán grande es Dios! » (con elocuencia clama)
» Él solo es grande ¡ oh hijo de mi vida!
» Él del insecto y de los mundos cuida:
» Y él en la ausencia, Adolfo, te guió.

» Estúdiate y tendrás ventura inmensa:
» El alma lleva en sí, su paraiso:

» Oh ! sé, para tu Dios siempre sumiso,
» Y la «Estrella del Alma» en ti estará.»
Y arrodillado Adolfo, y la que hermosa
Y como esposo en Francia lo elijiera,
Oyeron ay ! la esclamacion postrera
De la que llena de fervor está.

« ¡ Hijo ! Si un dia en nuestra pátria miras
» Todo un cielo de paz, piensa que implora
» Tu madre que hoy, desfalleciendo llora,
» Por ti, su gracia, al Juez de todo bien.
» Adios, Adolfo, adios: yo te perdono :
» Recibe tú mi bendicion; y plegue
» Al sumo Dios, que mi suspiro llegue
» Por tí, á los cielos de la fé tambien.»

Murió. Y Adolfo contemplando el cielo
Una oracion á Dios le dirigia,
Y su esposa bellísima, vertia
Llanto de amor, de duelo y compasion:
Y al rayo de esa estrella misteriosa
Desde el alma en el cielo reflejada,
Y en sus hombros, la madre reclinada,
Bajó Adolfo, con duelo y emocion.

Vedlos bajar por la montaña altiva
Y ya desparecer en una hondura:
Himnos á Dios! — Su genio y su ternura
En el alma del hombre vinculó.

Él pone un freno al corazon que trata
Males mil de agrupar sobre sí mismo:
Y ¡ay! del que labra para sí un abismo,
Y la estrella de su alma despreció.

Y tú, pluma que escribes la leyenda
Que la «Estrella del Alma» he titulado:
Pueda el céfiro en curso arrebatado,
Del cielo alzarte á la feliz region.
Y plegue á Dios, que un ángel la coloque
Del mismo Dios entre las blancas plumas,
Que dan al alma, perfecciones sumas,
Y al mundo, en los espacios, direccion!

VOTO DE GRACIAS

A LA

ACADEMIA IMPERIAL DE ROUEN

1858

Señores:

El nombre de esta Academia es inseparable de la memoria del grande hombre nacido en la patria de Fontenelle: Rouen tendria un titulo que envidiaria Paris, si Paris no fuera la patria de Molière. Rouen ha visto nacer á Corneille: es decir, al génio ilustre, cuyo brillo siempre indeclinable, servirá de espejo á aquel siglo que fecundo en talentos superiores, halló un Monarca à propósito para alentar hasta cierto punto el estro vigoroso de mas de un gran poeta. Rouen, pues, debe envanecerse, por haber producido todo un siglo en un escritor eminente.

No es mi intencion, Señores, fatigar mis hombros, poniendo sobre ellos el elogio, que en otro labio, mereceria el autor de *Cinna*: pero séame permitido en este breve discurso, espresar mi admiracion por el padre de la poesía francesa. Este título, no creo que es llame la atencion: ¿quién mejor que Corneille podrá sostenerlo? ¿á quién mas que á él podria juzgar digno la exigente crítica de nuestros tiempos? Cuando un hombre sorprende á sus contemporàneos, no por la belleza de sus ideas, sino por su trascendencia, cuando un escritor se apodera del gusto público y le hace poner el pié, sobre un terreno que podria engañar al mismo que lo juzga acreedor à tanto respeto, no es ya el ingenio de ese escritor, una entidad que puede separarse de su tiempo, sino un fragmento de éste, mas rico que los demas, porque se adelanta, valiéndose de un arte, á las regiones desconocidas aun del porvenir.

Ved á Corneille. Destinado à la magistratura y no à la poesia, su ineptitud para la primera de ambas profesiones, le condujo à la segunda, no siendo muy felices los primeros ensayos de su admirable

pluma. Pero el ensayo, Señores, es en mi concepto, como el egercicio, una de las grandes leyes del espíritu humano: era preciso que para llegar á ser el autor del *Cid*, Corneille sufriera las rudas pruebas á que la naturaleza condena á los hombres de génio, así como los hombres, someten á rudos esperimentos, las piedras preciosas que luego han de seducirnos con su brillo, y su riqueza. Y qué son los ensayos de Corneille, Señores? Los pasos desacertados de un ingenio superior: hay errores que tiene el don de constituir el privilegio del génio: un error de Aristóteles, hubiera formado el elogio y la riqueza intelectual de un hombre vulgar: Corneille perfeccionó su ingenio, y legó al mundo, una tragedia que la antigüedad colocaria en primera línea y que los modernos tienen à grande honra contar entre los esfuerzos, mejor dicho, los triunfos mas imperecederos del Númen.

El *Cid* satisfizo á Corneille. Sin duda este grande hombre habia adivinado la época feliz, en que la poesia dejaria de ser, un sonido de la lira, para convertirse en un arranque sublime de las facultades del espíritu: sin ello, la perfeccion dramática hubiera sido, una teoria y no una brillante práctica en manos de Corneille: el *Cid*, salió armado, de la imaginacion del ilustre trágico, y armado, Señores, con el pesado arnés de Rodrigo Diaz de Bivar, armado con las pasiones de los guerreros de su tiempo, con la galanteria y la supersticíon de entonces, con la marcial y caballeresca lealtad de los que en Castilla, elevaron el nombre español à envidiable altura. La dificultad de la tragedia que se habia propuesto Corneille, estaba encarnada en ella: no habia de consistir en la observancia de los preceptos, no en la delicadeza y oportunidad de las situaciones, sino en el viril entusiasmo de don Rodrigo, en el brio y grandeza de su padre, y como lo vais adivinando, Señores, en la nacionalidad envuelta en todo ello.

Por eso es que el *Cid* de Corneille, tiene tanta vida como el héroe de Cervantes: bien que, la discrepancia entre ambos asuntos sea enorme, hay una verdad de espresion en ambos, que obligará á la posteridad á que reconozca, con solo un verso del *Cid* al amante de Gimena; con solo una palabra del *Quijote*, al incomparable hidalgo de la Mancha.

Y ni uno, ni otro se confundirán. Ninguno de los dos, hallarà en el mundo fisonomias idénticas, aunque haya muchas parecidas: la trascendencia del poema del famoso hijo de Alcalà de Henares, està escrita en el corazon de cada hombre: cuàl es el que no tiene algo del ingenioso Manchego? Romped su lanza, alejad su cabalgadura, separadle de sus libros de Caballeria, colgad su peto, y el *Quijote* vive aun en el tipo de Dulcinea, vive en el de su escudero: mas aun, Señores, vive en el de su fantasia, mas ridícula à veces que las hazañas de Amadis y sus émulos: hay algo propio de la humanidad entera, en

aquel que consagra todas las facultades del espíritu humano, el triunfo de una idea, pueril en sí, y que solo atesta las flaquezas inherentes á la vida.

Pero volvamos á Corneille. Si en la España, en ese pais clásico del patriotismo, faltara una dinastía capaz por sí, de sostener la dignidad de éste, si finalmente, la historia cesara para esa nacion poética, y diéramos que fueran invadidas de incendio todas sus bibliotecas, si nada en suma hubiera ni en la tradicion, ni en los ciudadanos, que recordara el levantado aliento, la nobleza, y lealtad, de sus personages más insignes, Corneille seria el padre de la poesia francesa en su patria y el único legislador en el pais de Moreto y de Calderon.—Sí, Señores; una sola pàgina de su gran tragedia, daria lecciones de moral y de politica, al rey que estudiara su don Fernando: un solo verso de Gimena, despertaria el amor de las familias, en esa nueva España; una palabra del padre de don Rodrigo, encenderia en noble llama à los descendientes de Cortés y mas que todo, un gesto de su héroe, llenaria de combatientes los muros de las provincias y los templos de las leyes.

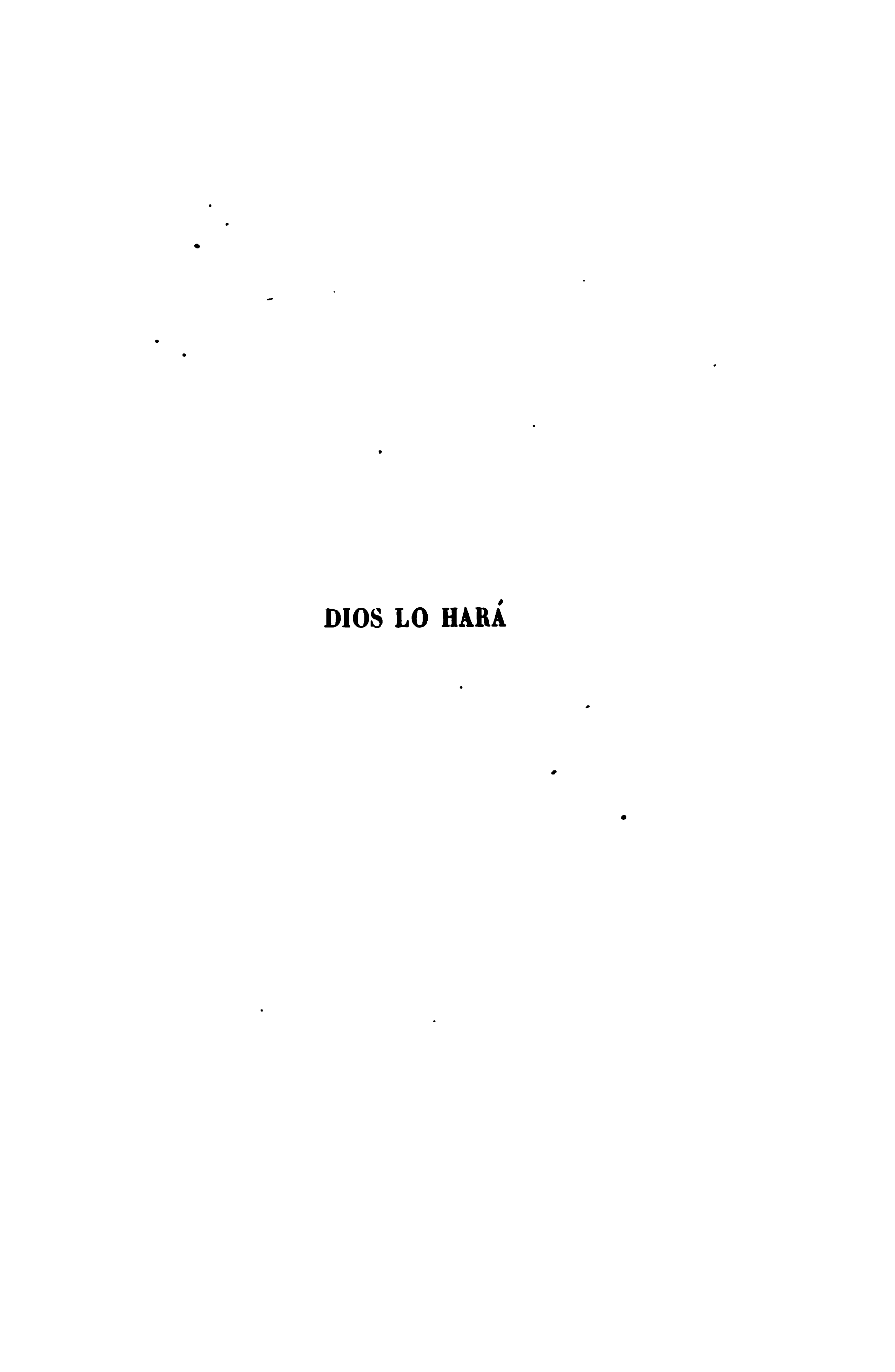
Y sin embargo, cómo pudo sustraerse Corneille, à la influencia dañosa de la corte que lo rodeaba? Porqué su *Cid* no es Luis XIV? y por qué el Monarca que pinta, no es el cardenal de Richelieu?.. Maravilloso poder del génio! Corneille, Señores, fué el creador de su siglo, en materia de buen gusto y de grandeza moral, porque Corneille tuvo suficiente grandeza en si, para imaginar un tipo mas alto en integridad que Richelieu, y otro de menos vicios que el amante de la Maintenon. Si. Luis XIV fué un rey digno de admiracion; Richelieu fué un génio superior; pero hay flaquezas, que aunque derivadas de facultades prodigiosas, no por eso llegan á la posteridad. y Corneille era la primera bóveda del templo de una, en cuyo remate estaba Molière, mas resonante en si que toda una época: por eso vemos en el teatro creado por los grandes modelos del tiempo de Luis XIV, una historia que habla, una historia fidelísima; y esto solo, esta superioridad alcanzada sobre la verdadera historia por el arte dramàtico, bastaria para concluir con esa pobre cuestion de si es ò no el teatro digno de vida: si moraliza ó no la sociedad.

Estudiad despues del rey, al poeta: estudiad à Corneille, despues de haber vencido la verdadera dificultad de su Diaz de Bivar, en el personage de don Fernando, y veréis à Corneille, mucho mas digno de la posteridad que Luis XIV. ¿No era perspicacia estrema, no era noble impulso, no era, Señores, incomparable grandeza de génio, recordar en una época, en que muy á distancia de ella, andaban la severidad, la virtud de los tiempos del viejo Horacio, la augusta magestad de la Italia de Rómulo? ¿No era una leccion muy hàbil dada por el poeta al

Monarca? ¿No era la tragedia en sí, un programa de política (hablo del *Cid*) para el ambicioso vencedor de Mahon?... Sí, Señores: lo era: mas aun: creo que si el cardenal de Richelieu, levantó bordas de literatos contra el poeta Corneille, si encargó de su juicio à la Academia francesa, no fué, no, como se ha dicho, puramente por envidia literaria: fué en mi concepto, por la diestra herida dada por el génio de la moral, al génio desmoralizador casi siempre de la política. El *Cid*, tuvo en su tiempo, la trascendencia del progreso, y en el nuestro, la de presentarnos modelos cuya completa imitacion seria la regeneracion de muchos de los Estados que hoy cuenta la Geografía.

Quede la biografía de Corneille, y el elogio de hombre tan insigne, para quién no como yo, dé en sus juicios, irrevocables testimonios de ineptitud: la apologia de un Corneille que inventa una poesía, la de un Voltaire que inventa una prosa, la de un Molière, que crea un hombre, la de un Racine, que perfecciona un culto, son árdua empresa digna de quien pueda admirarlos, igualándolos, como dice muy bien un escritor de nuestros dias.

En cuanto à mí, Señores, me basta con vuestra atencion, me basta con pronunciar el nombre de Corneille, con ser en mis Obras juzgado por la Academia de ciencias y de literatura de la patria del autor del *Cid*, ya que habeis querido confundir el mérito con el entusiasmo, y el nombre del que trabaja, con el renombre de los que triunfan.



DIOS LO HARÁ

DIOS LO HARÁ

¡Oh! he tenido un sueño! Por cima de las facultades del hombre, está la esplicacion de mi sueño. El oido humano no percibió nunca, los ojos del hombre no vieron jamás, la mano no podrà palpar, ni los sentidos del hombre concebir, ni su lenguà espresar en palabras, lo que era mi sueño!

SHAKSPEARE.

Nace el mortal, y admirador del Ente
De quien la vida para el orbe mana,
Lanza su voz cual himno reverente;
Y alienta una esperanza soberana.
Lanza su voz! Raudales de armonia
Cubren la tierra y la redonda altura:
Y asciende hasta el Señor, la poesia
Que á toda vida, un porvenir augura.
Y Dios, sobre los tiempos levantado
De fé y de paz, extraordinario emblema,
Parece un sol, que alumbra agigantado
De todo un mundo, el inmortal poema:

« La cruz le sirva al corazon de gloria:
» El dogma santo la unidad desea:
» Y á la luz de los astros de la historia,
» La cruz, la paz para los hombres sea.»
Dice Jesús, y espántase el abismo
Brotando luz el vasto firmamento;
Y al fundarse en el mundo el Cristianismo,
Cobra el orbe vigor: el génio, aliento.
« Dadme un bajel y el seno proceloso
» Del hondo mar que asorda rebramando.
» Dará á mi génio, el orbe venturoso
» Que en el mundo del alma estoy mirando.»

Triunfa Colon; y vuela el pensamiento
Dando al comercio su mejor corona,
Y cede el paso al elevado acento
Que de Maguncia al pensador, abona.
Y ved al hombre, que al fijar la idea
Yugo le pone á la razon humana,
Y un universo de adelantos crea
Y el gran camino á nuestro siglo allana.
Miradlo pues. Con formas de coloso
Y teniendo por luz la inteligencia:
¡Siglo de un Byron que blasfema ansioso,
De un Chateaubriand que invoca la conciencia;

¡Siglo que ha visto un siglo centelleante
Arrebatado en hondo torbellino,
Tras quien descuella el admirable Dante:
Genio-Mesías que cantando vino;

Siglo que ha visto la region luciente
Del grande Milton entre sueños de oro:
Y en pos del sol del paraiso, ardiente,
Pide tanta verdad y tal tesoro.
Siglo que al bardo de Weimar inspira
En medio de su odiosa carcajada;
Siglo de aquel que en Jocelyn suspira
Y fija en la esperanza su mirada!

¿Do vas, en medio de tu vuelo altivo?
¿Dónde diriges tu mirar profundo?
¿Dónde en impulso irresistible, activo
Diriges tú, la embarcacion del mundo?
Ah! que ya en pos de perennal desvelo
Gloria mas alta á la razon destinas;
Y hácia otro mundo, con pasmoso vuelo,
Siglo de luz é inspiracion, te inclinas.
De allí tal vez, arrancarás grandioso
De Africa esclava hacia el pais sangriento;
De allí tal vez, en vuelo magestuoso
Darás la perfeccion al sentimiento.

Y entonces, di, las razas ilustradas
A solo un Dios, rindiendo idolatría
Por el comercio, irán arrebatadas,
Cumpliendo una brillante profecia?
Un solo idioma, un culto solamente
Hará mas grande la unidad del alma,
Siendo la paz, el lauro refulgente
De un siglo inmenso de fervor y calma?

¿Será el amor, la inteligencia pura
De cuanto tiene bajo Dios sustento,
Y se amarán el astro de la altura
Y las espumas que evapora el viento?

¿Será constante la muger amada,
Habrá otro impulso en lo que llaman vida,
Será el rayo del sol, la luz dorada
De los ojos de un ángel desprendida,
Y entonarán suavísimos cantares
De los astros de abril á los colores,
Las ondas y los genios de los mares
Que duerman en las copas de las flores;
Y no habra ingratitud, no habrá codicia
Ni cetros, ni cadenas, ni amargura;
Y será eterno el sol de la justicia
Y eterna de los hombres la ventura?...

Y bello el sol, armónico el torrente,
Perfume el aire, espléndida la luna,
Brillando para todos igualmente
El astro del placer y la fortuna?...
De esa materia que contemplo, dime;
Vida espontánea brotará sin duelo,
Y del alma en el ámbito sublime
Será divino cuanto tiene el suelo?
¡Alma! no dudes en tu grande sino:
Los siglos de mas luz, son tus despojos:
Vuela á cumplir tu celestial destino
Y fija siempre en tu Hacedor tus ojos.

Si ! Dios lo hará ! La mente creadora
Que de la nada al mundo concebia,
No puede destruir en breve hora
Lo que en su misma perfeccion nacia.
Si ! Dios lo hará ! De la existencia el cieno
Dará lugar al sello de otro nombre:
Estará el mundo de grandezas lleno,
Y alta será la libertad del hombre.
Si ! Dios lo hará ! Los mundos y la esfera,
La inteligencia, el sol, y cuanto admira
Quien lleva en si, la llama que hechicera
Se confunde en los ecos de la lira;

¿Qué son en sí? Misterios enlazados
A esa causa inmortal, causa grandiosa,
Que fija en el cenít astros dorados,
Y á los piés del mortal, pone una losa.
Esperad y creed ! Hay un oriente
De perfeccion y paz tras este ocaso:
Marinos de la vida, en mar rugiente,
De Dios sigamos el eterno paso.
Gira, mundo inmortal ! —Un Dios radiante
Por los espacios, adelanta el dia:
Vuela á su voz á un porvenir brillante:
Que Dios no yerra, y ese Dios te guia !

NOTAS

DISCURSO

SOBRE

LAS VENTAJAS Y LOS INCONVENIENTES DE LA CRITICA

> Seria un excelente crítico, un artista que reuniera en sí mucha ciencia y gusto, pero sin preocupaciones ni envidia.
>
> VOLTAIRE.

El elogio de un orador ó de un poeta, el estudio halagüeño de sus obras, el entusiasmo que su génio inspira, el sentimiento contínuo de una admiracion provechosa siempre, para quien la esperimente, hé aqui sin duda, una mas laudable tarea, para los discípulos del arte de escribir, que la del exámen de un derecho literario, poco conocido, mal respetado, cuyos frecuentes abusos divierten á la indiferencia, y no irritan sino á aquellos á quienes amenazan. Es tan dulce celebrar una gloria admirada y querida al mismo tiempo! Es tan penoso hablar frecuentemente de injusticia y de envidia! Sin embargo, estas tristes ideas, son eternamente inseparables, de los brillantes recuerdos de gloria y génio, que tanto nos place recordar. La envidia ocupa siempre un puesto, en la historia de los escritores célebres: y no es posible admirar sus obras principales, sin traer á la memoria sus detractores. Una censura imparcial, triunfa de las críticas apasionadas: distingue y coloca á los hombres: destruye la impostura de las reputaciones: ahorra al talento superior, esas lizas desiguales, y esas ficticias rivalidades, hacia las cuales, querrian siempre

conducirlo: ella esparce y autoriza las lecciones del gusto: ella en suma prepara sabias instrucciones á los sucesores de los grandes modelos. La crítica pues, ora en sus abusos, ora en sus aciertos, se roza de tal modo con la literatura, que llega á confundirse con ella: y cuando se hace el ensayo de fijar su carácter y recordar sus deberes, en medio de este recinto, donde tantas veces resuena el elogio de los escritores ilustres ¿no parece que por una consecuencia natural discutimos la causa comun de las letras, despues de haber celebrado los diversos talentos, de quienes han recibido ellas su mas hermosa gloria? En tan difícil exámen, la templanza y lejanía de toda pasion, me impiden el empleo de esa amarga rivalidad, que trae consigo enemigos y lectores: mas, si es de ser moderado hasta la frialdad, tal vez me sobre con mas frecuencia la razon, y esta es una ventaja que no es preciso poner en olvido.

Al investigar el orígen de la crítica, tal vez cause maravilla, que de propio grado, algunos hombres sustituyan al público, decidan en su nombre, y razonen con autoridad, sobre las impresiones que debe esperimentar el gusto de otro individuo: pero como tal usurpacion es antigua, supongamos pues que ha llegado à ser legítima. La crítica muchas veces, ataca al hombre de talento, y elogia á los malos escritores: muchas veces, con sus censuras ó con sus panegíricos, engaña el gusto público en vez de advertirlo: existe á pesar de ello una verdad consoladora, que es preciso ante todo no perder de la memoria, y consiste en el poder de un buen libro; poder al cual no es comparable sino una sola cosa: la incurable debilidad de otro, malo; puesto que tan imposible es aniquilar el uno, como hacer durable el otro.

El nombre de crítica, es un término de estension vasta, que encierra ideas muy apartadas entre si. Aristóteles y Zoilo, Fenelon y Scudery, Voltaire y Desfontaines son críticos. Es natural en efecto, que la zelosa mediania haya buscado en todo tiempo, el medio de murmurar de las artes y de los talentos; y que el génio imparcial haya sentido la necesidad de juzgarlos. Asi, pues, el mas atrevido pensador de los tiempos pasados, el mas antiguo pintor de la naturaleza, Aristóteles, trazó los principios de la elocuencia, apuntó las faltas de los poetas, é indicó los límites de la razon y del gusto, asi como habia fijado, las bases y leyes de las sociedades. El Cónsul romano, que no conocia despues de la gloria del patriotismo, sino la de la elocuencia y de las letras, escribiò sobre los secretos de este arte de que era el modelo (1), instruyò á sus contemporáneos, y juzgò à sus ya por él eclipsados rivales (2).

Tales hombres elevan la crítica al nivel de sus pensamientos: hacen que desaparezcan todas las diferencias que separan el arte de

(1) *Orator-Oratore.*
(2) *De claris Oratoribus.*

juzgar, del talento de producir, ó antes bien, por lafuerza involuntaria de su génio, emplean una especie de creacion en el exámen de las bellas artes: parece, en fin, que inventan lo que observan. Quintiliano se ha aproximado à esos grandes maestros. A su jemplo ilumina con la filosofía los principios del arte oratoria: su usto lo erige en juez de los escritores superiores: su estilo, lo hace rival· Animados parecen de idéntica emulacion Quintiliano y Lonjino: sus elogios son luchas con aquellos á quienes admiran, y su propia elocuencia otro homenaje hecho á los grandes hombres, que no pueden ellos celebrar, sino igualándolos. No debemos perder de vista esta alta y noble crítica, pero no es ella el verdadero objeto de este discurso. Trato sobre todo de apreciar, esa crítica inferior y detallada, que mezcla algunas ventajas à muchos abusos: finalmente, la crítica que la justicia ó la malignidad contemporánea haejercido siempre sobre las producciones del talento literario. La imprenta, este feliz descubrimiento de los siglos modernos, que popularizó el pensamiento, y que multiplicó la instruccion y la injuria, tambien hizo á la crítica mas indispensable y mas frecuente. Fué desde luego, tan grande la facilidad de esparcir un libelo, que las personas, avizoradas y descontentadizas, no reusaron el placer de darse á su composicion. Despues de un siglo, y en medio del acrecentamiento prodigioso de nuevos libros, hubo necesidad de escojer: censuras equitativas podian esclarecer la eleccion: desgraciadamente las buenas obras, eran casi siempre las únicas en contra de las cuales queria prevenir la crítica á los lectores. Durante veinte años, se escribió en Italia, para demostrar que la *Jerusalem* era un mal poema. El Tasso vivia. Mas tarde, la crítica ha trabajado con el solo intento, de colocar á éste, antes ó despues del Ariosto. En España, los críticos contemporáneos despreciaron à Cervantes: los modernos le han dado lugar muy cerca de Virgilio y de Homero. En general, la crítica tiene dos caracteres harto distintos, ora se ejerza ella respecto á los vivos, ora respecto á los que han dejado de existir. Su habilidad ó su triunfo consiste en saber deprimir los unos, en saber ensalzar los otros, en disputar las reputaciones de su tiempo, en legitimar las antiguas nombradías. Unas veces aquel que se muestra injusto, pero con mas agudezas, es el mas diestro; en otras al contrario, el mas hábil panegirista parece ser siempre el mejor juez: desea el uno faltas; desea el otro bellezas y con frecuencia sucede que cada uno por su parte, supone y ve, lo que anhela. Con idéntica igualdad, aprueba el público ambos métodos. Doble ventaja es, la de ver autorizadas sus antiguas admiraciones, hallándose escusado para la adopcion de otras nuevas. Hecho una vez el sacrificio, dado ya el consentimiento, se sostiene por amor propio, y tambien por esto agrada comenzar un elogio en favor de otro. No ignoro que tal repugnancia, está muy justificada: tambien es un homenaje debido al talento, el no creer con facilidad y el desconfiar de

las primeras promesas; pero à ello debe suceder la justicia. Algunas veces, es cierto, la justicia de que hablo está fuera del alcance de las críticas. Una suposicion existe, que no puede presentarse sino al principio de una grande época literaria: la de una obra en la que el génio del autor va mas allà que las luces del anàlisis por haber hecho él, mas de lo que la crítica puede juzgar. Esta, efectivamente no existiria sino largo tiempo despues de las buenas obras, que la ilustran y aun la forman. En la época en que una obra capital aparece, aquella no está preparada todavia: sus errores dimanan de la ignorancia como de la pasion; pero cuando los escritores eminentes autorizados ya, por la fuerza de la verdad y del tiempo, han instruido à la crítica, entonces deriva ella del estudio y admiracion de esos primeros modelos, un arte mas meditado para apreciar á los que les suceden. De aqui parten, la dilatada oposicion á la nombradía de Voltaire, el rigerismo que acojió todas sus producciones, y ese proceso eterno de su reputacion, que juzgado desde largo tiempo aun no ha concluido.

Los sentimientos de la Academia respecto al *Cid* son el modelo naciente de la sana crítica. Muy honroso es que los literatos protejan al escritor que debe eclipsarlos, oponiéndose al ministro poderoso que los favorece.

Sin embargo, este tan realzado exámen, no hace sospechar, que en la época à que me refiero, era mas imperfecto que el génio de Corneille, el gusto de la Academia? Este exámen es imparcial y sincero; pero Corneille tenia necesidad de formar su siglo antes de encontrar jueces. El siglo de Luis XIV vió aparecer muchos libelos. ¡Habia tantos grandes hombres! Boileau se presentò, y sin largo raciocinio, con vivas sales y buenos versos, desacreditó á los ínfimos escritores, quienes casi todos se vengaron tejiendo críticas desacertadas. Fué Boileau el reformador de su siglo; apoyó su doctrina con ejemplos: hé aquí la obra de su poderío. Mas que sus epigramas, era formidable su estilo. Mutilaba doblemente à los poetas medianos; no tenia necesidad de contar sus errores: copiaba sus versos. El análisis no parcial, y razonado, que enumera los defectos y rinde justicia à las bellezas, aun no habia nacido. Bayle lo ejerció sobre la erudicion mas bien que sobre el gusto, sin pasion ni acritud, con un talento superior y moderado. Por otra parte los hombres de génio, no tenian sino el tiempo de imaginar y de producir: y los talentos de segundo órden en el primer asombro que les inspiraban tantas nuevas creaciones, si es que no las envidiaban, apenas sabian admirarlas. La crítica debió nacer despues del siglo de Luis XIV: nacida por decirlo asi del desarrollo de las demás facultades literarias; como vemos en el estudio de la naturaleza, los progresos de distintas ciencias, producir á veces, una del todo nueva, que debe su existencia á la perfeccion de las otras.

Cuando la crítica por necesidad llegó á ser un género de literatura,

con frecuencia los que la ejercian no respetaron en los demás, un título que llevaban en sí. Parecia olvidaban que la justicia y la verdad son la ley comun de todo escritor y que quien escribe respecto á libros agenos en vez de hacerlos por si mismos, no es un enemigo natural de los aficionados á las letras, sino un aficionado menos emprendedor ó mas modesto. La injusta causticidad, esta enemistad exenta de motivo, es la causa de los mayores abusos de la censura literaria. Principie el crítico por estimar con pecho sincero el estudio de las bellas artes: sienta su alma con delicia, las nobles impresiones: penetre en el dominio de las letras no como proscrito que quiere vengar su vergüenza, pero si como rival legítimo que mide por su talento el objeto de su ambicion, deseando obtener una gloria, al juzgar bien la que no es propia: será entonces justo y tal justicia aumentará sus luces. Será el vengador y el panegirista de los escritores distinguidos. Sentirá vivamente sus faltas: sufrirá. Pero mientras que las indique con austera franqueza, brille su estima en sus reproches siempre endulzados por el respeto que el talento inspira, á cuantos son dignos de tenerlo. Asi se creerá encargado de los intereses de toda buena produccion que aparezca sin la recomendacion de un ya célebre nombre: á través de los descuidos, curiosamente seguirá la huella del talento, y si este se halla desarrollado à medias, alabará entonces la esperanza. El mismo entusiasmo, puede á veces infundirle cierta impaciencia y despecho, al leer una fastidiosa y ridícula obra; pero la costumbre corregirá bien pronto la vivacidad de su celo: comprenderá que es inútil emplear todos los dardos del sarcasmo y del insulto, contra un pobre autor, cuyo ejemplo no logra el derecho de hacerse peligroso.

Un sabio lo ha dicho (1). *Es preciso tener alma para tener gusto.* Asi pues, la imparcialidad, el amor de las letras por ellas mismas, el deseo en prez del éxito de otro, la union de principios equitativos y sentimientos nobles, aumentarán el mérito de la crítica, haciendo mas genuino y luminoso el gusto. Si se abusa de la ciencia, se corrompe el espíritu. Un error repetido con frecuencia, penetra insensiblemente en el pensamiento del autor tras todos los vanos sofismas con que lo vigorizaba sin creerlo él mismo. El castigo de un crítico de mala fé consiste en que acaba por perder el buen sentido. Esta instabilidad de una impudente opinion, no sabe ya donde detenerse. Todo es variable y débil cuando no hay apoyo en el corazon. Tal un juez exacerbado, entregándose á una indiferencia universal, por darse mas holgura, dejaria con intento embotarse cada dia en sí la inteligencia del bien y del mal: y libraria al azar sus decisiones, ya caprichosas, ya mercenarias. No: todo lo que hay de noble, puro y elevado en lo mas sublime de las bellas artes no ha sido hecho, para ser sentido por

(1) *Vauvenargues.*

un alma baja: no entiende ella ese lenguaje; encuentra en su propio envilecimiento una incredulidad, dispuesta siempre en contra de los sentimientos generosos. Las luces de las ciencias y del espíritu, no pueden conducirlo hasta allà. Su gusto es imperfecto; le falta el sentido moral: y si el gusto no es otra cosa que la sensacion viva y meditada de la belleza, el poder de abarcar, en los objetos y en las pasiones, las manifestaciones mas delicadas de la verdad; si debe juzgar todas las relaciones del corazon humano: si como el génio debe tener sus ilusiones, su entusiasmo, sus teorías respecto á un sublime ideal, cuánto no llega á ser para él guia infalible y necesario este sentido moral? Formado con la antigua escuela, el tan puro gusto de Fenelon, se embellecia aun con la pureza de su alma. Sé que existe un gusto, adquirido por el estudio, la lectura y la comparacion: no pretendo negar ni su imperio ni su mérito. Si: es ese raciocinio, puro y fino compuesto de conocimiento y reflexion, lo que poseerà desde luego el crítico: tiene por fundamento el estudio de los antiguos, que son los maestros del arte de escribir, no como antiguos, sino como grandes hombres. Debe ser este estudio sostenido y variado, por la meditacion atenta de nuestros escritores y por el exámen de las semejanzas de génio, y diferencia de situacion, costumbres y luces que les acercan ó alejan de la antigüedad. Hé aqui el gusto clásico: sea prudente sin ser tímido, exacto sin ser limitado: pase á través de las escuelas menos puras de algunas naciones estranjeras, para familiarizarse con las nuevas ideas, para robustecerse en sus opiniones, ó curarse de sus escrúpulos: digámoslo asi, ensaye sus principios sobre una grande diversidad de objetos: mejor conocerà la precision: y libre de una especie de pusilanimidad no se asombrará de lo que parece nuevo, estraño, nunca oido: se aproximarà á ello y frecuentemente sabrà admirarlo. ¿Quién conoce la medida y el límite de los arranques del talento? Hay innovaciones desgraciadas, que no son por sí, mas que la desesperacion de la impotencia: las hay que, en su misma singularidad atestan un carácter de grandeza. Ponedlas en contacto con el sentimiento íntimo del gusto. No exige este, una fé intolerante. Vosotros sabreis que adopta de si, en las mas nuevas combinaciones, cuanto es vigoroso y verdadero, no desdeñando sino lo falso, que casi siempre es el recurso y el disfraz de la debilidad. Sufragios han obtenido algunas informes é irregulares producciones: no agradan no, por la violacion de los principios, sino á despecho de esta violacion: al contrario: depende del triunfo del gusto y de la naturaleza, el que varias bellezas conformes á este invariable modelo y esparcidas en una obra, basten para su éxito y mas resistentes sean que la liga que las deteriora. El crítico sagaz hará esa distincion: se apresurará por conceder al talento que se estravia, alabanzas instructivas. ¿Por qué ostentar un rigor injusto? Solamente al mal gusto pertenece ser parcial y apasionado: no es el buen gusto una opinion, una secta: es el

refinamiento de la razon cultivada, la perfeccion del sentido natural. Sentirá vivamente las bellezas sencillas y sublimes de que radia Shakspeare: no es no esclusivo. Es como la verdadera grandeza, que segura de sí, se abandona sin comprometerse. Sé que tal pureza y á la par esa independencia de gusto, suponen una superioridad de luces y conocimientos, que no puede existir sin un talento distinguido. Creo tambien que la perfeccion del gusto no habiendo talento, seria una contradiccion, una quimera. Todas las artes, juzgadas están por falsos conocedores que no pueden ponerlas en práctica. Sucede así, con el arte de escribir: y en nada es tan rídiculo y dañoso el abuso. Para ser un crítico excelente, seria preciso ser un buen autor. En un espíritu débil é impotente, el buen gusto se rebaja, disminuye, llega à ser tímido y supersticioso, se pone á raya con el hombre mediano que tambien se sirve de él mas bien para juzgar que para escribir. Tan solo el talento, puede dilatar el horizonte del gusto, puede hacer que perciba confusamente, nuevos puntos de vista, disponiéndole con anticipacion, al conocimiento de bellezas qne aun no existen. Como el sentimiento de nuestras propias fuerzas, siempre influye en nuestras opiniones, el crítico sin fuego ni imaginacion sentirá débilmente, las bellezas que le son agenas. No contando sino con el gusto, no tendrà lo suficiente. Asi es que en general los escritores helados y discretos que en su acompasada marcha, afectan gusto, carecen de él con frecuencia: evitan los descuidos y las faltas; pero incapaces de un verdadero sublime ó de una noble sencillez, recurren á adornos rebuscados y frios, que no valen mas que sus errores, siendo mas contajiosos porque son menos chocantes.

Se me dirá: no sois liberal en demasía respecto al crítico? Además de concederle el apasionado sentimiento de las letras que segun vuestras palabras, atesora muchas virtudes, le otorgais aun la ciencia, el gusto, el talento: es decir, que todo eso lo espero de él. Quiero atraer sobre los críticos, la severidad que ellos egercen, y poner para ellos, tan lejano el punto de perfeccion, que por temor, lleguen á ser mas modestos, respetando por otra parte la dificultad de su arte. Ciceron se quejaba de no encontrar en parte alguna al perfecto orador: tal vez no se hallaria tampoco al crítico perfecto, aun buscándole entre escritores célebres. El sabio y elegante Addison, hizo que se emplease la crítica de un modo noble: á la gloria del genio: mas no presenta cosa alguna original, al examinar el mas extraordinario de todos los poemas. Juzga á Milton por Aristóteles y se hace sensible el defecto de invencion, hasta en su manera de admirar las ideas nuevas. El ingenioso La Mothe poseia el verdadero lenguage, y por decirlo asi, las gracias de la crítica. Su censura es tan tersa como elegante su diccion: tener razon era lo único que le faltaba: Se engañó desde luego al atacar los antiguos, y mas aun al defender sus propios versos. Nadie ha llevado mas lejos que Voltaire la perspicuidad del esti-

lo, medida ordinaria de la precision de las ideas. Nadie se vió tan favorecido con mas delicado instinto, ni nació con mas gusto. Su entendimiento habia madurado desde la juventud, y siempre fué viva su imaginacion. Tenia tantas mas luces é ideas sobre la literatura cuanto que, de esta no se habia ocupado únicamente, pudiendo agregar à ello, la variedad de sus reflexiones y de sus estudios. Pero su caràcter móvil y ardiente, no le permitió emplear la invariable imparcialidad del crítico. Frecuentemente al censurar sus llamados rivales, da indicios de acordarse sobradamente de una insultante comparacion: y su severidad es una venganza. Por otra parte, quizà es difícil echarle en cara, las injusticias que usa, si pensamos en las que atormentaron su vida. Basta un solo éxito para grangearse muchos enemigos. El hombre que confiado en sus talentos, aspira á la universalidad de los triunfos, no parece que desea, acumular sobre él, los odios todos de la innumerable medianía, que por do quier él aplasta sin percibirlo? Voltaire ha sostenido esta lucha por el ascendiente del génio que la habia originado. Sus detractores no han obtenido, sino una especie de inmortalidad grotesca, que liberalmente, él en sus obras les ha distribuido. La verdad es que ninguno de ellos, era digno de juzgarlo. Podia esta tarea, honrar á un verdadero crítico, pero hubiera sido necesario comenzar rindiendo homenages de equidad harto penosos. Era preciso desde luego proclamar á Voltaire, como el conservador del gusto, el representante de la poesía francesa en su siglo, el creador de una prosa original, tres títulos que no ha reunido hombre alguno. La crítica hubiera sido despues, legítima é instructiva. A escritor de tan puro gusto, tan amante de lo sencillo y de lo verdadero, à pesar de tanto talento, podia acusársele, de una à veces no meditada é injusta crítica de la clásica antigüedad, y aun de esa otra antigüedad que empieza con el siglo de Luis XIV. Gran poeta Voltaire por el estilo y la pasion, poeta de génio, con igual facilidad plegàndose à los primores de la poesía lijera, como à la energía de la verba dramàtica, no revelaba en su rica elegancia suficiente precision y brio. Finalmente, esta prosa nueva y sin imitadores, incomparable en todos los géneros en los que es una belleza la familiaridad, con frecuencia elocuente, brotando del chiste, derogaba demasiado de su dignidad à la moral y à la historia. Una tan moderada crítica, tendria hoy lectores; pero la justicia no produce escàndalo, y para muchas gentes el escándalo es un éxito. Freeron lo obtuvo: con abundancia provisto de ideas comunes, con mediano y fàcil estilo, imprimió doscientos volùmenes de crítica, cuyo principal objeto era Voltaire. Mucaos hoy dia, célebres escritores, son injuriados por diversion. No es no, que aquella recopilacion no encierre un prodigioso número de elogios; en ella aparece sucesivamente, una muchedumbre de grandes hombres, de quienes nadie conoce las obras. Mas parece que tal indulgencia, lejos de ser una compensacion à tantas injusticias, es una doble afrenta

hecha al talento, por el rigor absurdo de las críticas, y por la ridícula prostitucion del encomio. Voltaire halló otros adversarios. La necesidad de contestarles ha aumentado la coleccion de sus obras: puede perdonàrsele: es uno de los servicios que la crítica injusta, hace al público. *El Gacetillero eclesiàstico* no ha detenido el éxito del *Espíritu de las leyes*: muy al contrario; nos ha hecho poseer la última obra capital de Montesquieu: hablo de su *Apologia*, modelo del cual debió imitar Voltaire la decente burla y la acritud sabiamente templada. Temiendo ser injusto me detengo: he indicado abusos numerosos: no irá envuelta en ellos alguna ventaja? Lo confieso: un hombre apasionado puede decir la verdad: un escritor vulgar puede denunciar á su semejante. En suma, la crítica aun la mas asustadiza, obligada està à escojer un objeto de admiracion no fuese sino por malignidad: y no es raro, que su preferencia sea atinada, para cubrirse asi con un acto de justicia. Cuál es el detractor que en medio de la exasperacion de sus reproches no indique algun defecto verdadero? Si preciso es hablar de las ventajas de la crítica, cuando estas sucumben al peso de abusos numerosos, proclamemos su utilidad.

Declaremos sin embargo, que en las bellas épocas de nuestra literatura, no ejerció ninguna grande y saludable influencia. Cuando era prudente, no fué punzante: el pùblico lo quiere asi. En general no gusta leer una disertacion sobre el mérito de otro. Los hombres creen con dificultad, que un hombre de su siglo, un hombre hecho como ellos, que ven, que oyen, tenga un talento superior: se fastidiarian ante la demostracion de tan insípida verdad. Con mas frecuencia se sufre ver pretensiones humilladas, talentos disputados, hombres de inteligencia puestos en ridículo, si alguna vez pueden serlo. Desearia yo sin embargo, una crítica absolutamente imparcial, sin rigor ni complacencia. En todo caso, como esta imparcial crítica, seria aun suficientemente maligna, tal vez tendria éxito. Ensayo es que deberia hacerse.

Hay una preocupacion: consiste en esto: que la crítica, sea la mas injusta, no daña en nada á las letras. ¿Qué importa, dirán, las pequeñas heridas del amor propio humillado? Si el autor tiene talento, la persecucion debe animarlo: nuestros mas grandes escritores han pasado por esa prueba: y se han aprovechado de ella. Boileau lo decia à Racine. Sin duda era un noble y sagaz consuelo el de presentar á un grande hombre desanimado, la esperanza de ver agrandarse su génio con los tormentos de la vida. Mas porque era preciso consolar à Racine? No tienen los hombres nada mas eficaz que la burla y la envidia, para animar los progresos del talento? — Si en vez alguna un alma fuerte é indignada, sube con el esfuerzo mismo que debia abatirla, cuántas veces el penoso resentimiento de la injusticia no ha lanzado en la inaccion y en el olvido talentos nacidos para la gloria? El mismo Racine cansado de combatir el odio, y temeroso de aumentar-

le, no detuvo la corriente de sus obras capitales, en medio del vigor de su imaginacion y de su edad, ejerciendo de este modo con el silencio del génio, la sola venganza que el grande hombre puede obtener de sus injustos contemporáneos? La inspiracion de los triunfos, ved lo que realmente anima al grande escritor, por la necesidad siempre creciente, de sobrepujar sus primeros esfuerzos, de alcanzar todo el vuelo de su talento que solamente él conoce: en fin, de justificarse á si mismo su gloria, sobre la cual quizá es él mas incrédulo que otro alguno.

Sin dañar à la envidia puede creerse que Racine, si no hubiera recibido de ésta, tan lastimosos estímulos, habria hallado fuerzas y bellezas nuevas en los consejos de la amistad, en el estudio de los antiguos: en sí mismo. Por qué discutir asi? Puede pensarse sin un amargo sentimiento, que estos hombres, que constituirán para siempre el honor y delicias del mundo civilizado, que estos amables encantadores que por medio de la pasion y de la armonia, conmueven tan dulcemente las almas, que estos verdaderos reyes del pensamiento humano, que saben iluminarlo seduciéndolo y ennoblecerlo iluminàndolo, fueron desgraciados por su gloria y para nuestros placeres: que han lanzado miradas dolorosas é inquietas, sobre las obras capitales que adoramos: que se han arrepentido de su génio; que tal vez han dudado de él; y que atemorizados por los gritos de ignorantes y envidiosas cábalas, han participado tambien de la injusticia de sus censores, y han muerto desconfiando de esa posteridad que no falta jamas á los grandes hombres? Vanamente se les acusarà de un esceso de sensibilidad: es una verdad vulgar la alianza de esta harto irritable delicadeza, con las ilusiones y los movimientos del génio. Un hombre mediano puede tener un necio orgullo; pero es imposible que un hombre dotado de algun talento, no tenga el alma, altiva, sensible, celosa contra el desprecio. El mismo estudio de las letras le inspiraria ese caràcter. Y vosotros que le criticais, ved qué precio dan todos los hombres á sus pretensiones: sobre todo cuando ocupan, gran lugar en su vida, y cuando les cuestan superiores esfuerzos. El escritor no tiene mas que una pretension, una esperanza, una pasion: la estimacion de los demás hombres. La persigue à riesgo de trabajos penosos que no pueden sufragar todas las inteligencias, puesto que les falta derecho para ello: persíguela con mas ardor que sabiduria: hé aquí su fuerza y su escusa: y sin embargo, cuando está turbado aun en medio de la posesion de este derecho, y si lo quereis asi, de este error, maravillanse todos, de su indignacion y de sus quejas. ¿Pero cuàles son esos tan frios y pacientes individuos, que de buen grado toleran la persecucion del talento? Cuál es ese juez severo, que no puede ocultar una invencible prevencion contra los escritores de su siglo, no concibiendo puedan exagerar la crítica, y no creyendo en la injusticia porque no creen en el mérito? Será algun hombre de luces,

que no ha podido elevarse á la medianía del talento y que oculta dolor y debilidad con el fausto desapiadado de sus desdenes. Será algun mas austero que hábil lector, que se torna en denigrante por política y desde luego condena, por miedo de verse espuesto al embarazo de juzgar: será algun talento frívolo y cortante que injuria en vez de leer, y á la vez tiene en cuenta su amor propio y su pereza; será finalmente algun espíritu sistemático que despues de una ya fijada época, no lee, no quiere leer, no quiere que se escriba y permanece convencido de que ha muerto la literatura, sin esperanza: que desprecia el presente, mata el porvenir, imagina que es imposible tener todavía talento y gusto, sacando todas las pruebas de sí mismo. Hé aquí los adversarios que el literato encuentra aun en el mundo: ved los fautores indiscretos de la crítica apasionada ó injusta. Lejos sin embargo de los ecos de la necedad, guarda siempre en reserva el buen gusto un pequeño número de inteligencias claras, que se comunican y se entienden, juzgan la crítica, adivinan los intereses ocultos, y no dan mas asentimientos à la exageracion de los reproches que al furor de las alabanzas.

Mas como la multitud es quien forma la opinion del dia, y como es la crítica quien forma la opinion de la multitud, en todos tiempos se ha hecho sentir, la influencia que pueden obtener las hojas públicas. Así pues, esa sociedad religiosa tan célebre por su flexible é infatigable ambicion, no contenta con haberse introducido en China, dominar en Europa, tener en sus manos la fé de los pueblos y la conciencia de los reyes, para completar su singular imperio, creyó necesario reglar el gusto, casi como la moral, y entre la variedad de talentos que reunía en su seno, aparte los predicadores (1) y geómetras, los sabios y los hombres de sociedad, casuistas é intrigantes, había tenido el cuidado de proveerse de periodistas. Pero la crítica empleada por hombres de partido, no produce una impresion durable. Sirve para la humillacion del talento, para el triunfo pasagero de la medianía: no cambia ella, no, el gusto público. No ha pertenecido nunca esta última gloria, sino á los escritores eminentes, à Corneille, à Boileau, á Racine, á Molière, algun tiempo á Fontenelle, mucho à Voltaire. Sé que en la historia de las artes, se presenta una época, que da à la crítica mas importancia y mas autoridad, época en que se apagan, ó son mas raros los talentos, época en que embotado el gusto por la saciedad, se estravía, se corrompe; entonces la porcion imparcial del público no puede llegar á ser ciega? No tiene necesidad de ser esclarecida? Puede concluirse diciendo que la crítica, es una de esas profesiones, que prosperan en los tiempos desgraciados.

Bajo la dictadura misma de Voltaire, el mal gusto sè había esparcido mucho. Despues de haberlo tolerado, á pesar de combatirlo con

(1) *El Diario de Trévoux.*

su burla y sus ejemplos, acabó por inquietarse, temiéndolo para e porvenir. A medida que este hombre que habia puesto en movimiento tantas opiniones, abierto tantas sendas, y arrojado en todas partes un espíritu de inquietud y de novacion, se aproximaba à su ocaso, la anarquia aumentó. El anhelo de escribir embarazaba con insípidas y bárbaras producciones: á veces se obtuvieron éxitos vergonzosos.

Entre las inteligencias vivaces y delicadas, que parecia terminaban la gloria de ese memorable siglo, y no perdidas todas para el nuestro, dos hombres, por las circunstancias y el caràcter de sus estudios, parecieron llamados mas particularmente á ser àrbitros del gusto y jueces literarios: entrambos discípulos de Voltaire se engañaron al seguirlo sobre la escena tràgica: les faltaba el génio. Marmontel disfrutaba el honor de haber hecho algunas picantes producciones, en el género que indudablemente le costò menos esfuerzos. Mucho ingenio tenia; pero abusó desde luego, formando errores sistemàticos, á los que renunciò con pena. Su gusto era mas meditado que inspirado; y es sabido que aun para juzgar, es menos segura la meditacion que el sentimiento natural. La Harpe desnudo á la vez de audacia y profundidad, se distinguia por la pureza del gusto y la discrecion del talento, felizmente elevàndose hasta la elocuencia templada. Con puesto en segundo rango, parecia definitivamente fijado en la composicion original: y no mostraba sino una cualidad sola del escritor de superioridad, la noble elegancia con que animó el elogio de Fenelon y las quejas de *Melania*. Estos dos literatos, habian ejercido la crítica periodística; y sin evitar la exageracion que nos parece inseparable de ella, sus pàginas estaban generalmente consagradas al encomio y muchas veces à la apología del verdadero talento. Queriendo Marmontel reunir y aumentar los fragmentos literarios que habia dado á la *Enciclopedia*, publicó sus *Elementos de literatura*, comenzando años despues La Harpe su *Liceo*. La obra de Marmontel, aunque encierra los nombres y frecuentemente la censura de muchos contemporáneos, pertenece enteramente à esa alta crítica, que no es mas que la teoria razonada de las bellas artes. La forma de la obra impide una grande dificultad y una belleza grande: el enlace: el órden. Hay paradojas. Con frecuencia encuentra el autor ideas falsas porque busca demasiado las ideas nuevas; pero revela mucha instruccion y sus errores obligan à pensar.

La Harpe habia nacido para la crítica: su talento se aumentó con el ejercicio de su facultad natural. Pero abrazó el vasto plan que se habia propuesto? Arroja una mirada atrevida sobre la esencia de las bellas artes? Tiene percepciones finas y profundas? El conocimiento del hombre, de las costumbres é historia, le sirve para ilustrar el estudio de las letras? Es otra cosa, que un elegante demostrador de verdades conocidas? No. Y sin embargo ha sido y será muy útil por

mucho tiempo. Faltaba en aquella época, un espíritu conservador. La Harpe no habia meditado suficientemente á los antiguos; pero habla con una conviccion de entusiasmo, que se comunica: con una admiracion persuasiva. Sin tener la razon superior, la filosofía, el método de Quintiliano, colocado como éste en dias de decadencia, ha defendido los derechos de la lengua y del gusto. Cuando reapareció en la tribuna literaria, al espirar las turbulencias políticas, sus ideas justas, sus teorias sencillas y verdaderas, su estilo puro, fàcil, abundante, debian sobresalir y agradar, tras la dilatada confusion, del buen sentido como de todo lo demas. Comenta casi siempre los principios de Voltaire: y si embota su picante vivacidad, sirve, à vueltas de ello, à la causa de la claridad y de la justicia. Muchas veces él trae á mi memoria la imágen de aquella crìtica de *ojo severo* y *justo* que Voltaire colocaba en la puerta del templo, de quien era él mismo, el verdadero Dios. Con una especie de odio perseguia La Harpe al mal gusto: y como la pasion inspira al talento, encontraba algunas veces en su cólera, una feliz energia; pero gloria suya y cierta, será siempre, la de haber proclamado el génio de algunos de nuestros grandes hombres. En efecto: no sé si en las letras, despues del honor de producir bellezas originales, hay título mas noble que el de admirarlas con elocuencia, esplicar sus maravillas, aumentar el sentimiento y perpetuar la imitacion. La Harpe que no tenia suficiente fuerza, para recibir, para apoderarse con brio de la primera inspiracion, se anima y enardece con el reflejo de las grandes bellezas que ellas han producido. Esta elocuencia que tal vez no hubiera obtenido de sí, la halla cuando admira à *Britànico* ó *Zaira*. Es de sentirse que este escritor que fué con frecuencia el intérprete del gusto, haya hecho censuras y acusaciones, violentas hasta el ridìculo: fué débil: fué exagerado. Todavia despues de La Harpe, se escribió bajo la influencia de los intereses y de las pasiones. Designar no quiero los contemporàneos: seria, darme respecto à ellos, la mision de crìtico; y sobre un punto dificil y peligroso. Quiero suponer que hubo injusticias involuntarias; pero el crìtico debe estar como el historiador, alejado de toda pasion, de todo interés, de todo partido. Debe juzgar los talentos mucho mas que las opiniones. Sé que la censura de estas, censura que atañe mas que otra alguna á la persona, presenta un interés de malignidad, casi tan poderoso como la calumnia. Pero los àrbitros del gusto pueden envidiar el empleo de inquisidores? Empleo es muy delicado en que los desprecios son muy comunes y odiosos: habia principiado su uso por la censura y exagerada del XVIII siglo. Todas las acusaciones morales acumuladas sobre esta grande época tornábanse en provecho de la crítica. La injusticia tenia el aire de un santo celo: hubiérase dicho que era beneficio público, descubrir ó antes bien, imaginar faltas de toda especie en escritores, supuestos tan culpables.

Al contrario: es preciso convenir en que la necesidad de examinar cada dia, el producto de cada mes, reduce frecuentemente al crítico á que presente asuntos estériles é ingratos. Embarazoso y triste es examinar las ideas de un hombre, que no las tiene. Los críticos pusieron en uso demasiado pronto, el rico caudal que les dejara el siglo XVIII. El rigor con que juzgaban, los grandes hombres de esa época, naturalmente les inspiraba, una inexorable severidad para con los coetáneos. Mal se habria hecho, en pedir mas consideraciones que las obtenidas por Montesquieu y Rousseau. Varios hombres de talento hicieron frente à la injusticia: otros por evitar ó por combatir la crítica, la ejercitaron. Era de mas agrado, escribir un fragmento que emprender una obra. Pasó la literatura à los periódicos: este enlace no ha durado; pero despues de esta época el tono de la crítica se ha elevado, y por una influencia conservada hasta nuestros dias, el gusto y estilo, han aparecido en esas composiciones rápidamente escritas, y à veces demasiado prontamente olvidadas. No sé si ciertos críticos, han formado en vez alguna, un sistema raciocinado de esclusivismo é injuria universal. Seria una falta de política, porque en suma los críticos no existen sino porque existen los autores: reinan en una literatura débil: y à destruirse la literatura caerian con ella. Seria sin embargo posible, seria lastimoso, que talentos superiores, hayan guardado por harto largo tiempo, un silencio involuntario: que un justo orgullo, les haya hecho temer el esponer à injuriosos ataques un nombre respetable: y que no hayan tenido el ànimo de aumentar sus títulos temiendo comprometer su gloria. Pero en fin si despues de diez años se ha purificado el gusto, si las sanas doctrinas se han reconocido, mientras se espera sean practicadas, no es no estemporánea la crítica, para reforma tal, en las por largo tiempo falsas y bajas ideas literarias: ella populariza la instruccion: aun cuando juzgue mal las letras, obliga à reflexionar. Protesta en general contra las novaciones dañosas: bajo la pluma de algunos hombres, se espresa con una elegante correccion, que no es inùtil para el sosten de la lengua y del gusto, en un siglo en que el hombre de sociedad tiene poco tiempo para leer, ò en el que con frecuencia no tiene el literato mas tiempo que el de escribir.

Que la crítica sepa siempre, unir à la pureza de estilo, el uso de esas pulidas formas, que nada quitan à la verdad de los raciocinios, pero que los hacen mas tolerables para el amor propio. Un arte existe con el cual se puede ser severo sin ofender. Sé que à la en demasía comun dureza de la crítica, oponen esa espantadiza sensibilidad, con frecuencia reprochada á los literatos. Por do quiera existen los abusos. Nos interesan y tanto nuestras obras, que es preciso una rara moderacion para separar dos miras que el censor pretende casi siempre confundir. Sin embargo, parece que una critica concienzuda y

razonada, raras veces escita quejas. Se puede ser ofendido, sin irritarse por ello: pero es el sarcasmo, es la fria burla, lo que hiere y ultraja. El amor propio consentiria ser atacado, pero no puede sufrir la burla. La crítica no escluye la estimacion; deja ella el consuelo de discutir: el de contradecir. La burla es la espresion incontestable del desden. Que la crítica evite siempre la arrogancia y la ironia; ella impondrá mucho de este modo: á aquellas mas intratables vanidades quitará el motivo ó el pretesto de sus resentimientos. En suma el hombre criticado intempestivamente, no es hombre insultado: una advertencia falsa pero cortés no es una afrenta. Cualquiera que sea vuestro despecho interior, no podeis quejaros de una observacion sobre vuestra obra, como de un chiste en contra vuestra. Nadie tomaria parte en la exageracion de vuestras quejas: y la crítica con un poco de habilidad tendria el placer de ser injusta, teniendo el aire de moderada.

Hay tambien una prudente y noble venganza para el literato: la de despreciar la injusticia, contar con su talento, y multiplicar sus títulos: ganará asi tiempo y gloria. Olvidar podria aquí, la conmovedora leccion que presenta la vida del gran poeta de quien habemos visto apagarse los últimos destellos y lanzando al morir una luz vivísima? Señalada por muchos éxitos su larga carrera, no fué respetada por la envidia. Cuán tenaces censuras persiguieron su acabada y primera obra! Y cuántas veces se renovaron! Y cuando en fin fué preciso ceder ante la nombradia, con cuán artificiosa obstinacion, por largo tiempo esforzáronse para limitar el talento de Mr. Delille con los prodigios mismos de su arte, y admirando mucho sus versos para escluirlo mejor del gran nombre de poeta! Mas el poeta continuó cantando, con voz mas fuerte, mas flexible y mas sonora. Oyó la crítica sin cólera y sin desden: sonrió y lo que no es menos raro aprovechóse de ella. Mientras que la crítica examinaba severamente sus faltas brillantes, su verba largo tiempo exenta de vejez, dió nacimiento á prendas mas atrevidas y altas. Combatieron, pero cedieron tambien. El nombre de Mr. Delille, se vió rodeado de la admiracion de los literatos, hombres cuya justicia es siempre la mas pronta y la mas segura. Perdió la crítica su hiel y su vigor, y se adornó á veces de una ingeniosa gracia, para encomiar un talento que bien pronto concluiria, en el cual las bellezas habian aumentado, y en quien los mismos defectos, conservados bajo el hielo de la edad, tornábanse en una singularidad punzante é incorregible. Así pues señores, los hombres de nota, cuando son bastante prudentes, para no mezclarse en esas interminables querellas en que se agria la envidia con el veneno del ódio, ven en fin á todos los contemporáneos acceder á su gloria. Los talentos que desde su aparicion, despiertan la crítica con grandes bellezas, y que menos animosos ó menos fecundos, no la obligan á callar, con una sucesion rápida de esfuerzos y de triunfos, se resienten mas largo tiempo de una primera injusticia: pero la envidia desarma-

da por su reposo, los perdona tambien. La mediania prudente y laboriosa, obtiene ordinariamente consideraciones, porque ella no asusta; como no debe ir muy lejos en la carrera, se la deja pasar con la garantia de su debilidad. Cualquiera que sea la injusticia de la critica, aflije, mas que daña à los literatos. Abuso sin duda es el derecho de herir, pertenezca á jueces muchas veces interesados é inhàbiles: pero el peligro de este abuso, se ha debilitado por su mismo esceso. Se han visto tantos hombres de talento insultados, tantos escritores sin mérito celebrados pomposamente, que los términos han perdido mucho de su fuerza real. La crítica contemporánea conservará siempre los abusos que la son esenciales: la exageracion y el capricho. Cuantos mejores escritos haya, menos poderosa serà: no prescribirà jamàs al verdadero talento: considerada en general, no ejercerà sobre el gusto mas que una influencia pasagera é incierta. Podràn algunos hombres manejarla con superioridad, pero harán mal en condenarse. Seréis mas útiles, sacaréis mas provecho de vosotros mismos, haciendo una bastante buena obra, que criticando con talento, todos los malos libros que se publiquen en torno vuestro.

La alta crítica, que se ejerce sobre la teoria de las bellas artes, y sobre el génio de los escritores antiguos ó estranjeros, podrà perfeccionarse todavia. La época en que las fuentes de la invencion comienzan á cegarse, en que la composicion original se esteriliza, fué siempre aquella en que se razonó mas ingeniosamente, sobre las producnes de los siglos creadores. Pueda solamente la crìtica literaria, no invadir todo el dominio de las letras. Honor y gratitud à los talentos mas audaces, que á pesar del génio de nuestros predecesores y la saciedad de nuestro siglo, se esponen á producir aun, y que en las distintas carreras del talento, perpetúan el dificil mérito de la invencion! Escritores justamente celebrados, que honrais vuestro siglo; y vosotros los que debeis honrarlo un dia, preparaos á encontrar en vuestro camino la contradiccion y la envidia: dos respuestas hay sin embargo que triunfan de todo: el silencio y una nueva obra. Los hombres ceden siempre, ante la perseverancia del talento. La crítica imparcial, ilumina y anticipa la opinion; la crítica injusta, no puede serlo siempre, ò al menos cesa de ser peligrosa: se corrige ó se desacredita; es escuchada, pero no creida. En cuanto à nosotros, escritores jòvenes, cuyos dèbiles ensayos no inquietan à nadie, no nos congratulemos demasiado pronto, creyendo merecer envidiosos. A pesar de la regla comun, puede suceder que no siendo mas que mediano, se provoquen severas críticas. Desconfiemos pues de nuestro orgullo, antes de sospechar la injuria de otro. El amor de las letras, se parece à todas las pasiones; ciega, estravia, nos ilusiona sobre nosotros y sobre los demas; toma el ardor de sus votos como medida de sus fuerzas; se indigna viéndose detenido en su carrera, y muchas veces tiene necesidad de serlo. El talento es raro, la vanidad crédula; la gloria seductora.

Tal ha sido el brillante discurso escrito en 1814 por el insigne literato francés M. Villemain, y obra que obtuvo el premio señalado entonces, por la Academia francesa. El lector habrà conocido sin duda mi intencion, al colocar produccion tan hermosa, al frente de las notas que deben servir de esplicacion à ciertas composiciones.

En efecto, la crítica debe ser en todos tiempos, el coronamiento digámoslo asi, de los trabajos efectuados por la inteligencia: nada atestiguaria mas profundamente, el respeto inspirado por el público à un escritor jóven, que presentarle este, al fin de sus tareas el arma con que puedan ser ellas atacadas; arma fina, bien templada y digna de los mas cultos tiempos de la literatura, es la que en mano de M. Villemain dió nuevo lustre à la alta crítica de la Academia francesa: varias cuestiones, entre ellas, cuestiones de crítica y gusto, se presentaban à mi imaginacion, al emprender este segundo volùmen de mis obras poéticas; pero muchas de ellas, las hallará suficientemente ilustradas el lector en el discurso del eminente escritor francés y con el cual muy bien puede medir mis producciones, y aplaudir ó rechazar el entusiasmo de mi celo.

Tal vez al aplicar las elocuentes máximas apuntadas en el discurso anterior, que bien podria titularse el *Código del buen gusto*, al aplicarlas digo, à esta obra, se comprenderà que en el *Discurso preliminar* no es un capricho de mi imaginacion, sino una opinion literaria profundamente arraigada, el nuevo desarrollo que doy en el volúmen actual, al pensamiento conocido ya por el público, de unir las ciencias à la literatura: no creo, á pesar de la grande indulgencia con que han sido acojidos estos débiles ensayos de mi pluma, que esta por ellos, sea digna de estima: no: creo por el contrario, que una inteligencia hàbil, en el campo que abre à sus ojos la idea fundamental de ambos volúmenes, hallaria en él, una vasta órbita, donde podria girar con donaire el astro de su génio.

A LA POESIA DEL SIGLO XIX.

Làstima es y grande, que el respeto por los antiguos, no encuentre en los modelos actuales, un eco proporcionado à la admiracion que ellos inspiran. El siglo XIX, este gran revolucionario, que marcha á través de los tiempos, busca en todo un nivel que no le dan, ni los brillantes génios del clasicismo latino, ni aun los grandes escritores del siglo pasado; hablemos de la poesía porque ella es el cuadro de la inteligencia de una época: qué nos presenta ella hoy dia, comparable en la tragedia à un Sófocles y en la épica á un Homero? La poesía actual ha seguido sin embargo de su independencia natural, la corriente de los sucesos: desgraciadamente cuando en una épo-

ca, hay plenitud política, hay atonía literaria: la causa es sencilla: la primera escluye el sentimiento generoso del alma: la poesía vive de ello; pero la primera, gobierna pueblos; y la segunda los sigue paso á paso: de aquí se deriva su estado menos feliz en esta época, que en otras de mas corta grandeza intrínseca, pero de mas elevado sentimiento. No se crea que mi respeto por la clásica antigüedad, raye tan alto que desconozca, el mérito de los atrevidos novadores de nuestro tiempo. La filosofía imparcial no desprecia nada. Todo lo ve; todo lo examina. El error es á sus ojos un argumento. La naturaleza solamente le parece infalible. Creo, pues, que la originalidad de una época, moriria á mitad de carrera, si la veneracion por los grandes hombres de Italia y Grecia atemorizara al talento, el génio debe inventar; pero el génio debe ser moral: y la pureza filosófica, es lo que falta á nuestros tiempos de improvisacion y de velocidad.

El mismo siglo XIX, que pone en olvido, el sentimiento pátrio de los pueblos antiguos, el siglo presente, que pone en duda la existencia de Homero, y en mas de una produccion ha destronado la belleza moral de que cuidan siempre algunos hombres, aun en las épocas mas estraviadas, ese mismo siglo finalmente, ha creado mucho; y ha hecho ver tan dilatado el horizonte del arte, que ha producido obras inmortales como los poemas de Byron: fragmentos de epopeya, como las admirables inspiraciones de Hugo: y sin embargo no podrian ser estos ingenios los clásicos de su tiempo; sino los ilustres representantes de algo mas grande que las reglas de la belleza: la historia íntima de una época famosa.

Si los antiguos tenian su mérito, tienen tambien el suyo los modernos: fueron aquellos mas grandes hombres: fueron mas superiores en la práctica de la idea y del sentimiento: he aqui la diferencia: doloroso es que teniendo un caudal tan vasto, una tan prodigiosa riqueza, acumulada por los episodios históricos que ha habido, por el hundimiento de la mala filosofía y el triunfo del Cristianismo, por el adelanto en suma de las razas, lleguen naturalmente al labio las frases con que empiezan los versos de esa composicion.

Do está del grande Homero,
La sombra celestial?

No, nuestra época no carece de argumentos, muchos mas bellos que los que inspiraron al poeta, cuya obra se hallaba siempre bajo la almohada de Alejandro, porque, sin duda algo del cielo sentia brotar de ella, el génio brillante del vencedor. El providencial descubrimiento de la América, aquel hombre oscuro que va en el seno de la noche, y lanzado sobre el de las aguas, á realizar la unidad del pensamiento de un Dios, la unidad de las razas, la belleza augusta de la religion que daba el último golpe á la media luna, en los muros de Granada, aquel poeta insigne, que entre el ruido de la tempestad,

ve con gozo los relàmpagos que Dios le envia como fanales en medio de una mar tenebrosa, aquel filósofo en fin, que desea estender en la tierra el imperio de la moral, Colon pues, ese grande hombre que mereceria una estátua, colocada en la entrada del Nuevo Mundo, para atestar que si los antiguos elevaban templos á sus héroes, los hijos del siglo XIX saben colocar á éstos al frente de las maravillas que han realizado, Colon es por sí, aun separado del vasto cuadro del descubrimiento, el héroe sublime de un poema lleno de làgrimas, lleno de la grandeza del génio que vagaba errante y avergonzado tras un Mundo que ignoraba su desgracia. Iluminad á Colon con el sol de la América, y decidme, si hubo en la antigüedad, figura menos sangrienta y mas grandiosa.

Falta un Homero al vencedor sublime.

El génio de Wàshington ha debido inspirar ya á la musa americana: el siglo en que nazca el poeta homérico, que pueda abrazar la conquista del nuevo continente, tan sangrienta de suyo, y la pureza angélica del legislador americano, será un siglo grande, aunque no produzca mas que tal poeta: no tiene la antigüedad griega, no tienen los bellos tiempos de Roma, un tipo mas brillante que ese hombre ilustre: el siglo actual tiene una alta personificacion; Bonaparte. Wáshington ha sido sin embargo de ese, mas grande que su siglo, puesto que su desinterés político deslumbra todavia: el proceso contra la gloria de Napoleon, durarà mientras gire el mundo: la gloria de Wàshington irà elevàndose como esas àguilas que por ser tan bellas, impiden los tiros de todo cazador, y se ocultan en las nubes.

Pero aparte de todo esto, compárese por un momento, el poema que inspiraria la religion de los dioses al que se debiera á la idea de un Sér único, infinito, como es el que brilla en todo el martirio, en toda la poética filosofía del Salvador del mundo: el primero seria el error de la razon, aunque fuera admirable por otras cualidades: el segundo seria el monumento de la verdad que representara la perfeccion moral, atributo grande de nuestra religion: nuestra época tiene en sí materiales tan pasmosos, que por ser tales, quizás sean un dia, no el trabajo de un hombre; sino el de una generacion: la decadencia actual, felizmente, no tiene sus raices en la incredulidad, à pesar de haber pasado por la ruda prueba del décimo-octavo siglo, tiempo admirable y que preparò los adelantos del que atravesamos: aquella decadencia consiste en mi opinion, en el agrupamiento de tantas ideas, de tantos intereses, de tantas novaciones. Cuando la sangre sofoca al corazon, no se grita; cuando las ideas sofocan un siglo, éste enmudece y por consiguiente no hay poesia, puesto que ella es el grito del espíritu humano.

¡Alemania fecunda! el alto cielo
Niega el ardor á tus poetas? Francia!
Dónde tu celestial filosofía?
Y tú patria del génio, cuna eterna,
Grecia postrada en ataud de gloria,
En la tumba de Píndaro no puedes,
Volver á despertar mas rica historia
Y á dar modelos de precoz valía?
Todo se arruina oh Dios! y desfallece,
Y solo y triste y venerable crece
El àrbol de una santa poesía!

Europa y América: vol. I.

Y no se diga que la esfera del arte es limitada: no: es vastísima: lo es, porque la poesía lírica tiene fuentes nuevas, en el carácter comparativo de las épocas, en su sentimiento, en sus grandes hombres, en sus creencias: lo es porque la poesía épica, cuenta con el Cristianismo, cuenta con el Nuevo Mundo, cuenta con una grande revolucion europea que despertó siglos dormidos al pié de las Pirámides: lo es porque la poesía dramática desechando los recursos ilegítimos por el estudio de los poemas bíblicos y por el de la grandeza y decadencia de los romanos, estos hombres imperecederos de la historia, podria crear un teatro espléndido por su originalidad para la fantasía.

El alma por sí es una fuente inagotable de nuevas y fecundas inspiraciones. El bien es su poesía: la inmoralidad es lo deforme del alma. Ponedla en contacto con los sanos principios de la naturaleza y hallareis en ella las bellezas de que no hablaron jamás los libros. Milton en la oscuridad concibió un Paraiso. Pero seria difícil que no deteniéndose el hombre un momento sobre sí mismo, pudiera comprender los vínculos que unen el alma á todo lo que en sí tiene un rasgo de sublimidad. La creacion del hombre no ha sido sino la concepcion de un tipo. Todo es instable, todo varía cerca del hombre: todo es eterno, todo es fijo cerca de la Providencia. Los pueblos siempre sintieron la necesidad de levantar el edificio de su filosofía, antes que el de su política: no necesitaron penetrar los principios de la psicología: no necesitaron analizar las grandes cuestiones de lo infinito, de Dios, del espacio y del tiempo: tuvieron una lógica mas segura: estudiaron al hombre: estudiaron sus acciones. En esto tiene orígen el fuego inmortal de algunos poemas escritos en medio de la rudeza de las costumbres: asi se comprende, que el hombre no tiene una absoluta necesidad de ponerse en contacto con los adelantos anteriores á él, para sentir los arranques propios de una criatura privilegiada.

Hay una creencia sin embargo que muchas veces origina la decadencia del sentido moral: la negacion del alma. La Providencia ha destinado á la inteligencia á girar en torno de un mismo centro: desgraciadamente ese centro es la duda: la duda por sí no ha creado ningun gran poeta: y cuando los pueblos ponen en

duda su sentimiento religioso, muy próximos están á declinar en sus costumbres y en sus adelantos. Los sistemas de legislacion imaginados por los griegos tenian por base el principio de la fé: sea este principio una personificacion superior de nuestro sér ó sea la significacion superior de una ley impenetrable aun para la inteligencia, la verdad es, que allí donde no existe, no puede haber leyes tolerantes, ni ciudadanos felices. Oid las primeras palabras de un pueblo libre: buscad el lazo que une à los sentimientos humanos, inquirid el secreto de la felicidad de algunos pueblos cuyo sistema de legislacion es sencillo, y encontrareis la idea de un Dios que podria caber bajo la tienda del salvaje, bajo las bóvedas de los templos del Cristianismo, como en el corazon del Israelita: en un átomo, como en un astro: en medio del caos como en medio del universo. Separad de toda grandeza humana el fuego sagrado del alma, esta elocuencia natural que siente todo el que nace, y solo hallareis una série de razonamientos que no pueden comunicar entusiasmo porque carecen de él. Pero hay una duda que es el resultado inmediato de la perfeccion de la sabiduria del hombre: entonces es cuando descorazonado, ve caer á sus piés los edificios que habia estudiado tantas veces y que tal vez juzgó como puertas de un mundo de perfectibilidad. Nada humilla tanto al hombre, nada tanto como esto, le hace reflexionar en sí. Ha descubierto un océano inmenso, infranqueable, iluminado con los destellos de una Providencia que adivina, pero que no palpa. El peligro para la razon es muy grande entonces: ninguna ciencia podrá darle una respuesta cumplida: serà el hombre, el gran solitario de la Creacion. Pero si en vez de oponerse á la pena natural que le causa, el conocimiento de su pequeñez, se levanta á esas regiones sublimes cuya existencia sospecha, entonces la vida se dilata á sus ojos y la grandeza de los siglos creadores se presenta llena de galas á su imaginacion. Estos dos milagros de sentimiento, los ha realizado sin embargo el alma, y hay siglos que como el de Voltaire, se detienen en medio de esas dos grandes dudas, colocada la una al principio de todo conocimiento, la otra al fin, y bien sucumben, ò bien entonan un canto de esperanza que sin duda debe hallar un eco en el espíritu del Creador.

Pero el alma es en sí, un misterio prodigioso. La sentimos: he aquí toda la consecuencia de la filosofía. Sin darse cuenta de sí misma, de su orígen ni de su fin, ella se lanza en las regiones de la eternidad, deja otra en la gloria que arranca al mundo, y sigue la tendencia del pensamiento, atmósfera donde se asfixiaria un Dios, y elemento proporcionado à la pequeñez del hombre. Por eso la filosofía y la poesia son dos ángeles que descubren juntos un mismo Paraiso; son dos astros que giran en una misma esfera: son dos pensamientos que sacan al hombre de la nada, lo traen al mundo y lo elevan à la resencia del Altísimo: la filosofía medita: la poesia siente: la primera

busca à Dios con la idea; la segunda busca la eternidad con la mirada. Esa grande alianza ha salvado à los pueblos del naufragio de la incredulidad: Dios quizá no tiene otro idioma para hablar á la naturaleza, y felizmente ese principio forma el bàculo del siglo actual, que ha podido inspirar á un Chateaubriand, naturaleza esquisita que tuvo la filosofía por senda, la poesía por estrella, y un Dios por horizonte.

DIOS EN EL ESPACIO.

Era una noche de silencio y calma,
De inspiracion y de esperanzas bellas,
En que extasiada se elevaba el alma,
Con alas de querub, á las estrellas.

Si á los poetas, pudiera separárseles, en sus obras, de su personalidad, los poetas serian indignos de ese bello título: la poesía vive del sentimiento, y este no es bueno si es limitado. Manfredo es Byron: Otelo en su belleza, es Shaskpeare: los principales héroes de Voltaire, son él mismo: la posteridad de nuestro siglo creerá que Lamartine vive todavía. De lo grande pasemos á lo pequeño. Hay una segunda naturaleza para los recuerdos, hay un segundo cielo azul para el corason, cuando hallamos en nuestra mano un instrumento sonoro que nos hace creer en un ser infalible, en destinos superiores y en goces disfrutados en este mundo.

Tú crees (dijo ella) que el alma no es de tierra?
Porqué? ¿dónde los hombres que han perecido están?
Despues de tantos siglos, despues de [illegible]
Qué fué de sus grandezas y espíritu y afan?
Qué losa los conserva, qué mundo los encierra?
Volaron? dónde fueron? perdiéronse? vendràn?
Tu mente no se abate? tu mente no se aterra?
Y á do tus pensamientos para triunfar iràn?

Hé ahí el caos de la filosofía: hé ahí el horizonte que separa nuestra ciencia de la sabiduría de los cielos: un àguila solo puede salvar ambas cosas: y esa àguila es el alma. Su inmortalidad es una de las demostraciones del siglo XIX: hemos adelantado en todo: la ciencia del alma no habrá dado paso alguno? Las costumbres de los pueblos han perdido mucho de su rudeza: las leyes se han hecho filosóficas: la alianza del saber entre los paises. es hoy mas que nunca fecunda: el código penal se arrepiente de su tradicion: la pena de muerte se avergüenza de sí: un nuevo continente dà lecciones de dignidad humana à la Europa, y la moral de los pueblos es hoy la base fundamental de los gobiernos. La economía política que es la inteligencia de ellos,

participa de ese brillante progreso. La filosofía pues, por su parte, contando con la moralidad individual, ha simplificado todas sus cuestiones, ha dejado girar, solo, el astro de la razon, y esé astro por instinto ha penetrado en la órbita de sus destinos. Hoy dia púes, hay una regeneracion de ideas: ningun sistema predomina y el estudio detenido del Cosmos de los antiguos, sirve de cátedra al sentido natural. Hay mucha distancia entre los sistemas de Pitágoras y las deducciónes de Descartes: un abismo entre Platon y Kant: y sin embergo tódas las cuestiones se han examinado y esos ingenios han sido los arquitectos de un mismo edificio: la base es lo único que ha quedado, y la base es la naturaleza. Cuando veais una nube buscad el horizonte que señorea: cuando veais una estrella, buscad la esfera qué ilumina: así pues, cuando oigais al filósofo que razona sobre las maravillas de Dios, buscad al poeta que las admira. El filósofo ha creado la legislacion de los pueblos, ha analizado la naturaleza, ha aconsejado á la humanidad: el poeta ha sorprendido los movimientos de la creacion animada, ha infundido una creencia superior en los hombres, ha adivinado para la humanidad dias de ventura. El filósofo forma la estátua de la grandeza humana: el poeta la ilumina. La fé es el arca de alianza suspendida entre la tierra y el cielo: entre los hombres y el Altísimo: ella es la obediencia ciega á la voz irresistible de la naturaleza: no pregunta, porque no habla; sus hechos son su idioma El Panteismo ha querido desfigurarlo todo, los sistemas inventados por la filosofía material han querido poner su pié de barro, sobre la cabeza resplandeciente del hombre: ellos han intentado encadenar à la humanidad: para ellos ha habido reyes, poetas, oradores, gobiernos, y sin embargo, la unídad moral ha sido el tipo ideal de la humanidad: y á pesar de todas las trabas, ella ha triunfado, y los sistemas se han envuelto en la tiniebla del olvido. Nada prueba como esto, la esencia superior de esta alma que vive en los hombres, en los pueblos, en las razas: jamás el equilibrio de la civilizacion por la templanza de las leyes ha sido tan patente: el Protestantismo ha combatido inútilmente: el Cristianismo ha luchado en todo el Oriente, ha luchado con un Mahoma mas terrible aun que el profeta de los árabes: el siglo XVIII: y ha triunfado. La religion revelada ha sido anterior á ese milagro moral, y la ética profunda dando base á la gran teoria de la indivisibilidad del sentimiento, ha sembrado por todas partes la semilla de la felicidad humana, como sencillo producto de la superioridad de nuestro libre albedrío. El mundo pues progresa: la inteligencia moral de los pueblos se ha desenvuelto mas, y el equilibrio de los intereses, tiene por consecuencia una paz que está arraigada, no en el derecho constitucional de cada país, sino en las especulaciones morales del pensamiento.

SUIZA LIBRE.

No tuvo esta oda en su orígen por argumento la patria de Guillermo Tell ni el sublime triunfo de este ilustre ciudadano. Pocos meses hacía que me hallaba en Madrid, y el alzamiento que tuvo por resultado el gabinete del general Espartero, me prestó asunto para dar rienda á mis sentimientos: tuve entonces el gusto de presentar mi pobre ensayo, al malogrado escritor y elocuente hablista Don Joaquin Maria Lopez que con fervoroso empeño quiso darlo á la estampa, impidiéndolo, el mismo motivo que detuvo, la circulacion de un folleto que por entonces publicaba aquel célebre abogado. El alzamiento á que me he referido, fué una significacion personal mas bien que un movimiento político: pero las consecuencias que derivó pertenecen sin embargo á la política literaria del pais: una de ellas fué el triunfo moral de un militar anciano: otra, la corona de un poeta: durmió esa oda entre mis papeles hasta que presencié la caida del ministerio presidido por el Duque de la Victoria: entonces destruí el fondo de la composicion, la di otro, y dejé intactas las formas, y el estilo con que tengo á honra ponerla en manos del público.

LA PAGINA DE ORO.

En todas las épocas de su vida, mi Sr. padre, ha sido à mis ojos, el modelo mas perfecto de la filosofía humana: muchos libros he ojeado, y muchos he cerrado despues: no he hallado en ninguno un tipo parecido à este hombre de bien: él mas que las obras del orador romano, me ha traido siempre à la memoria las delicias de *Tusculum* y el carácter sencillo y trasparente por decirlo asi de Ciceron: él es para mí la belleza moral de Homero, el heroísmo de Sócrates; personificado todo eso en un hombre. Para mí ha sido mas que un hombre; un principio moral de la naturaleza. Le he visto en medio de las tempestades de la vida, sonriendo con fé como los varones de la Biblia: le he visto feliz y creyente como las figuras resplandecientes del Cristianismo. La familia, la virtud, la claridad de las leyes, un libro, un amigo, hé aquí cual ha sido el norte de sus aspiraciones: poeta de sentimiento aunque no de verso, ha preferido siempre los sencillos espectáculos de la vida, á las grandes turbulencias de ella: un solo rasgo describiria su carácter: *adora á Jovellanos*: en su opinion este inmortal escritor, era en lo que hace á su nacion, mas grande que su siglo. Mi Sr. padre pues, fué quien me inspirò el gusto por las obras de este hombre célebre, indudablemente superior à su tiempo: Bonaparte ciertamente no se equivocó al querer grangearse las simpatías del orador asturiano; y si este hubiera accedido á los deseos del Emperador quizás se hubieran desfigurado los acontecimientos,

y tal vez la estrella del primer Cónsul, hubiera brillado mas que en parte alguna en los gloriosos campos de Zaragoza.

Un poeta nacido en la isla de Cuba y que murió abrasado por su génio, mas bien que por sus opiniones habia dicho á mi Sr. padre en un soneto.

Vive lleno de dicha inestinguible
Cual yo deseo ilustre magistrado,
Ciudadano bondoso, padre honrado,
Amigo fiel y juez incorruptible.
Tu ánimo fuerte y corazon sensible
Conserve el cielo de esplendor cercado,
Y osténtese en el cielo coronado
De divino laurel inmarcesible.
Y el Ser eterno porque siempre vea
De justo premio á tu virtud divina,
Te dé edades felices, lisongeras.

Plácido fué, segun creo, el autor de esa composicion mas recomendable por la idea que por el estilo: la hubiera yo copiado del todo, si la crítica de mal corazon no pusiera despues en tela de juicio la conclusion del último verso: à veces se ahogan muchos sentimientos desinteresados de suyo. He dicho que la familia ha constituido siempre uno de los mas grandes placeres de mi Sr. padre: y por esto es que al hablar de la PAGINA DE ORO, debo recordar una casa de campo, donde en marzo del 54 dejé eomo memoria à otra persona, esa leyenda harto variada despues.

Habia en dicha casa, una habitacion pequeña que siempre heria el sol con sus primeros rayos: habia un jardin delante de ella, y en el jardin una flor, cuyo tallo se elevaba encorvàndose, hácia una ventana, de tal modo que abierta ésta, penetraba la flor embalsamando con sus perfumes el aire de la habitacion. Era esta mi gabinete de lectura: á veces escribia versos, á veces prosa, pero siempre seguia en todo un plan desordenado: mis hermanas entraban con frecuencia, y entonces me parecia que tres flores daban su aroma à mis ensayos literarios: ellas leian mis poesias: yo las destrozaba despues, el sol se ocultaba, rayaba el nuevo dia, la flor penetraba por la ventana y por ella me saludaban mis hermanas, blanca la una, morena la otra, y como dos ángeles ansiosos de despertar á su poeta.

Mi madre entraba luego, temiendo siempre el dia en que me era forzoso partir de la Isla de Cuba: alli lloraba y alli veia aquella flor que tal vez todavia asoma por la ventana, pues la casa existe y en ella la habitacion: el mes de marzo servia de víspera á mi viaje, y en una fresca mañana, entró mi Sra. madre con un libro en la mano. «Vas à dejar á tu patria y familia (me dijo) y quiero conservar un recuerdo tuyo, hijo mio: esta novela creo que es de Cooper; es muy interesante: y yo deseo que la pongas en verso: esto es lo ùnico qué te pide

tu madre.» Las làgrimas ahogaron su voz y bañaron su rostro: leí la novela: el génio del autor habia sido adivinado y sentido por quien dos años despues me inspiró la serenata, tantas veces leida en Madrid, publicada en el tomo anterior à este y que me ha proporcionado muy gratas satisfacciones; satisfacciones puras, agenas de todo interés literario.

Los versos que escribí, fueron detestables, pero para una madre eran muy buenos: quedó el fondo, sin embargo, de la novela, que se titulaba el *Alma de una madre*. Dos años mas tarde, mientras quemaba en Paris, varias poesías, vino à mis manos la copia del original que dejé à mi Sra. madre y tomando la pluma, la dí las formas é ideas queencierra la leyenda que el lector juzgarà. He suprimido lo que juzgué digno de ello; he variado en mucho, ciertos pasages del original: lo mismo he hecho con los nombres de los personajes, y he dejado aparte, la conclusion, (que à nada conduce) de dicha novela. La eleccion pertenece á mi Sra. madre y en la eleccion va envuelto su talento, pues atinado fué, el de escojer un asunto tan lastimoso, tan dramàtico como el de la produccion que he titulado la *Pàgina de Oro*, porque lo es, si efectivamente pertenece al autor de la *Pradera*; no dudo sea trabajo de otro, pues no figura el título en las colecciones del narrador americano; pero de todas maneras el autor seria un hombre y la obra un sentimiento. Cuando un libro sirve de personificacion à un acontecimiento de la vida sencillo, pero de interés para una familia, el libro se hace un miembro de ésta; y asi pues, creo que mi leyenda, despojada de lo defectuoso del original, tendrá para mis padres (sino para el público) los perfumes de aquella flor que al levantarse el sol aparecia por la ventana.

LUCHA DE DOS SIGLOS.

Nunca olvidaré la favorable impresion que produjo en el señor Alcalà Galiano, la composicion referente al filósofo de Ferney publicada en el primer volúmen y que lleva por título *Voltaire y su siglo*. Al escribir ahora sobre la lucha de dos tan interesantes siglos como el pasado y el actual llega à mi memoria el recuerdo de varios brillantes discursos pronunciados por el orador español en el Ateneo de Madrid, amplificacion del cuadro de la literatura del siglo XVIII trazado por Mr. Villemain, á quien consagra tantos respetos el publicista andaluz.

Solo una cosa hay digna de rivalizar en nuestros dias con la influencia pasmosa de Voltaire y el movimiento funesto de la filosofía en el XVIII° siglo: el triunfo supremo de la razon en la época presente. La lucha del XVIII° con el XIX° siglo, que ha tenido por episodio

el gran drama de la revolucion francesa, forma el carácter de unos tiempos que la humanidad colocará como historia interesante al frente de sus páginas. Sí. La filosofía puede pervertirse, el hombre puede profanar su orígen, el género humano lanzarse por sendas peligrosas, pero el dedo providencial que escluye á la fatalidad, guía al universo hácia el camino espléndido que indicó desde la primer hora en que giró el globo; la política que en España como en Francia, y en Italia, como en Inglaterra influyó para la torcida tendencia de las opiniones de aquella época, se desembarazó así que la nueva regeneracion de las ideas hizo palpable su influencia. Dios descolló como el vencedor del ateismo: un siglo felizmente de aptitud religiosa, fué el testigo inmortal de este grande acontecimiento, y quedó el siglo XVIII, como el verdadero Hamlet de los tiempos, y retrocediendo ante la sombra augusta del siglo actual.

LA VUELTA DEL ALMIRANTE.

Siempre veía yo en la casa de mis padres un cuadro que suponia á Colon magníficamente vestido y presentando á los Reyes Católicos varias muestras de las riquezas del Nuevo Mundo; mas tarde leí la preciosa historia, escrita por Irving, y recordando el cuadro y el historiador, me decidí à escribir la leyenda y à mejorarla y publicarla en este volúmen: su único mérito, es la fidelidad; pues todo el discurso de Colon (salvo muy lijeras variaciones) pertenece al mismo Colon, tomándolo yo en prosa del trabajo de Irving. En un hermoso salon, de quien es dueño mi respetable amigo el señor Marqués de Brignoles, he visto una estátua que representa á Colon en el acto mismo del descubrimiento: y es tan gallarda su apostura, tiene tal donaire su accion, que el busto seria por sí solo, capaz de inspirar muy bellas poesias, sino fueran suficientes las nobles espresiones que ha sugerido siempre á uno de los mas gloriosos defensores de las glorias de Italia como es la persona à que me refiero, y cuya conversacion trae siempre à mi memoria el celo de los virtuosos ciudadanos que han contribuido al triunfo de las leyes, del culto y de la moralidad en la patria del Almirante.

LA SOMBRA DE CHATEAUBRIAND

Comenzaba la posteridad de Mirabeau: el Homero de la elocuencia moderna habia muerto para las luchas de la Francia política y el astro de gloria del ilustre orador, presagiaba á la patria de Luis XIV, una reputacion inmensa, en la memoria del talento de uno de sus hi-

jos. Mirabeau que habia sido el hombre de la tribuna, el defensor mas sagaz, de su tiempo, asi como era el primer modelo de la alta oratoria, Mirabeau habia dejado con su nombradia el gérmen de todo el triste drama en que cae la Magestad Real para triunfar la anarquía por un momento, y doblegarse luego bajo el peso del Imperio. Su política habia tenido las contradiciones de los partidos y el recuerdo del grande orador, arrancaba à estos, palabras de amargura que iban à resonar en el Panteon, donde la muerte hacia mas solemne el triunfo de aquel hombre extraordinario. Sucede á veces con los pueblos como con los individuos; decididos à contemplar el mundo lejos de sí mismos, fijan sin embargo la mirada en todo y no en la figura en que parece mas significada la historia del porvenir: la Gironda lo viò todo, y á pesar de esto no descubrió en la oscuridad del nombre, en la dificultad de elocucion y en la frente pálida de Robespierre al hombre que habia de esterminarla. Caen conocia à todos sus hijos, y no obstante esto, no distinguió en el brillo de la mirada, en el silencio imponente, en los estudios de Carlota, al génio brillante que hizo honroso por primera vez el asesinato.

Murió el defensor de Luis XVI y de la dinastía austriaca. y nadie pudo percibir el contacto de aquel hombre con las grandes ideas, que puestas en accion presenciò Vergniaut, el único en los tiempos del Terror capaz por algunos momentos, de ser comparado con Mirabeau. La analogía del génio con el caràcter de la época que presiente, es admirable. El talento superior de Mirabeau, se reflejaba en la naturaleza y hasta en la humanidad, como en un espejo: tenia de la primera la grandeza, y de la segunda el sentimiento: su génio no meditaba: todo lo esperaba de la inspiracion: es decir: del cielo. Habia en su imaginacion toda la poesía del mundo físico con su aparente desórden: vive prometiendo perfeccion tal, que todo se diviniza: muere pidiendo luz, músicas y flores; pero muere como Colon ignorando la grandeza de su descubrimiento. Una idea considerada de un modo abstracto, se presenta à la imaginacion, por reflexiva que ésta sea, como un àtomo, cuya rapidez y fuerza, por grandes que se concibieran, no llegasen jamás á desviar el globo de su giro; pero considerada esa misma idea en accion, crece, se agiganta, se incorpora á las tendencias de toda una sociedad, vive con ella, lucha, declina, se eleva, y al fin se presenta, como regeneradora, no de un pueblo, sino de un siglo.

El caràcter de la Revolucion francesa, es por decirlo asi, el reflejo de la fisonomía del génio de un grande hombre: Mirabeau guiado por una alta idea presiente y celebra la ruina del trono: la atmósfera de la córte lo ahoga: el pueblo que ha mecido su cuna, lo entusiasma porque á sus ojos se santifican sus derechos: llega el momento de la lucha: opone á la fuerza inviolable de la magestad Real, la poderosa resistencia de su génio: se hace indispensable la presencia de un hom-

bre profundo en la política y dotado de grande actividad, y Mirabeau se hace infatigable como la naturaleza, elevándose por medio de la elocuencia, tal vez á mayor altura que los oradores de Grecia y Roma: pero todo este brillo se amortigua: la perfeccion es uno de los atributos que ha reservado para si sola, la Divinidad: aquel tribuno que habia ennoblecido al pueblo y rescatado una opinion, aquel hombre de Estado que tenia en sí, el secreto de la paz y el de las revoluciones, aquel varon insigne que inauguraba todo un periodo de grandes doctrinas y de génio, de virtud y de crímenes, de bajeza y de heroismo, de grandor y decadencia, ató hierros de infamia y de esclavitud á su talento, y vendiéndolo à la misma córte, que antes ultrajara, dejó en descubierto su probidad y digámoslo de una vez la pureza de una época: todo el brillo pues de una patria.

Tal ha sido el carácter de la Revolucion. Nacida en el seno de una filosofía independiente, libre y generosa, tan sentida como la de Rousseau, tan razonada como la de Montesquieu, presagiando en su infancia los altos fines de la legislacion de Esparta, queriendo ser el monumento de la igualdad y del derecho, su primer paso tuvo la magestad del Evangelio, puesto que ella quiso ser la mas bella revelacion, y la mas grandiosa conquista del entendimiento. La Revolucion entonces colocó à la Francia á la altura de la Inglaterra, en el terreno de la historia, porque los paises como los hombres, sino presentan los dramas del sentimiento, carecen por decirlo asi de interés para la humanidad que ha de estudiarlos mas tarde. Desgraciadamente aquella gigantesca epopeya que cambió la faz de la Europa se nubló para siempre, siendo tan grande en su sangrienta decadencia, como digna de admiracion habia sido al castigar, no en el monarca, sino en la nobleza las tiranias del abuso. La Revolucion fué tan oportuna como la presencia de Mirabeau en el teatro de su época: pero tuvo una inconsecuencia inmensa que debilitaba toda su gloria; así como la inconsecuencia de Mirabeau quita gran parte de su tersura, no al orador, sino al ciudadano.

Si Danton, que pudo en medio del entusiasmo de los defensores del principio revolucionario ver en la frente del entonces duque de Chartres, la corona de la monarquía, si adivinó à Luis Felipe, en el bizarro militar que llamaba la atencion de un hombre tan práctico en el conocimiento y eleccion de los demas como lo era Dumouriez, si Danton hubiera tenido toda la fuerza de su inteligencia y toda la penetracion que dan las circunstancias al correr los dias de dicha y desastre de Mirabeau, Danton mas tarde no hubiera preparado las imperdonables jornadas de setiembre, porque hubiera visto el fin de la revolucion en la política del príncipe de la democracia. Mirabeau si hubiera muerto como Vergniaud ó como el mismo Danton, habria llegado à ser para la posteridad mas grande que la revolucion: porque sus pensamiento habria participado de la incorruptibilidad que pertenece á

todo lo que en sí es divino: la Revolucion se hizo infecunda y digna del primer Cónsul porque perdió la virginidad, digámoslo así, de aquellas grandes teorías que aspiraban á derramar la felicidad por todo el mundo.

Hé aquí por qué Robespierre eclipsa la gloria, no diré del famoso partido de la Gironda, sino la del mismo Mirabeau: la muerte de este no queda siendo un problema, sino una dolorosa demostracion: Robespierre muere: pero tan atinados seríamos, suponiéndole al espirar un pensamiento de ódio y degradacion, como creyendo que al exhalar el último suspiro, veia con pena malograda la hora de hacer mas dignos, mas solemnes los destinos del género humano. Hay para la historia momentos de perplegidad, como los hay para el hombre de mas inteligencia y resolucion: hay caracteres como el de Robespierre que limitan á la historia, puesto que hacen evidente la impotencia de ella: tienen en sí un fondo de oscuridad que hace parecer mas blanco, el pedestal en que descansan: con Robespierre concluye la Revolucion, pero no de una manera vulgar, sino como esos cuadros de la Biblia donde vemos perecer al último rey de Babilonia delante de un profeta y en medio del incendio de su ciudad y de sus alcázares.

La Revolucion tambien murió como Mirabeau: murió atea, despues de haberse querido igualar en tendencias con las doctrinas de Licurgo; queria perfumes; queria flores; queria un Dios nuevo: sostened la cabeza mas fuerte de la Francia (decia Mirabeau al espirar): era lo mismo que decir: glorificad à su grande hombre: la Francia tambien al recibir el primer golpe de muerte se asombraba de que pudiera ocultarse una inteligencia de tanta magnitud como la que pudo luchar durante cinco años, imponiendo incesantemente á la Europa.

No habia sensibilidad en el génio de Mirabeau: tampoco la hubo en el de la Revolucion; ambos se grangearon la lástima de las naciones; lástima que en política, es un descrédito; pero dejaron problemas de tal trascendencia que aun escaparà su resolucion á los ojos sagaces del porvenir. Asi, Dios por ese maravilloso contraste de la sabiduria misma, hace nacer hombres-épocas como Mirabeau; y épocas idénticas à ellos como la Revolucion; el historiador adelanta por los caminos que la tradicion le indica; pero si por fortuna llega à tomar el sendero que promete mejores resultados para la investigacion, llega, y para la gloria eterna de los que han de venir despues, à una cúspide desde donde sino vé los detalles de alguna importancia, descubre el cuadro del acontecimiento; y sobre todo à los grandes hombres que los personifican.

Toda esa época, produjo en Inglaterra à Byron; el poeta de las revoluciones del sentimiento y en Francia á Chateaubriand, el poeta apaciguador de ella; la aparicion de este en la escena de la vida; dignamente celebrada hoy por el autor de la historia de los *Cien dias*

es un acontecimiento muy importante que la filosofía examinadora de nuestros tiempos, no podrà tocar lijeramente, sino apoderándose de los menores actos de aquel hombre ilustre, menos grande tal vez por el pensamiento, que por las bellezas inmortales de su estilo; la filosofía de Kant, los sistemas de Aristóteles, los de Leinbnitz, los de Espinosa, las teorias de Descartes, el mismo Bacon que tuvo por época el reinado de una Soberana, que impulsó á un poeta filósofo tan poco sistemático como Shakspeare, Bacon que tuvo en su vida, un grande asunto, para el ensayo de todas las filosofías conocidas, Bacon en sus argumentos, como Voltaire en sus tratados, como aquellos tratados mismos, han ido envolviéndose en la densa niebla del olvido, pues nuestra época, es mas elocuente que razonadora: no bastan hoy los principios: son los hombres los que colman la necesidad: ninguno podria representar mas dignamente en sus obras (hablo de los modernos) el paso inmenso del Cristianismo que Chateaubriand: él enunció el programa del siglo XIX y el de tiempos que viven aun en el porvenir: la revolucion francesa le sirvió de cuadro admirable para estudiar la humanidad y ella que fué grande en sí, destronó muchas ideas filosóficas y à pesar suyo, á quien con mas ventaja realzó fué al Cristianismo: la filosofía mas corta y menos subdividida de cuantas han aparecido sobre la tierra: leed à Wisseman: ved como ningun dogma, ha puesto en contacto los hechos geológicos, con los presajios de la Religion revelada; la filosofía pues que busca la verdad, funda la moral y hace del derecho público un lazo, es la única que puede tener profetas, oradores insignes, y poetas que como Chateaubriand merecen un monumento, en la memoria de los hombres de bien y en la de los grandes pensadores.

ARTURO.

Un sol nos da sus rayos, un Dios su omnipotencia:
Un mar nos da sus olas, un cielo su esplendor:
Mas todo en sí difiere de todo hasta en su esencia:
Y Dios es todo uno, pues Dios es solo amor:
Los pueblos de pastores jamás lo profanaron:
Los pueblos de guerreros alzáronle un altar:
Y ay! ay! de aquellos pueblos que en Dios solo miraron
La pretension de un siglo guiándose al azar.
Voltaire lo vilipendia; su siglo lo blasona:
Mahoma lo enaltece por solo su ambicion:
Y Cristo se aparece con inmortal corona
Haciendo de los hombres la eterna redencion:
Lo ensalzan los poetas por ley ó por instinto:
Los mundos se agigantan, las razas á la par,
Y allà donde de glorias el bàrbaro està extinto
A un Sér y arrodillado no cesa de cantar.
Orlado de los lauros de un siglo ennoblecido,
Dispuesto à que se arraigue la idea de ese Dios,

El mundo como un astro de impulso no medido,
Al porvenir se lanza de la unidad en pos.
La Religion de Cristo con envidiable oriente
Levanta sobre el orbe la vencedora cruz,
Y allá en la Palestina prosternase el creyente
Y besa los sepulcros que brotan viva luz.
El génio de los tiempos de Augusto se percibe;
Y empero baldonada por toda ilustracion,
La idea no elevada, castigo cruel recibe
Pues lucha con el gérmen moral de la opinion,
Debajo de la piedra mas gruesa ó carcomida
De la primer pirámide que elévase inmortal,
Quizàs se encuentre un dia la huella esclarecida
Del Dios de los desiertos, del Dios universal.
El porvenir su ciencia vincularà en sus hechos,
Pero sublime siempre la vasta humanidad,
La fundará en aquellos jamás, jamás deshechos
Por el caliente soplo, de la vulgaridad.
Oh sí! Mirando al hombre como mitad del cielo
Idealidad de un ente de eterna perfeccion,
No habrá cosa que pase sobre el humilde suelo,
Que no se eleve al gérmen de toda concepcion.
Pues que? de nada valen los pasos de este mundo
Donde se ven las huellas brillantes del Señor?
¿No es Dios quien con relàmpagos, iluminó el profundo,
Y antes que salga el astro, de luz cubre el Tabor?
La lucha de la idea, y la del sentimiento
Serán los dos impulsos del mundo intelectual,
Como lo son del orbe que alumbra el firmamento
La voluntad del cielo y el génio del mortal.
Santuario de un principio tal vez divinizado
El porvenir sus glorias estenderá do quier;
Y el Mundo por el génio del hombre equilibrado,
Se copiarà en el alma que al mundo le da ser.
Y Dios, el gran problema de las generaciones,
Serà venero hermoso de suma inspiracion;
Y fijará este mundo sus timbres y blasones
En acercarse á un cielo de luz y de razon.
Y tras lucha grandiosa de fé y escepticismo,
La humanidad sus cantos gloriosa entonará,
Y el génio deslumbrante de todo el Cristianismo
Sus alas en el orbe con triunfo tenderá.
Y el vasto y asombroso diluvio de la idea,
Que ha de variar del Mundo la suma ilustracion,
Será la grande historia del Dios que señorea
Cuanto en sus senos guarda la vasta creacion.
Espíritu sublime! pasmosa criatura!
La ùnica que es sello del génio de su Autor:
Dirije pues los ojos al templo de luz pura
Que surca el firmamento y es trono del Señor:
Observa su carrera; que tu futuro oriente
Alumbre de los siglos la vasta inmensidad;
Sé tù la idea eterna de un Dios resplandeciente
Que mida con sus ojos, la misma eternidad.

Arturo, es un pasagero que visita el teatro de la vida, llega al campo de la muerte y do quiera encuentra al alma con sus estravíos,

con sus errores y con sus flaquezas, como si para el espíritu humano no hubiera un mundo de felicidad. La tempestad de sus opiniones y de sus sentimientos constituye su duda: la duda de Pascal: ese desencanto profundo é innato de las inteligencias superiores. Cree al fin, y ese en mi concepto es el mas bello triunfo de la Divinidad contra el impulso satánico que tiene el hombre en sí y por el cual á veces contempla la creacion y no la admira.

—

LA ESTRELLA DEL ALMA.

El hombre tiene en sí su paraiso y su infierno: por eso el estudio de sí mismo, escluye el de los libros, y el hombre pues, se bastaria hasta en un desierto para llegar á ser filósofo, y sin duda menos iluso, que los que salen á veces del polvo de las bibliotecas. Pascal llegaba siempre á la duda, no importa el camino que siguiera: el hombre con solo reflexionar sin preocupaciones, llega al mismo fin: luego, la filosofía es una ciencia innata, y brota allí donde razona el pensamiento: la una será mas bella, mas ámplia que la otra: la consecuencia de ambas será igual. Un equinoccio tremendo hay para el alma: la edad de las pasiones. Ellas conducen al génio. Sin el estravio de ellas, este tendria mas grandes hombres. El alma si sostiene sus principios morales con firmeza, se regocijará mas tarde porque el triunfo se lo deberá á sí misma: á la estrella que en la leyenda guia al protagonista. Somos tan pequeños que la vanidad en el hombre es un crímen! Una sed ardiente sin embargo, un vivo empeño de conocer la causa íntima de todo, hace prorumpir á Molière en una carcajada, y á Pascal le hace perder la razon. El mundo nos da un impulso, una actividad, un deseo de adelantar, una precipitacion que acelera nuestra muerte y así pues, quedamos siendo el sueño de una sombra. Hay un suicidio en la historia de cada hombre. Los mas felices en la vida son aquellos que no preguntan nada á la naturaleza, sino que la admiran incesantemente. La duda es el ángel negro que nos pierde. Estudiad á los hombres disimuladamente: estudiad á los hombres superiores Cuántas contradiciones en su vida pública y privada! Cuántos caprichos! Cuántos manuscritos admirados un dia, rotos despues ó muy sentidos despues de haber sido entregados al fuego! Juzgado el genio así ¿dónde está el noble impulso que lo hará elevarse al cielo? ¿dónde su grandeza? Bossuet injuria á Fenelon: Fenelon su discípulo, ofende á Bossuet: Voltaire hiere á Rousseau: Rousseau se burla y desacredita á Voltaire: Corneille no sufre á Racine: Racine ataca al rival: hé aquí sentimientos: Voltaire llama á Shakspeare bárbaro ébrio: Montesquieu niega el génio de Voltaire; hé aquí ideas: pero qué profundas injusticias! Cuanta miseria! Cuanto desden para razonar so-

bre la grandeza humana! Y sin embargo ella existe. Buscad un ser en la creacion que hable como Milton: que muera como Sócrates: buscadlo, no entre los hombres; y caeréis postrados ante la raza inmortal á que pertenecen: el espíritu humano es el estudio mas vasto que puede abrazar la inteligencia: este ser que piensa dentro de nosotros mismos, que descubre á cada paso nuevos mundos en si, todo lo lleva con él; el himno que sube al cielo y el anatema que lo hunde en el abismo. Despojaos de la vanidad: seréis felices: poned en ejercicio todas vuestras facultades y atinaréis con aquella para la cual os ha formado la naturaleza: comenzad por un ensayo y concluiréis tal vez por una obra capital: separaos de la lògica natural de vuestra alma y viviréis sin reposo: ah! puede haber grandeza mas augusta que tener en la mano digámoslo así, la llave de las sonrisas y la de las lagrimas? El hombre pues es un polo inmenso: la vida es el grande eje: Dios es el polo eterno que corresponde á aquel.

DIOS LO HARA.

La filosofía en resùmen no es mas que un sueño brillante de la poesía: el progreso de la humanidad atestigua que la perfeccion moral es el norte de todo estudio hecho con imparcialidad sobre la naturaleza: la poesia pues està en el caso de unirse al principio filosófico para presentar al hombre, ideológicamente, una evidencia acerca de sus hermosos destinos: menos dependiente de las teorías académicas, despojada del aparato con que la revistieron algunos pueblos de la antigüedad, celosa de los derechos del hombre, custodia veneranda de las leyes de un Dios, la filosofía cubre hoy con su sombra protectora todos los ramos del saber: donde no existe ella, falta à la verdad su colorido. El siglo XIX ha recorrido grandes òrbitas: ha visto hombres ilustres: ha ojeado obras inmortales: ha fundado ciudades comparables á Babilonia y á Tiro: conoce sus fuerzas, se siente arrebatado por ellas, pero crée en un Dios, adora la libertad del hombre y sueña con destinos inmortales. Es un creyente, es un filósofo y es un poeta. Él ha unido los ramos del saber: él ha enlazado los conocimientos mas opuestos: él ha estendido la palabra de la Religion, ha simplificado las teorías, ha descendido con triunfo al campo de la práctica, y presenta paises que son modelos de legislacion: tiene grande aliento porque tiene un gran porvenir: él ha aplicado à la moral la poesía y ha unido la deduccion filosófica á todas las brillantes especulaciones del génio: el siglo XVIII no descubrió el astro de la felicidad moral: el siglo actual lo vé: el siglo XV vió aumentarse la humanidad: el siglo XIX vé como se perfecciona: el siglo XVI y el XVII presenciaron anarquias políticas: el siglo XIX las condena: un cono-

cimiento pues individual, mas grande que el de muchos de los tiempos pasados sobre el valor de cada hombre, reina hoy dia: el siglo XIX es el Luis XIV de los tiempos: tiene perfumes, tiene ruido, tiene rasgos de heroismo, tiene vicios como toda época de importancia, pero tiene un esplendor indeclinable en el espejo de la historia.

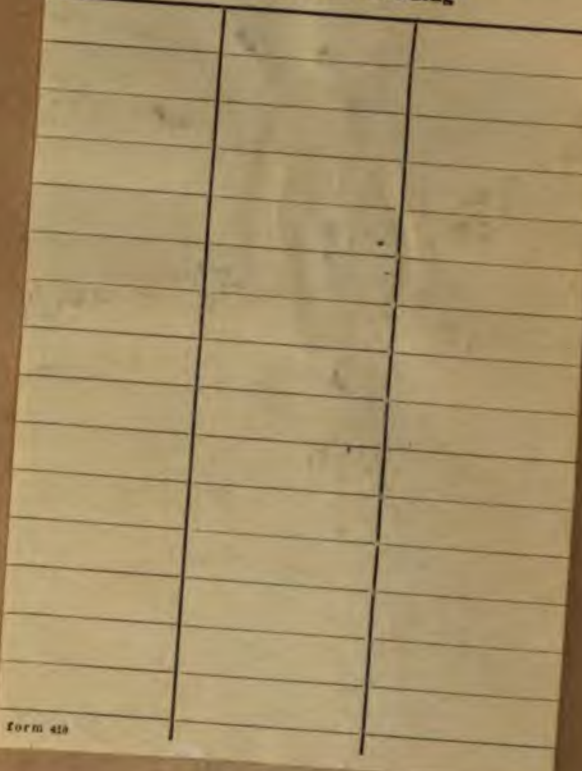
En el enlace de las ciencias y de la poesia, se corre un gran riesgo: al unir las ciencias exactas con ella, se puede llevar tan lejos el enlace que se haga del arte, un sistema frio y hasta ridículo: en el enlace de la poesía con las ciencias morales puede irse tan lejos que aquella sucumba al peso de principios propios de los elementos de lójica: todo en la naturaleza tiene un mas allà infranqueable: los conocimientos humanos no carecen de él; únase la poesia à las ciencias exactas en cuanto estas presentan de bello à los ojos de la razon: únase ella con la filosofia, ó sea à las ciencias morales, en cuanto estas tienen de sano y claro, y asi tendrà su region el pensamiento, y el alma la suya. Lo repito, no he hecho mas que realizar un pensamiento de varios miembros del Instituto de Francia: no estaba en práctica, porque à estarlo, ellos no lo hubieran pedido: mi único mérito, (si el público me concède alguno) es la manera de haber dado cima al trabajo: es decir, el carácter de la ejecucion: antes de concluir he visto sobradamente premiados mis esfuerzos por públicos de quienes nunca pude sospechar la opinion, porque me juzgaré siempre sin título alguno para tal honra: y esto debe animar à los que deseando trabajar, se descorazonan con los primeros ensayos de su pluma, poseyendo sin embargo, con mejor deseo, mas aptitud intelectual y mas títulos para grangearse la benevolencia pública.

FIN DE LAS NOTAS.

INDICE

ERRATAS NOTABLES

FOLIOS.	LIN.	DICE	LÉASE
10	7	que con el	que con los
11	14	si al examinarlas	si al examinarla
65	1	Vistes	Visteis
83	17	del cenit	del cénit
160	10	al sol	el sol
165	28	Sara suplica	Él la suplica
305	fólio	leyenda	oda
401	15	Arturo etc. resuena	Arturo (etc. resuena)
556	16	corte imperial	córte ejemplar
578	12	si es	si he
588	45	creen	cree
592	23	produccnes	producciones
594	36	muchos	mucho


THE NEW YORK PUBLIC LIBRARY
REFERENCE DEPARTMENT

This book is under no circumstances to be taken from the Building

form 410

